BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 80

HERODIANO

HISTORIA DEL IMPERIO ROMANO DESPUÉS DE MARCO AURELIO

TRADUCCIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS
POR
JUAN J. TORRES ESBARRANCH



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JAVIER ARCE.

Depósito Legal: M. 10116-1985.

ISBN 84-249-0992-5.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1985. — 5817.

INTRODUCCIÓN

1. *Vida de Herodiano y composición de la «Historia»*

Sobre la vida de Herodiano sólo contamos con la información que se desprende de su obra. Lamentablemente los datos son escasos y, a veces, imprecisos, circunstancia que ha dado lugar a numerosas conjeturas. Su *Historia (Herodianoû tês metà Márkon basileías historía)* abarca un período de cincuenta y ocho años que se extiende desde la muerte de Marco Aurelio (180) hasta la subida al trono de Gordiano III (238) y se refiere, según nos dice el propio historiador en I.2.5, a hechos que ocurrieron durante su vida, sucesos que él mismo presenció o de los que fue informado (según la norma de Luciano: *Cómo escribir la historia,* 47), o en los que participó, incluso, desde sus puestos de servicio imperial y público. Herodiano estuvo, pues, *inter vivos,* si aceptamos su declaración, entre los años 180 y 238. Pero nos faltan datos seguros para saber cuánto deben prolongarse estas fechas y determinar así con exactitud los años de su nacimiento y de su muerte. Tampoco sabemos a ciencia cierta, a diferencia del caso de su contemporáneo Dión Casio, las fechas de composición de su *Historia,* y desconocemos muchas precisiones biográficas sobre su origen, posición social, carrera, etc. Parece que siguió el consejo que Luciano daba al decir que

el historiador en sus libros debía ser un extranjero, sin patria, independiente y sin rey (Luciano, *ob. cit.*, 41).

El primer problema se plantea al comparar dos pasajes en los que Herodiano reflexiona sobre el período del que quiere ocuparse. En la «Introducción» con la que inicia el libro I escribe: «Durante un período de *sesenta* años el imperio romano estuvo en manos de más señores de los que el tiempo exigía...» (I.1.5). Pero en II.15.7 leemos: «mi objetivo es relatar sistemáticamente los sucesos de un período de *setenta* años que abarca el reinado de muchos emperadores, hechos de los que tengo conocimiento personal.» Esta discrepancia en el número de años nos lleva al terreno de las hipótesis. Diversas explicaciones son posibles:

a) Cabría la corrupción en los manuscritos, en la que muchos editores y estudiosos han pensado, pues se trata de numerales, cuya alteración no es difícil. Se podría imaginar que en II.15.7 debería decir «sesenta» *(hexēkonta)* en lugar de «setenta» *(hebdomēkonta)*, de acuerdo con los años realmente abarcados por la *Historia.*

b) Podría tratarse simplemente de un uso convencional de los numerales para indicar un largo período o una edad avanzada, sin mayor significación (cf. C. R. Whittaker, *Herodian*, Londres, 1969, pág. XI). Sería un caso como el de Filóstrato, contemporáneo de Herodiano, cuando se refiere al final de la vida de Antíoco (II.4.570 Oleario), de Alejandro Peloplatón (II.5.576) y de Elio Arístides (II.9.585: «unos afirman que murió tras haber vivido sesenta años o casi setenta»; cf. trad. de M. C. Giner, Madrid, Bibl. Clás. Gredos, 1982, págs. 182, 189 y 202.)

Pero si creemos que no es necesario imaginar una corrupción de los manuscritos (no hay indicios en los códices) y damos a los numerales su valor real, nos encontramos ante otras posibilidades. Podemos pensar que hay una cierta contradicción entre los numerales de los

dos pasajes o buscar una explicación que no suponga ningún tipo de inconveniencia entre ellos.

c) Se puede hablar de contradicción o incoherencia entre los dos pasajes cuando en ambos casos se los considera igualmente una referencia concreta al período que Herodiano quiso abarcar, lo que lleva a pensar en una distracción del historiador y hace necesaria una explicación que lo justifique. El «setenta» de II.15.7 resulta incómodo y choca con I.1.5, que se ajusta a los años realmente abarcados por la *Historia* redondeando la cantidad. Para solucionar el problema, J. Blaufuss *(Ad Herodiani rerum Romanarum scriptoris libros V et VI observationes*, Diss., Erlangen, 1893) sostiene la tesis de que en un caso se refleja el propósito inicial del autor y en el otro lo realmente conseguido al finalizar la *Historia.* Cuando escribió el pasaje del libro II, Herodiano tendría la intención de escribir la historia de los setenta años que siguieron a la muerte de Marco Aurelio, pero, debido a su avanzada edad o a cualquier otra causa, tuvo que detener su narración en los acontecimientos del 238, limitando su proyecto a sesenta años contrariamente a su primer propósito. Al final, en la redacción definitiva de la *introducción* del libro I, habría ajustado la cantidad al período verdaderamente cubierto por su obra, olvidándose de lo escrito en II.15.7 y dejándolo sin corregir. Esta circunstancia no debe extrañarnos si pensamos en los métodos de composición de la historiografía de aquella época (véase Luciano, *ob. cit.*, 47-48) y observamos el cuidado estilo de la introducción frente a los indicios de apresuramiento en la redacción de otras partes de la obra. Si aceptamos esta tesis, debemos pensar que Herodiano estaba escribiendo la *Historia* al final del período que se proponía cubrir, unos setenta años después del 180, o sea, hacia el 250 más o menos (Véase, modernamente, W. Widmer, *Kaisertum, Rom und Welt in Herodians* «Metà Márkon

basileías historía», Zurich, 1967, pág. 70). F. Cassola («Sulla vita e sulla personalità dello storico Erodiano», *Nuova Rivista Storica* 41 (1957), 217-218) interpreta que la contradicción entre el «*sesenta*» y el «*setenta*» se debe a que, cuando Herodiano escribió el libro II, había abandonado ya su primer propósito y quería añadir los reinados de Gordiano III y de Filipo el Árabe. Según Cassola, la publicación de la *Historia* no fue unitaria y el hecho de que Herodiano no modificara la afirmación de I.1.5 se debería precisamente a que el libro I había sido ya publicado.

d) R. Sievers («Ueber das geschichtswerk des Herodianos», *Philologus* 26 (1867), 30-31) admite la posibilidad de que el «*setenta*» de II.15.7 refleje el propósito de Herodiano, pero fija su atención en el «*sesenta*» de I.1.5 sugiriendo que allí no están contabilizados los doce años del reinado de Cómodo, lo que explicaría la diferencia entre los dos cálculos. Débiles argumentos apoyan esta hipótesis y no se ve una razón de peso para considerar aparte el reinado de Cómodo. En I.1.5 Herodiano muestra su sorpresa por las rápidas sucesiones en el poder y los continuos cambios en un período de sesenta años, y es cierto que el reinado de Cómodo tuvo una duración normal frente a los de los emperadores que siguieron, pero no es menos cierto que Cómodo ya está en la línea de *principes pueri* cuya actuación mira Herodiano con malos ojos.

e) Si no se consideran los dos pasajes equivalentes en el sentido de estar igualmente referidos al período que Herodiano quiere estudiar, y no se ve, por tanto, ninguna contradicción entre ellos, es posible encontrar otra explicación. En el pasaje del libro I Herodiano se referiría al período que quiere abarcar mientras que en el del II habría querido significar que dicho período se situaba dentro de los límites de su experiencia personal de setenta años. El problemático «*setenta*» de II.15.7 no

indicaría, pues, el período que Herodiano se proponía abarcar, sino la edad del historiador en el momento de la composición como ya había pensado A. Stahr *(Herodians Geschichte,* Stuttgart, 1858).

Esta polémica en torno a los numerales no permite, sin embargo, más que suposiciones, pues no es fácil obtener conclusiones más precisas y seguras a partir de los dos pasajes a los que nos referimos. Pero las hipótesis formuladas tienen su interés a la hora de determinar la fecha de composición de la obra. Si el «*setenta*» se refiere al proyecto que Herodiano tuvo que abandonar, debemos pensar que la meta y la fecha de composición de la *Historia* andarían por el año 250. Pero si refleja la duración de la vida de Herodiano hasta el momento de composición, la fecha de ésta estaría en este caso en función de la fecha del nacimiento del historiador. Tenemos otros datos, afortunadamente, que nos ayudan a precisar un poco estas fechas y a analizar las diversas posibilidades.

Las declaraciones de Herodiano en el sentido de que tuvo conocimiento personal de los sucesos de los que trata su *Historia* por el hecho de que ocurrieron durante su vida consciente (I.1.5, I.2.5, II.15.7) indujeron a pensar que su nacimiento tuvo lugar con alguna anterioridad al 180, hacia el año 170. Sin embargo diversas consideraciones han ido inclinando a los investigadores a situar la fecha alrededor del mismo 180.

Los partidarios de una fecha de nacimiento próxima al 170 interpretan las afirmaciones de que conoció personalmente los hechos (I.2.5: *hà parà pánta tòn emautoû bíon eîdon te kaì ēkousa;* II.15.7: *hàs autòs oîda)* en el estricto sentido de que si en el año 180 Herodiano no hubiera tenido por lo menos diez años no hubiera podido recordar nada. En esto se basa la teoría de J. de Poblocki *(De Herodiani vita, ingenio, scriptis,* Diss. Münster, 1864, pág. 5), quien se alegra de coincidir con la conjetura de F. A. Wolf (Herod. ed., Halle, 1792) en el mismo sentido. Modernamente encontramos

esta tendencia en F. J. Stein *(Dexippus et Herodianus rerum scriptores quatenus Thucydidem secuti sint,* Diss., Bonn, 1957, pág. 2). Blaufuss *(ob. cit.,* pág. 6) pensaba que el margen de error era escaso si se enmarcaba la vida de Herodiano entre los años 170 y 250; admitía el nacimiento cercano al 170, pero no estaba de acuerdo con el planteamiento que los partidarios de esta fecha de nacimiento efectuaban normalmente respecto a la fecha de composición.

Los partidarios del 170 como fecha aproximada del nacimiento de Herodiano suelen defender, en efecto, la teoría de que la composición de la obra tuvo lugar hacia el 240 durante el reinado de Gordiano III, poco tiempo después de los sucesos descritos en el libro VIII. Se basan generalmente en la hipótesis de que Herodiano tenía setenta años en el momento de la composición, lo que, partiendo del 170, lleva a la época de Gordiano III. Entre los defensores del 240 como fecha aproximada de composición están los citados Poblocki y Wolf —quien piensa que Herodiano murió tras acabar la *Historia,* unos dos años después de la muerte de Maximino— y otros como Dopp («Herodianus», *R. E. Pauly-Wissowa* 8 (1912), 955 —la composición en el 240 explicaría además, según Dopp, el carácter de experiencia más directa y cercana de los últimos libros—), P. W. Townsend («The revolution of A. D. 238: The leaders and their aims», *Yale Classical Studies* 14 (1955), 49 sig.) y A. Piganiol *(Histoire de Rome,* 4.ᵉ ed., París, 1954, pág. 411), a quien sigue J. Fernández Ubiña *(La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo,* Madrid, Akal, 1982, pág. 20, n. 9) situando la composición entre 238 y 244.

Esta teoría, sin embargo, ha sido abandonada modernamente por muchos investigadores, partidarios de no exagerar el alcance de las palabras de Herodiano en el sentido de que fuera testigo consciente de los hechos durante todo el período 180-238. Se apoyan en convincentes argumentos para establecer otras fechas tanto para el nacimiento como para la composición.

En algunos pasajes Herodiano se refiere a acontecimientos que él mismo ha presenciado. Sabemos así que durante los juegos de Cómodo del año 192 el historiador se encontraba en Roma, si es cierto lo que dice en I.15.4. También debió asistir en el 204 a los Juegos Seculares de Severo (III.8.10). Se ha observado (véase F. Grosso, *La lotta politica al tempo di Commodo,* Turín, 1964, página 31; C. R. Whittaker, *ob. cit.,* Introd., pág. XII) que, si Herodiano asistió a los juegos del 192, ya debía vestir la toga viril, pues de lo contrario seguramente no hubiera podido presenciarlos. Si este dato fuera cierto, significaría que en el 192 tendría por lo menos catorce años, con lo que el nacimiento sería anterior al 178; pero probablemente la fecha exacta no se alejaría mucho de este año si admitimos los argumentos en favor de una fecha de composición hacia el 250 y no tomamos sus afirmaciones en el sentido más estricto, de que en el año 180 Herodiano ya era un testigo consciente.

Existen importantes argumentos contrarios a la tesis de una composición durante el reinado de Gordiano III (238-244). Básicamente se considera improbable que la publicación, sobre todo la de los libros VII y VIII, tuviera lugar en aquella época debido a que los comentarios de Herodiano sobre los Gordianos no son precisamente elogiosos, por lo que la aparición de la *Historia* hubiera resultado peligrosa con anterioridad al 244. He aquí algunas razones:

a) La caracterización de Gordiano I, el abuelo de Gordiano III, es negativa: es un hombre débil (VII.5.4 ¡qué distinto se muestra, por ejemplo, al Pértinax de II.2.6 y II.5.5 en una situación semejante!), que acepta el poder de forma poco gloriosa (VII.5.7) y que muere de modo vergonzoso (historia en la que insiste: VII.9.4 y 9).

b) La subida al trono del joven Gordiano III es expuesta sin el menor entusiasmo: los pretorianos «lo proclamaron emperador puesto que no encontraban otro en aquellas circunstancias» (VIII.8.7).

c) Gordiano III tenía trece años en 238 y los *principes pueri* son objeto de repetidas críticas en la *Historia* (I.1.6, I.3.1-5, II.1.3, II.10.3, etc.).

d) Gordiano III ya había sido nombrado César (VII, 10, 6-9) por presión del populacho y en oposición al senado. Tanto la plebe, que presionó para que fuera César, como los pretorianos, que lo proclamaron emperador, no son vistos con buenos ojos por Herodiano (sobre la *«plebs infima»* véase: I.12.1, VII.7.1; sobre los pretorianos: I.12.6, II.4.4, II.6.2, II.6.4, IV.5.1).

e) Algunas observaciones de Herodiano hubieran resultado especialmente peligrosas por su fácil aplicación a los primeros años (238-241) del reinado de Gordiano III (véase Scriptores Historiae Augustae, Gord. 23.7); concretamente las que se referían al papel

de los libertos en la corte imperial (I.6.8, I.13.8, II.10.3) y al dominio ejercido por una madre sobre su hijo (VI.1.10, VI.5.8, etc.).

f) Tampoco parece probable la publicación de la *Historia* durante el período (241-244) en el que Timesiteo, prefecto del pretorio y suegro de Gordiano III, tuvo el poder. Hubieran podido establecerse paralelos entre Timesiteo y otros prefectos del pretorio como Perennis (I.8.1-2, I.8.8, etc.), Cleandro (I.12.3-5, I.13) y Plauciano (III.10.6-7, III.11.1-3, etc.), a los que Herodiano criticaba.

Blaufuss ya apuntó algunas de estas razones en su excelente tesis *(ob. cit.*, pág. 5: *et septimum quidem et octavum libros iam non imperitante Gordiano III conscriptos esse inde apparere videtur...)*, y en ellas han insistido posteriormente F. Cassola (art. cit., *N.R.S.* 41 (1957), 218), C. R. Whittaker *(ob. cit.*, Introd., págs. XII-XIV) y S. Joubert *(Recherche sur la composition de l'Histoire d'Herodien*, Thèse dactyl., París-Sorbona, 1981, págs. 124-127). Son razones de peso que permiten afirmar que la *Historia* apareció con posterioridad al reinado de Gordiano III, o sea, después del 244.

Si nos basamos, pues, en los argumentos anteriores y pensamos en una composición posterior al 244, y tenemos en cuenta, al mismo tiempo, las hipótesis a las que nos hemos referido sobre la experiencia personal de unos setenta años en el momento de la composición y sobre la intención de Herodiano de escribir una historia de setenta años a partir de la muerte de Marco Aurelio, no parece desacertado situar el nacimiento en una fecha cercana al 178 y la composición unos setenta años después, durante el reinado de Filipo el Árabe (244-249) o en el de Decio (249-251). El año de nacimiento seguramente no estaría lejos del *terminus post quem* defendido por Whittaker. Se ha observado (Poblocki, *ob. cit.*, pág. 3) que el libro I se caracteriza por la atención que presta a acontecimientos espectaculares (juegos, fiestas, tumultos callejeros), que sin duda impresionarían especialmente al muchacho que entonces debía ser Herodiano. No haría mucho que habría cumplido los catorce años cuando tuvieron lugar los Juegos de Cómodo y debieron llamarle la atención los animales que entonces vio por primera vez y que antes sólo había podido admirar en los grabados (I.15.4); seguramente eran los primeros juegos a los que asistía.

Pero G. Alföldy («Herodians Person», *Ancient Society* 2 (1971), 205-206) no está de acuerdo con la tesis de Whittaker; no cree que Herodiano asistiera a los juegos del 192 y piensa que su relato se basa en Dión Casio. El libro I no reflejaría por tanto la propia experiencia del historiador cuyo nacimiento habría tenido lugar hacia el 180 o incluso algo más tarde, durante el reinado de Cómodo, en el que habría discurrido su niñez.

De todas formas, si admitimos cualquiera de estas fechas —178 o algo antes, 180 o los años subsiguientes— y situamos la composición setenta años después aproximadamente, nos vamos al final del reinado de Filipo o al de Decio, o sea, hacia el 250. Blaufuss *(ob. cit.*, págs. 5-6), frente a otros investigadores de su época, ya pensaba que la composición había tenido lugar hacia el 250 y, creyendo ver indicios de anterioridad a los juegos del 248, concretaba la fecha en los años 246-7. Posteriormente se fue abriendo camino la tesis de la composición al final del reinado de Filipo (véanse los citados F. Cassola, art. cit., *N.R.S.* 41 (1957), 218, y C. R. Whittaker, *ob. cit.*, Introd., pág. XV, y además, F. Grosso, *ob. cit.*, página 35 y W. Widmer, *ob. cit.*, págs. 70-71) frente a los que pensaban en el reinado de Gordiano III.

Al final del reinado de Filipo se cumplían efectivamente los setenta años a partir de la fecha en que comienza la *Historia* y la edad del historiador andaría asimismo por los setenta. Pero hay, además, una serie de circunstancias en la vida de Filipo de las que encontramos paralelos tratados favorablemente en la *Historia* de Herodiano. Por ejemplo, Herodiano mira favorablemente, a diferencia de Dión Casio (LXXIX.41.2), a Macrino, emperador del orden ecuestre como era Filipo. Los dos eran prefectos del pretorio cuando se hicieron con el poder en condiciones muy semejantes. Herodiano no criticaba a los emperadores que no pertenecían a la nobleza senatorial, como Pértinax y Macrino, y ponía la *virtus* por delante de la *nobilitas* (I.5.6, II.3.2-5, V.1.6-8). Así, las palabras de Macrino en V.1.5 («Y que nadie me desdeñe ni consideréis un error de la fortuna el hecho de que yo, un miembro del orden ecuestre, haya alcanzado esta dignidad...») podrían aplicarse perfectamente a Filipo, cuyo gobierno fue un intento de acercamiento al senado como también lo quiso ser el de Macrino según patentizan sus palabras en V.1.4: «Mientras yo tenga el poder, todo el mundo vivirá sin temor y no habrá derramamientos de sangre; más que un gobierno personal será una aristocracia». Estas palabras reflejan el tipo del *optimus princeps* preconizado por la doctrina estoica. Frente a la tiranía de un gobierno personal *(regnum)* se propugna la aristocracia del senado y los *amici* en torno al

princeps (respublica). El gobierno en manos de una sola persona deriva hacia la tiranía, según leemos en VII.10.2. Herodiano no tenía, pues, nada que objetar a Macrino en este sentido (V.1.5-7, V.1.1-2). Los reproches que le hizo fueron debidos a otras causas, como su debilidad y falta de decisión y su inclinación a la vida fácil (IV.12.1, V.2.4-6, V.4.12, V.5.2). Pero en este aspecto era muy diferente Filipo, hombre decidido y esforzado y general victorioso en su campaña del Danubio iniciada en el 245 y terminada en el 247 (véase Whittaker, *ob. cit.*, Introd., pág. XVI).

Durante el reinado de Filipo hubo, además, una ocasión extraordinariamente oportuna para que los escritores contaran con el apoyo imperial para la publicación de sus obras. Nos referimos naturalmente a los Juegos Seculares del 248, que entonces celebraban el Milenario de la fundación de Roma. Se ha pensado (C. R. Whittaker, *ob. cit.*, Introd., págs. XVII-XVIII) que Herodiano habría aprovechado esta ocasión para dar a conocer su *Historia.* El anuncio de los juegos en el 247, cuando Filipo regresó de la campaña del Danubio, debió ser la causa de que Herodiano acabara precipitadamente su obra a fin de presentarla en aquella ocasión tan señalada. Otros autores aprovecharon también la circunstancia. Asinio Cuadrato, por ejemplo, publicó una historia titulada *Chiliēterís (Millenium),* que iba desde los orígenes de Roma hasta el reinado de Severo Alejandro (véase Schwartz, *R. E. Pauly-Wissowa* 31, 1603-1604). Se ha observado a este respecto el ambiente de fin de siglo que se respira en la introducción de la *Historia* de Herodiano (por ej., I.1.4).

Frente a la tesis de la composición durante el reinado de Filipo, algunos autores piensan en el reinado de Decio o en una época un poco posterior incluso. R. L. Burrows *(Prolegomena to Herodian,* Diss., Princeton Univ.-Ann Arbor, 1956, pág. 13), por ejemplo, sugiere el reinado de Decio (hacia el 251), pero el argumento en que se apoya es inconsistente. Supone que Herodiano, a imitación de Heródoto, estaba preparando un noveno libro, con el que habría abarcado los setenta años. Es una teoría sin fundamentar y podemos pensar igualmente que en el octavo habría puesto fin a su obra, en cuyo caso su modelo, si es que realmente lo había en un aspecto como éste, sería Tucídides.

En oposición a Whittaker se sitúa G. Alföldy (art. cit., páginas 210-219), quien, aun reconociendo las condiciones favorables del 248 para la aparición de la *Historia,* descarta la publicación

durante el reinado de Filipo. La razón principal sería la imagen desfavorable de los prefectos del pretorio, cargo que desempeñaba Filipo antes de vestir la púrpura imperial: Perennis, Cleandro y Plauciano conspiran contra su emperador (cf. *supra,* pág. 14). Otros son comparsas de su corrupción, como el danzante a quien Heliogábalo puso al frente de los pretorianos (V.7.6), o secuaces de su crueldad, como aquel Vitaliano a quien el pueblo odia (VII.6.4). Herodiano parece olvidarse de prefectos prestigiosos como Papiniano y Ulpiano y acentúa los rasgos negativos de otros como Perennis (véase G. M. Bersanetti, «Perenne e Commodo», *Athenaeum* 29 (1951), 151-170) y Plauciano, quien, según Dión Casio (LXXVII. 3.1), habría sido víctima de una maquinación de su yerno Caracalla, versión que Herodiano conocía (III.12.3-4) y que rechazó. Pero a este argumento de Alföldy se puede objetar que también aparecen prefectos del pretorio a quienes Herodiano no mira con malos ojos. Hemos visto el caso de Macrino, cuyo paralelo con Filipo precisamente destacaba Whittaker como argumento a favor de la composición durante el reinado de Filipo. Podemos pensar también en Leto (I.16.5, I. 17.4, I.17.7-11, II.1.3, II.2.1, II.2.5), en Advento (IV.12.1, IV.14.2) y en Juliano (V.4.3, V.4.4).

Además de argumentar en contra de la aparición de la *Historia* durante el reinado de Filipo, G. Alföldy propone una serie de razones en apoyo de su tesis de llevar la composición al reinado de Decio o incluso a una fecha posterior. Si Whittaker cree que Filipo respondía al tipo de *optimus princeps* preconizado por sofistas y filósofos por el que se interesa Herodiano, Alföldy piensa que este tipo ideal se refleja mejor en la figura de Decio. Si Whittaker insiste en el paralelo entre Filipo y Macrino, Alföldy piensa que Decio era para Herodiano un nuevo Pértinax, emperador por el que el historiador sentía una gran admiración. Decio, como Pértinax, era un *homo novus* que llegó a los más altos puestos tras una serie de ascensos regulares; de igual fama por sus hazañas militares, también era comparable su actitud favorable al senado. Decio, además, era originario de Panonia, donde Pértinax era recordado especialmente como excelente general y gobernador porque «había dado pruebas de una valentía sin límites en los combates contra el enemigo, y había ofrecido a sus subordinados muestras de benevolencia y honradez unidas a un mando moderado y ecuánime» (II.9.9). Alföldy observa asimismo que Herodiano trató con un interés especial a las legiones de Panonia (II.9.11,

II.10.5, II.10.8, III.4.1, III.6.6, VI.6.2), interés superior al que muestra por otras legiones, y ve en esta circunstancia un reflejo de la propaganda imperial y un homenaje indirecto a Decio, que, además de ser panonio, había sido proclamado emperador por el ejército del Danubio. Se ha observado, sin embargo, que al mismo tiempo que Herodiano ensalza las cualidades físicas y militares del ejército ilirio, no les concede agudeza y vivacidad de espíritu (II.9.11), lo que parece invalidar el argumento de Alföldy (S. Joubert, *ob. cit.*, pág. 133). En realidad se refiere a la simplicidad frente a la astucia, a la incapacidad intelectual para descubrir la malicia o el engaño en palabras o acciones, lo que en las descripciones étnicas caracterizaba a los pueblos semibárbaros del norte, que se distinguían por su fuerza, frente a los civilizados pueblos orientales.

G. Alföldy plantea también la posibilidad de que la composición de la *Historia* tuviera lugar después de la muerte de Decio, en el año 253 concretamente. Entre otros argumentos más discutibles se refiere al proyecto de división del imperio entre un imperio de Oriente y otro de Occidente que idearon Caracalla y Geta (IV.3.5-7). Para Alföldy este proyecto era fruto de la imaginación de Herodiano, inspirado por la separación *de facto* que en el año 253 realizaron Valeriano y Galieno, cuando cada uno a efectos militares se ocupó de una parte encargándose Valeriano de Oriente y Galieno de Occidente. Alföldy se apoya en la falta de información sobre el proyecto de Caracalla y Geta; ni Dión Casio ni los Scriptores Historiae Augustae nos hablan de ello. Algunos investigadores, sin embargo, piensan que por esta única razón no debe descalificarse la posible realidad del proyecto. W. Widmer *(ob. cit.*, págs. 36-37, n. 165) sospecha que Herodiano tenía informaciones muy directas respecto a los hechos de 211-212, posiblemente debido al puesto que entonces debía ocupar en el servicio imperial (I.2.5). El proyecto de Caracalla que nos presenta Herodiano era además de mayor alcance que las divisiones militares de Galieno, por lo que no parece probable que Herodiano imaginara el proyecto de Caracalla y Geta bajo la influencia de los sucesos del 253 (S. Joubert, *ob. cit.*, pág. 135).

En conclusión, la investigación sobre Herodiano está dividida en dos tendencias respecto a las fechas de nacimiento del historiador y de composición de la *Historia*. Para unos habría nacido en torno al 170; para otros hacia el 178-180. La composición habría tenido lugar, según unos, durante el reinado de Gordiano III (238-244); para otros no es admisible una fecha anterior al 244. Éstos se dividen en torno a dos tesis: unos piensan en los últimos años del reinado de Filipo el Árabe (244-49), y otros en el reinado de Decio (249-51) o incluso después de su muerte (por el 253). La composición durante la época de Gordiano parece inaceptable si se piensa en una fecha de nacimiento en torno al 178-180 y en el proyecto de Herodiano de escribir una historia de setenta años. Hemos visto, además, que el análisis de la *Historia* nos ofrece una serie de razones que nos llevan a la conclusión de que la obra de Herodiano hubiera resultado peligrosa en tiempos de Gordiano III. Si aceptamos esta conclusión, vamos, como se ha visto, a los reinados de Filipo el Árabe o de Decio o a los años subsiguientes. Posiblemente en el reinado de Filipo y, concretamente, en ocasión de los Juegos del Milenario de Roma encontró Herodiano las condiciones favorables, según piensa Whittaker. Tal vez fue algo más tarde, como cree Alföldy. Como vemos hay una serie de opciones por las que decidirse y que conviene tener presentes al analizar la *Historia*.

2. *Nacionalidad y posición social*

Una vez enmarcada la vida de Herodiano y analizadas las teorías sobre las fechas de nacimiento y de la composición de la *Historia*, podemos referirnos a otros temas biográficos tan importantes como su nacionalidad y posición social. Hemos visto que son temas en los que la precisión resulta difícil debido a la fidelidad con la que Herodiano siguió el precepto historiográfico enunciado por Luciano (cf. *supra*, págs. 7-8). El historia-

dor fue efectivamente *xénos kaì ápolis* en sus libros, puesto que su propia identidad quedó oculta por cumplir con su propósito de no adular ni honrar a emperadores, ciudades o particulares (I.1.2).

Del mismo modo que no conocemos con exactitud las fechas de su nacimiento y de su muerte, tampoco tenemos datos precisos ni sobre su origen, ni sobre su posición social y cargos que desempeñó. Lo tratado anteriormente sólo nos ha permitido llegar a la conclusión general de que la vida de Herodiano debe enmarcarse entre dos límites aproximados: 178-180 para el nacimiento y 248-253 para la composición de la obra. Pero en lo referente a otros datos biográficos seguimos entre hipótesis y dudas, pues la única fuente sigue siendo la *Historia* y nos faltan otros testimonios o alguna inscripción que pudiera confirmar las hipótesis.

Respecto a su nacionalidad partimos de la única teoría aparentemente segura, la de su origen griego u oriental. J. Kreutzer *(De Herodiano rerum romanorum scriptore,* Diss., Bonn, 1881, págs. 7-11) analizó una serie de indicios en este sentido. Herodiano es un derivado del nombre griego Herodes (cf. *infra,* pág. 31). La *Historia* está escrita en griego y se dirige a un público que es griego u oriental; diversos pasajes (por ej.: I.11.1, I.11.5, II.11.8, IV.2.11, VI.1.4, VII.10.2, VIII.3.7, VIII.3.8) confirman que su público era griego en el sentido amplio que el término *hoi Héllēnes* tenía entonces y, desde luego, que no se trataba de gentes de Italia (véase II.11.8: «Los Alpes, altísima cordillera, sin parangón en nuestra parte del mundo...»). Para referirse al emperador, Herodiano utiliza normalmente el término *basileús* según la costumbre griega, a diferencia de Dión Casio, que usa los términos *autokrátōr* o *kaĩsar.* Esta circunstancia y el hecho de que destacara la figura de Cómodo debido a su sangre imperial (I.5.5, I.17.12), hicieron pensar a Kreutzer en una mentalidad griega u oriental, no romana.

A partir de esta tesis se ha venido hablando normalmente del origen oriental de Herodiano, aunque se hayan formulado algunas objeciones a los argumentos de Kreutzer. Blaufuss, por ejemplo, piensa que con estos argumentos se podría precisar la nacionalidad del público más que la del historiador (Blaufuss, *ob. cit.,* página 6: *«Neque I.11.1 neque I.11.5 probatur, quibus locis id tantum firmatur Herodianum Graecis hominibus historiam composuisse»).* Pero lo cierto es que arrancando del planteamiento general de un origen griego u oriental se han formulado diversas hipótesis basadas en distintos pasajes de la *Historia.* He aquí estas teorías con sus principales argumentos y defensores:

1. Herodiano sería un egipcio de Alejandría (teoría defendida por A. Stahr, *ob. cit.,* Introd.; E. Volckmann, *ob. cit.,* pág. 9; J. de Poblocki *ob. cit.,* págs. 2-3. Para Sievers, «Ueber das Geschichtswerk des Herodianos», *Philologus* 31 (1872), 636-7, Herodiano habría sido incluso testigo de la matanza de Alejandría). El único argumento con el que cuentan los defensores de esta tesis es la descripción de la matanza de alejandrinos ordenada por Caracalla (IV.8.6-9, IV.9). El relato es tan vivo —argumentan— que hace pensar en que Herodiano estaba especialmente interesado o había sido testigo ocular del suceso, por lo que suponen que sería originario de aquella ciudad. Pero se les puede objetar sin dificultad que su conclusión es precipitada e inconsistente, pues una tragedia de aquellas proporciones se prestaba a una descripción llena de viveza y colorido. Descripciones de este tipo eran, además, típicas del estilo de los sofistas, y parece que este pasaje de Herodiano —comparable a la descripción de la disolución de la guardia pretoriana por Septimio Severo (II.13)— constituye un ejercicio en este sentido: hay comentarios convencionales como el de que el pueblo de Alejandría es «de natural irreflexivo y fácilmente influenciable»

(IV.8.7) y el de que «los alejandrinos sienten una cierta propensión natural a la chanza...» (IV.9.2); encontramos conocidas expresiones estereotipadas, como la de IV.9.8: «tan grande fue la matanza que la desembocadura del Nilo... y la costa cercana a la ciudad quedaron completamente teñidas de rojo a causa de las corrientes de sangre que fluían a través de la llanura» (véase también Hdn. III.4.5 y Dión LXXVI.7.2) y la de «soldados armados contra gente sin armas» (IV.9.6; véase I.12.7, II.5.3, II.13.4, II.13.11).

Por otra parte el pasaje en el cual Herodiano explica las razones de la marcha de Caracalla a Alejandría (IV.8.6-7) parece incompleto y no da una explicación satisfactoria. Dice: «se puso en camino hacia Alejandría con el pretexto de que deseaba ver la ciudad fundada en honor de Alejandro y honrar al dios que aquel pueblo venera especialmente». Aquí esperábamos la antítesis: «pero la verdadera causa era que...»; esta explicación, sin embargo, no aparece: Whittaker *(ob. cit.,* páginas LXVII-LXVIII) ha estudiado este pasaje analizando la correspondencia con Dión (LXXVII.22.1), donde se dice que Caracalla «partió para Alejandría ocultando su cólera y fingiendo que deseaba verlos». La comparación entre los dos pasajes permite llegar a la conclusión de que a partir de las palabras de Dión *«epikryptómenos tèn orgên»* (*«ocultando su cólera»*), se puede deducir la antítesis que Herodiano olvidó. Whittaker piensa que, cuando escribió el relato sobre la matanza de Alejandría, Herodiano tenía presente, junto con alguna otra fuente, el pasaje de Dión, en el que se enfrenta el pretexto fingido a la verdadera causa que se oculta. Esto constituye una prueba más en contra de la singularidad de esta narración de Herodiano a partir de la cual se mantenía la tesis de la nacionalidad alejandrina del historiador. No hay, por tanto, argumentos concluyentes para defender la teoría de que Herodiano fuera alejandrino, a pesar del atractivo de esta hipótesis que permitía suponer que nuestro historiador era hijo del gramático Elio Herodiano, que había llegado a Roma durante el reinado de Marco Aurelio. Cronológicamente nada se opone a esta hipótesis, pero tampoco hay argumentos que la apoyen (véase Wolf, *ob. cit.,* praef. 35; Stahr, *ob. cit.,* praef. 13; Poblocki, *ob. cit.,* págs. 2-3). Otro argumento inconsistente lo constituye la afirmación de Herodiano en el sentido de que Alejandría era la segunda ciudad del imperio (IV.3.7, VII.6.1), puesto que lo dice también de Antioquía (IV.3.7) y de Cartago (VII.6.1).

2. Según una difundida tesis Herodiano sería sirio, originario de Antioquía. Entre los partidarios de esta teoría están L. Kreutzer *(ob. cit.,* pág. 8), K. Fuchs («Beiträge zur Kritik Herodians, IV-VIII Buch», *Wiener Studien* 18 (1896), 180-200), Dopp *(ob. cit.,* pág. 954), J. C. P. Smits *(De Geschiedschrijver Herodianus en zijn Bronnen,* Leiden, 1913, pág. 16), E. Hohl *(Kaiser Commodus und Herodian,* Sitzungsberichte der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Berlin, 1954, págs. 3, 5, 17) y E. C. Echols, quien en el mismo título de su traducción ya deja constancia de su preferencia por la hipótesis siria *(Herodian's of Antioch History of the Roman Empire from the death of Marcus to the accession of Gordian III,* Berkeley, 1961).

En opinión de Kreutzer Herodiano estaba mejor informado sobre Siria que sobre cualquier otro lugar, y Antioquía, considerada también la segunda ciudad del imperio, fue el escenario de muchos sucesos de la *Historia.* El interés de Herodiano por los sirios se manifiesta en sus frecuentes comentarios: «El pueblo sirio es variable por naturaleza, predispuesto al cambio del poder establecido... Los sirios son por temperamento muy aficionados a las fiestas, y, en especial, los habitantes de Antioquía» (II.7.9). «Los sirios son amigos de las bromas..., y se distinguen precisamente los de Antio-

quía» (II.10.7). En III.11.8 dice de Saturnino: «era sirio y los orientales son hombres de muy fina inteligencia». Herodiano también parece bien informado acerca de los hechos que se desarrollaron en Siria: guerra entre Níger y Septimio Severo, vida y personalidad de Heliogábalo, cultos de Emesa, etc. Precisamente la información que nuestro historiador demuestra sobre estos cultos ha servido de base a la teoría según la cual Herodiano estuvo en Emesa (véase G. W. Bowersock, «Herodian and Elagabalus», *Yale Classical Studies* 24 (1975), 229-236).

Todo este interés demostrado por Siria parece apoyar la tesis de un origen sirio, pero también podemos pensar que se debe simplemente al papel importantísimo que tuvo Siria en realidad durante los años de los que se ocupa la *Historia:* dos emperadores, Níger y Macrino, se quedaron allí, sin dirigirse a Roma; allí se libró la guerra entre Níger y Septimio Severo y fue la base de operaciones de Caracalla y Severo Alejandro en su guerra contra los partos. Es normal, por tanto, que fuera un tema importante en la obra de Herodiano.

Contra la tesis siria se ha observado, además, que no es cierto que Herodiano conociera a fondo la historia y la geografía del Próximo Oriente (Cassola, art. cit., pág. 215; Whittaker, *ob. cit.*, págs. XXV-XXVI; G. Alföldy, art. cit., pág. 221). Se ha indicado, por ejemplo, que Herodiano parece ignorar la proclamación como Augusto de Diadumeniano, el hijo de Macrino, proclamación que tuvo lugar en Apamea, cerca de Antioquía (véase V.4.2). Hay errores en la cronología y la geografía de la campaña de Severo contra los partos (197-198); Herodiano no habla más que de un sitio de Hatra, cuando, en realidad, hubo dos; confunde Arabia Felix y Arabia Escenita (III.9.3-9); confunde asimismo a dos reyes de los partos, Vologeses IV y su hijo Artabano V (III.9.10). Son errores que no resulta verosímil que los cometiera un sirio.

También se ha señalado que Herodiano parece situarse aparte de los sirios cuando habla de ellos en III.11.8 e incluso cuando se refiere a sus diferencias con griegos y romanos (V.3.5). Por otra parte, los juicios sobre los sirios a los que nos hemos referido no son siempre favorables; siguiendo los tópicos de las descripciones étnicas (cf. *supra* 18) destaca su vivacidad de espíritu, pero en II.7.9 les reprocha su versatilidad. Debido a todas estas objeciones la tesis siria ha perdido adeptos y la investigación sobre Herodiano se ha dedicado a otras posibilidades, como la de que fuera originario de Asia Menor occidental. Pero antes de referirnos a esta tesis conviene recordar la teoría de J. Blaufuss, que apostaba por el origen griego de Herodiano.

3. En 1893 J. Blaufuss *(ob. cit.*, pág. 7) defendía la tesis de que nuestro historiador, además de escribir en griego, era originario de la misma Grecia. Los argumentos que daba eran los siguientes:

a) Herodiano elogia la educación recibida por Geta y Alejandro, en la que la palestra y los ejercicios gimnásticos propios de hombres libres tienen gran importancia (IV.3.3, V.7.5). Mamea quiere dar a su hijo, Alejandro Severo, una educación griega y romana a la vez, intentando apartarlo del lujo oriental de Heliogábalo (V.7.5).

b) En III.8.10 compara los Juegos Seculares con los Misterios de Eleusis, muy diferentes de las orgías egipcias y asiáticas.

c) En IV.4.7 se refiere al donativo concedido por Caracalla tras el asesinato de Geta; lo hace en moneda ática *(pentakosías drachmàs Attikás).* Pero a estos argumentos se les puede objetar exactamente lo mismo que el propio Blaufuss objetaba a Kreutzer, o sea, que pueden probar la nacionalidad del público en lugar de la del historiador.

4. Muy interesante es la teoría según la cual Herodiano podría ser originario de Asia Menor occidental (concretamente del noroeste-oeste de Anatolia, de las provincias del Ponto, Asia y Bitinia). Al sur de estas tierras pónticas está el Tauro, que, según Herodiano (III.1.4), separa los pueblos del norte de los orientales (la misma línea divisoria que en la organización de Diocleciano separaba las diócesis *Oriens* y *Pontica*). Hay razones para pensar que Herodiano —que cuando se refería a los pueblos orientales, de allende el Tauro, no parecía considerarse perteneciente a ellos (III.11.8)— era originario de Asia Menor occidental o, por lo menos, que había residido bastante tiempo en aquella región, que podría ser también su lugar de retiro, si es cierta la hipótesis de que nuestro historiador se retiró a su país de origen (véase F. Cassola, art. cit., págs. 215-216; C. R. Whittaker, *ob. cit.*, págs. XXVI-XXVIII; G. Alföldy, *art. cit.*, páginas 223-225).

Es evidente el interés que Herodiano manifiesta por Asia Menor. Podemos pensar que contempló las murallas de Bizancio por lo que dice en III.1.7: «Cuando alguien contempla las ruinas y los restos de la muralla que se conservan en la actualidad, todavía le es posible admirar la técnica de quienes primero la construyeron y la fuerza de los que más tarde la destruyeron». Su conocimiento de aquellas tierras se hace patente en una serie de descripciones detalladas como la de la cordillera del Tauro (III.3) y la de la bahía de Iso, en los límites entre Asia Menor y Siria (III.4.2-3). Uno de los argumentos más interesantes lo constituye seguramente la frecuencia con la que Herodiano cita ciudades del noroeste de Asia Menor en comparación con las referencias a ciudades de otras regiones semejantes (Whittaker, *ob. cit.*, pág. XXVII). De aquella zona aparecen nueve ciudades: Calcedón, Cízico, Ilión, Nicea, Nicomedia, Pérgamo, Perinto, Pesinunte y Bizancio, lo que es una proporción alta si pensamos que del resto de regiones griegas y orientales encontramos tan sólo referencias a once ciudades (aunque la frecuencia de Antioquía es muy alta) y que sólo aparecen cinco ciudades italianas y cuatro de provincias septentrionales y occidentales (véase índices). Parece, en suma, que Herodiano era buen conocedor de Asia Menor y no se registran errores geográficos en sus descripciones de aquella zona. Por otra parte Cassola (art. cit., *N.R.S.* 41 (1957), 215-16) ha sugerido que Herodiano usa el término *sýstēma* (IV.10.3) —confederación política de varias ciudades en parte autónomas— en oposición a *tò éthnos* («provincia»), y que este término, *sýstēma*, en época imperial sólo se aplicaba a algunos distritos de Anatolia occidental. Sería, por tanto, una prueba de la relación del historiador con Asia Menor. Whittaker *(ob. cit.*, pág. XXVII) se interesa por la posible significación del uso de este término, pero insiste en que el pasaje de Herodiano tiene un significado más amplio, no precisamente referido a las provincias y confederaciones de Asia Menor. El término *sýstēma* tenía también el significado general de «clan» o «sociedad». Otro argumento, por último, en favor de la tesis minorasiática sería la especial información que Herodiano parece poseer sobre la captura de Macrino en Calcedón, la capital de Bitinia (véase V.4.11 y compárese con Dión Casio, LXXVIII.39.5).

De todas formas no ha aparecido una prueba definitiva, y también en lo relativo a la patria de nuestro historiador hemos de conformarnos con hipótesis, en espera de nuevas pruebas o de tener la fortuna de que algún descubrimiento epigráfico nos proporcione la solución.

En relación a la posición social también existen diversas hipótesis, aunque la teoría más extendida es la que considera a Herodiano un esclavo o un liberto imperial, funcionario de la administración pública. La investigación se basa en dos pasajes de la *Historia*. En

I.2.5 dice: «yo he escrito una historia sobre los hechos posteriores a la muerte de Marco que vi y escuché durante toda mi vida. Y en algunos de ellos participé directamente *en mis puestos de servicio imperial y público» (metéschon en basilikaîs ḕ dēmosíais hypēresíais genómenos).* En el ya citado II.15.7 insiste en su conocimiento personal de los sucesos relatados en su obra.

A la partícula ἢ de I.2.5 se le ha dado una interpretación estrictamente disyuntiva, traduciendo la expresión de forma antitética como si existiera contraste entre el servicio imperial y el público. Cassola interpreta el pasaje en el sentido de que Herodiano estuvo en el servicio imperial y en la administación municipal en diferentes épocas: «fu per un certo periodo al servizio dell'imperatore, per un altro al servizio di autorità municipali (questo infatti deve significare il termine δημοσίαι: tutti gli studiosi interpretano «cariche pubbliche», il che non avrebbe senso in antitesi con «imperiali»)» (art. cit., *Nuova Rivista Storica* 41 (1957), 216). E. Hohl traduce «servicios imperiales o municipales» *(ob. cit.,* pág. 5: «Kaiserlichen bzw. Kommunalen Dienstleistungen»). Pero H. G. Pflaum, en *Revue des Études Latines* 32 (1954), 450, señaló que la expresión *en basilikaîs ḕ dēmosíais hypēresíais* era equivalente a los términos latinos *in caesareis et publicis officiis,* y que se debía, por tanto, dar la traducción de «dans les bureaux palatins et publics de Rome»; se refería a los «puestos de servicio imperial y público» (Whittaker, *ob. cit.,* vol. I, pág. 11: «during my imperial and public service») sin que se marcara una oposición entre los dos adjetivos. A partir de esta expresión se han formulado diversas hipótesis sobre la carrera pública de Herodiano. Para unos habría sido un senador o un procurador ecuestre, mientras que otros prefieren pensar que fue un esclavo o un liberto imperial. Para Volckmann *(ob. cit.,* pág. 6), por ejemplo, pertenecería a la clase senatorial; se basa en el conocimiento de Herodiano de un *senatus consultum tacitum,* la resolución secreta tomada por el senado cuando eligieron como emperadores a Pupieno y Balbino (VII.10.3). Pero este argumento es inconsistente, pues, además de que había filtraciones deliberadas de las resoluciones del senado, es improbable que el secreto se mantuviera durante diez años (Whittaker, *ob. cit.,* pág. XX). Por otra parte, si comparamos la experiencia de los asuntos senatoriales que muestran Herodiano y Dión Casio, la desventaja de nuestro historiador es evidente. Los lazos que ligan a Herodiano con el senado parecen más débiles que los de Dión, historiador que refleja claramente el espíritu de una élite senatorial que rechaza, por ejemplo, a un emperador ecuestre como Macrino, una actitud que no comparte Herodiano (cf. *supra,* pág. 15). No parece, por tanto, probable que nuestro historiador fuera senador, aunque hubo incluso quien especuló con la posibilidad de que fuera Ti. Claudius Herodianus, legado de Sicilia al que se refiere una inscripción (ILS 2938 = CIL X 7286. Véase E. Sommerfeldt «Zur Frage nach der Lebensstellung des Geschichtschreibers Herodian», *Philologus* 73 (1914-1916), 568-570, quien plantea y rechaza dicha posibilidad).

Es bien conocido, sin embargo, que en la historiografía romana hay una larga tradición de escritores que, aunque ellos mismos no fueron senadores, contaron con el patronazgo de familias senatoriales. En el siglo III, por otra parte, hubo una gran movilidad entre la clase senatorial y la ecuestre, y no todos los senadores coincidían en sus opiniones; no había una postura única representativa de la clase senatorial, por lo que podemos pensar que Herodiano y Dión eran representantes de tendencias diferentes. Dión reflejaría la forma de pensar de la antigua élite senatorial, mientras que Herodiano estaría más cerca de sectores nuevos del senado y de la clase ecuestre. Según esto cabría que nuestro historiador hubiera ascendido a senador como Elio Antípater, el *ab epistulis* frigio de Septimio Severo a quien el emperador ascendió *inter consulares* (Filóstrato, *ob. cit.,* II.24.607), o como el sofista Apsines de Gadara, contemporáneo de Herodiano, que fue honrado con los *ornamenta consularia* (P I R² A 137, 978. Véase Whittaker, *ob. cit.,* págs. XX-XXI), pero podía haber sido simplemente un procurador ecuestre como pensaron R. Sievers (art. cit., *Philologus* 26 (1867), 30-31) y E. Sommerfeldt (art. cit., págs. 568-570). En el caso de que Herodiano fuera un procurador ecuestre, el término «público» de I.2.5, según la interpretación de Cassola (art. cit., 216), podría referirse al servicio como magistrado municipal en una carrera que lo promocionaría hasta el servicio imperial en Roma.

Pero en las hipótesis de que Herodiano fuera senador o procurador ecuestre se olvida el significado del término *hypēresía,* que no suele aplicarse a altos funcionarios. En la *Historia* Herodiano

nunca utiliza este término para referirse a funciones elevadas como el consulado, la prefectura del pretorio o la urbana, el gobierno de una provincia, etc., designadas normalmente con los términos *archḗ, exousía, hēgemonía.* La palabra *hypēresía* es aplicada por lo general a cargos inferiores, como son los *auliculi* al servicio del palacio (II.5.3, V.8.2). En otros pasajes aparece referido a actividades serviles como el aprovisionamiento de las tropas o el transporte de vinos (VII.8.11, VIII.4.4), e incluso encontramos el término aplicado a los bajos y vergonzosos servicios de los aduladores de Geta y Caracalla (III.13.6) y a «servicios desleales» (III.12.12. Véase Blaufuss, *ob. cit.,* págs. 9-10). Lo mismo ocurre con la palabra *hypērétai,* servidores, que aparece tanto en el sentido propio como en el figurado con significados de escasa altura (II.8.5, II.10.2, II.10.3, III.15.2, IV.1.1, IV.5.4, IV.6.1, IV.13.4, V.8.8, VII.5.6, VII.7.3). Generalmente se refiere a esclavos o a libertos del servicio imperial.

F. A. Wolf, en el prólogo de su edición, ya sostenía la tesis de una posición social humilde de Herodiano; no imaginaba a Herodiano con experiencia senatorial, jurídica o militar. Posteriormente otros autores, con fundados argumentos, han defendido la tesis de que Herodiano era un liberto (A. v. Domaszewski, *Archiv f. Religionswissenschaft* 11 (1908), 237, n. 1; Dopp, *ob. cit.,* páginas 954-955; H. G. Pflaum, art. cit., pág. 450; Grosso, *ob. cit.,* páginas 34-5, 42; C. R. Whittaker, *ob. cit.,* págs. XXI-XXII). Herodiano estaría en la línea de libertos imperiales que fueron historiadores como fueron los casos de Timágenes, esclavo de Pompeyo, de C. Julio Higinio, liberto de Augusto, de Flegón de Tralles, liberto de Adriano, y de Crisero, liberto de Marco Aurelio, autor de una *Historia* que acababa en el año 180, fecha en la que principiaba la narración de Herodiano.

El origen servil de nuestro historiador puede deducirse de su propia obra, y se han señalado una serie de argumentos, además de los citados en torno a I.2.5, en este sentido:

a) El hecho de una falta de visión política más amplia y de fijar una especial atención en las intrigas y personajes de la corte es algo típico de un historiador liberto.

b) Su conocimiento detallado de los sucesos ocurridos en palacio permite pensar que Herodiano estaba al servicio del palacio imperial (véase I.13.1 y IV.1.5).

c) La «mentalidad fiscal» que observó Cassola *(Nuova Rivista Storica* 41 (1957), 221-2) en pasajes como I.14.2-3, VII.3.4-5, VII.12.6, era característica de los libertos, en cuyas manos estaban las finanzas y los negocios de Roma.

d) Resulta más difícil deducir la función concreta que desempeñó Herodiano. C. R. Whittaker *(ob. cit.,* págs. XXII-XXIII), sin embargo —basándose en los usos de los términos *hypēresía* e *hypērétēs* (véase D. Magie, *De Romanorum iuris publici sacrique vocabulis sollemnibus in graecum sermonem conversis,* Diss., Leipzig, 1905)— señala que el uso más común de *hypērétēs* equivale al término latino *apparitor.* Los *apparitores* eran funcionarios inferiores, entre los que se encontraban los ayudantes del emperador y los diversos escribas a cuyo cargo estaban los libros del tesoro. Whittaker piensa que la expresión *dēmosía hypēresía* significaría que Herodiano estaba al servicio del tesoro público *(aerarium tò dēmósion.* Véase D. Magie, *ob. cit.,* pág. 61, y Hdn. II.4.7, II.11.7), mientras que *hypēresía basilikḗ* se referiría al servicio de *apparitor Caesaris.* La función y la posición social de estos *apparitores* están de acuerdo con los argumentos expuestos y explican el interés de Herodiano por los temas fiscales. Sus funciones le habrían permitido, además, vivir en la corte, viajar por las provincias y tener acceso a algunos documentos senatoriales, todo lo cual le facilitaría la información para su *Historia.* Por otra parte estos libertos compartirían los intereses de clase media de las familias senatoriales y ecuestres de Roma, como se refleja perfectamente en la *Historia,* y ellos mismos podrían ascender a posiciones más elevadas (véase H. G. Pflaum, *Les carrières procuratoriennes équestres sous le haut-empire romain,* París, 1960-61, nn. 174 y 352). A partir de los datos que tenemos es difícil también en este caso llegar a conclusiones más precisas.

Conviene, finalmente, anotar unas referencias sobre el nombre de nuestro historiador. *Hērōdianós* es un derivado de *Hērṓdēs,* pero, así como Herodes es frecuente en todas las regiones donde se hablaba el griego, Herodiano está menos atestiguado (véase «Herodes» y «Herodianus» en *R. E. Pauly-Wissowa).* Entre los que se llaman Herodiano encontramos algunos casos interesantes, que podrían tener alguna relación con el historiador:

a) Herodiano de Alejandría, gramático del siglo II (véase *R.E.,* «Herodianus», VIII, pág. 959).

b) Originario de Egipto es también un Aurelius Herodianus Ptolomaeus (CIL VI 13126), que fue guardia pretoriano y murió en Roma.

c) Se pensó que el ya citado Ti. Claudius Herodianus, un senador que fue gobernador de Sicilia, tuviera algo que ver con nuestro historiador. Pero hemos visto que no era probable que Herodiano fuera senador; por otra parte se ha señalado que su conocimiento de Sicilia era imperfecto (Whittaker, *ob. cit.*, XXXV-XXXVI). Este Ti. Claudius Herodianus pertenecía seguramente a la familia de Herodes Ático, familia relacionada con los Gordianos, una razón más en contra de que fuera nuestro historiador (cf. *supra*, págs. 13 y 29).

d) En Coloe, en Asia Menor, apareció una inscripción (IGRR IV 1613) que en el año 256 hizo grabar un tal Aurelius Herodianus en la tumba de su familia. Tenía hijos y nietos, por lo que debía ser de edad avanzada, parecida a la que tendría nuestro historiador si aún vivía. Esta inscripción ha dado pie a una interesante hipótesis (véase G. Alföldy, art. cit., pág. 226), según la cual este Aurelius Herodianus podría ser un pariente de nuestro historiador, que llevaría también el nombre de Aurelius si era hijo de un liberto de Marco Aurelio o de Cómodo. Incluso podría tratarse del mismo historiador que todavía siguiera vivo en el 256. La zona en que apareció la inscripción corrobora la hipótesis, pues coincide con una de las teorías más verosímiles sobre la patria de Herodiano. De todas formas tampoco podemos permitirnos aquí una conclusión definitiva, pues las inscripciones aparecidas hasta el momento no nos ofrecen pruebas concluyentes. Herodiano sigue siendo *xénos kaì ápolis* y su identidad queda entre penumbras.

3. *La «Historia». Análisis general. Plan de la obra, método y cronología*

En la formulación de propósitos con la que Herodiano inicia su obra quedan claros una serie de puntos. La verdad y la exactitud en la investigación histórica son más importantes que el aplauso; por ello no quiere aceptar ninguna información sin pruebas ni testigos y que no se ajuste a la verdad. Su *Historia* se refiere a hechos contemporáneos, que están al alcance de la memoria de los lectores de su tiempo. Piensa, además, que será del agrado de lectores posteriores, pues considera que el objeto de su investigación es un período excepcional por el sinnúmero de situaciones cambiantes y sorprendentes que se han sucedido en un corto tiempo; es una época intensa de la que no se encuentra parangón ni en períodos más largos. Entre los elementos sorprendentes destacan las vidas de los emperadores, que fueron también más numerosos de lo que el período exigía. El plan de la obra de nuestro historiador es, precisamente, relatar lo que ocurrió durante cada una de las desiguales actuaciones de estos emperadores ordenando los hechos cronológicamente y por reinados, *katà chrónous kaì dynasteías* (I.1). Su intención es, por tanto, que los acontecimientos se sucedan en el relato de acuerdo con el orden en el que tuvieron lugar, estructurándolos, además, por reinados dentro de un marco general que, según hemos visto, es el de su propia vida y cuyo inicio coincide con la muerte de Marco Aurelio (I.2.5).

Al final del libro II Herodiano reflexiona de nuevo sobre el plan de la obra y sobre su método. Afirma que su objetivo es el relato sistemático de un período que abarca el reinado de muchos emperadores (ya vimos la polémica originada por el «setenta» de este pasaje y el «sesenta» de I.1.5) e insiste en que se refiere a acontecimientos de los que tiene conocimiento personal. Quiere que su narración siga un orden cronológico y que sea selectiva; refiriéndose a la época de Septimio Severo dice que sólo se ocupará de las acciones más sobresalientes, evitando toda adulación o elogio inmerecido, pero sin omitir nada que sea digno de mención o de recuerdo (II.15.7). En resumen, las principales preocupaciones de Herodiano, según estos dos pasajes, son:

la verdad y la exactitud en el análisis del período en el que ha transcurrido su vida, período singular que considera de gran interés para lectores posteriores.
la sistematización de los acontecimientos por orden cronológico y por reinados.
la selección de los hechos más sobresalientes evitando exageraciones y omisiones.

Al analizar la *Historia*, deberemos recordar estas preocupaciones de nuestro historiador y ver hasta qué punto ha sido fiel a sus propósitos.

Herodiano distribuyó los reinados que se sucedieron entre los años 180 y 238 en ocho libros, según el siguiente plan general:

LIBRO I:
De la muerte de Marco Aurelio a la muerte de Cómodo, con la que finaliza la dinastía de los Antoninos (marzo 180-31 diciembre del 192).

LIBRO II:
Reinado de Pértinax (1 enero-28 marzo del 193).
El trono imperial es puesto «en venta» por los pretorianos. Reinado de Didio Juliano en Roma (finales de marzo-principios de junio del 193).
Proclamación de Pescenio Níger en Siria (fines de abril del 193).
Proclamación de Septimio Severo en Panonia (a mediados de abril del 193).
Llegada de Septimo Severo a Roma (a principios de junio del 193). Didio Juliano es asesinado. Preparativos de la campaña contra Níger. Para asegurarse la fidelidad del ejército de Bretaña, nombra César a Clodio Albino.

LIBRO III:
Guerra en Oriente entre Septimio Severo y Pescenio Níger (julio 193-noviembre 194). Muerte de Níger.
Severo marcha contra Albino al que derrota en Lyon (197).
Continuación del reinado de Septimio Severo tras la muerte de sus rivales: Campaña de Oriente (197-202). Regreso a Roma (202). Conspiración de Plauciano (205). Rivalidad de los hijos de Severo: Caracalla y Geta. Campaña de Bretaña (208-211). Septimio Severo muere en York (4 de febrero del 211).

LIBRO IV:
Reinado común de Caracalla y Geta (febrero 211-febrero 212). Regreso a Roma (mayo 211). Discordia entre los hermanos. Geta es asesinado.
Reinado de Caracalla solo (febrero 212-abril del 217). Expediciones a Germania y a Oriente. Caracalla es asesinado.
Proclamación de Macrino (abril 217). Lucha de Macrino contra los partos (verano/otoño del 217. Cf. *infra*, IV.15, nota 359).

LIBRO V:
Continuación y fin del reinado de Macrino (verano/otoño del 217-mayo/junio del 218).
Intrigas de Mesa en Emesa para colocar en el trono a Heliogábalo. Reinado de Heliogábalo (mayo del 218-marzo del 222). Sus extravagancias provocan su muerte a manos de los pretorianos.

LIBRO VI:
Reinado de Severo Alejandro (marzo del 222-marzo del 235). Influencia de su madre, J. Mamea.
Asesinato de Severo Alejandro y de Mamea. El ejército proclama a Maximino: el primer emperador-soldado (marzo del 235).

LIBRO VII:
Primera época del reinado de Maximino (marzo del 235-marzo-abril del 238).
Reinado de Gordiano I y de Gordiano II (marzo del 238).
Proclamación de Pupieno y Balbino (a primeros de abril del 238).

LIBRO VIII:
Continuación y fin del reinado de Maximino, que es asesinado en Aquileya (marzo-abril 238-mayo-junio del 238).
Reinado de Pupieno y Balbino (abril 238-julio del 238).
Los pretorianos asesinan a Pupieno y Balbino y proclaman a Gordiano III (a primeros de julio del 238).

Esta distribución de la *Historia* en ocho libros fue sin duda obra de Herodiano, que solía acabar los libros con una simple fórmula de conclusión (III.15.8, V.8.10), acompañada a veces de una reflexión (I.17.2, VI.9.8, VIII.8.8), o con el anuncio de lo que iba a ser el tema del libro siguiente (II.15.7), procedimientos que podían combinarse (VII.12.9). Además, a partir del libro II, iniciaba sistemáticamente cada libro con un resumen del anterior.

En lo referente a la sistematización por reinados, lo primero que puede observarse es la tendencia a que los reinados de los diversos emperadores queden contenidos dentro de los límites de un solo libro: Cómodo (libro I), Pértinax (II), Didio Juliano (II), Geta y Caracalla (IV), Heliogábalo (V), Severo Alejandro (VI), Gordiano I y Gordiano II (VII). Las excepciones a esta tendencia se dan sólo en los relatos de tres períodos:

1. abril 193-noviembre 194: Septimio Severo y Pescenio Níger (libros II y III).
2. abril 217-febrero 218: Macrino (libros IV y V).
3. año 238 hasta la proclamación de Gordiano III: Maximino, Pupieno y Balbino (libros VII y VIII).

a) 193-194: años de guerra civil tras la muerte de Pértinax, en los que varios emperadores luchan por el poder. El relato de este período se inicia en el libro II y termina en el III. El libro II, después de ocuparse de la figura de Pértinax y de su breve reinado (II.1-5) entra en la época en la que se va a luchar por el imperio puesto «en venta» por los pretorianos y presenta a los emperadores rivales: Didio Juliano (II.6), Pescenio Níger (II.7-8) y Septimio Severo (II, 9-10); viene luego la marcha de Severo hacia Roma, el asesinato de Didio Juliano y la llegada a Roma con el castigo a los asesinos de Pértinax (II.11-14), para terminar con los preparativos de la expedición a Oriente contra Níger (II.14-15). La guerra entre Septimio Severo y Pescenio Níger, la derrota y la muerte de éste (noviembre del 194) ya se encuentran en el libro III (III.1-4). Tras la victoria sobre su rival de Oriente, el resto del libro III está consagrado a Septimio Severo, figura central en realidad de los libros II y III. Encontramos, pues, en este caso el reinado de un emperador cuyo relato se extiende a lo largo de dos libros. También aparece en los dos libros el que fue su rival durante año y medio aproximadamente (abril 193-noviembre 194: Hdn. II.7-III.4. Véase Whittaker, *ob. cit.*, vol. I, págs. 192 n. 2 y 274 n. 1).

La disposición de los acontecimientos de estos años 193-194 que presenta la *Historia* puede explicarse por la particular intensidad de este período, en el que asistimos a la proclamación casi simultánea de tres emperadores y presenciamos el progresivo triunfo de Septimio Severo sobre sus rivales. En el libro II nos encontramos en diversos escenarios casi al mismo tiempo: en Roma Didio Juliano es proclamado a fines de marzo; Pescenio Níger lo es en Siria y Septimio Severo en Panonia, ambos durante el mes de abril. En seguida se destaca la figura de Septimio Severo; la descripción de Herodiano lo presenta como el típico jefe enérgico al que sonríe la fortuna. «Era entusiasta —dice— y bien dotado para las tareas de gobierno y, acostumbrado a una vida dura y agitada, resistía fácilmente las fatigas. Era, además, perspicaz en la reflexión y rápido en la ejecución de sus proyectos» (II.9.2). Los presagios le son favorables y aparece como salvador del imperio romano (II.9.3-7). Va recorriendo los distintos escenarios para imponerse sobre sus rivales; mientras que en el libro II el marco geográfico es Occidente, en el libro III pasa a Oriente, desde donde más tarde, tras derrotar a Níger, regresará a Occidente para enfrentarse con Albino. Las proezas militares y la extraordinaria movilidad de Septimio Severo son objeto del elogioso comentario de Herodiano en el pasaje que sigue al relato de la victoria sobre Albino en el 197 (III.7.7-8). Esta excepcional capacidad de desplazamiento y las circunstancias históricas y geográficas a las que nos referimos son sin duda factores que influyen en la composición del relato de este período 193-194. Por otra parte, los sucesos subsiguientes al asesinato de Pértinax parecen estar dispuestos en una secuencia más dramática que cronológica. El orden de las proclamaciones no es, en principio, cronológicamente correcto. Parece como si Herodiano dejara para el final la presentación del triunfador, cuya energía y decisión contrastan con la apatía de sus rivales condenados al fracaso. Tras la exposición de las razones que explican el destino de Níger (II.8.9-10), se subrayan las virtudes de Severo (II.9.1-2). Puede pensarse que motivos de composición literaria están por delante de la cronología, pues sabemos que Septimio Severo fue proclamado emperador con anterioridad a la proclamación de Níger en Siria. La noticia de los acontecimientos de Roma debió llegar antes a *Carnuntum*, donde se encontraba Severo, que a Siria, y, desde luego, Severo no pudo recibir noticias de Antioquía antes de su propio *dies imperii* militar que siguió inmediatamente a la recepción de la noticia de la muerte de Pértinax. La fecha del asesinato de éste fue el 28 de marzo del 193, la noticia debió llegar a Carnunto unos diez días después, y la proclamación de Severo por las legiones de Panonia fue, según el *Feriale Duranum* («The *Feriale Duranum*», ed. por

R. O. Fink, A. S. Hoey, y W. F. Snyder: *Yale Classical Studies* 7 (1940), 1-122), el día 9 de abril. Sin embargo el orden de la narración de Herodiano (II.7-8; II.9.1-3) y las palabras que pone en boca de Severo (II.10.7) producen la impresión de que la proclamación de Severo hubiera sido posterior a la de Níger. Esta secuencia, no obstante, podría explicarse pensando que Herodiano situaba el comienzo del imperio de Septimio Severo a finales de mayo, después del reconocimiento del senado. La confirmación del senado de la decisión de los soldados tuvo lugar, en efecto, a finales de mayo, poco antes de la llegada de Septimio Severo; ante las noticias de su marcha sobre Roma el senado depuso a Didio Juliano y confirió a Severo la *apellatio imperatoris* (véase *Vita Didii Iuliani* 8.7 y Dión Casio LXXIV.17. El *Feriale Duranum* (11.10) da el 21 de mayo como *dies imperii* senatorial, fecha seguramente anticipada en unos diez días como explica Parsi (véase B. Parsi, *Désignation et investiture de l'empereur romain —Ier et IIe siècles après J. C.—*, París, 1963, págs. 166-168; C. R. Whittaker, *ob. cit.*, vol. I, pág. XLI). Al utilizar el *Feriale Duranum* debemos tener presente que la composición de este calendario militar tuvo lugar durante el reinado de Severo Alejandro, en una época de respeto al senado, respeto que compartía Herodiano. Según esto la secuencia de acontecimientos a la que nos referimos tendría una intención política: nuestro historiador habría considerado el *dies imperii* senatorial con preferencia al *dies imperii* militar, lo que en realidad no era así tratándose de un emperador impuesto por el ejército (véase B. Parsi, *ob. cit.*, pág. 155). Hay, en suma, un conjunto de razones, de composición literaria, geográficas, históricas y políticas, que permiten explicar la disposición de los acontecimientos del período 193-194 tal como los encontramos en los libros II y III de la *Historia*.

b) Otro reinado de un emperador cuyo relato se encuentra repartido entre dos libros es el de Macrino. Es un caso diferente al anterior. Septimio Severo era verdaderamente la figura central de gran parte del libro II y de todo el libro III, pero Macrino no constituye más que un enlace entre el reinado de Caracalla y la proclamación de Heliogábalo (desde IV.14 hasta V.4: abril 217-16 mayo 218, proclamación de Heliogábalo, y 8 junio 218, derrota de Macrino). Esta disposición está impuesta sin duda por exigencias de composición literaria. El libro IV se ocupa en su mayor parte de Geta y de Caracalla, que muere asesinado en el antepenúltimo capítulo (IV.13.5). El asesino es un centurión de la escolta imperial que actuó por instigación de Macrino (IV.13.2), uno de los prefectos del pretorio que tres días después es proclamado emperador por el ejército. La necesidad y las exigencias del momento, más que la confianza y el afecto, movieron a los soldados (IV.14.3). Artabano, rey de los partos, estaba avanzando contra ellos para vengarse del ultraje que le había inferido Caracalla durante el verano del 216 (IV.11.5-8). La proclamación de Macrino está, por tanto, ligada a la lucha contra los partos, que ocupa los dos últimos capítulos del libro IV y que acaba con un tratado de paz, que indemniza a Artabano, y con el regreso de Macrino a Antioquía (IV.15. Véase Whittaker, *ob. cit.*, vol. I, págs. 464-467). Se trataba de una situación provocada por Caracalla, situación que, si bien facilitó el acceso al poder de Macrino, le obligó a enfrentarse con un serio problema inmediatamente después de vestir la púrpura imperial. El libro IV concluía, pues, con el fin de Caracalla y con una guerra suscitada por su vergonzosa actuación contra los partos cuyas consecuencias debe heredar su sucesor. Podemos decir, en suma, que este libro sólo comprende la parte del reinado de Macrino que se relaciona con Caracalla. En el libro V, por el contrario, ya nos encontramos con un Macrino independizado de la herencia de Caracalla. El marco geográfico también ha cambiado; de Mesopotamia se ha dirigido a Antioquía desde donde, como primera medida, dirige una carta a Roma (V.1). En Roma el senado lo proclama emperador y el pueblo se alegra al verse libre de la difícil situación anterior (V.2.1). El programa de moderación, de seguridad y libertad que Macrino anunciaba en su carta empieza a ponerse en práctica con medidas de política interior (V.2.2). Pero en seguida la fortuna se trunca y aparecen las razones que explicarán el fracaso de aquel emperador procedente del orden ecuestre; se equivocó al no disolver las tropas y al no marchar rápidamente a Roma, y perdió el tiempo en Antioquía entre lujos que desagradaban a los soldados (V.2.3-6). A partir de aquí entran en escena las princesas fenicias, Mesa y sus hijas, que en Emesa preparan el camino a Heliogábalo (V.3). Llegan a Antioquía las noticias de Emesa y se precipita el final de Macrino (V. 4).

Herodiano sitúa, por tanto, el reinado de Macrino como camino de dos tramos entre los reinados de Caracalla y de Heliogábalo. El primer tramo está en conexión con Caracalla: asesinato de éste y proclamación de Macrino, guerra heredada contra los par-

tos; el marco es Oriente y la preocupación principal es la política exterior (libro IV). En el segundo tramo los errores de Macrino explican el fracaso de su política, a pesar de sus buenas intenciones, y conectan con la proclamación de Heliogábalo. Aquí predomina la política interior y el marco geográfico es, en buena parte, Occidente: Roma, donde el senado y el pueblo aprueban la proclamación de Macrino. Su permanencia en Antioquía, sin embargo, es el motivo que desencadena su derrota, como antes (II.8.9-10) había ocurrido con Níger (libro V).

c) Otros emperadores cuyo reinado no está contenido en un solo libro son Maximino, Pupieno y Balbino, emperadores los tres en el 238, año crítico y complicado por el que se interesa Herodiano en los libros VII y VIII, la parte más lograda de su *Historia* a juicio de algunos críticos (véase K. Dietz, *Senatus contra principem: Untersuchungen zur senatorischen Opposition gegen Kaiser Maximinus Thrax* (Vestigia, Bd. 29), Munich, 1980, pág. 35). Estos libros VII y VIII abarcan el período 235-238, desde el comienzo del reinado de Maximino hasta la subida al trono de Gordiano III, pero, en realidad, tras los tres primeros capítulos del libro VII, se centran en el 238, un año clave en la crisis del siglo III, año de seis emperadores: Maximino, Gordiano I, Gordiano II, Pupieno, Balbino y Gordiano III.

La proclamación de Maximino (marzo del 235) se encuentra al final del libro VI, poco antes del asesinato de Severo Alejandro (VI.8.5-6). En el libro VII se inicia el relato del reinado de Maximino y de las reacciones contra este emperador-soldado con el que comenzó el período de anarquía militar (235-284). La secuencia de acontecimientos tal como nos la presenta Herodiano es la siguiente:

VII.1-3: Relato de los tres primeros años del gobierno de Maximino.

VII.4: Rebelión de la aristocracia latifundista africana (hacia fines de febrero o principios de marzo del 238).

VII.5: Proclamación de Gordiano I.

VII.6: Mensajes de Gordiano a Roma. Embajada para eliminar a Vitaliano, comandante de la guarnición de Roma.

VII.7: La revolución pasa a Roma y a las provincias (véase P. W. Townsend, «The revolution of A. D. 238: The leaders and their aims», *Yale Classical Studies*, 14 (1955), 3. The Geographical extent, 66-82.

VII.8: Las noticias llegan a Sirmium, la actual Sremska Mitrovica, hacia el 21 de marzo. Maximino decide actuar contra Roma (23 marzo). Se pone en marcha (24 marzo).

VII.9: En Cartago Capeliano, legado de Numidia, leal a Maximino, se enfrenta a los Gordianos. Muerte de Gordiano I y de su hijo, Gordiano II (hacia el 22 de marzo).

VII.10: Consternación en Roma por las noticias procedentes de Cartago (a primeros de abril). El senado nombra emperadores a Pupieno Máximo y a Balbino. El pueblo obliga al senado a que proclame César a un nieto de Gordiano I, el futuro Gordiano III.

VII.11-12: Enfrentamiento en Roma entre el ejército y el pueblo. Se organiza la defensa contra Maximino.

VIII.1: Maximino llega a Emona (la actual Liubliana, al pie de los Alpes) hacia el 10 de abril.

VIII.2: Después de cruzar los Alpes llega a Aquileya hacia el 20 de abril. Aquileya le cierra las puertas.

VIII.3: Crispino organiza la resistencia de Aquileya.

VIII.4: Maximino prepara el sitio.

VIII.5: Los esfuerzos de los asaltantes no prosperan. Un mes de asedio aproximadamente (desde fines de abril a últimos de mayo o primeros de junio). Abundancia en Aquileya y malestar en el ejército de Maximino. Asesinato de Maximino (a fines de mayo o, tal vez, a primeros de junio).

VIII.6: Los jinetes que van a Roma a comunicar la muerte de Maximino se encuentran con Pupieno Máximo, que se dirige a Aquileya. Alegría en Roma.

VIII.7: Pupieno Máximo llega a Aquileya. Estancia en Aquileya y regreso a Roma.

VIII.8: El breve gobierno moderado de Pupieno y Balbino se ve truncado por la oposición del ejército. Brutal asesinato de Pupieno y Balbino. Proclamación de Gordiano III (a primeros de julio del 238).

Como vemos, el relato del reinado de Maximino se inicia en el libro VI con la proclamación, continúa en el VII y acaba en el VIII.5.9; se extiende, por tanto, a lo largo de tres libros. El reinado de Pupieno Máximo y de Balbino comienza en el libro VII (VII.10) y prosigue hasta el final del VIII. Herodiano dedica, pues,

dos libros a estos emperadores cuyo reinado dura poco más de tres años en el caso de Maximino y unos tres meses en el de Pupieno y Balbino, unos meses del crucial 238 que ocupan la mayor parte de estos dos libros. La secuencia de hechos que encontramos en la *Historia* es una fiel traducción de la realidad y resulta evidente que la preocupación cronológica preside la composición de los dos libros. C. R. Whittaker afirma con razón que «la complicadísima cronología del año 238, entre la subida al trono de Gordiano I y la de Gordiano III, puede entenderse perfectamente siguiendo el testimonio de Herodiano» (C. R. Whittaker, *ob. cit.*, vol. I, Introd., pág. XLIII). La revolución de África estalló cuando se cumplía el tercer año del imperio de Maximino (VII.4.1); a partir de esta referencia podemos pensar que la rebelión y la proclamación de Gordiano I y Gordiano II tuvieron lugar en febrero-marzo del 238, unos tres años después del 22 de marzo del 235, fecha de la proclamación de Maximino. Whittaker *(ob. cit.*, vol. II, pág. 176) piensa en los últimos días de febrero o en los primeros de marzo, mientras que R. A. G. Carson *(American Numismatic Society Centennial Publication*, 1958, 134-57) sitúa la fecha de proclamación de los Gordianos algo más tarde, hacia el 22 de marzo (con una diferencia de unos veinte días que se mantiene para los acontecimientos subsiguientes). Las noticias sobre la rebelión de Cartago debieron llegar a Roma unos diez días después, o sea, hacia el 11 de marzo, si la rebelión fue el día 1. Maximino, que estaba en *Sirmium*, debió enterarse diez días más tarde, el 21 de marzo (véase VII.8.1), y, después de dos días de reflexión (VII.8.1), al tercer día (VII.8.3), el 23 de marzo anunció su decisión de marchar sobre Roma; al día siguiente (VII.8.9), el 24 de marzo, se puso en marcha. Coincidiendo con estos hechos en África morían los Gordianos (hacia el 22 de marzo), de suerte que las noticias sobre la decisión de Maximino y sobre la muerte de los Gordianos debieron llegar a Roma de forma simultánea (toda esta cronología parte del supuesto de que el tiempo que se empleaba normalmente en los trayectos Cartago-Roma y Roma-Sirmium era de unos diez días). Inmediatamente (1 de abril) el senado nombró emperadores a Pupieno Máximo y a Balbino (VII.10). Maximino debió llegar a Emona hacia el 10 de abril y por el camino se enteró sin duda de la caída de los Gordianos (VIII.1.4-5). Llegó a Aquileya hacia el 20 de abril e inició el asedio que concluiría con su muerte, probablemente a finales de mayo. Un mes más tarde (hacia el 8 ó

9 de julio) también morirían asesinados Pupieno y Balbino y Gordiano III sería proclamado emperador. Toda esta secuencia concuerda perfectamente con la única fecha segura que tenemos: el 29 de agosto del 238. En esta fecha Gordiano III era el único Augustus y las monedas de Alejandría con el año I del reinado de Gordiano III ya habían sido acuñadas; las noticias de Roma, por lo tanto, debían haber llegado algo antes de esta fecha, dando tiempo a la acuñación (véase J. Vogt, *Die alexandrinischen Münzen*, vol. I, Stuttgart, 1924, 193). El reinado de Pupieno y Balbino duró algo más de tres meses según diversas fuentes *(Chronographus anni* 354 —Mommsen, *Chron. Min.* 1.147—: 99 días; *Chronicon Paschale* —1.501 Bonn—: 100 días; Zonaras 12.17: tres meses). Si su proclamación fue el 1 de abril, su muerte debió ocurrir, como hemos dicho, hacia el 9 de julio. La noticia de esta muerte y de la proclamación de Gordiano III llegaría, por lo tanto, a Alejandría a primeros de agosto (teniendo en cuenta que para el viaje Roma-Alejandría eran necesarios unos veintiocho días). Se procedería entonces a la primera acuñación de monedas de Gordiano III, acuñación corta como lo demuestra el escaso número de monedas halladas. (Para otros testimonios procedentes de Egipto cf.: POxy. 1433.II; P. W. Townsend, «A Yale Papyrus and a Reconsideration of the Chronology of the Year 238 A. D.», *American Journal of Philology*, 51 (1931), 62-66; J. R. Rea, *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 9 (1972), 1-19).

En suma, cuando cotejamos la *Historia* de Herodiano con otras fuentes, nuestro historiador nos parece la fuente más importante para el estudio de la cronología del 238 (cf. P. W. Townsend, art. cit., *Yale Classical Studies* 14 (1955), 49). Su valor es, desde luego, muy superior al de las biografías correspondientes a esta época de los *Scriptores Historiae Augustae*. La problemática sobre esta cronología podemos encontrarla en P. W. Townsend, «The Chronology of the Year 238 A. D.», *Yale Classical Studies* 1 (1928), 231 y sigs.; C. E. van Sickle, «Some Further Observations on the Chronology of the Year 238 A. D.», *Classical Philology* 24 (1929), 285-289. P. W. Townsend, art. cit., *American Journal of Philology* 51 (1931), 62-66; G. Vittucci, «Sulla cronologia degli avvenimenti dell' 238 d. C.», *Rivista di Filologia e di Istruzione Classica* 32 (1954), 372-382; R.A.G. Carson, art. cit.; C. R. Whittaker, *ob. cit.*, vol. II, págs. 174 y sig., 186 y sig., 205, 212 y sig., 271, 285 y 309; X. Loriot, «Les premières années de la grande crise du III[e] siècle: De l'avènement

de Maximin le Thrace (235) à la mort de Gordien III (244)», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* 2, 1 (1975), 657-787; X. Loriot, «Les Fasti Ostienses et le dies imperii de Gordien III», *Mélanges d'histoire ancienne offerts a W. Seston*, París, 1974, 297-312. Una síntesis de las diversas cronologías propuestas se halla en el apéndice 1 del libro de Karlheinz Dietz, *Senatus contra principem (ob. cit.*, págs. 345-347).

Estos tres períodos a los que nos hemos referido ofrecen, pues, excepciones a la regla de que en la *Historia* los relatos de los distintos reinados no sobrepasan los límites de un libro. Son casos, valga la redundancia, verdaderamente excepcionales. En uno aparecen tres emperadores en un mes (de fines de marzo a últimos de abril del 193); en otro Roma tiene cinco emperadores en los cuatro meses que preceden a la proclamación de Gordiano III (de marzo a primeros de julio del 283). En el caso de Macrino hemos visto las razones por las que pensamos que el relato de su reinado se repartía entre los libros IV (Caracalla) y V (Heliogábalo). Pero, hay, además, algunos puntos que nos llaman la atención cuando consideramos estos períodos dentro del conjunto de la obra de Herodiano. La *Historia* abarca en realidad cincuenta y ocho años y unos cuatro meses (desde el 17 de marzo del 180 al 9 de julio del 238). La parte correspondiente a los tres períodos en cuestión comprende en total seis años (abril 193 - noviembre 194: un año y siete meses; abril 217 - mayo/junio 218: un año y dos meses; marzo 235 - primeros de julio del 238: tres años y unos cuatro meses). Ahora bien, si nos fijamos en el espacio que ocupa el relato de estos seis años vemos que es de cuarenta y un capítulos (II.6.15, III.1-4, IV.14-15, V.1-4, VI.9, VII.1-12 y VIII.1-8), lo que supone mucho teniendo en cuenta que la *Historia* tiene en total noventa y nueve capítulos (a un período de tiempo que es aproximadamente un 10 % del total se dedica un espacio de alrededor de un 40 %). Este desequilibrio resalta aún más si nos ceñimos, por una parte al período crítico de los tres emperadores hasta la muerte de Didio Juliano y la llegada de Septimio Severo a Roma (fines de marzo - primeros de junio del 193), y, por otra, a los cuatro meses cruciales del 238 (desde marzo a primeros de julio). Los dos meses del 193 ocupan diez capítulos y los cuatro del 238 se extienden a lo largo de diecisiete capítulos: unos seis meses en veintisiete capítulos. (Herodiano dedica, pues, alrededor del 27 % de su *Historia* a un 0,8 % del tiempo abarcado). De estos cálculos podemos extraer la conclusión de que nuestro historiador se interesó más por los períodos críticos que por los largos reinados. No olvidó su preocupación por seleccionar los hechos más sobresalientes (II.15.7) y supo comprender la importancia capital de los acontecimientos del 238, de los que nos ofreció una acertada visión.

En el relato de estos períodos, especialmente en el del 238, creemos apreciar, además, una atención más puntual de Herodiano a la realidad de los hechos y una mayor preocupación por la precisión cronológica, al menos en lo que respecta a una secuencia correcta de los acontecimientos. Por el contrario, su preocupación parece menor cuando se trata de períodos más largos, en los que a veces nos sorprenden algunas omisiones, o cuando nos da cantidades como las de la duración global de los reinados. En estos casos se ha observado la tendencia de Herodiano a redondear dichas cantidades: I.17.12, Cómodo: 13 años; III.15.3, Septimio Severo: 18 años; IV.13.8, Caracalla: 6 años; V.8.10, Heliogábalo: 6 años; VI.9.8, Severo Alejandro: 14 años; VII.4.1, Maximino: 3 años (cuando faltaban unos meses para concluir su reinado); la suma, sin contar el año de Macrino, por razones que expondremos a continuación, ni los meses de Pértinax, da los sesenta años que aparecían en I.1.5 como duración total de la *Historia*, redondeando también los cincuenta y ocho años y unos cuatro meses de

su duración real. (Para las duraciones de los reinados cf. notas a I.17.2, II.4.5, III.15.3, IV.13.8, V.2.2, V.3.1, V.8.10, VI.2.1, VI.9.3, VI.9.8 y VII.4.1). En algunos casos se ha pensado incluso en distracciones de Herodiano o en errores, que podrían imputarse también a la transmisión de los manuscritos (véase F. Cassola, «Note critiche al testo di Erodiano», *Rendiconti dell'Accademia di Archeologia, Lettere e Belle Arti di Napoli* 38 (1963), 139-143). Así pueden explicarse los errores de bulto como son los casos de la duración de los reinados de Heliogábalo y de Severo Alejandro (seis y catorce años en la *Historia* frente a unos cuatro y trece, respectivamente, en la realidad: cf. notas a V.8.10 y a VI.9.8), aunque tampoco en estos casos faltan explicaciones que intentan justificar las cifras que nos da Herodiano (véase Whittaker, *ob. cit.*, vol. II, pág. 73, n. 3). La cantidad que se refiere a Heliogábalo, por ejemplo, sería correcta en el supuesto de que el punto de partida para ella fuera la fecha de la muerte de Caracalla (abril del 217). Si esto fuera así, el asesinato de Heliogábalo (marzo del 222) habría tenido lugar efectivamente en el sexto año de su reinado. Este procedimiento de datación se basaría en la *damnatio memoriae* de Macrino. Pensamos, además, que esto se relacionaría con lo que dijimos antes respecto a la distribución del reinado de Macrino en dos partes, una como prolongación del de Caracalla y otra ligada a la proclamación de Heliogábalo. Sería como si el reinado de Macrino no contara.

En general Herodiano se preocupa más por la cronología relativa que por la absoluta y las indicaciones de fechas exactas no son tan numerosas como desearíamos. Entre los procedimientos de datación que utiliza podemos señalar los siguientes: indicación del día (I.16.1, IV.15.4, VII.8.3, VII.8.9), del año (VI.2.1, VII.4.1), de las estaciones (V.5.3, VI.5.5, VII.4.2), de la edad (VII.5.2, VIII.8.8), de las fiestas (I.10.5, I.16.1-2, VIII.8.3) y de los momentos del día (II.2.2, II.2.10, II.5.2, III.4.4, VII.6.6, VII.6.7: son muy frecuentes las indicaciones de este tipo aplicadas, con un interés más dramático que cronológico, a hechos como asesinatos, rebeliones, etc., en los que la hora —el amanecer, la noche...— parece jugar un papel importante). En las notas nos ocuparemos de algunos de estos pasajes con referencias cronológicas.

Se ha reprochado a Herodiano la vaguedad de algunas de sus indicaciones cronológicas (por ejemplo, K. Fuchs, art. cit., *Wiener Studien* 17 (1895), 248 y sig. y *Wiener Studien* 18 (1896), 229 y sig.; Whittaker, *ob. cit.*, vol. I, Introd., págs. XL y sig.). A veces parece que escribe de memoria y con absoluta despreocupación utilizando expresiones como: «durante unos pocos años» (I.8.1), «no mucho después» (I.9.7), «después de uno o dos días» (II.6.3), etc. Imprecisiones como éstas y otras a las que ya nos hemos referido o a las que aludiremos en las notas no satisfacen a un historiador moderno, pero debemos pensar que la concepción cronológica de Herodiano, como la de muchos historiadores de la Antigüedad, era diferente de la nuestra. Lo importante era establecer un orden que hiciera inteligibles los acontecimientos en su encadenamiento, y esto lo consiguió Herodiano a pesar de algunos errores e imprecisiones. En relatos como el del año 238 acertó plenamente y hoy debemos acudir a los libros VII y VIII como fuente principal e indiscutible. En otros casos nos encontraremos con algunas inexactitudes debidas a una serie de causas: carácter dramático de la narración y tendencia a la catalogación de sucesos con un criterio selectivo —causas de errores cronológicos y de omisiones—, exigencias geográficas, históricas o políticas, insuficiente información del historiador respecto a algunos períodos o acontecimientos, errores en la transmisión de los manuscritos... Pero, en conjunto, veremos que las imprecisiones cronológicas de la *Historia* tienen una im-

portancia mucho menor de lo que algunos críticos han querido suponer.

Es posible que tengan una mayor importancia las omisiones, por las que Herodiano ha sufrido algunas críticas (véase Whittaker, *ob. cit.*, vol. I, Introd., págs. XLVIII y sig.). El mismo historiador, sin embargo, parece consciente de ellas cuando al final del libro II nos expone su método de investigación histórica. En un pasaje al que ya hicimos alusión (II.15.6-7), refiriéndose al reinado de Septimio Severo dice: «Muchos historiadores y poetas, que han hecho de la vida de Severo el tema de toda su obra, han presentado con mayor amplitud las etapas de esta expedición [contra Níger], los discursos que pronunció Severo en cada ciudad, la aparición de frecuentes signos de la divina providencia, la descripción de los lugares recorridos, la disposición de las tropas... Pero mi objetivo es relatar sistemáticamente los sucesos de un período... que abarca el reinado de muchos emperadores, sucesos de los que tengo conocimiento personal. En consecuencia sólo presentaré una narración por orden cronológico de las acciones... más sobresalientes...». Es como si aquí Herodiano quisiera salir al paso de las omisiones que se le imputan, de las que precisamente hay varios ejemplos en el relato del reinado de Septimio Severo (III.5: omisión de la expedición contra los partos del año 195; III.9: tras la segunda campaña contra los partos, omite las visitas de Severo a Palestina, Arabia y Egipto —cf. Whittaker, *ob. cit.*, vol. I, pág. 325, n. 4—; omisión del viaje a África en 203-204. Véase J. Hasebroek, *Untersuchungen zur Geschichte des Kaisers Septimius Severus*, Heidelberg, 1921, págs. 132-135). Son omisiones imputables en gran medida al carácter altamente selectivo de la *Historia*, al que se debía asimismo la discordancia entre el tiempo historiado y el espacio que este tiempo ocupa en la obra. Todo ello motiva, sin duda, una cierta desigualdad en valor

histórico y literario entre diversas partes de la *Historia*. Pero si es cierto que hay algunas omisiones importantes, no es menos cierto que también hay informaciones que no aparecen en otras fuentes de la época (por ejemplo la insurrección de Materno en el año 187 —Hdn. I.10—, confirmada por descubrimientos epigráficos y arqueológicos. Cf. *L'Année Epigraphique* (1956), 90; Louis, *Revue Archéologique* 11 (1938), 253). Son informaciones importantes que compensan las omisiones.

Una vez planteadas todas estas reservas respecto a su cronología y a sus omisiones, podemos llegar a la conclusión de que en líneas generales Herodiano ha sido fiel a su programa y a las preocupaciones formuladas en I.1 y en II.15. Sistematiza los acontecimientos por reinados y en la presentación de los tres períodos conflictivos, a los que nos hemos referido especialmente, sabe seguir el curso de los acontecimientos conjugando diversos criterios (cronológicos, dramáticos, geográficos, políticos...) y llevándonos de una escena a otra en una secuencia muy cercana a la realidad. La aportación que Herodiano supone para el estudio del siglo III resulta muy válida y pensamos que en su preocupación por la verdad, por la objetividad (cf. *infra*, págs. 50 y sigs.) y por la precisión cronológica consigue aciertos de mayor peso que sus inexactitudes, circunstancia que explica la revalorización actual de nuestro historiador (cf. *infra*, págs. 70-72). La *Historia* de Herodiano es, por tanto, una fuente primordial para el estudio del siglo III, a la altura, por lo menos, de Dión Casio y superior a los *Scriptores Historiae Augustae*. Todos ellos son fuentes cuyas informaciones, como las de tantos otros historiadores de la Antigüedad, deben cotejarse con los datos procedentes de inscripciones, papiros o monedas y con todos los conocimientos que nos ofrece la historiografía sobre los acontecimientos y los personajes de su época. (Véase L. J. Piper. «Why read Herodian?», *Classi-*

cal Bulletin 52 (1975), 24-28; Whittaker, *ob. cit.*, vol. I, pág. XXXIX; Cassola, «Sull'attendibilità dello storico Erodiano», *Atti dell'Accademia Pontaniana* 6 (1957), 191-200).

4. *Herodiano entre la objetividad histórica y los ideales de la aristocracia antonina. El historiador y su época*

Pensamos que Herodiano se esfuerza en ser objetivo y en comprender motivos y posturas de diverso signo. Así, por ejemplo, describe con interés las cualidades militares de Septimio Severo (II.14.2, III.8.3, III.8.8, cf. *supra*, pág. 37), de Caracalla (IV.12.2, V.2.5) y de Maximino (VI.8.1-3, VII.2.6-8), a pesar del espíritu antimilitarista que manifiesta en otras ocasiones (II.5.9. II.6.14, VIII.8.6-8, etc.). Otro ejemplo lo tenemos en su visión de Pescenio Níger, de Macrino y de Severo Alejandro. La concepción política de Herodiano lo lleva a ponerse de parte de estos emperadores respetuosos con el senado. No por ello deja de criticar, sin embargo, su ineficacia y los errores de su gobierno. Lo mismo podemos decir respecto a Pupieno y Balbino; Herodiano apoya su postura pero critica su absurda rivalidad (VIII.8.4-5), causa del desprestigio de la institución que representan y de su propia ruina.

Esta objetividad hay que verla, sin embargo, dentro del marco de la época, con las limitaciones propias de unos historiadores sometidos a relaciones de patronazgo (cf. *supra*, pág. 29). Incluso en los casos en los que el historiador parece alcanzar unos niveles de objetividad e imparcialidad, no podemos dejar de preguntarnos para quién escribe o qué postura representa. Hay que ver, en suma, cuál es la filosofía política de la obra.

En el caso de Herodiano lo primero que nos llama la atención es que toda la *Historia* está dominada por

la figura de un gran ausente, Marco Aurelio. Herodiano mira a todos sus sucesores a través de los ideales del emperador filósofo; los emperadores que le sucedieron se apartaron de estos ideales y de la concepción política de Marco. De ahí sus errores y de ahí la progresiva decadencia del imperio, que Herodiano contempla con tristeza. En esta visión pesimista de la decadencia de su tiempo explicada por la ausencia de un gran jefe podemos pensar en un precedente ilustre, al que Herodiano tuvo presente en más de una ocasión: Tucídides. También la *Historia* de Tucídides está presidida por un gran ausente, Pericles, muerto dos años y medio después del inicio de la Guerra del Peloponeso. Tucídides admira a Pericles y también contempla a sus sucesores en relación a Pericles, símbolo de los ideales de Atenas y estadista en quien se conjugan la moderación y la prudencia con la inteligencia, la energía y la previsión. Su muerte acarreará, según la visión de Tucídides, la derrota y la decadencia de Atenas. Algo similar ocurre en la *Historia* de Herodiano respecto a Marco Aurelio, que, además de aparecer en los primeros capítulos, es citado en muchas ocasiones a lo largo de la obra. Después de Marco el imperio entrará en una época de conmociones y de continuos cambios (I.1.4). Herodiano va diseñando mediante los comentarios relativos a Marco el ideal de gobernante *(optimus princeps.* Cf. *supra*, página 15) en comparación con el cual juzga a los emperadores que se van sucediendo hasta llegar a Gordiano III. Marco Aurelio se preocupa por la cultura y la educación (I.2, I.3): pone todos los medios para la formación de su hijo (I.2.1), es un enamorado de la literatura antigua y es autor de diversas obras (I.2.3), se interesa por las enseñanzas de la historia (I.3.2), numerosos sabios son el fruto de su época (I.2.4). Su conducta prudente da credibilidad a su filosofía (I.2.4). (Véase Marco Aurelio, *Meditaciones*, trad. de R. Bach e introd. de C.

García Gual, Madrid, Bibl. Clás. Gredos, 1977, págs. 7 y sigs.). Para sus hijas no busca a patricios de «largas genealogías» ni a hombres ricos, sino que quiere tener «yernos de carácter ordenado y de vida sobria» (I.2.2); el esfuerzo personal es una cualidad superior a la riqueza y a la nobleza de nacimiento (V.1.8). Une el valor y la moderación en todas sus acciones y conjuga las virtudes militares y las políticas (I.2.5). Respecto a sus súbditos es magnánimo y moderado (I.2.4, I.4.4-5); su accesibilidad contribuye a su popularidad (I.2.4) y se preocupa por la felicidad de su pueblo (II.14.3). Por el contrario, inspira miedo a los enemigos del imperio romano y, si es preciso, los vence por las armas (I.3.5). Es valiente (I.2.5) y sus soldados lo consideran un compañero (I.5.5). Respecto al senado es respetuoso; ningún senador es condenado a muerte, no hay confiscaciones ni delaciones (II.14.3, V.2.2, VI.1.7) y los senadores pueden vivir sin miedo (II.4.2) y en libertad (V.1.8, V.2.2), según el ideal estoico (cf. K. Dietz, *ob. cit.*, pág. 314). Los *amici* que le asisten con su consejo tienen un importante papel (I.4.1, I.8.1, V.1.8); es una *aristokratía* en la que se evitan los riesgos del poder personal (I.2.2, I.3.5, II.14.3). Estos son algunos de los rasgos del ideal que se encarna en Marco Aurelio; constituyen el punto de referencia al que acude siempre Herodiano cuando analiza los reinados de sus sucesores. Ninguno de estos reinados fue digno del modelo. Marco miraba el futuro con temor y los hechos le dieron la razón. Su hijo Cómodo cayó en la tiranía y en los excesos; en seguida provocó la enemistad del senado y el miedo de los súbditos; su conducta fue irresponsable y se mostró débil frente a los enemigos exteriores; aparecieron las delaciones, las confiscaciones, el malestar del pueblo, en suma, y su gobierno se fue degradando hasta acabar en el asesinato. Pértinax fue un frustrado intento de volver a los ideales de Marco (II.4.1-3), pero suponía una ruptura de la sucesión hereditaria y no tenía de su parte a los pretorianos (II.4.4 s., II.5). Vino luego la vergonzosa venta del imperio al mejor postor, Didio Juliano, con lo que se provocó la rebelión de los ejércitos de las provincias. Como hemos visto unos proclamaron a Septimio Severo y otros a Níger. Fue la guerra civil. Severo se erigió en defensor del senado, vengador de Pértinax y salvador del imperio. Tras vencer a Níger, tuvo que dirigirse contra un nuevo rival, Clodio Albino. Después de acabar con él, cambió su política respecto al senado debido a que muchos senadores habían apoyado a Albino. Tuvo entonces que asegurarse la lealtad del ejército mediante generosos donativos. Se había desencadenado un peligroso proceso que Herodiano comenta con estas palabras: «A partir de este momento [el asesinato de Pértinax]... la moral de los soldados empezó a corromperse. Una insaciable y vergonzosa codicia y el desprecio de la dignidad imperial fueron sus maestros. El hecho de que nadie castigara a quienes tan cruelmente se habían atrevido a matar a un emperador, ni hubiera quien impidiera una tan indecente subasta y venta del imperio, fue la primera causa de una escandalosa situación de indisciplina destinada a prolongarse. La afición de los soldados por el dinero y el desprecio por sus emperadores, hasta el extremo de llegar al asesinato, fueron continuamente en aumento» (II.6.14). Con esta situación se encontró Severo, que poseía muchas cualidades: inteligencia, valor, decisión..., pero que se caracterizó también por importantes aspectos negativos: codicia (III.8.7-8), asesinatos y confiscaciones (III.4.7, III.8.2, III.8.7), terror (III.8.2-3, III.8.8)... Severo se esforzó por lograr una continuidad en el imperio y fundar una dinastía, pero fracasó en la educación de sus hijos. Tras su muerte en Bretaña, la rivalidad de Caracalla y Geta se encontró sin ningún impedimento y Caracalla asesinó a su hermano. Fue luego un tirano cruel y vio-

lento que permitió cualquier licencia a los pretorianos y que mediante larguezas procuró mantener a su lado al ejército; pero el senado lo detestaba y al fin cayó asesinado por orden de Macrino, prefecto del pretorio. El ejército de Oriente proclamó emperador a Macrino, pero éste conservó poco tiempo el poder; prevaleció el sentimiento dinástico, fue abandonado por todos y el ejército proclamó a Heliogábalo, nieto de una cuñada de Severo, un degenerado que se rodeó de sicofantas y que humilló al senado y a los ecuestres. Llegó a tales extremos que su propia abuela, Julia Mesa, preparó su asesinato y el nombramiento de otro nieto, Alejandro Severo. La *Historia Augusta* y la historiografía de la época hicieron de este emperador un símbolo del respeto a las tradiciones aristocráticas y al senado. Herodiano comparte este criterio (VI.1.2), pero nos ofrece una visión más negativa en la que destacan la incapacidad militar y la debilidad de Alejandro Severo. Esto es una prueba de su objetividad y hoy la crítica le da la razón a nuestro historiador (cf. Guido Clementi, *Guida alla storia romana,* Milán, 1977, pág. 271). Los sucesores de Septimio Severo fueron gobernantes jóvenes e inexpertos en muchos aspectos, pero sobre todo en el militar. En el caso de Severo Alejandro la guerra contra el persa Artajerjes precipitó su ruina. La propaganda oficial presentó a Severo como vencedor, pero es precisamente el relato de Herodiano el que nos acerca a la verdad poniendo en evidencia sus errores estratégicos. A partir de entonces los soldados ya no confiaron en él y fue asesinado por Maximino, el instructor de reclutas, quien desde un origen humilde, tras una brillante carrera militar, llegó a la dignidad imperial (VI.8). Maximino fue el primer emperador-soldado y supuso una ruptura tremenda respecto a las tradiciones. Inmediatamente se desembarazó de todos los consejeros de Alejandro, que habían sido elegidos por el senado, institución por la que

mostró un desprecio absoluto (VII.1.2). Su actividad fue esencialmente militar, combatió a los germanos y, tras su victoria en esta contienda, permaneció en Panonia, sin dirigirse a Roma. Entretanto se organizó la reacción del senado y en el 238 el conflicto estalló en África. Roma organizó la resistencia contra Maximino que se decidió a marchar sobre Italia. La aristocracia senatorial, tras la muerte de los Gordianos en África, nombró a sus emperadores, Máximo Pupieno y Balbino. Aquileya detuvo el avance de Maximino y el ejército se dio cuenta de sus limitaciones. Maximino fue asesinado, pero poco después, en una especie de contrapartida, Pupieno y Balbino también eran víctimas de la violencia. La única solución que quedaba era un muchacho de trece años, Gordiano III, con el que concluye la *Historia* de Herodiano. Es una conclusión que refleja sin duda el desaliento del historiador que se dio cuenta de cuán justificado era el temor de Marco Aurelio y que fue contemplando cómo desde una edad de oro se llegó a aquel fin desesperanzador.

Todos los comentarios de Herodiano sobre el gobernante ideal y sobre la figura de Marco Aurelio no eran un simple ejercicio retórico, sino que servían a una importante causa política de su época, la de la aristocracia senatorial antonina (véase Whittaker, *ob. cit.*, I, páginas LXXI-LXXXII). A esta aristocracia pertenecieron familias como los *Claudii Severi* y los *Claudii Pompeiani* (véase K. Dietz, *Senatus contra principem...*, págs. 124 sig., 127, 128, 334 sig., 354-55, 377), a las que pertenecían aquellos hombres «de carácter ordenado y vida sobria» (Hdn. I.1.2) elegidos por Marco Aurelio como yernos (cf. H. G. Pflaum, «Les gendres de Marc-Aurèle», *Journal des savants*, 1961, 28-41) y sus nietos *Claudius Pompeianus, L. Ti. Claudius Aurelius Quintianus* y *Cn. Claudius Severus,* cónsules en el 231 el primero y en el 235 los dos últimos. Algunos de ellos debían figurar

sin duda entre los consejeros de Alejandro Severo despachados por Maximino (VII.1.3). Entre estas relevantes familias antoninas estaban los *Statii* y los *Barbii*, comerciantes de Aquileya interesados sin duda en el relato de Herodiano sobre la resistencia de su ciudad (véase A. Calderini, *Aquileia romana*, Milán, 1930, páginas 467-68 y 548-550; K. Dietz, *ob. cit.*, págs. 161 y sig., 225, 336 y sig.), los *Bruttii Praesentes* (K. Dietz, *ob. cit.*, páginas 161 y sig., 336), los *Fulvii Aemiliani* (K. Dietz, *ob. cit.*, págs. 160 y sig., 368), etc. Miembros de esta aristocracia fueron hombres que destacaron por su oposición a Maximino como *C. Petronius Magnus*, organizador de una conspiración en el 235 (Hdn. VII.1.5. Cf. K. Dietz, *ob. cit.*, pág. 188), *L. Flavius Honoratus*, que dirigió la sublevación de Mesia Inferior contra Maximino (cf. K. Dietz, *ob. cit.*, 156-158; P. W. Townsend, «The revolution of A. D. 238..., *Yale Classical Studies*, 14 (1955) 90; G. M. Bersanetti, *Studi sull imperatore Massimino il Trace*, Roma, 1940, reimpr. 1964, págs. 41-2), *Rutilius Pudens Crispinus*, defensor de Aquileya (cf. K. Dietz, *ob. cit.*, págs. 210-226), etc. Estas familias sufrieron dolorosas experiencias durante los reinados de los emperadores que se apartaron de los ideales de gobierno antoninos, y reaccionaron siempre que les fue posible. Así se explican hechos como la conspiración de Lucila, su ejecución y el exterminio de aristócratas ordenado por Perennis durante el reinado de Cómodo (I.8), la dura reacción de Septimio Severo contra el senado después de su victoria sobre Albino (III.8), los asesinatos de Caracalla después de eliminar a Geta (III.15.4, IV.5.7-6.4), las ejecuciones de Heliogábalo (V.6.1) y la actitud de Maximino respecto al senado y a los consejeros de Severo Alejandro (VII.1.3-4). Algunas de estas familias antoninas eran originarias de Grecia o de Asia y mantenían relaciones con sus tierras de origen. Bajo su patronazgo se organizaban círculos literarios y no

sería extraño que un historiador como Herodiano estuviera ligado a una de estas familias cuyos ideales culminaron en la oposición contra Maximino el Tracio, de la que nuestro historiador nos ha dejado un brillante relato.

En la *Historia* podemos ver los diversos factores del proceso que motiva el desaliento de Herodiano en la conclusión. Al final de la «edad de oro» de los Antoninos el imperio romano ya se enfrenta a problemas muy serios que preludian la crisis del siglo III. En el mismo reinado de Marco Aurelio con las numerosas dificultades exteriores, ya apuntan los problemas militares, políticos y económicos. Pero el mayor problema surge con la sucesión. A Marco Aurelio no le sucede el hombre más apto tal como había ocurrido con los anteriores emperadores antoninos; por desgracia tenía un hijo, un irresponsable con el que se agravaron los problemas. Cómodo ya murió asesinado, como muchos de los emperadores que le sucedieron, y consecuencias de su reinado fueron la «subasta» del imperio y la guerra civil del 193. La paz y el bienestar de la era de los Antoninos habían terminado y el imperio ya estaba por los suelos; existía una clara conciencia de crisis y decadencia, por lo que empezó a proclamarse la necesidad de una restauración tal como vemos en el discurso que Herodiano pone en boca de Septimio Severo (II.10.3-9): «Este imperio —dice— fue gobernado con dignidad hasta la época de Marco, y era mirado con respeto. Cuando cayó en manos de Cómodo empezaron los errores...». Luego, en II.13.6, reprocha duramente a los pretorianos la degradación del imperio que ellos han provocado con el asesinato de Pértinax. La idea de devolver la dignidad al imperio y de restablecer la prosperidad del pasado es un tópico a lo largo del siglo III. Pero restablecer este feliz pasado es sumamente difícil; las circunstancias han cambiado, el equilibrio de fuerzas se ha roto y ya no

surgen emperadores «completos», con todas las cualidades del «optimus princeps» estoico encarnado en Marco Aurelio, capaces de devolver la antigua grandeza. Este parece ser el mensaje desilusionado de la *Historia* de Herodiano. En ninguno de los emperadores de su época se dieron las condiciones necesarias. Unos fueron auténticos tiranos y otros, que fueron respetuosos con el senado y con las tradiciones e ideales de la época anterior, pecaron de inexperiencia o de debilidad y no contaron con el apoyo del ejército. Esta falta de prestigio y autoridad en la cúspide del imperio se vio agravada por problemas como la recesión económica, la crisis agraria y la concentración de la propiedad, el aumento del gasto público y lo desórdenes sociales y políticos.

G. Alföldy («The crisis of the 3rd century as seen by contemporaries», *Greek, Roman and Byzantine Studies* 15 (1974), 89-111) ha estudiado una serie de factores fundamentales para comprender la crisis y los cambios del siglo III. Son factores que se reflejan perfectamente en la *Historia* de Herodiano:

El carácter autoritario de la monarquía cuyo poder aumentó a expensas del senado (paso del principado al dominio). Véase III 8.4-7: Tras la victoria sobre Albino, Septimio Severo concede privilegios al ejército y castiga duramente al senado.

La inestabilidad del poder imperial que, a pesar de su autoritarismo, se ve sometido a intrigas, usurpaciones y asesinatos. Véase I.1.4-5, donde Herodiano insiste en los continuos cambios en el poder característicos de su época.

El creciente poder del ejército (II.6.14. Cf. *supra*, pág. 53).

El predominio militar y político de las provincias. En I.1.4 Herodiano destaca el hecho de que en su época las conmociones en las provincias fueron frecuentes. En las provincias se apoyaron diversos emperadores: Septimio Severo en Panonia, Níger en Siria, Maximino en Iliria y Tracia, y Gordiano en África (véase S. Takahashi, «Herodian's Observations on Nationalities and Armies in the Roman Empire», *Journal of Class. Stud. of Japan* 3 (1955) 95 s.). Altheim da mucha importancia a la presión de los pueblos de las provincias (cf. F. Altheim, *Die Soldaten Kaiser*, Frankfurt, 1939).

Las profundas transformaciones sociales (véase I.12.3-4, III.8.7, V.7.7).

Los problemas económicos (I.12.4, IV.4.7).

Los problemas demográficos (I.12.1).

La crisis moral y religiosa (I.6.1-2, V.5.7-10, V.6, V.7.7).

Las invasiones bárbaras, a las que Dión Casio no da todavía la importancia que tienen. Herodiano, por el contrario, considera a persas y germanos como enemigos de la misma potencia que Roma (IV.14.6, VI.2.3 s.).

Algunos de estos problemas ciertamente no eran nuevos. Pero lo que entonces resultaba más grave era que todos se presentaban a la vez. En ninguna época anterior, nos dice Herodiano, hubo tantos cambios, conmociones y situaciones sorprendentes (I.1.4-5). Nuestro historiador se dio cuenta, pues, de todos estos factores reseñados y reaccionó ante ellos como la aristocracia de su época: entusiasmo por el ideal que Marco Aurelio representaba y simpatía por los emperadores senatoriales. Supo hacerlo, sin embargo, con un grado aceptable de objetividad; reconoció aspectos positivos de posturas contrarias a la suya, vio los errores de estos emperadores senatoriales y comprendió las limitaciones y dificultades de su ideal político, lo que le condujo a una conclusión pesimista.

5. *Las fuentes.*

F. Cassola abordó el estado de la cuestión y la bibliografía sobre las fuentes de Herodiano en un artículo calificado de lúcido por Whittaker (véase F. Cassola, «Erodiano e le sue fonti», *Rendiconti dell' Accademia di Archeologia, Lettere e Belle Arti di Napoli*, 32 (1957), 165-172; Whittaker, *ob. cit.*, vol I, introd., págs. LXI-

LXXI). Iniciaba Cassola su análisis denunciando los criterios excesivamente rígidos y limitados que presiden la crítica de las fuentes en el campo de la historiografía griega y romana. Según estos criterios todo historiador antiguo tendría o una sola fuente o una fuente principal que en algunos pasajes estaría contaminada por otra fuente secundaria. Esta fórmula resulta muy cómoda: siempre puede pensarse que el escritor A es la fuente principal del escritor B si se admite que todos los pasajes en los que A y B no coinciden se deben al uso ocasional de otras fuentes por parte de B. Sin embargo el asunto no es tan secillo y quienes piensan que es siempre posible identificar y catalogar las fuentes de un historiador antiguo parten de una serie de presupuestos falsos. Suponen que en la Antiguedad se escribieron pocos libros y que los lectores eran escasos; piensan que la cultura de un historiador antiguo era comparable a la de un estudioso que tendiera a basarse en una sola fuente o que se limitara, cuando un tema había sido tratado por varios predecesores, a contentarse con aquel que le pareciera mejor, procedimiento aplicable a los escritores medievales pero inaceptable tratándose de los clásicos. Así, los críticos de Herodiano que han seguido estos criterios se han esforzado por descubrir la fuente que nuestro historiador había elegido: para unos sería Dión Casio, para otros Mario Máximo; hay quien piensa incluso en un anónimo militar. Todos ellos olvidan lo que escribió el mismo Herodiano sobre el plan de su obra y su método de trabajo, y pasan por alto algo que es esencial, que los historiadores que narraron la historia de su propia época podían disponer, además de las literarias, de otras muchas fuentes: informaciones personales, tanto si eran debidas a la propia experiencia como si el historiador las obtenía de testigos con total respeto a la exactitud (véase Tucídides I.22.2 y Herodiano I.1.1 y II.15.7); documentos escritos, como cartas,

actas, etc.; monumentos y representaciones artísticas, pinturas, estatuas, relieves, arcos de triunfo, etc. Sería absurdo que estos historiadores no hubieran utilizado estas fuentes «como si hubieran pasado su vida en una isla desierta, provistos sólo de una o dos fuentes que se dedicaron a copiar fielmente» (Cassola, art. cit., página 165).

La principal bibliografía relativa a este tema es: J. Kreutzer, *ob. cit.;* E. Baaz, *De Herodiani fontibus et auctoritate*, Diss., Berlín, 1909; J. C. P. Smits, *ob. cit.*, Leiden, 1913, págs. 53-99. A. G. Roos, «Herodian's method of composition», *Journal of Roman Studies*, 5 (1915), 191-202; E. Hohl, «Die Ermordung des Commodus; ein Beitrag zur Beurteilung Herodians», *Berliner Philologische Wochenschrift* (1932), 1135-1144; Widmer, *ob. cit.;* y los citados Whittaker y Cassola. En el planteamiento de Cassola se basa A. M. González-Cobos Dávila, «Herodiano: estado de la cuestión», *Studia Historica*, H.ª Antigua, vol I, n.º 1, ed. Univers. Salamanca (1983), 91-98. Para algunos problemas concretos sobre las fuentes utilizadas en el relato del reinado de Severo Alejandro véase: K. Dändliker, «Die drei letzten Bücher Herodians. Untersuchungen zur allgemeinen Geschichte von 222-238 n. Chr.», en M. Büdinger, *Unters. zur röm. Kaisergeschichte*, 3, Leipzig, 1870, 205-229; K. Fuchs, art. cit., *Wiener Studien* 18 (1896), 187-189; W. Thiele, *De Severo Alexandro imperatore*, Diss., Berlín, 1909, págs. 131-132.

Los críticos suelen centrar su atención en las relaciones entre Herodiano y Dión Casio por el hecho de que no nos han llegado, a no ser escasos fragmentos, los relatos de otros historiadores que vivieran en aquella época y nos dejaran su testimonio de ella. No debe olvidarse, sin embargo, que hubo otros historiadores que vivieron por los mismos años y se interesaron por los mismos temas. Los estudios sobre las relaciones entre nuestro historiador y Dión Casio suelen llegar a una de las tres conclusiones siguientes:

Herodiano ignora a Dión.
Herodiano sigue a Dión.
Herodiano y Dión Casio dependen de una fuente común.

El propósito del artículo de Cassola es demostrar que las tres soluciones son inaceptables.

La primera hipótesis, hipótesis muy extendida (cf. E. Hohl, «Die Ermordung des Commodus»...; N. H. Baynes, *Cambridge Ancient*

History, XII, pág. 710; Schwartz, «Cassius», *Real Enciclopedia de Pauly-Wissowa,* 3, 1720), revela una concepción muy pobre de la cultura greco-romana en la época imperial. Se admite en general que la actividad de Dión Casio terminó entre los años 216 y 222, o sea, más de veinte años antes de que Herodiano escribiera su *Historia* (situando la composición en el reinado de Filipo el Árabe), y veinte años eran, sin duda, tiempo suficiente para que la obra escrita por un senador se difundiera por todo el imperio; en el caso que nos ocupa se daba, además, una notable coincidencia: Dión Casio vivió los últimos años de su vida en las provincias orientales y Herodiano se retiró también a aquella parte del imperio. Es inconcebible, por lo tanto, que Herodiano ignorara a Dión, por lo que es preciso, al menos, formular esta primera tesis de la forma siguiente: Herodiano, a pesar de conocer la obra de Dión, no la tuvo muy en cuenta.

Para defender la segunda teoría es preciso encontrar una serie de convergencias entre las dos obras que demuestren la dependencia de Herodiano respecto a Dión. Es una labor que presenta algunas dificultades adicionales por el hecho de que la *Historia romana* de Dión no nos ha llegado entera en su texto original, sino que en buena parte la conocemos a través de los epítomes de Xifilino (s. XI) y de Zonaras (s. XII). Del período que nos interesa para la comparación con Herodiano sólo nos ha llegado en el texto original el relato que va desde la muerte de Caracalla hasta la mitad del reinado de Heliogábalo y, evidentemente, no es lo mismo comparar con los epítomes. Entre los partidarios de esta tesis encontramos a: J. Kreutzer, *ob. cit.,* págs. 16-38; A. G. Roos, art. cit.; E. C. Echols, *ob. cit.,* págs., 5-6; G. M. Columba, «Erodiano», *Enciclopedia Italiana,* Roma, 1951, vol. 14, pág. 258; G. Alföldy, «Zeitgeschichte und Krisenempfindung bei Herodian», *Hermes* 99 (1971), 431-432; F. Kolb, *Literarische Beziehungen zwischen Cassius Dio, Herodian und der Historia Augusta,* Bonn, 1972.

En relación a los argumentos en favor de la utilización de Dión por parte de Herodiano debemos puntualizar, de acuerdo con Whittaker *(ob. cit.,* vol I, introd., págs. LXVI-LXVIII), lo siguiente:

1) Si Herodiano nació, como hemos dicho, hacia el 178-180, los años del reinado de Cómodo fueron los de su infancia, por lo que parece probable que en el relato de estos años dependiera de fuentes literarias de las que se iría independizando en la descripción de épocas posteriores. Por eso Kreutzer (*ob. cit.,* pág. 18) intentó demostrar por medio de una serie de convergencias que Herodiano había seguido a Dión Casio en la secuencia y en la selección de los acontecimientos de aquel reinado. Sin embargo la circunstancia de que los hechos se sucedan en el mismo orden en los dos historiadores posiblemente no constituye un argumento concluyente, puesto que ambos siguen un criterio cronológico.

2) En la descripción de ciertas escenas hay coincidencias lingüísticas muy importantes para ser atribuidas al azar. Compárese, por ejemplo, Hdn., II.2.4 *con Dión (Xif.)* LXXIII.2.2.4 (*los gritos* de alegría del pueblo tras la muerte de Cómodo; cf. Baaz, *ob. cit.,* págs. 27-28. Esta obra de Baaz, partidario de la tesis de que Herodiano y Dión dependen de una fuente común, constituye un magnífico repertorio de posibles convergencias entre los dos historiadores).

3) La mayor parte de los paralelos lingüísticos se encuentran en los libros I y II (y en menor medida en el III y en el IV). Son los libros en los que Herodiano relata los hechos más lejanos en su memoria, pero también son libros cuya comparación con Dión resulta problemática puesto que sólo conocemos el texto correspondiente de Dión a través de los epítomes. Sin embargo, cuando comparamos los libros V y VI de Herodiano con el texto original de los libros LXXIX y LXXX de Dión, no encontramos paralelos o semejanzas convincentes. Este hecho puede explicarse de varias maneras:

a) Herodiano tenía menos necesidad de la experiencia ajena y de las fuentes literarias a medida que el relato se refería a acontecimientos más cercanos. Él mismo, además, cada vez debió estar más cerca de los centros de influencia y de poder.

b) Los autores de los epítomes podrían ser los responsables de las coincidencias tal como sugerió Cassola.

c) Es también posible que, cuando los primeros libros estaban siendo pulidos y adornados según las normas retóricas, la narración de Dión sirviera para comprobar y completar el relato de Herodiano.

4) Mención especial merece un pasaje al que ya nos hemos referido al tratar de las objeciones a la tesis de que Herodiano fuera originario de Alejandría. Es un pasaje en el que se explican las razones de Caracalla para dirigirse a Alejandría y que, como hemos comentado (cf. *supra* pág. 22), nos permite pensar que Herodiano, al escribirlo, tenía presente a Dión junto con otra fuente

que explicaría una razón que aparece en Herodiano y que no está en Dión: el deseo de Caracalla de ofrecer sacrificios al dios Sérapis (véase IV.8.6-7).

Sin embargo muchas de las pruebas que se presentan en defensa de esta segunda hipótesis tampoco son concluyentes y admiten otras explicaciones. Por otra parte las obras de Herodiano y de Dión tienen también notables diferencias en la presentación de los hechos (compárese, por ejemplo, Dión Casio, LXXIV.8.3 y Herodiano, III.4.6, Dión Casio, LXXIV.1.3-5 y Herodiano, II.14.1) y en el orden de la exposición, tanto en los pasajes en los que pueden confrontarse los dos autores directamente, como en aquellos en los que la *Historia* de Herodiano sólo puede compararse con Xifilino. El hecho de que Dión y Herodiano coincidan en el conocimiento de algunas noticias ignoradas por otras fuentes tampoco resulta significativo (cf. Cassola, art. cit., 167) si se considera que otras fuentes (Aurelio Víctor, Eutropio, Epítome de Caesaribus) contienen escasa información o, si la tienen, se trata en gran medida de noticias inventadas *(Historia Augusta)*. La coincidencia se limita, por lo tanto, a que, entre los autores que nos han llegado, son los dos únicos bien informados sobre aquella época. Una confrontación entre Herodiano y Dión, basada en sus convergencias y divergencias, en las noticias que dan y en las que omiten, tendría mayor interés si pudiéramos leer a Mario Máximo y a otros historiadores de la época. Los partidarios de esta tesis son, pues, conscientes de sus dificultades y reconocen que Herodiano es, en gran medida, independiente de Dión, pero en lugar de extraer de ello la conclusión de que Dión Casio era sólo uno de los autores leídos por Herodiano y de tener presente, además, que las fuentes escritas tienen una importancia secundaria para los historiadores de su propia época, deducen, a partir de las divergencias entre Herodiano y Dión, la existencia de una segunda fuente. Es una conclusión arbitraria. Podríamos, desde luego, catalogar los pasajes en los que Herodiano y Dión se diferencian e intentar reconstruir una segunda fuente, pero previamente sería preciso demostrar que estos pasajes dependen de una sola fuente, demostración que resulta imposible (Cassola, art. cit., pág. 168).

Según la tercera hipótesis Herodiano y Dión siguieron una fuente común (desde Cómodo hasta Macrino). Esta teoría fue defendida principalmente por Baaz *(ob. cit.*, págs. 19-64), deseoso de encontrar a toda costa convergencias entre los dos historiadores (cf. también Dopp, *R. E. Pauly-Wissowa*, 8958, y J. C. P. Smits, *ob. cit.*, págs. 22-42). Según las conclusiones de Baaz *(ob. cit.*, pág. 61) esta fuente común se caracterizaría por cinco características principales:

a) su obra empezaría en el reinado de Cómodo y terminaría en el de Macrino, y la habría escrito poco después de la muerte de Macrino, posiblemente durante el reinado de Heliogábalo, de cuya licenciosa vida ya no se ocuparía.

b) sería un autor especialmente interesado por la vida, costumbres y hechos de los emperadores.

c) por el contrario, su interés por la cronología sería escaso.

d) se inclinaría por el senado y por los emperadores cuya política fuera favorable al senado.

e) habría escrito su obra en latín, puesto que Dión y Herodiano no presentan muchas coincidencias en el uso de términos griegos.

Sin embargo diversas objeciones se oponen a la tesis de Baaz. En primer lugar hemos de pensar en la notable diferencia de edad entre los dos historiadores. Herodiano era un niño durante el reinado de Cómodo y un jovencito durante el de Septimio Severo; su experiencia de estas épocas tenía que ser, por lo tanto, muy diferente a la de Dión. Aun en el caso de que Herodiano no se hubiera ajustado a una sola fuente para los primeros años de su *Historia*, no podríamos pretender lo mismo de Dión, que preparó su obra durante muchos años (cf. Dión Casio, LXXII.23.5) y que debía conocer perfectamente aquella época. Por otra parte los argumentos de Baaz se basan en pasajes que en su mayor parte proceden del epítome de Xifilino y los que proceden del texto original del libro LXXVIII no son muy convincentes. Además las coincidencias verbales son escasas; por lo general son de contenido, que tienen menor fuerza probatoria. Se puede pensar simplemente que Dión Casio y Herodiano tenían en común su propia experiencia de los acontecimientos de su época y que conocían asimismo los escritos históricos de su tiempo, tanto en latín como en griego. No hay necesidad de pensar en una fuente en particular.

Las tres hipótesis sobre las relaciones entre Dión y Herodiano parecen, en suma, difícilmente defendibles, al menos en su estricto sentido. Hemos visto que la primera debía entenderse en el sentido de que Herodiano, a pesar de conocer la obra de Dión, no la tuvo muy en cuenta. La segunda sólo sería admisible diciendo que Herodiano conocía a Dión además de a otros historiadores.

La tercera debería afirmar simplemente que Herodiano y Dión, además de tener en común la experiencia personal de los acontecimientos en los que participaron los dos, coincidían también en el conocimiento de la literatura histórica de su tiempo sin tener que depender de una fuente única y común (cf. Cassola, art. cit., págs. 167 y 170).

Podemos pensar, pues, que Herodiano conocía la obra de Dión, que la tuvo presente incluso en ciertos momentos, lo que no significa que la siguiera fielmente como a veces se ha pretendido. Entre los dos historiadores existen importantes diferencias. La teoría que hoy se impone es la de que las fuentes de Herodiano, tanto escritas como orales, fueron múltiples. Igual que a Dión pudo tener presente a Mario Máximo o a otros, pero no dependió de nadie en exclusiva. El mismo historiador se refiere a su conocimiento de otras fuentes literarias: en I.2.3 a los escritos de Marco Aurelio; en II.9.3-4 a la autobiografía de Septimio Severo, apología del emperador que influyó en Herodiano en más de una ocasión (véase II.8.9 y III.6.7: insistencia en la vida de lujo y depravación de los rivales de Severo); en III.7.3 a los autores que narraron la batalla de Lyon entre Septimio Severo y Albino, «historiadores contemporáneos cuyo relato no buscaba el halago sino la verdad». Por el contrario, en un pasaje ya citado, al final del libro II (II.15.6-7), se refiere a otros historiadores del tiempo de Septimio Severo, que hicieron de la vida de Severo el tema de toda una obra y que se ocuparon ampliamente de sus expediciones y de los presagios divinos (II.15.6), y les reprocha su tendencia a la adulación que él desea evitar (II.15.7). Se ha pensado (véase Cassola, art. cit., 171) que habría aquí una alusión a Dión Casio, muy preocupado siempre por los signos divinos (véase F. Millar, *A study of Cassius Dio*, Oxford, 1964, págs. 79-80) y autor de una monografía dedicada a los sueños y presagios de Septimio Severo (véase Dión Casio, LXXIII.23.1-2) y

de una historia de las guerras de Severo (véase F. Millar, *ob. cit.*, pág. 29) que merecieron los elogios de aquel emperador. Dión Casio estaría, pues, entre estos historiadores que estaban más atentos al halago *(pròs chárin)* que a la verdad *(pròs alḗtheian)*. La alusión podría alcanzar también a Mario Máximo, quien en dos de los escasísimos fragmentos sobre Septimio Severo que nos han llegado (véase *Scriptores Historiae Augustae*, Clod. Alb. IX.2-4 y Alex. V.4) se refiere también a horóscopos y presagios.

Algunos críticos han pensado en otras fuentes literarias. Baaz *(ob. cit.*, págs. 7-14), tras estudiar las digresiones religioso-eruditas de Herodiano (I.11.1, I.14.4, I.16.1, V.3.5, V.6.4), afirma que nuestro historiador debió servirse de la obra de M. Verrio Flaco, gramático de la época de Augusto utilizado por Ovidio. Pero los argumentos de Baaz no son muy convincentes y, aunque es cierto que en la época de Herodiano circulaba un resumen de la obra de Verrio Flaco realizado en el siglo II por Sexto Pompeyo Festo (véase la edición de Lindsay, Leipzig, Teubner, 1913), no lo es menos que abundaban las obras de este género. Herodiano tenía diversas fuentes a las que acudir y podía utilizar al mismo Ovidio. J. C. P. Smits *(ob. cit.*, págs. 53-99) compara los relatos de Herodiano, de Dión Casio y de la *Historia Augusta* y sostiene la teoría de que en el libro VI.2 hay una ruptura en el uso de las fuentes. En los cinco primeros libros Herodiano habría utilizado a Dión Casio, pero a partir del libro VI su fuente habría sido un Anónimo militar al que habría seguido fielmente. El principal argumento de Smits se basa en que al principio del libro VI (VI.1) Herodiano cuenta a grandes rasgos los trece primeros años del reinado de Severo Alejandro, mientras que a partir de VI.2 el relato se intensifica, se hace detallado y nos ofrece una gran cantidad de hechos militares que no pudieron ocurrir en un solo año. Aquí, según Smits, Herodiano debió utilizar una nueva

fuente que se interesaba especialmente por lo militar. Por otra parte la narración de Dión sólo llega hasta el principio del reinado de Severo Alejandro y la vida de este emperador en la *Historia Augusta* es un relato banal que no tiene nada que ver con la narración de Herodiano. La precisión en aspectos militares que adquiere en el libro VI la descripción de Herodiano fue lo que hizo pensar a Smits en que un militar con experiencia, bien situado, habría escrito un relato en el que se habría inspirado nuestro historiador. Pero no hay pruebas de la existencia de este relato y Herodiano se habría podido inspirar simplemente en los diversos testimonios de los soldados que vivieron aquellos acontecimientos, testimonios que él habría ordenado.

Junto a las fuentes literarias estarían las otras fuentes a las que antes hemos aludido. En primer lugar, la experiencia personal y las informaciones facilitadas por los testigos. A su experiencia personal se refiere en expresiones como las contenidas en I.2.5, I.15.4, II.15.7, III.8.10, IV.8.2, generalmente con el verbo «ver» *(eîdon, eídomen,* etc.). Puede adivinarse asimismo esta experiencia personal detrás de descripciones como la de la entrada en Roma de Caracalla y Geta a su regreso de Bretaña (I.1.3-5), la de las ceremonias de la apoteosis de Septimio Severo (IV.2), la de la piedra negra de Emesa (V.3.5; cf. G. W. Bowersock, «Herodian and Elagabalus», *Yale Classical Studies* 24 (1975), 229-236. Herodiano es el único que la describe, no lo hacen ni Dión Casio ni la *Historia Augusta),* la de los sucesos ocurridos en Roma en el 238 (VII.7.1-6, VII.10.1-12, VIII.6.7-8), etc. A sus informadores anónimos se refiere mediante expresiones como las que leemos en I.11.1, I.11.3, I.12.2, III.10.6, III.7.4, IV.8.4, VI.8.6, VII.1.5, VIII.3.8 (los soldados de Maximino), etc., en las que utiliza verbos como *légousi, phasí,* etc. (aplicables también a fuentes escritas) o sustantivos como *lógos, phêmē,* etc. En estas fórmulas, aparte de la simple referencia a sus informadores, puede descubrirse la preocupación de Herodiano por la verdad y la imparcialidad. Cuando las informaciones no son seguras, expresiones como «dicen» y otras similares liberarían al historiador de su responsabilidad. Lo mismo ocurre en ocasiones en que la opinión de otros contribuye a dar una imagen de imparcialidad. Matices de este tipo pueden descubrirse al analizar las expresiones a las que nos referimos dentro de sus contextos. En algunos casos nos da incluso varias explicaciones de un hecho: I.11.1-2 (relato sobre la etimología de Pesinunte), III.10.6 (dos explicaciones sobre la rápida ascensión de Plauciano), VII.1.8 (sobre la conspiración de Magno), etc.

Otras fuentes son las cartas, los documentos de archivos y los monumentos artísticos. Herodiano se refiere a menudo a cartas (I.9.9, II.10.1, II.12.3, III.1.1, IV.10.1, V.1.1, VI.2.1, VII.6.3, etc.), pero con menor frecuencia nos da su contenido. Tal es el caso de IV.10.2 (carta de Caracalla a Artabano) y de V.1.1 (carta de Macrino al senado), dos cartas inventadas según los procedimientos retóricos, lo mismo que ocurre con los discursos. Herodiano está informado sobre las discusiones del senado (II.3.5, II.12.4, V.2.1, VII.10.3-5, etc.), pero su conocimiento de las actas oficiales *(acta senatus, acta urbis...)* parece inferior al de Dión Casio (véase Kreutzer, *ob. cit.,* pág. 16). El discurso de Pértinax, por ejemplo, parece más retórico que político; por el contrario Dión suele ser en estos casos más conciso y menos retórico (véase Herodiano II.3.5-10 y Dión Casio LXXIV.1.4). En relación a su conocimiento de los archivos, un caso que ha llamado particularmente la atención es el de la omisión de la sesión del senado en la que se crearon los *vigintiviri* en el 238. Sin embargo alude a ellos y parece conocerlos (véase VII.10.3). En cuanto a los monumentos artísticos como fuente utilizada por nuestro historiador

se ha señalado que Herodiano parece inspirarse a veces en las obras en las que pintores y escultores representaron los principales acontecimientos de la época. Compárese, por ejemplo, la descripción de los juegos de Cómodo del 192 con la representación del sarcófago de Meleagro del Museo del Capitolio (cf. E. Hohl, *Kaiser Commodus...* (1954), 27). Con respecto a este tema son también muy interesantes los artículos de G. Picard («Les reliefs de l'arc de Septime Sévère au Forum Romain», *Comptes rendus des séances de l'Académie des inscriptions et belles lettres* (1962), 7-14) y Z. Rubin («Dio, Herodian and Severus second Parthian War», *Chiron*, V (1975), 419-441), quienes demuestran que el relato de la campaña contra los partos escrito por Herodiano coincide mejor que el de Dión con las esculturas del arco de triunfo de Septimio Severo en el Foro.

6. *Valoración de Herodiano. La transmisión del texto. Ediciones y traducciones*

Pensamos que actualmente prevalece la tendencia a revalorizar a Herodiano. Este criterio, sin embargo, no ha sido siempre el dominante; la crítica ha fluctuado respecto a la *Historia* y se ha pasado de valoraciones muy negativas a otras claramente positivas. Se han dado divergencias considerables no sólo en cuestiones de detalle sino también en la valoración de conjunto. Unos critican a Herodiano tanto desde el punto de vista histórico como literario; van a la caza de errores e incluso hay quien le acusa de incompetencia o de mala fe (Wolf, Sievers, Zürcher, Fuchs, Peter, Roos, Hohl, Graham, Kolb). Con razón se lamentaba Cassola de que nuestro historiador sirviera de cabeza de turco a los estudiosos de la historia imperial (cf. F. Cassola, «Sull'attendibilità...» (1957), 191). Otros, sin embargo, prescindiendo de

cuestiones de detalle y reconociendo incluso las limitaciones de Herodiano, ligadas a su particular concepción de la historia y a los aspectos negativos de la segunda Sofística —aspectos más relacionados con la técnica narrativa que con la veracidad—, reconocen su esfuerzo por ser veraz y objetivo (cf. F. Cassola, ed.: Erodiano, *Storia dell'impero romano dopo Marco Aurelio*, Florencia, 1967, Introd., págs. XVI-XVII) y sus aciertos en la selección de los acontecimientos que nos presenta, destacan sus valores y los consideran, tras su apariencia de superficialidad y su pintoresquismo, como una fuente de primer orden para el estudio del crítico siglo III. Es cierto que fija su atención en aspectos externos e individuales y que su lenguaje está sometido a limitaciones y a exigencias retóricas, pero también hay que admitir que tiene una clara idea de las fuerzas que actúan en la historia de su tiempo y que, a pesar de todo, realiza un notable esfuerzo por ser objetivo y por darnos una visión ordenada de los hechos que considera decisivos, hechos cuyo conocimiento piensa, con una clara intención didáctica y moralizante, que será de gran utilidad para lectores posteriores. Son hechos, además, de los que ha sido testigo y de muchos de los cuales tendríamos escasa información si no fuera por su *Historia*. La crítica ha ido, pues, decantándose hacia una valoración positiva, y hoy muchos autores dan más importancia a sus informaciones y aciertos que a sus errores, imprecisiones y omisiones. Así, por ejemplo, F. Altheim reacciona contra los detractores de Herodiano y elogia la clarividencia del historiador (*Literatur und Gesellschaft in ausgehenden Altertum*, Halle, 1948, pág. 165). Q. Cataudella considera que «Herodiano, aunque es menos conocido, no es inferior a Dión Casio y superior ciertamente a él en el aspecto artístico», y respecto a su obra afirma que «no está tan henchida como la de Dión Casio del afán de exactitud cronológica y de amor

al detalle, pero que es más veraz y más cercana que aquella al concepto tucidídeo del estudio psicológico y, por lo mismo, más viva y más dramática, aunque también más contaminada de los vicios de la retórica» (*Historia de la Literatura Griega,* trad. esp., Barcelona, 1954, pág. 316). F. Grosso (*Lotta politica...,* págs. 45-47) y Cassola, en sus distintos trabajos sobre Herodiano, hacen hincapié en sus aspectos positivos; C. R. Whittaker, con los excelentes comentarios históricos de su edición, se propone destacar el valor del testimonio de nuestro historiador (cf. *ob. cit.,* I, pág. VII); M. Rostovzeff y S. Mazzarino confían en Herodiano en sus estudios sobre la época de los Severos y de Maximino; lo mismo podemos decir de W. Reusch en su artículo sobre Pescenio Níger (*R. E. de Pauly-Wissowa),* de P. W. Townsend respecto a la revolución del 238, de K. Dietz en su obra sobre la oposición senatorial a Maximino, y de otros como Niese, Kornemann, E. Manni, A. Piganiol, Pugliese Carratelli, H. U. Istinsky, Bowersock, L. J. Piper, etc. Muchos de los estudios más recientes afirman la tendencia a confiar en la credibilidad de Herodiano. Es una obra valiosa en el desierto historiográfico del s. III y parecen injustas las posturas extremadamente contrarias como la de Hohl, que pasa por alto sus muchas cualidades y aciertos.

Esta notable fluctuación de los estudiosos entre posiciones extremas aumenta el interés por nuestro historiador, interés que ya se despertó en la Antigüedad, poco después de su muerte. Desde entonces ya fue citado como una autoridad por escritores antiguos y empezó a recibir elogios y críticas (sobre los autores que lo citan o utilizan véase: Baaz, *ob. cit.,* págs. 65-80; Dopp, *R. E. Pauly-Wissowa,* 959, y Whittaker, *ob. cit.,* I, páginas XXXVI-XXXVII). Fue leído y utilizado por los *Scriptores Historiae Augustae,* por Amiano Marcelino, Aurelio Víctor, Juliano el Apóstata, Zósimo, Juan Antioqueno,

Focio, Suda, Juan Zonaras... Entre las críticas podemos citar la de uno de los autores de la *Historia Augusta* (siglo IV) que acusaba a Herodiano de ser favorable a Maximino (Scriptores Historiae Augustae, Max. XIII.4), crítica injusta de un autor que usaba a Herodiano constantemente (véase el estudio de A. Pasoli «L'uso di Erodiano nella *Vita Maximini», Annuario del R. Ginnasio Stefano Antonio Morcelli di Chiari,* Milán, 1927). De otros recibió elogios. Focio, por ejemplo, en el siglo IX, apreciaba su sentido histórico y su agradable estilo; según él Herodiano no caía en exageraciones ni en omisiones esenciales y pocos le aventajaban en cualidades historiográficas (Foc. Bibl. cod. 99).

La importancia de Herodiano en la Antigüedad ha tenido su consecuencia en las numerosas ediciones que han aparecido a partir de la *editio princeps* de 1503 (Aldina). Desde entonces hasta nuestros días se han sucedido interesantes traducciones y estudios de diverso signo; ha sufrido duras críticas y no siempre ha sido apreciado. Hoy, sin embargo, tal como decimos, parece que asistimos a una revalorización de este historiador, revalorización de justicia y en consonancia con el interés que ha despertado, primero, entre los autores antiguos y, después, a partir de su redescubrimiento, entre quienes lo han estudiado con amplitud de miras. Es indiscutiblemente una fuente de primer orden y un historiador de interesante lectura; no debe, por lo tanto, permanecer postergado como en ocasiones ha ocurrido.

EL TEXTO DE HERODIANO. — El texto de la *Historia* de Herodiano se ha establecido básicamente a partir de cinco manuscritos (A B V g l), clasificados en dos familias (O i), a los que se unen la *editio princeps* de Aldo Manuzio, considerada por Mendelssohn (ed. *Herodiani ab excessu divi Marci libri octo,* Leipzig, Teubner, 1883) como transcripción de un solo manuscrito desconocido, y la versión latina de Angelo Poliziano, obra compuesta en 1487 por en-

cargo del Papa Inocencio VIII y editada en Bolonia el año 1493, diez años antes de la edición príncipe. Poliziano trabajó sin duda sobre diversos manuscritos, sin sujetarse a ninguno; eran manuscritos de la clase i con la que también se relaciona la edición aldina. Se ha contado, además, con los *excerpta* procedentes de la obra de Juan Antioqueno y con los de Macario Crisocéfalo. En todos estos elementos (A B V g l a P Jo Macar) se basa la edición más reciente, la de Whittaker, que sigue en líneas generales la sistematización de Mendelssohn. Existen, sin embargo, otros manuscritos, menos estudiados por los editores, y otra versión latina renacentista, la de Antonio Bonfini, que fue oscurecida por la de Poliziano pero que resulta de indudable interés para un editor de Herodiano. Estos manuscritos y esta versión latina han merecido la atención de W. N. Nichipor en una tesis *(The Text of Herodian's History*, Diss. Harvard Univ. Cambridge, Massachusetts, 1975) que concluye con un texto del libro I para el que establece un *apparatus* (A B V O d f g p z Ald Bon Io Pol) que, manteniendo la división en dos familias, supone una ampliación respecto a los anteriores. Mantiene las siglas de Mendelssohn (a excepción de Ald en lugar de a para la Aldina y de Pol en vez de P para la versión de Poliziano) y añade otras nuevas para los manuscritos no utilizados por Mendelssohn respetando su sistema. Podemos, pues, clasificar la tradición manuscrita en dos grupos de la forma siguiente:

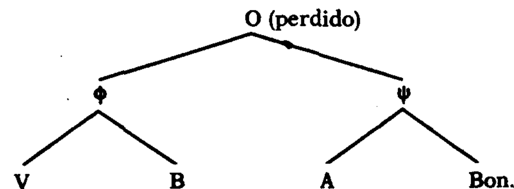
GRUPO O

A = *Codex Monacensis Graecus* 157, manuscrito del siglo XIV, de la Bayerische Staatsbibliothek de Munich. Su fecha ha sido objeto de controversias. Según Mendelssohn y Whittaker es del XV, pero el estudio del manuscrito realizado por Nichipor nos lleva a coincidir (cf. *ob. cit.*, págs. 36-37) con la opinión de I. Hardt *(Catalogus codicum manuscriptorum Graecorum bibliothecae regiae Bavaricae*, II (1806), 184-186) que lo fechaba en el XIV. Presenta correcciones efectuadas por dos manos (A^1 y A^2) y fue colacionado por Basiner y Mendelssohn para la edición de este último.

B = *Codex Vindobonensis Graecus* 59, manuscrito del siglo XV, de la Österreichische Nationalbibliothek de Viena. Fue colacionado por Basiner para la edición de Mendelssohn.

V = *Codex Venetus Marcianus Graecus* 389 (671), del siglo XV, perteneciente a la Biblioteca Nazionale Marciana de Venecia. Procede del legado del cardenal Besarión. Lo describieron y colacionaron parcialmente A. M. Zanetti y A. Bongiovanni *(Graeca D. Marci bibliotheca codicum manuscriptorum* (1740), 187) y, posteriormente, fue colacionado por Bekker para su edición de 1826 y por Basiner para la edición de Mendelssohn. Estos tres manuscritos, A B V, se diferencian de todos los restantes por sus errores y omisiones y resulta indudable su parentesco. Sin embargo B y V, independientes entre sí, presentan notables coincidencias frente a A, lo que permite pensar en su dependencia de un modelo común (φ).

Bon. = Versión latina de Antonio Bonfini, que fue presentada a Matías Corvino en 1486. No se imprimió, y se ha conservado en un manuscrito vaticano, el *Rossianus* 483, y en otro de la Studienbibliothek de Salzburgo *(Codex* M II, 135). La importancia de esta traducción radica en su dependencia de un manuscrito de la familia O que no es idéntico a ninguno de los tres manuscritos A B V ni tampoco deriva de ellos. La versión de Bonfini es muy cercana a A, lo que lleva a pensar en un modelo común (ψ), del mismo modo que B V remontaban a φ (cf. W. N. Nichipor, *ob. cit.*, páginas 94-98). Según esto la familia O quedaría reflejada en el siguiente *stemma*



GRUPO I

g = *Codex Leidensis Gronovianus* 88, el manuscrito más antiguo, del siglo XI. Pertenece a la Bibliotheek der Rijksuniversiteit de Leiden. Tiene correcciones de una mano (g^1) del siglo XV o XVI. Este manuscrito estuvo en la Biblioteca de

la Abadía de Florencia y fue consultado por Poliziano cuando preparaba su traducción. Gronovius también visitó el monasterio benedictino durante su estancia en Florencia entre 1672 y 1674 y se llevó el manuscrito de Herodiano a Leiden. Mendelssohn lo colacionó para su edición de 1883.

p = *Ambrosianus Graecus* B 119 sup. (139), manuscrito del siglo XI, de la Biblioteca Ambrosiana de Milán. No contiene el texto completo de la *Historia* sino sólo algunos discursos (II.10.2-9, III.6.1-7, IV.14.5-8 y VIII.3.4-6).

d = *Ambrosianus Graecus* G 69 sup. (409), otro manuscrito de la Ambrosiana de Milán. Es del siglo XV.

b = *Codex Bruxellensis* 11291-11293, del siglo XV, perteneciente a la Bibliothèque Royale de Bruselas. Este manuscrito figuraba en el catálogo de Pierre Pantin, que enseñó griego en Toledo antes de pasar a ocupar en 1591 el cargo de deán en Sta. Gúdula de Bruselas. En 1611, después de su muerte, el manuscrito pasó a manos del jesuita Andreas Schottus, que también había estado en España (cf. *infra* e = *Codex Escorialensis*).

c = *Laurentianus Conv. Sup. gr.* 164 (c 323). Es del siglo XV y se encuentra en la Biblioteca Laurenziana de Florencia. Fue utilizado por Poliziano (cf. I. Maier, *Les manuscrits d'Ange Politien*, Ginebra, 1965, pág. 435).

f = *Mediceus Laurentianus Plut.* 57, 45, igualmente del siglo XV y de la Laurenziana. Los manuscritos de Herodiano de esta biblioteca fueron colacionados por Gronovius durante su estancia en Florencia.

l = *Mediceus Laurentianus Plut.* 70.17, del siglo XV. Biblioteca Laurenziana. Fue colacionado por Basiner y aparece en el *apparatus* de Mendelssohn.

m = *Mediceus Laurentianus Plut.* 70, 21, también del XV.

s = *Sinaiticus Graecus* 1725 (565), manuscrito del siglo XV o del XVI, procedente del Monasterio de Santa Catalina, Monte Sinaí.

v = *Venetus Marcianus Graecus* 390 (855), manuscrito del XV, de la Biblioteca Nazionale Marciana de Venecia. Descrito por A. M. Zanetti y A. Bongiovanni *(ob. cit.*, pág. 187). Este manuscrito y el V pertenecieron al cardenal Besarión, que poseía, pues, un manuscrito de cada familia.

z = *Venetus Marcianus Graecus*, App. XI, 14 (1233), del siglo XV. Biblioteca Marciana.

n = *Neapolitanus graecus* II C 32 (100), manuscrito del XV, de la Biblioteca Nazionale de Nápoles. Contiene una colección de *excerpta* de Herodiano. Su clasificación en la familia i no es segura.

Los manuscritos de la familia i presentan también una serie de errores y omisiones que los distinguen de la familia O. Frecuentemente en las lecturas de i encontramos sinónimos o formas muy parecidas a las que se leen en la clase O, lo que hace pensar en que el modelo común de ambas familias era un manuscrito con glosas marginales o interlineales respecto a palabras que parecían confusas o inhabituales.

El *Leidensis Gronovianus* 88 (g) es el más antiguo y más valioso de los manuscritos de la familia i con el texto completo. Su texto no presenta muchos de los errores encontrados en los manuscritos de su clase posteriores. El manuscrito *Ambrosianus Gr.* (p), debido a su fecha, no puede derivar de otro manuscrito del grupo i que no sea g. Nichipor *(ob. cit.*, págs. 77-78), sin embargo, piensa que g y p son independientes. El manuscrito p, por otra parte, sólo contiene una selección de discursos, por lo que no puede depender de él ningún manuscrito con el texto completo. Los restantes manuscritos de la clase i descienden, directa o indirectamente, de g. El *Venetus Marcianus* 390 (v) es posiblemente una copia directa de g realizada en Venecia donde estaba el *Leidensis Gronovianus* en el siglo XV. El *Laurentianus* 70, 17 (l) y el *Laurentianus* 57, 45 (f) parecen también derivar directamente del g, mientras que el *Ambrosianus G* 69 (d) y el *Venetus Marcianus Gr. App.* XI, 14 (z) derivarían de un apógrafo (β) de g. El *Laurentianus* 57, 45 (f) formaría un subgrupo con cuatro manuscritos, b c m s, que no serían una copia directa de f sino de un apógrafo (α) (cf. Nichipor, *ob. cit.*, págs. 79-88).

Claramente relacionados con este subgrupo derivado de f estarían la edición aldina y un manuscrrito de El Escorial.

Ald. = La *editio princeps* aldina de 1503, que según Mendelssohn (cf. *supra*, pág. 73) era la transcripción de un único manuscrito. Nichipor, sin embargo, piensa que deriva de un mo-

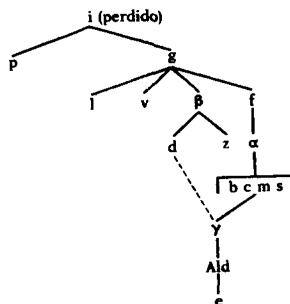
delo (γ) que sería una copia de un manuscrito del subgrupo f (la Aldina presenta los mismos errores y omisiones que b c f m s) con algunas correcciones procedentes de d o de un manuscrito similar.

e = *Escorialensis* R. III.16, manuscrito del siglo XVI (1540), de la Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. El escriba fue Alfonso Cortona *(Scribebat Alfonsus Cortona Toleti anno 1540 mense januario)*. Ha sido descrito por P. A. Revilla en su *Catálogo de los códices griegos de la biblioteca de el Escorial*, I (1936), 181-182. Perteneció a la biblioteca del conde-duque de Olivares.

Este manuscrito puede identificarse según Nichipor (cf. W. N. Nichipor, *ob. cit.*, págs. 58-59) con el *codex Hispaniensis* del que Andreas Schottus obtuvo las lecturas que comunicó a Sylburg para su edición de 1590. Schottus enseñó griego en Toledo y en Zaragoza durante los años 1584-1586.

El manuscrito de El Escorial llama la atención porque contiene los errores, lagunas y características más importantes de la edición aldina de 1503. Son características que no se encuentran en ningún manuscrito anterior, por lo que es fácil concluir que este manuscrrito es una copia de la *editio princeps* o de otra edición anterior a 1540.

Según lo dicho hasta aquí las relaciones de la familia i pueden sintetizarse en el siguiente *stemma:*



(W. N. NICHIPOR, *ob. cit.*, pág. 100.)

También se relacionan con la familia i la versión latina de Poliziano y los *excerpta* de Macario Crisocéfalo:

Pol. = La traducción de Poliziano es una elegante versión latina, editada por primera vez en 1493, que ha despertado el interés de muchos editores (cf. *infra*, pág. 82). Han sido vanos todos los esfuerzos por relacionarla con un manuscrito único. En su afán por conseguir un brillante estilo latino efectuó alteraciones que no dependen de ningún manuscrito griego. Sabemos que consultó el manuscrito g en la Abadía de Florencia y el *Laurentianus* Conv. Sup. 164 (c). Mientras preparaba la traducción debieron pasar por sus manos diversos manuscritos de Herodiano, como se desprende de las notas marginales del *Laurentianus Rinuccinianus* 20, que es la copia original de la traducción de Poliziano. Los editores coinciden en afirmar que Poliziano utilizó únicamente manuscritos de la clase i. Su traducción sigue las lecturas de estos manuscritos y no acude a los de la clase O cuando el texto de i es defectuoso. Muchos manuscritos de i estaban entonces en Florencia (cf. G. Vitelli, «Codici fiorentini dello storico Erodiano», *Studi italiani di filologia classica*, 2 (1894), 470) y Poliziano debió utilizarlos sin dificultad.

Macar = Macario Crisocéfalo incluyó en su obra titulada *Rhodonía* (siglo XIV) algunos *excerpta* de Herodiano, que parecen derivar de un manuscrito desconocido, próximo al grupo i.

Aludiremos, finalmente, a un importante testimonio indirecto del texto de Herodiano, que conecta con un manuscrito anterior y superior al modelo común de todos los manuscritos conservados. Se trata de los *excerpta* procedentes de Juan Antioqueno.

Io = Juan Antioqueno. Se le atribuyen unas Crónicas de las que, lamentablemente, no poseemos el texto completo; contamos sólo con los *excerpta* realizados en el siglo x por orden del emperador Constantino Porfirogéneta, que ya fueron estudiados por Mendelssohn para su edición de 1883 (cf. V. P. Boissevain, C. de Boor y T. Bütner-Wobst, *Excerpta historica iussu Imp. Constantini Porphyrogeneti confecta*, 4 vols., Berlín, 1903-6). Estas Crónicas debieron citar ampliamente a Herodiano y utilizaron sin duda un texto de mayor calidad, conectado directamente con el arqueti-

po, y que nada tenía que ver con las dos familias citadas (cf. Stavenhagen, ed. *Herodiani ab excessu divi Marci libri octo*, Leipzig, Teubner, 1922, págs. IX-XI).

Por lo general las divergencias entre los manuscritos de Herodiano no ofrecen grandes problemas a los editores, que encuentran la principal dificultad en los pasajes con lagunas y corrupciones, generalmente comunes en unos códices alejados ya del texto original. Con respecto a la crítica textual de la *Historia* véase: las tres ediciones de Teubner (Bekker, Mendelssohn y Stavenhagen); L. Goetzeler, «Eine Wiener Herodianhandschrift», *Blätter für das bayerische Gymnasialschulwesen* 24 (1888), 418-421, *Observationes Herodianeae*, Würzburg, 1888, y *Questiones in Appiani et Polybii dicendi genus cum adpendice de codicibus quibusdam Herodianeis*, Würzburg, 1890; Blaufuss, *ob. cit.*, págs. 13 ss.; G. Vitelli, *ob. cit.*; A. Salač, «De Herodiani locis aliquot», *Listy Filologicke* (1941), 205-209; Burrows, *ob. cit.*, 1956; G. Giangrande, «Kritisches zum Historiker Herodian», *Rheinisches Museum* (1957), 263-271; Cassola, «Note critiche al testo di Erodiano», *Rendiconti dell'Accademia di Archeologia, lettere e belle arti di Napoli*, 38 (1963), 139-143; las ediciones de Cassola y de Whittaker, y, recientemente, la tesis citada de W. N. Nichipor.

EDICIONES. — Las ediciones de Herodiano son las siguientes: 1503, *editio princeps* Aldina, Venecia; 1524, Aldina²; 1525, T. Martin, Lovaina; 1530, Walder, Basilea; 1535, 1543, 1549, 1563, H. Petrus-Io. Huoberus, Basilea; 1544, 1568, R. Estienne y E. Estienne, París; 1581, E. Estienne, París, Ginebra; 1590, Sylburg, con aportaciones de Andreas Schottus procedentes de un «códice español» *(supra*, pág. 78, Frankfurt; 1593, 1608, 1617, Sartor, E. Angermayer, Ingolstadt; 1611, 1624, Vda. A. de Harsy, P. Ravaud, Lyon; 1627, 1630, D. Parei, Frankfurt; 1635, 1637, 1639, Parei, ed. Harper, S. Brown, Londres; 1644, 1661, 1662, 1672, 1694, J. H. Boecler, con índice de Balthasar Scheidt, Estrasburgo; 1678, 1699, 1704, 1708, ed. Oxoniensis (1708, Harwood); 1685, Antonius Brigoncius, Padua; 1724, Paton, Edimburgo; 1759,

Stroth, Halle; 1781, Schweighauser, Basilea; 1791, J. A. Barth, Leipzig; 1792, F. A. Wolf, Halle; 1789-1805, Irmisch, Leipzig; 1813, Duca, Viena; 1816, Weber, Leipzig; 1824, Lange, Halle; 1826, Bekker, Berlín; 1855, Bekker², Teubner, Leipzig; 1883, Mendelssohn, Teubner, Leipzig; 1922, Stavenhagen, Teubner, Leipzig; 1967, F. Cassola, Florencia; 1969-70, C. R. Whittaker, Loeb Class. Libr., Londres. Son ediciones completas, unas sólo con el texto griego y otras acompañadas de traducción. Las antiguas suelen llevar junto al original griego la versión latina de Angelo Poliziano; entre las más modernas también las hay con traducción: la italiana de Cassola y la inglesa de Whittaker. Contamos asimismo con algunas ediciones parciales: 1578, los discursos de la *Historia* de Herodiano, París; 1832, Libro I; 1833, Libro II; 1833, Libro III, M. E. Lefranc, ed. A. Delalain, París; 1832, Vida de Cómodo; 1833, Vidas de Pértinax y Didio Juliano; 1836, Vida de Septimio Severo, H. Chappuyzi, ed. Maire-Nyon París; 1893, Libros V y VI, Blaufuss, Erlangen; 1956, Herodiano II.9.1 -III.15.8, Burrows, Ann Arbor/Michigan Univ. Microfilms; 1975, Libro I, Nichipor, *ob. cit.*

En la reconstrucción del texto destaca la obra de algunos de estos editores. Después de la aportación inicial de la edición príncipe y de la versión de Poliziano, E. Estienne efectuó una meritoria labor en su edición de 1581, edición que sirvió de base para otras. Fueron importantes las contribuciones de Sylburg en 1590, de Stroth en 1759, de Wolf en 1792 y de la voluminosa edición de Irmisch. Debemos destacar, sin embargo, la labor de Bekker, que en su edición de 1826 fue el primer editor que utilizó un manuscrito de la clase O (el V, que había colacionado con gran cuidado) como una de las bases de su texto, y, sobre todo, la edición de L. Mendelssohn, que ofreció un minucioso estudio de las dos familias de la tradición manuscrita. Su antiguo dis-

cípulo, O. Basiner, le ayudó con sus colaciones de los tres manuscritos de la familia O y de l. El mismo Mendelssohn colacionó el *Leidensis Gronovianus* (g). Utilizó, además, la edición aldina, la versión de Poliziano y citas y extractos de escritores antiguos como los *excerpta* de Juan Antioqueno. Aportó asimismo enmiendas propias además de servirse de las efectuadas por Nauck. Su labor fue extraordinaria. Tanto Cassola *(ob. cit.*, página 406) como Whittaker *(ob. cit.*, pág. LXXXVI) consideran que la edición de Mendelssohn es la mejor y la más completa, superior incluso a la posterior de Stavenhagen a pesar de que éste utilizó las sugerencias y enmiendas de E. Schwartz. En consecuencia, sus ediciones se basan esencialmente en la de Mendelssohn, línea seguida en nuestra traducción, que se ha apoyado en estas últimas ediciones, especialmente en la más reciente, la de Whittaker.

TRADUCCIONES. — Las primeras traducciones de Herodiano fueron las latinas. La más antigua fue la de Omnibonus Leonicenus, escrita en el 1542 o antes e incluida por Flavius Biondus en el libro segundo de su *Roma Triumphans*. No era una versión completa; contenía sólo un pasaje del libro IV, la deificación de Severo, pero se ha dicho que pudo inspirar a Poliziano. Las otras traducciones, a las que ya hemos aludido, fueron la de Antonio Bonfini (cf. *supra*, pág. 75) y la de Poliziano. La primera edición impresa de la de Poliziano fue la de Plato de Benedictis, aparecida en Bolonia el 31 de agosto de 1493. Fue revisada por el mismo Poliziano y es la más autorizada. Aparecen luego numerosas ediciones: el mismo año 1493, otra en Bolonia *(apud Bazalerium de Bazaleriis)* y una en Roma; 1498, Venecia; 1513, Estrasburgo; 1517, ed. Juntina, Florencia; 1523, Colmar; 1529, París; 1533, 1537, Lyon; 1544, París; 1545, 1559,

1578, Lyon; 1538, 1566, 1576, 1585, Amberes; 1693, Londres; etc. Existen también ediciones parciales de la versión latina: 1832, Libro I; 1833, Libro II y Libro III; 1834, Vidas de Pértinax y de Didio Juliano, París.

Entre las traducciones a otras lenguas podemos señalar las siguientes:

Italianas: En dialecto toscano está la primera traducción de Herodiano después de las latinas: 1522, Antonio Francino, impr. P. Giunta, Florencia, en 1524, 1525 y 1539 se edita en Venecia; 1552, Cavani, Venecia; 1823, P. Manzi, Milán; 1967, F. Cassola, Florencia.

Inglesas: 1550, N. Smyth (de la versión latina), Londres; 1629, 1635, James Maxvell, Londres; 1652, Stapleton (en versos heroicos), Londres; 1698, «a gentleman at Oxford», Londres; 1749, J. Hart, Londres; 1789, *The heir apparent: or, The Life of Commodus;* 1961, E. C. Echols, Berkeley, Los Angeles Univ., California; 1969-70, C. R. Whittaker, Loeb. Class. Libr., Londres.

Francesas: 1541, J. Collin (del latín), París, en 1546 en Lyon y en 1572 de nuevo en París; 1554, Jacques des Contes de Vintemille, Lyon, 1580, París; 1675, M. de Boisguilbert, París; 1700, 1745, 1784, 1836, 1842, 1875, l'abbé Nicolas-Hubert Mongault, París, Orleans; 1840, M. J.-L. Garnier, París; 1824, 1860, trad. de Léon Halévy, Didot, París.

Alemanas: 1531, 1532, 1565, J. Boner (de Poliziano), Ausburgo, Frankfurt; 1593, G. Melancephalae, Frankfurt; 1719, Halle; 1784, Johan Gottlieb Cunradi (de Poliziano), Frankfurt; 1830, C. N. Osiander, Stuttgart; 1858, A. Stahr, Stuttgart.

Existen también algunas traducciones en otras lenguas, como la danesa de L. Holberg (Copenhague, 1746), las rusas de Ozereckovskij (1774) y de Obolenskij (1829), la rumana de R. Alexandrescu (Bucarest, 1960) y la reciente versión checa de J. Burian y B. Mouchová (Praga, 1975).

Lamentablemente en España hay un gran vacío en lo que se refiere a ediciones y traducciones de Herodiano. Únicamente contamos con una traducción y ésta no

está hecha sobre el texto original griego sino que procede de la versión latina de Poliziano. Es obra del protonotario Fernán Flores de Xerez y fue publicada en 1532 (*Historia de Herodiano hystoriador, nuevamente traduzida de latín en romance, que trata de los emperadores que sucedieron después del buen emperador Marco Aurelio hasta el emperador Maximino,* M. D. XXXII. No figura lugar de impresión. Precede a la traducción un prólogo dirigido a don Fadrique Enríquez de Ribera, marqués de Tarifa y adelantado mayor de Andalucía).

Creemos, por lo tanto, que nuestra traducción al castellano de la *Historia* de Herodiano es la primera que se hace en nuestra lengua directamente del original griego. Esperamos que esta versión directa contribuya al conocimiento en nuestro país de esta obra de indudable valor histórico y literario.

Palma de Mallorca, octubre de 1983

LIBRO I

La mayoría de quienes se dedican a la compilación 1
histórica y aspiran a mantener vivo el recuerdo de hechos otrora acaecidos, en su afán de fama perenne para su enseñanza y con el fin de no pasar sin pena ni gloria inadvertidos por el gran público, se preocupan poco por la verdad en sus relatos pero cuidan sobre todo el vocabulario y el estilo, porque confían en que, aun en el caso de que sus palabras linden con la leyenda, ellos recogerán el aplauso de su auditorio y no será cuestionada
la exactitud de su investigación. Algunos, bien por ene- 2
mistades privadas o por su odio a los tiranos, bien por adulación u honra de emperadores, ciudades o particulares, han presentado gracias al mérito de sus palabras hechos triviales y sin importancia con una fama superior a la verdad. Pero yo no he aceptado ninguna infor- 3
mación de segunda mano sin pruebas ni testigos, sino que, subordinado al reciente recuerdo de mis lectores, con total respeto a la exactitud he recopilado los datos para mi historia. Y he creído además que no desagradaría a los lectores posteriores el conocimiento de un tan gran número de importantes acontecimientos concentrados en un tan corto tiempo. En todo caso si alguien 4
pasara revista a todo el período que arranca de Augusto, desde que el régimen romano se transformó en poder personal, no encontraría en los cerca de doscientos años

que van hasta los tiempos de Marco ni tan continuos relevos en el poder imperial, ni tales cambios de suerte en guerras civiles y exteriores, ni conmociones en los pueblos de las provincias[1] y conquistas de ciudades, tanto en nuestro territorio como en muchos países bárbaros[2], ni movimientos sísmicos y pestes ni, finalmente, vidas de tiranos y emperadores[3] tan increíbles, que
5 antes eran raras o ni siquiera se recordaban. De éstos unos mantuvieron su autoridad durante bastante tiempo mientras que para otros el poder fue pasajero; alguno yendo sólo en pos del título y de la gloria efímera rápidamente fueron derrocados. Durante un período de sesenta años[4] el imperio romano estuvo en manos de más señores de los que el tiempo exigía y produjo un

[1] El convencimiento que manifiesta Herodiano respecto al carácter excepcional de la época analizada en su *Historia* nos lleva a pensar en el prefacio de Tucídides. La alusión a las conmociones de los pueblos de las provincias *(ethnōn kinēseis)* nos recuerda también a Tucídides, I 1, 2: Kínēsis gàr aútē dḕ megístē toîs Héllēsin egéneto kaì mérei tinì tôn barbárōn... (Véase asimismo HDN. III 7, 7 y VI 3, 2). La posible influencia del estilo tucidídeo en Herodiano ha sido estudiada por F. J. STEIN, *Dexippus et Herodianus rerum scriptores quatenus Thucydidem secuti sint*, Diss., Bonn, 1957, págs. 140 ss.

[2] Se quiebra la estabilidad de la «paz romana» y se agravan los problemas militares, políticos y económicos (cf. Intr., pág. 57). A las dificultades interiores se unen los ataques de los pueblos «bárbaros». Se acentúan las divisiones sociales y los particularismos nacionales. Las provincias aumentan su influencia frente a Italia y a Roma (cf. Intr., pág. 58). Italia ya no es siempre el centro del Imperio y Roma está donde el emperador se encuentra (cf. HDN. I 6, 5 y III 7, 7, y W. WIDMER, *Kaisertum, Rom und Welt in Herodians...*, Zürich, 1967, pág. 49). Véase la referencia a HDN. I 1, 4 en P. OLIVA, *Pannonia and the Onset of crisis in the Roman Empire*, Praga, 1962, págs. 126 ss.

[3] La oposición entre *basileía* o *aristokratikḕ monarchía* y tiranía *(tyrannís)*, entre los emperadores senatoriales, moderados, que siguen el modelo de Marco Aurelio, y los tiranos, en un tema constante en la *Historia* de Herodiano (cf. Intr., págs. 51-58 y 15-16).

[4] Cf. Intr., págs. 8 ss. Años conflictivos entre la muerte de Marco Aurelio y la proclamación de un muchacho, Gordiano III, por los soldados.

sinnúmero de situaciones cambiantes y sorprendentes.
Los emperadores de edad más avanzada, por su expe- 6
riencia en los asuntos públicos, con suma diligencia mantuvieron el control sobre sí mismos y sobre sus súbditos, pero los que eran muy jóvenes llevando una vida más despreocupada introdujeron todo tipo de novedades[5]; por eso, como es natural, la diferencia de edad y de autoridad se tradujo en actuaciones distintas. Mi intención es relatar lo que ocurrió en cada caso ordenando los hechos cronológicamente y por reinados[6].

Cuando Marco era emperador tenía muchas hijas, 2
pero sólo dos hijos varones[7]. Uno de estos varones (su nombre era Verísimo)[8] murió cuando todavía era muy

[5] Herodiano, como Dión Casio, intenta explicar los males de la historia de su tiempo por los errores y la incapacidad de los emperadores, especialmente de los jóvenes (cf. Intr., págs. 51-55). Es una visión personalista de acuerdo con la tradición historiográfica.

[6] Cf. Intr., págs. 34 ss.

[7] Marco Aurelio se casó en el año 145 con Ania Galeria Faustina la Joven, hija de Antonino Pío (cf. cuadro genealógico 1). Faustina murió en el 176, y en sus treinta y un años de matrimonio alcanzaron, por lo que sabemos, la docena, seis hijos y seis hijas (cf. A. STEIN, *Prosopographia Imperii Romani* I, 2.ª ed., Berlín, 1933, págs. 122 ss.). Sin embargo, cuando en marzo del 161 sucedió a Antonino Pío sólo vivían cuatro hijas (Faustina, Lucila, Fadila y Cornificia) y, posiblemente, un hijo (Adriano). El 31 de agosto del mismo año Faustina dio a luz a unos gemelos, Cómodo y T. Aurelio Fulvo Antonino. En 162-163 nació M. Anio Vero y en el 167 Vibia Aurelia Sabina, pero Adriano murió en el 162 y Aurelio Antonino en el 165. En el 166, por consiguiente, sólo quedaban con vida dos hijos varones, Cómodo y M. Anio Vero, y muchas hijas (las cinco citadas; la hermana nacida entre Fadila y Cornificia, Domicia Faustina, habría muerto con anterioridad al 161). Así se explica este pasaje que demostraría la preocupación de Herodiano por la exactitud (cf. Intr., pág. 34).

[8] M. Anio Vero, el hermano menor de Cómodo, murió en el 169. Se piensa (cf. GROSSO, *ob. cit.*, pág. 37) que Herodiano lo designa aquí, por error, con el sobrenombre que el emperador Adriano había dado a su padre, pero nada impide pensar, como cree CASSOLA *(Erodiano...*,

joven, pero al sobreviviente, que se llamaba Cómodo [9], su padre lo educó con sumo cuidado. Hizo venir de todas partes a los sabios más reputados en sus propias provincias con honorarios nada despreciables a fin de que atendieran en permanencia a su hijo y lo edu-
2 caran [10]. A sus hijas, cuando llegaron a la edad, las entregó en matrimonio a los miembros más destacados del senado, no a patricios con largas genealogías ni a hombres ilustres por su entorno de riqueza, sino que quiso tener yernos de carácter ordenado y de vida so-

---

Florencia, 1967, pág. 4), que el sobrenombre del padre se aplicara también al hijo.

[9] Lucio Elio Aurelio Cómodo hasta octubre del año 180; probablemente en ocasión de su entrada triunfal en Roma (cf. Hdn. I 7) pasó a llamarse Marco Aurelio Antonino Cómodo, tomando, *pietatis causa*, el *praenomen* del padre, Marco, en lugar de Lucio como se había llamado hasta entonces (cf. C.I.L. XVI, 128, de marzo del 178: L. Aelius Aurelius Commodus). Al final de su reinado, en el 191, volvió a su primer nombre abandonando el de Marco Antonino y tomando de nuevo el de Lucio Elio, que recordaba a Elio César y a su hijo Lucio Vero (cf. cuadro genealógico 1). Este segundo cambio de nombre tendría un significado político contrario a los que esperaban una vuelta a los ideales de Marco Aurelio. Simbolizaría la ruptura de Cómodo con el pasado (cf. Grosso, *ob. cit.*, págs. 43, 128-9, 325-6).

[10] Marco Aurelio estaba hondamente preocupado por la educación (cf. Intr., pág. 51). En sus *Meditaciones* manifiesta su gratitud tanto cuando recuerda su propia educación juvenil como cuando se refiere a la educación de sus hijos: en I 4 agradece a su abuelo materno, L. Catilio Severo, el que le haya proporcionado los mejores maestros sin reparar en gastos para su educación; en I 17 da las gracias a los dioses por haber conseguido para sus hijos educadores adecuados (cf. Marco Aurelio, *Meditaciones*, trad. de R. Bach e introd. de C. García Gual, Madrid, Bibl. Clás. Gredos, 1977. Véase Introd., pág. 9). Por otra parte, todas las fuentes reconocen a Marco el mérito de haberse preocupado por la educación de sus hijos (cf. Dión-Xifil. LXXI 36, 4). Pitolao y Cleandro, origen después de muchos problemas (cf. *infra* notas 48 y 77 y Hdn. I 12, 3/I 13, 6), fueron los *nutritores (tropheîs)* de Cómodo. Onesícrates fue su maestro de griego, Antistio Capela lo fue de latín y T. Ayo Sancto le enseñó retórica. También debió intervenir en su educación el sofista Julio Pollux de Naucratis (cf. F. Grosso, *ob. cit.*, págs. 117-123).

bria [11], pues pensaba que estas posesiones espirituales eran las únicas verdaderas [12] e indestructibles.

---

[11] Los yernos de Marco Aurelio fueron: Cn. Claudio Severo (*cos.* II 173), casado con la mayor de las hijas de Marco, Ania Galeria Aurelia Faustina, que en el 182, año de la conjuración de Lucila, ya había muerto, con lo que Lucila sería entonces la mayor (cf. Hdn. I 8, 3); Ti. Claudio Pompeyano (*cos.* II 173), que se casó con Ania Aurelia Galeria Lucila, esposa anteriormente del emperador Lucio Vero y, por tanto, Augusta e hija de Augusta (cf. Hdn. I 6, 4 y I 8, 3); M. Peduceo Plaucio Quintilo (*cos.* 177), marido de Arria Fadila; M. Petronio Sura Mamertino (*cos.* 182), casado con Cornificia; y, finalmente, L. Antistio Burro (*cos.* 181), que se casó con Vibia Aurelia Sabina, la sexta hija de Marco Aurelio. Todos ellos pertenecían a familias influyentes, como los *Claudii Severi* y los *Claudii Pompeiani*, que fueron perseguidas por los emperadores contrarios a los ideales antoninos (cf. Intr., pág. 55). Cómodo los trató duramente (cf. Hdn., I 8, 7-8). Cn. Claudio Severo, tras la muerte de su mujer, se retiró a Pompeyópolis en Paflagonia, provincia de Galacia, de donde procedían los *Claudii Severi*. Ti. Claudio Pompeyano, de una familia originaria de Antioquía, pertenecía al *consilium* de Marco Aurelio, que le dio a Lucila en matrimonio (cf. I 8, 3) contra la voluntad de ésta. Pompeyano, siguiendo las recomendaciones de Marco (cf. I 4), intentó guiar a Cómodo (cf. I 6, 4). Estuvo fuera de la conjuración de Lucila, que lo detestaba (cf. I 8, 4), conjuración en la que participó un sobrino suyo, Claudio Pompeyano Quintiano (cf. I 8, 5). M. Peduceo Plaucio Quintilo era hijo de una hermana de L. Vero, Ceyonia Fabia; en el 205 fue condenado a muerte por Septimio Severo. M. Petronio Sura Mamertino pertenecía a una familia ecuestre que tenía propiedades en Ostia, los *Petronii Mamertini*. L. Antistio Burro procedía de una familia africana, de Tíbilis; en el 181 ocupó el consulado con Cómodo. Tanto M. Petronio Sura como L. Antistio Burro murieron ejecutados por orden de Cómodo (cf. Grosso, *ob. cit.*, págs. 260-262 y 359). Sus viudas, Cornificia y Vibia Sabina, fueron obligadas luego por Septimio Severo a contraer nuevos matrimonios, inferiores a su categoría, con L. Didio Romano y L. Aurelio Agaclito respectivamente. La misma esposa de Cómodo, la emperatriz Crispina (cf. I 8, 4), también pertenecía a una de estas poderosas familias antoninas, los *Bruttii Presentes*, pues era hija de C. Brutio Presente, un fiel colaborador de Marco Aurelio. Tampoco ella escapó de las muertes decretadas por Cómodo (cf. Grosso, *ob. cit.*, apéndice B, páginas 661-664: «La data di morte dell' imperatrice Crispina»). Murió probablemente hacia el 191-192 tras ser desterrada a Capri, tal como le había ocurrido a su cuñada Lucila unos años antes (182-183). (Cf. *infra* I 8, 8, notas 68 y 69).

3 Cultivaba todas las virtudes y era un enamorado de la literatura antigua, tanto que no iba a la zaga de nadie, ni griego ni romano; evidencian esta afirmación todos sus discursos y escritos que han llegado a nosotros.
4 Se presentaba a sus súbditos como un emperador magnánimo y moderado, tanto acogiendo a los que le visitaban como no permitiendo que su guardia alejara a quienes se dirigían a él. Fue el único emperador que dio credibilidad a su filosofía no por sus palabras ni por sus conocimientos doctrinales sino por la dignidad de su comportamiento y por su prudente forma de vivir. Y un sinnúmero de sabios fue la aportación de la época de Marco, pues a los súbditos siempre les gusta vivir tomando como modelo la forma de ser de su jefe [13].

5 Muchos doctos historiadores han escrito sobre el valor y la moderación de todas sus acciones, reflejo de sus virtudes militares y políticas, tanto en sus campañas contra los habitantes de los territorios del norte como contra los de oriente. Pero yo he escrito una historia sobre los hechos posteriores a la muerte de Marco que vi y escuché durante toda mi vida. Y en algunos de ellos participé directamente en mis puestos de servicio imperial y público [14].

3 Cuando Marco era ya un anciano [15], consumido no sólo por la edad sino también por los trabajos y preocu-

[12] Privadas, auténticamente propias *(ídia)*. Cassola, aceptando la conjetura de Nauck *(aídia)*, traduce por eternas.

[13] Cf., por ejemplo, TÁCITO, *Germania*, 14, 1 [trad. de J. M. REQUEJO], Madrid, Bibl. Clás. Gredos, 36, 1981, pág. 123; TITO LIVIO, I 21, 2.

[14] Cf. Intr. págs. 27-31.

[15] Sólo tenía cincuenta y ocho años. Su madre, Domicia Lucila, había muerto a los cincuenta y, según el mismo Marco Aurelio *(Meditaciones* I 17), murió joven. Pero él envejeció pronto. Marco Aurelio, de natural sedentario y pacífico, tuvo que envejecer en los frentes de sus campañas; junto al Danubio el clima y las penalidades minaron

paciones, mientras estaba ocupado en la campaña de Panonia [16] una grave enfermedad se apoderó de él [17]. Sospechando que las esperanzas de restablecerse eran escasas y viendo que su hijo estaba en el umbral de la adolescencia, tuvo miedo de que, al encontrarse el ardor de su juventud en la orfandad, con el poder absoluto y sin trabas, rechazara las buenas costumbres y enseñanzas y se entregara a borracheras y desórdenes; pues fácilmente las almas de los jóvenes se deslizan hacia los placeres y se apartan de los honestos hábitos de su educación. Como hombre muy culto que era, 2
le inquietaba sobremanera el recuerdo de quienes habían accedido al poder en su juventud: éste era el caso de Dionisio, el tirano de Sicilia [18], que por su total incontinencia iba a la caza de nuevos placeres al más alto precio, y otro ejemplo lo ofrecían los excesos y violencias con sus súbditos de los sucesores de Alejan-

su salud enfermiza. La peste acabó con él, tras siete días de agonía, en marzo del 180 (cf. DIÓN-XIFIL., LXXI 33, 4 e *Historia Augusta, Vita Marci*, 28, 8).

[16] En Herodiano y en otro autores como Apiano, Filóstrato y Zósimo, se da el uso de los étnicos *Paíones* y *Paionía* en lugar de *Pannónioi* y *Pannonía*. Panonia corresponde a las actuales tierras de Hungría occidental (a la derecha del Danubio), de Eslavonia (territorios del Drave y el Save) y de Austria oriental con *Vindobona*, la actual Viena. Cf. APIANO, *Historia Romana* [Intr. trad. y notas de A. SANCHO ROYO], Madrid, Bibl. Clás. Gredos, 34, 1980, pág. 394.

[17] La enfermedad le sobrevino seguramente en *Vindobona* (cf. AURELIO VÍCTOR, *Caesares* 16, 14; *Epitome de Caesaribus*, 16, 12), no en Sirmio como dice TERTULIANO *(Apologeticum*, 25, 5).

[18] Se refiere a Dionisio II el Joven que gobernó en Siracusa entre los años 367/6 y 345 a. C. y que como estadista no fue un digno heredero de su padre. Respecto a la edad en que subió al trono, cercana a los treinta años, su caso no era comparable al de Cómodo que llegó al poder a los diecinueve años. Tanto Dionisio II como su padre, Dionisio I, sirvieron de tema para numerosas anécdotas recogidas por los escritores antiguos (cf. CLAUDIO ELIANO, *Historia Varia*, ed. A. R. Benner y F. H. Fobes, Londres, Loeb Class. Libr., 1949, IX 8).

dro [19], que deshonraron el imperio del macedonio; Pto-
3 lomeo [20], al llegar hasta el extremo de enamorarse de su propia hermana, transgredió las leyes de macedonios y de griegos; Antígono [21], tomando en todo como modelo a Dionisio, se coronó su cabeza con yedra en lugar de la diadema acoplada a la causía [22] macedonia y
4 llevaba tirso en vez de cetro. Y todavía le entristecía más el recuerdo de hechos ocurridos no mucho antes sino hacía poco; la conducta de Nerón, por ejemplo, que llegó hasta el asesinato de su propia madre y que se ofreció él mismo al pueblo como espectáculo ridícu-

[19] Herodiano, como otros autores antiguos, usa el término *diádochos*, «sucesor», en sentido lato, refiriéndose a la segunda generación de sucesores o «epígonos».

[20] Probablemente Ptolomeo II Filadelfo (308-246 a. C.), que se casó con su hermana Arsínoe (historia recogida por Justino, compilador de la época de los Antoninos que resumió las *Historias Filípicas* de Trogo Pompeyo). Los matrimonios entre hermano y hermana eran practicados entre los faraones y la nobleza de Egipto, lo que hizo puntualizar a Herodiano que las leyes transgredidas eran las griegas y las macedonias. Entre los Ptolomeos el primer caso de matrimonio entre hermanos fue el citado. Después hubo otros, el de Ptolomeo IV Filopátor, el de Ptolomeo VI Filométor, etc.

[21] Se ha dicho que es una referencia a Antígono Monoftalmo, viejo macedonio, posiblemente el más valeroso y emprendedor de los diádocos, pero no sabemos de otra descripción referida a este personaje que sea semejante a la de este pasaje de Herodiano. Por esta razón puede pensarse en una confusión. E. Hohl cree que Herodiano confunde a Antígono con su hijo Demetrio Poliorcetes, pues era éste quien imitaba a Dionisio (cf. E. Hohl, *Kaiser Commodus und Herodian*, Sitzungsberichte der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Berlin, 1954, págs. 8 y 35). Esta tesis podría apoyarse, además, en el hecho de que Demetrio, a pesar de su excepcional talento militar, era conocido por su versatilidad y su excesiva inclinación al placer y por la circunstancia de que acabara sus días a merced de Seleúco, que generosamente lo encerró en un lujosa residencia entregado a los placeres.

[22] La *kausía* era un sombrero de anchas alas que fue considerado prenda nacional macedonia. La *kausía* real era purpúrea; la diadema era una banda blanca, bordada de oro, que ceñía el sombrero y caía sobre los hombros (cf. *infra* IV 8, 2).

lo [23], y las audacias de Domiciano que nada tenían que
envidiar a la más extrema crueldad [24]. Con estos mo- 5
delos de tiranía en su mente, Marco miraba hacia el futuro con temor. De forma extraordinaria le turbaban los germanos de la frontera a quienes todavía no había sometido del todo. A unos, a fuerza de persuasión, había sabido ganárselos como aliados, y había vencido a otros por las armas. Pero había algunos que se habían replegado de momento y se habían retirado por temor a la presencia de un emperador como Marco. Sospechaba por ello que, despreciando la edad del muchacho, le atacarían. Los bárbaros están siempre dispuestos a ponerse en movimiento fácilmente por cualquier causa [25].

Con su espíritu agitado por tales preocupaciones, 4
Marco convocó a sus consejeros y a todos los parientes que estaban con él, y dispuso que su hijo estuviera a su lado. Cuando todos estuvieron reunidos se levantó tranquilamente de su lecho y comenzó a dirigirles estas palabras [26]:

[23] Cf. Suetonio, *Nero Claudius*, 24 y 27-30.

[24] Cf. Suetonio, *Titus Flavius Domitianus*, 10-11.

[25] Una de las observaciones étnicas de Herodiano, que se interesa por las descripciones de este tipo (cf. Intr., págs. 18 y 23 e *infra* I 5, 8, I 6, 9, etc.). En general los temas étnicos eran del gusto de la Segunda Sofística. Uno de estos sofistas, Escopeliano, era maestro en ellos, «temas que, en mi opinión —dice Filóstrato— ha sido él el mejor en exponerlos y en transmitir a sus discípulos su modo de exponerlos; en ellos, como un actor en escena, hacía ver la soberbia y ligereza de las constumbre de los bárbaros» (cf. Filóstrato, *Vidas de los Sofistas* [trad. de M. C. Giner Soria], Madrid, Bibl. Clás. Gredos, 1982, I 21, 520 Oleario). Este interés por lo étnico está ligado naturalmente a la creciente influencia de las provincias y a los movimientos de los pueblos «bárbaros» (cf. Intr., pág. 58, y notas a I 1, 4 y a I, 16, 6).

[26] En su lecho de muerte Marco Aurelio confía el mando a su hijo Cómodo y se despide estoicamente de sus consejeros y allegados. Cf. el discurso de Ciro en Jenofonte, *Ciropedia* VIII 7, y el de Micipsa

2 «No es extraño que vosotros estéis apesadumbrados por el hecho de verme postrado en la cama. Es natural que los hombres compadezcan las desgracias de sus semejantes, y cuando los males se presentan a la vista, provocan una mayor compasión. Pero pienso que en vuestra disposición hacia mí hay algo más que esto, pues mis propios sentimientos respecto a vosotros me permiten esperar justamente un afecto en correspondencia.
3 Ahora se me presenta la ocasión oportuna para darme cuenta de que no os he dedicado en vano esfuerzo y estima durante tanto tiempo, y para vosotros es el momento de demostrar vuestra gratitud probando que no olvidáis los beneficios recibidos. Cuidad ahora de mi hijo, a quien vosotros mismos educasteis, recién llegado a la edad de la adolescencia y necesitado de buenos pilotos como en medio de un mar tempestuoso; que no se estrelle en los escollos de una vida indigna arrastrado por la falta de experiencia de lo que es su deber.
4 Vosotros que sois muchos sed padres para él en lugar mío que soy uno solo; atendedle y dadle los mejores consejos. Ni la abundancia de dinero es bastante para la insaciabilidad de la tiranía, ni la protección de su guardia es suficiente para proteger al gobernante si no
5 cuenta con el amor de sus súbditos [27]. Y llegan sin peligro al término de su reinado quienes no inspiran en los corazones de los gobernados temor por su crueldad sino deseo por su bondad. No son los siervos por necesidad sino los que obedecen por convencimiento quienes viven sin sospechas y libres de toda fingida adulación —tanto por activa como por pasiva—, y nunca se rebelan si no son forzados a ello por violencia o

---

en SALUSTIO, *Bellum Iugurthinum* 10, discurso que Septimio Severo, al ver que iba a morir, envió a Caracalla, según nos cuenta Espartiano en la *Historia Augusta*.

[27] Tópico que aparece también en los discursos citados en la nota anterior (SALUSTIO, *B.I.;* JENOFONTE, *Cirop.* VIII 7, 13-14).

desmesura. Y es difícil guardar mesura y poner límites 6
a las pasiones cuando se tiene el poder en las manos. Aconsejadle pues en este sentido y recordadle lo que ahora está escuchando aquí. De esta forma haréis en vuestro beneficio y en el de todo el mundo un excelente emperador, honraréis mi memoria con la mejor de las gratitudes y sólo así podréis mantenerla viva para siempre».

Después de decir esto, le sobrevino a Marco una 7
lipotimia y se calló. Cuando se acostó de nuevo absolutamente agotado, la compasión se apoderó de todos los presentes de tal modo que algunos de ellos no pudieron contener los gritos de dolor. Vivió todavía una noche y un día antes de morir [28], y dejó entre sus contemporáneos la añoranza y a la posteridad el recuerdo perenne de su virtud.

Una vez que se extendió la noticia de su muerte, 8
todo el ejército que estaba con él y el pueblo entero fueron presa del mismo dolor y ningún súbdito del imperio romano hubo que recibiera aquel anuncio sin lágrimas. Todos a una voz le ensalzaban, unos le llamaban padre bondadoso, otros noble emperador, otros general valeroso y otros finalmente elogiaban la prudencia y rectitud de su gobierno. Y ninguno se engañaba.

Después de unos pocos días en los que tuvieron 5
al hijo ocupado en los funerales del padre, los consejeros [29] decidieron presentar al joven en el campamento

---

[28] El 17 de marzo del año 180. Cf. *supra* nota 15.

[29] Entre los *amici* de Marco (cf. F. GROSSO, *ob. cit.*, págs. 106 ss., J. A. CROOK, *Consilium principis: imperial councils and counsellors from Augustus to Diocletian*, Cambridge, 1955) que estaban en el frente del norte podemos citar a Ti. Claudio Pompeyano, yerno de Marco (cf. nota 11), a Vitrasio Polión, a C. Brutio Presente, suegro de Cómodo, a Tarruntenio Paterno, que debía estar en *Vindobona* en el 180 como prefecto del pretorio, a Sexto Quintilio Condiano y Sexto Quintilio Va-

para que hablara a los soldados y, procediendo a una distribución de dinero, como es costumbre en las sucesiones imperiales [30], se ganara al ejército con un generoso
2 donativo. Se dio la orden de presentarse para revista general en la explanada de costumbre [31]. Apareció Cómodo y ejecutó los sacrificios imperiales [32]. A continuación subió a una tribuna que había sido levantada para él en medio del campamento y, después de situar a su alrededor a los consejeros de su padre —un buen número de avisados consejeros estaban allí con él—, pronunció las siguientes palabras:

3 «Estoy plenamente convencido de que el dolor por lo ocurrido me une a vosotros y de que vosotros estáis tan afligidos como yo, ni un ápice menos. Cuando aún vivía mi padre, nunca pensé llevaros ventaja, pues él nos amaba a todos nosotros por igual, hasta el punto de que le agradaba más llamarme compañero [33] que hijo, porque consideraba que el título de hijo lo daba la naturaleza mientras que el de compañero procedía de la comunidad en el servicio. Y cuando todavía era un niño, con frecuencia me llevaba consigo y me ponía

lerio Máximo y a M. Valerio Máximo. Según Herodiano (I 6, 6) la nobleza senatorial (cf. Intr., págs. 55-56) estaba en *Vindobona* acompañando a Marco.

[30] El discurso y la distribución de *donativa* entre los soldados eran normales en las sucesiones imperiales como nos dice aquí Herodiano.

[31] En Roma el ejército se reunía y pasaba revista fuera del *castra praetoria;* en campaña las reuniones tenían lugar en un terreno llano fuera del campamento. Pero en esta ocasión parece que la reunión se celebró en el mismo campamento.

[32] Herodiano recuerda siempre los sacrificios realizados por los emperadores al asumir el poder. El emperador era el pontífice máximo.

[33] El término griego es *systratiōtēs*, «compañero de armas, conmilitón». La camaradería con los soldados es una de las cualidades del *optimus princeps* (cf. Intr., pág. 51 y Hdn. IV 7, 6, IV 14, 4, VI 8, 4, etc). Sobre el término *systratiōtai*, cf. Instinski, «Wandlungen röm. Kaisertums», *Gymnasium*, LXIII (1956), 260-268.

en vuestras manos. Por eso no dudo que contaré con 4
vuestra lealtad sin dificultad; los más viejos tienen la responsabilidad de mi pupilaje [34], y ante los de mi edad pienso que puedo invocar con razón nuestra condición de compañeros en el aprendizaje de las armas, puesto que mi padre a todos nosotros nos quiso por igual y procuró inculcarnos todas las virtudes. Ahora la fortu- 5
na [35] ha dispuesto que yo le suceda en el imperio, no cual advenedizo como mis predecesores que se enorgullecían de un trono no heredado; por el contrario, yo soy el único que os he nacido en palacio; y en el mismo momento de salir del vientre de mi madre me acogió la púrpura imperial, sin que conociera pañales corrientes: a la vez el sol me vio como hombre y como emperador [36]. Si consideráis esto, justamente me podéis 6
dar vuestro afecto como un emperador que no os ha sido impuesto, sino que ha nacido para serlo. Mi padre ha subido al cielo y ahora se sienta en compañía de los

[34] Piénsese en las referencias de Tácito a Calígula, nacido en el campamento y criado en las tiendas de las legiones (*Anales*, I 41: «*iam infans in castris genitus, in contubernio legionum eductus*», y I 44: «*legionum alumnus*»). Véase R. Graves, *Yo Claudio*, trad. esp., Madrid, Alianza Ed., 1978, págs. 235-239.

[35] El concepto de *týchē* o fortuna aparece frecuentemente en la *Historia* de Herodiano (cf. I 8, 3, I 9, 5, I 13, 6, II 2, 8, II 4, 5, III 7, 1, V, 3, 1, VI 5, 4, VI 8, 1, VII, 1, 2, etc.) con un significado no siempre preciso; puede ser suerte, azar o casualidad, *fatum* o destino, fuerza o voluntad divinas... El concepto de *fatum (heimarménē)* junto al de *prónoia* o providencia previsora, era extraordinariamente importante en el pensamiento estoico y constituía un tópico en la historiografía.

[36] Desde Nerva el problema de la sucesión se había resuelto mediante la adopción; el emperador elegía a su sucesor y lo adoptaba. Así podía gobernar el hombre más apto según el principio del *optimus princeps*. El senado aceptaba el sistema y los emperadores elegidos de esta forma respetaban al senado. Pero Marco Aurelio volvió al principio de la sucesión hereditaria legando el imperio a su hijo (cf. Intr., pág. 57). Cómodo fue, ciertamente, el primer emperador romano cuyo padre, al nacer el hijo, era ya emperador.

dioses [37]. A nosotros nos incumben los hombres y la administración de los asuntos de la tierra. Poner en orden estos asuntos y consolidar el imperio está en vuestras manos, si lográis con vuestro valor liquidar los restos de esta guerra y adelantar las fronteras del imperio
7 romano hasta el océano [38]. A vosotros esto os proporcionará la gloria y corresponderéis asimismo al recuerdo de nuestro padre común con la gratitud que se merece. Estad seguros de que él escucha vuestras palabras y observa vuestras acciones. Podemos estar contentos de cumplir con nuestro deber en presencia de un tal testigo. Las victorias que en el pasado habéis conseguido valerosamente son atribuibles a la sabiduría de su mando. Pero por cuantas pruebas de entusiasmo deis con un emperador joven como yo, vosotros mismos obtendréis la fama por vuestra noble lealtad y valor.
8 Y colmaréis de dignidad nuestra juventud con la valentía de vuestras acciones. Por otra parte, si ponéis freno a los bárbaros en el principio de un nuevo reinado, no se animarán ahora a causa de nuestra edad, y en el futuro recelarán, temerosos por sus experiencias anteriores».

Después de pronunciar estas palabras y de ganarse al ejército con un generoso donativo [39], Cómodo regresó al palacio imperial.

6 Durante un corto tiempo, pues, todo se hizo según el criterio de los consejeros paternos, que estaban per-

[37] La deificación de Marco Aurelio fue decidida en una reunión extraordinaria del senado y el pueblo según leemos en la *Vita Marci* 18, 2-3 (*senatus populusque, non diversis locis, sed in una sede propitium deum dixit*).

[38] Referencia imprecisa (cf. I 6, 6). Se refiere, naturalmente, al Báltico y al Mar del Norte.

[39] Cf. *infra* I 7, 6. La largueza de Cómodo con las tropas contrastaba con la actitud de Marco Aurelio, quien, por ejemplo, se había arriesgado a negar un aumento de soldada tras una costosa victoria sobre los marcomanos.

manentemente a su lado con sus prudentes advertencias, concediéndole sólo el tiempo que consideraban suficiente para un saludable cuidado de su cuerpo. Pero algunos miembros de su séquito, que con engaños habían logrado arrimarse a Cómodo, intentaban minar el carácter del joven emperador; su mesa era frecuentada por parásitos que medían la felicidad por su estómago y por sus vicios más abyectos [40]; ellos le recordaban el lujo de Roma, describiéndole los placeres para la vista y el oído y enumerándole la abundancia de todo lo que allí había, a la vez que criticaban todas las estaciones del año en las riberas del Danubio, una región que no daba frutos, siempre fría y cubierta de nieve [41].
«¿No dejarás, señor —decían—, de beber esa agua 2
helada y turbia mientras otros disfrutan las cálidas fuentes y los frescos arroyos, el cielo calmado y el aire que sólo Italia ofrece?» [42]. Presentando al muchacho imágenes como éstas despertaron en su alma el ansia de
placeres. Súbitamente llamó a los consejeros y les dijo 3
que añoraba la patria; pero, avergonzado de confesar las causas del repentino deseo, simuló que tenía miedo de que algún rico patricio se apoderara en Roma del palacio imperial e intentara después, como desde una fortificada ciudadela, tomar el poder al disponer de fuerzas y recursos [43]. El pueblo, en efecto, podía proporcionarle un buen número de jóvenes escogidos.

[40] Cf. GROSSO, *La lotta politica...*, pág. 99.

[41] Tal vez Herodiano tenía presente a Alejandro «Peloplatón», sofista contemporáneo que se había referido en un discurso al clima del Danubio. Este tipo de temas interesaban a los sofistas (cf. FILÓSTRATO, *Vida de los Sofistas*, Madrid, Bibl. Clás. Gredos, 1980, II 5, 57 Oleario). Sobre el clima del Rin y del Danubio cf. también *infra* VI 7, 6.

[42] Un elogio similar del clima de Italia en ELIANO, otro contemporáneo de Herodiano (*Historia varia*, IX 16).

[43] En otras ocasiones similares (cf. III 15, 6, V 2, 3, V 5, 1) Herodiano insiste en la importancia de que el nuevo emperador vuelva a Roma.

4 Ante estos pretextos del joven, el desaliento se apoderó de los consejeros, que se pusieron a mirar el suelo con semblante compungido. Pero Pompeyo[44], que era el más viejo de todos ellos y que por su matrimonio era pariente del emperador (pues estaba casado con la mayor de las hermanas de Cómodo), dijo: «Es natural, hijo y señor mío, que tú añores la patria; pues también a nosotros nos domina un parecido deseo de lo que
5 dejamos en casa. Pero los asuntos de aquí, al ser más importantes y apremiantes, se imponen sobre nuestros deseos. Gozarás de los placeres de la ciudad después, durante el resto de tu vida, y, además, donde el emperador se encuentra, allí está Roma[45]. Pero dejar la guerra inconclusa es, amén de deshonroso, también peligroso. Pues infundiremos animo a los bárbaros, que no lo imputarán al deseo de volver a casa sino a cobarde
6 abandono. Será hermoso para ti, después de someter a todos ellos y fijar los límites del imperio por el norte en el océano[46], volver a Roma en triunfo y llevando encadenados y cautivos a reyes y caudillos bárbaros[47].

44 Ti. Claudio Pompeyano. Cf. Intr., pág. 55 y *supra* notas 11 y 29. Por lo que aquí dice Herodiano, Cn. Claudio Severo, el yerno de Marco casado con la hija mayor, ya habría muerto o se habría retirado. Pompeyano estaría así a la cabeza. Era un hombre de gran capacidad política a quien Marco apreciaba, pero no contaba con las simpatías de Faustina, su suegra, y de Lucila, su mujer (cf. GROSSO, *ob. cit.*, pág. 107 y K. DIETZ, *Senatus contra principem...*, pág. 125). Según la *Historia Augusta (Pert.* 4, 10) Pértinax, tras la muerte de Cómodo, le ofreció el poder (cf. HDN. II 3, 3), y Juliano escribió que Marco Aurelio hubiera debido nombrar heredero al yerno en lugar del hijo (cf. JULIANO, *Discursos* [intr., trad. y notas de José García Blanco], Bibl. Clás. Gredos, Madrid, *Césares* 312 B).

45 Cf. *supra* notas 2 y 43. En contradicción con el discurso de Severo de II 10, 9: «Seamos, pues, los primeros en tomar Roma, donde está la sede del imperio...».

46 Cf. *supra* I 5, 6.

47 En el original leemos *basileîs te kaì satrápas barbárous.* El término «sátrapas» se usa normalmente referido a los gobernadores per-

Esto hizo grandes y famosos a los romanos que te precedieron. Y no debes temer que alguien se apodere en Roma del poder. Pues la nobleza senatorial está aquí contigo y toda la fuerza militar presente defiende tu autoridad. El tesoro imperial está también aquí por entero. Y el recuerdo imperecedero de tu padre te ha asegurado la fidelidad y el amor de tus súbditos».

Con estas palabras Pompeyo quiso impulsar al mu- 7
chacho a tomar el mejor camino, y durante un corto tiempo le hizo cambiar de parecer. Cómodo, avergozado por el discurso y no siendo capaz de replicar nada razonable, despidió a los consejeros diciéndoles que, con toda detención, examinaría en privado el camino a
seguir. Pero, al seguir insistiendo sus asistentes[48], ya 8
no volvió a consultar a los consejeros, sino que por carta les comunicó a quiénes confiaba la vigilancia de las riberas del Danubio y, a la vez que les ordenaba que resistieran los ataques de los bárbaros, les anunciaba su regreso a Roma. Ellos cumplieron, ciertamente, su cometido: no mucho tiempo después redujeron a muchos bárbaros por las armas mientras que con otros, por medio de importantes subsidios, acordaron una alianza, sin
que les costara convencerles. Pues los bárbaros son de 9

sas y partos. En FILÓSTRATO *(Vida de los Sofistas,* I 22, 3) lo encontramos referido a un gobernador romano. Aquí se trata de la aristocracia guerrera germana y se refiere probablemente a los jefes, caudillos *(Herzog)* o nobles germanos. Se ha pensado (cf. WHITTAKER, *ob. cit.*, vol. I, pág. 33) que esta expresión podía ser equivalente del *reges et duces* (cf. TÁCITO, *Germania* 7, 1: *reges ex nobilitate, duces ex virtute sumunt*).

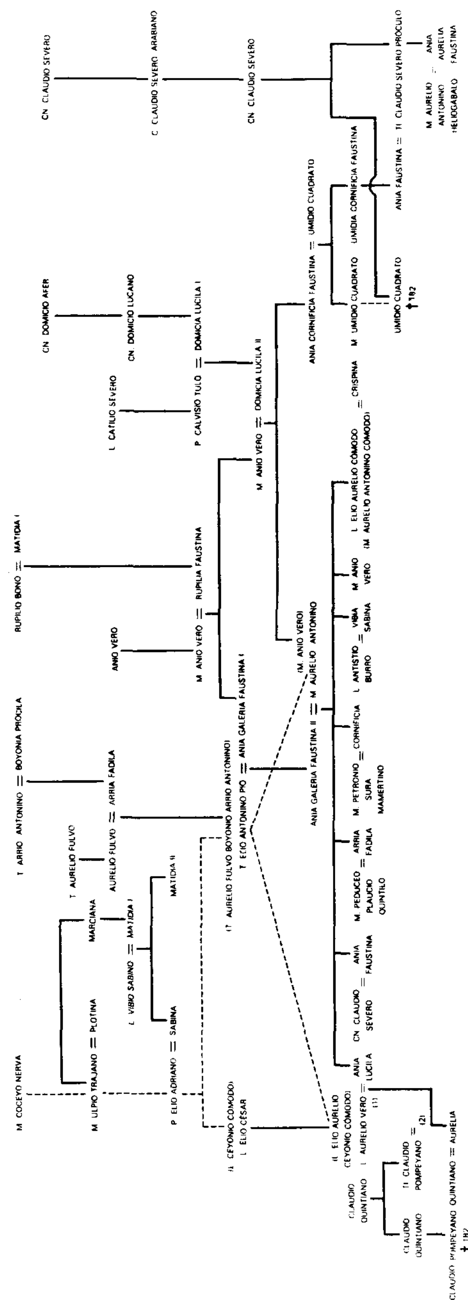
48 Los cortesanos, parásitos «que basaban la felicidad en el vientre...», ganaron la partida a los consejeros de Marco encabezados por Pompeyano. Los *custodes vitae pessimi*, de los que habla la *Vita Commodi* 2, 6, pudieron más que los *custodes vitae honestiores.* Eran gentes incompetentes en lo militar y de poca altura política pero hábiles en la vida de la corte (cf. GROSSO, *ob. cit.*, págs. 100, 116, 198 ss.). Entre ellos estaba M. Aurelio Cleandro, esclavo frigio que llegó a ser dueño de una inmensa fortuna (cf. notas 10 y 77, HDN. I 12, 3-I 13, 6 y GROSSO, *ob. cit.*, págs. 116-120).

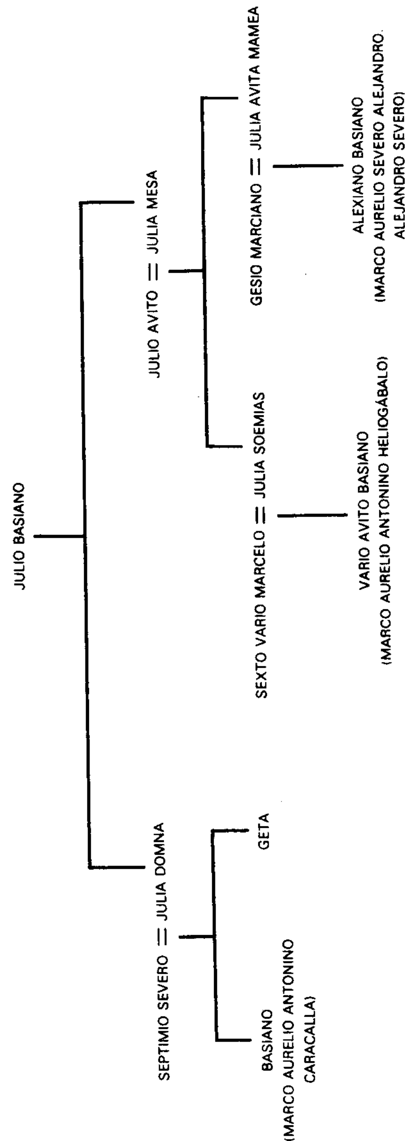
naturaleza codiciosa y, con desprecio del peligro, por medio de incursiones y saqueos se procuran lo necesario para su subsistencia o negocian la paz a un alto precio. Cómodo, enterado de esto y deseoso de comprar su tranquilidad, puesto que tenía dinero en abundancia, les concedió todo lo que pidieron.

7 Tan pronto como se hizo público el regreso de Cómodo, un revuelo enorme, evidentemente, se apoderó del campamento, y todos querían marcharse con él para alejarse de la dura vida de la guerra y gozar de los placeres de Roma. Cuando el rumor se divulgó y llegaron mensajeros para anunciar el regreso del emperador, el pueblo de Roma se alegró extraordinariamente [49] y abrigó grandes esperanzas por la llegada del joven soberano pensando que el muchacho se parecería
2 a su padre. Cómodo realizó el viaje con entusiasmo juvenil. Cuando pasaba por las ciudades que se sucedían en su camino, en todas era recibido con honores de emperador y, al presentarse ante pueblos en fiesta, todos
3 los ojos le daban la bienvenida con amor. Cuando estuvo cerca de Roma, el senado en pleno y todo el pueblo de Roma, sin poder contenerse, queriendo cada uno ser el primero en ver a su joven y noble emperador, con guirnaldas de laurel y todas las flores que estaban entonces en floración, como a cada uno le fue posible, le
4 salieron al encuentro fuera de la ciudad. Le amaban con sincero afecto porque había nacido y se había educado entre ellos [50] y, además, porque era emperador

[49] Según Grosso *(ob. cit.*, pág. 126) la decisión de Cómodo de poner fin a la costosa guerra contra los germanos fue causa de popularidad.

[50] No sabemos con seguridad el tiempo que Cómodo pasó en Roma durante su niñez y adolescencia. Faustina, su madre, acompañaba a Marco Aurelio en sus campañas, y en I 5, 3 hemos visto que Cómodo había crecido entre los soldados. Cf. *supra* nota 34.





CUADRO GENEALÓGICO 2

por familia, después de tres generaciones [51], y patricio romano. Su familia por parte de padre había dado ilustres senadores: Faustina, su madre, que había llegado a emperatriz, era hija de Antonino Pío y nieta de Adriano por parte de madre, y remontaba su genealogía hasta Trajano, su bisabuelo.

Así era, pues, el linaje de Cómodo, que, además, por estar en la flor de la juventud, tenía una apariencia admirable tanto por las proporciones de su cuerpo como

[51] Cf. cuadro genealógico 1 y notas 7-11. Por la vía de la adopción se sucedieron Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio, que ya no acudió al procedimiento de la adopción al designar como sucesor suyo a su hijo Cómodo. Estas adopciones, sin embargo, se apoyaron en cierto modo en lazos familiares: Adriano estaba casado con Sabina, una sobrina nieta de Trajano; Marco Aurelio se casó con una hija de Antonino Pío, Ania Galeria Faustina II, y Lucio Aurelio Vero, colega de Marco Aurelio, tomó por esposa a Lucila, hija de Marco. Se ha señalado la importancia de estos lazos familiares para la estabilidad de un régimen que se había basado en la adopción. En este pasaje Herodiano se refiere a Ania Galeria Faustina la menor, que era hija de Antonino Pío y «nieta de Adriano por parte de madre» *Hadrianoû ékgonos katà thēlygonían.* En realidad el parentesco con Adriano no era cierto en estos términos, por lo que la afirmación de Herodiano en este pasaje suele considerarse como uno de sus errores. Sievers, *art. cit.*, *Philologus* 26 (1967), 36-37, y Hohl, *Kaiser Commodus...*, 12-13 y 37, piensan que Herodiano creía que la primera Ania Galeria Faustina, la mujer de Antonino Pío, era hija de Adriano. P. Grenade, «Le règlement successoral d'Hadrien», *Revue des études anciennes* 52 (1950), 263, justifica la expresión *katà thēlygonían* de Herodiano señalando que Matidia la mayor, sobrina de Trajano, era la bisabuela de la madre de Cómodo. Se podría pensar que la relación a la que alude aquí Herodiano es simplemente la de adopción, según la cual Faustina, como hija de Antonino Pío, era nieta adoptiva de Adriano y biznieta de Trajano. Pero para esta interpretación debería eliminarse la expresión *katà thēlygonían*, como hace Cassola (cf. Cassola, *Erodiano*, Florencia, 1967, págs. 22 y 468 y «Note critiche al testo di Erodiano», *Rendiconti dell' Accademia di archeologia, lettere e belle arti di Napoli* 38 (1963), 139 ss.), supresión sin suficiente fundamento (cf. W. N. Nichipor, *The text...*, pág. 184). Por otra parte, si sólo se refería a las relaciones de adopción, Herodiano habría podido hablar de cinco generaciones, remontándose hasta Nerva, en lugar de hacerlo de tres *(ek trigonías).*

por la belleza viril de su rostro. El resplandor de sus ojos era cálido y centelleante [52]; su cabello, rubio natural y rizado de suerte que, si alguna vez se ponía al sol, un brillo como de fuego fulguraba de forma tal, que algunos pensaban que se esparcía polvo de oro [53] por encima cuando se presentaba en público, mientras que otros lo miraban como un dios, diciendo que una aureola celeste aparecía en torno a su cabeza [54]. Y el
6 primer vello ya brotaba de sus mejillas. Éste fue el emperador que vieron los romanos cuando lo recibieron con múltiples aclamaciones y con una lluvia de guirnaldas y de flores. Después de entrar en Roma [55], se dirigió al templo de Júpiter y a los demás templos y, seguidamente, manifestó su gratitud al senado y a la guarnición de Roma por la fidelidad que le habían guardado. A continuación se retiró al palacio imperial.

8 Durante unos pocos años, otorgó toda su estima a los consejeros paternos [56], y en todas sus actuaciones

[52] *ophthalmôn te gàr thermaì kaì pyrṓdeis bolaí*, pasaje sobre el que se han hecho diversas conjeturas. G. Giangrande, *Rheinisches Museum*, 100 (1957), 263-264 da *thermaí* frente a *arthmíai* de los manuscritos de la familia i. Whittaker y Cassola aceptan la conjetura. Véase la cuestión en W. N. Nichipor, *ob. cit.*, págs. 184-196, que propone una nueva posibilidad, *orthaí*, con el significado de «penetrante».

[53] Cf. *Historia Augusta, Verus* 10, 7, donde se dice que L. Aurelio Vero esparcía polvo de oro sobre sus cabellos rubios para que replandecieran.

[54] Cf. *Historia Augusta, Gallieni duo* 16, 4.

[55] Probablemente ante esta entrada en Roma había cambiado de nombre para honrar a su padre (cf. nota 9). Tenemos testimonios numismáticos de la entrada en *The Roman Imperial Coinage* III, 401 n.os 294-5 y en *British Museum Catalogue* IV 684 n.os 1728-31. Se distribuyó entonces un *congiarium* y un *donativum* (cf. *supra* nota 39). Fue el tercer *congiarium* de Cómodo, emperador de gran prodigalidad (cf. D. van Berchem, *Les distributions de blé et d'argent à la plèbe romaine sous l'empire*, Diss., Ginebra, 1939, págs. 156-158).

[56] Esta consideración respecto a los consejeros paternos decae durante la prefectura del pretorio de Perennis (182-185).

les pidió consejo. Pero, después que se hizo cargo personalmente de la dirección del imperio, puso al frente de la guardia pretoriana a Perenio [57], un itálico con las mejores virtudes militares (razón por la que, precisamente, le nombró prefecto del pretorio). Pero Perenio se aprovechó de la edad del muchacho y, persuadiéndolo a consagrar su tiempo a excesos y borracheras, le apartó de la responsabilidad y de las cargas imperiales, a la vez que él asumió directamente el gobierno 2
del imperio. Su afán de riqueza era desenfrenado, tanto por la continua insatisfacción de las ganancias obtenidas como por el anhelo insaciable de lo todavía no conseguido. Comenzó por presentar acusaciones contra los consejeros de Marco, levantando sospechas contra todo el que era rico y patricio; de tal forma asustaba al joven emperador que éste los hacía matar y daba a Perenio ocasión y facultad de apoderarse de sus propiedades.

Durante cierto tiempo el recuerdo de su padre y el 3
respeto a sus consejeros contuvieron al joven Cómodo. Pero, como si un golpe de fortuna adversa y desgraciada [58] diera al traste con la prudencia y rectitud que todavía tenía, ocurrió lo siguiente. Lucila era la mayor de todas las hermanas que le quedaban a Cómodo [59]. Era ella la que antes había estado casada con el empe-

[57] Herodiano usa la forma griega *Perénnios*, Perenio, por la latina *Perennis*. Tigidio Perennis era un italiano, muy conocido por su experiencia militar, como dice aquí Herodiano. Algunos (cf. L. L Howe, *The pretorian prefect from Commodus to Diocletian (A.D. 180-305)*, Chicago, 1941, Appendix, 2) piensan que su nombramiento fue en el 180; se apoyan en la *Historia Augusta (Vita Comm.* 14, 8), según la cual Perennis fue nombrado por Marco Aurelio; pero Herodiano afirma que fue nombrado por Cómodo, y probablemente tiene razón (cf. A. Passerini, *Le coorti pretorie*, Roma, 1969, págs. 305-306; F. Cassola, «Sull' attendibilità dello storico Erodiano», *Atti dell' Accademia Pontaniana*, 6 (1957), 193). Su nombramiento debió ser hacia el 182.

[58] Cf. *supra* nota 35.

[59] Cf. *supra* nota 11. Prueba que Faustina había muerto.

rador Lucio Vero[60], a quien Marco había asociado al
imperio entregándole a su hija y haciendo de este ma-
trimonio con Lucio un vínculo de lealtad más fuerte.
Pero cuando sobrevino la muerte de Lucio, aunque Lu-
cila conservó las insignias de su dignidad imperial, su
4 padre la entregó en matrimonio a Pompeyano[61]. Cómo-
do mantuvo las prerrogativas de su hermana sin mer-
ma; en el teatro seguía sentándose en trono imperial
y el fuego ceremonial anunciaba su paso. Pero cuando
Cómodo contrajo matrimonio con Crispina[62] y fue ne-
cesario ceder la preferencia a la mujer del emperador,
Lucila lo aguantó mal al considerar que el honor tribu-
tado a aquella era un insulto para ella[63]. Y sabiendo
que Pompeyano, su marido, era amigo de Cómodo, na-
da le comunicó sobre su intención de hacerse con el
poder; pero sondeó la opinión de Cuadrato[64], un joven

---

60 Cf. cuadro genealógico 1 y *supra* nota 11. Lucio Aurelio Vero era hijo de Lucio Elio César. Como Marco Aurelio, fue adoptado por Antonino Pío por mandato de Adriano. En el año 161 fue asociado al gobierno por su hermano de adopción. Como garantía de fidelidad a Marco se casó con su hija Ania Aurelia Galeria Lucila. Murió en el 169.

61 Cf. *supra* notas 11 y 44. Matrimonio precipitado por Marco Aurelio tras la muerte de L. Aurelio Vero, en contra de la voluntad de Lucila y de su madre Faustina (cf. Dión-Xifil. LXXII 4, 5 e *Historia Augusta Vita Marci* 20, 6-7).

62 Cf. *supra* nota 11 e Intr., pág. 56. Era hija de C. Brutio Presente (*cos.* II en el año 180) y hermano de L. Brutio Quintilio Crispino (*cos.* 187); pertenecía a una importantísima familia antonina que tuvo problemas en los últimos años del reinado de Cómodo. Ella fue acusada de adulterio, desterrada y asesinada (cf. Whittaker, *Historia* 13 (1964), 353). Posteriormente, en las inscripciones honoríficas se borró el nombre de Cómodo pero se respetó el de Crispina (cf. H. Dessau, *Inscriptiones Latinae Selectae*, Berlín, 1892-1916, 405, 1117).

63 La personalidad y las motivaciones de Lucila han sido estudiadas por Aymard, «La conjuration de Lucilla», *Revue des études anciennes* 57 (1955) 85-91. Para la conjuración de Lucila véase también Grosso, *ob. cit.*, págs. 125 ss.

64 Este Umidio Cuadrato era probablemente hijo del primer matrimonio de Cn. Claudio Severo, antes de que se casara con la hija

noble y rico, con el cual se le acusaba de mantener rela-
ciones en secreto, y, lamentándose sin cesar por la pree-
minencia perdida, poco a poco logró persuadir al joven
a que proyectara su propia ruina y la de todo el senado.
Cuadrato consiguió persuadir a algunos eminentes se- 5
nadores a unirse a la conjura, y entre ellos había un
joven llamado Quintiano[65], impetuoso y audaz, que
también pertenecía al senado. Lo persuadió a esconder
un puñal entre sus ropas y a, después de acechar el
momento y el lugar oportunos, abalanzarse de improvi-
so sobre Cómodo y darle muerte. Dijo que él con algunos
donativos se había ocupado del resto. Quintiano se ocul- 6
tó en la entrada del anfiteatro[66] (era un sitio oscuro y
por eso esperaba pasar inadvertido), desenvainó el pu-
ñal y se dirigió súbitamente contra Cómodo, diciendo
a voz en grito que había sido enviado por el senado con-
tra él[67]; pero no se apresuró a clavarle el puñal y,
mientras estaba entretenido pronunciando unas palabras
y blandiendo el puñal, fue cogido por la guardia del em-
perador y sufrió el castigo por su insensatez, puesto que
anunció sus intenciones antes de actuar, dejó que le des-
cubrieran y apresaran y que Cómodo, advertido, se pu-
siera en guardia.

---

de Marco (cf. *supra* nota 11). Debió ser adoptado por M. Umidio Cuadrato (*cos.* 167), sobrino de Marco Aurelio como hijo de la hermana del emperador, Ania Cornificia Faustina (cf. cuadro genealógico 1). Estaba, pues, ligado a la familia imperial.

65 Claudio Pompeyano Quintiano era probablemente el hijo de Claudio Quintiano, un hermano de Ti. Claudio Pompeyano, y, por lo tanto, sobrino de Lucila. Se casó con la hija del primer matrimonio de Lucila (cf. cuadro genealógico 1). Como Cuadrato fue considerado amante de Lucila (cf. Dión-Xifil. LXXII 4, 4, *Historia Augusta, Comm.* 4, 2, Amiano Marcelino XXIX 1, 17). Según otra teoría sería hijo del primer matrimonio de Ti. Claudio Pompeyano, o sea que Lucila sería su madrastra.

66 El anfiteatro Flavio o Coliseo (cf. *infra* I 15, 9).

67 Cf. Dión-Xifil. LXXII 4, 4.

7 Este fue, pues, el primer y principal motivo de odio que tuvo el joven contra el senado. Las palabras de Quintiano habían herido su corazón, y tenía por enemigo a todo el senado en bloque, sin poder olvidar la voz de
8 su agresor. Perenio tuvo ya un pretexto con base suficiente y no dejó de sugerir al emperador el exterminio y la represión de los notables [68], con cuyos bienes, que usurpaba, llegó a ser sin dificultad el hombre más rico de su época. Realizada una investigación con todo rigor por iniciativa de Perenio, Cómodo hizo ejecutar sin contemplaciones a su hermana [69], a todos los que estaban en la conjuración y a los acusados por cualquier sospecha.

9 Después de desembarazarse de todos, incluso de aquellos a quienes Cómodo respetaba, que le habían demostrado un afecto de padre [70] y habían cuidado de su seguridad, Perenio, haciéndose con el poder, empezó a poner sus ojos en el imperio y persuadió a Cómodo a confiar el mando de los ejércitos ilirios a sus hijos [71], aunque todavía eran jóvenes, mientras que él reunía una

[68] Cf. *supra* nota 11 y 29 e Introd., pág. 56. Las víctimas de la represión de Cómodo-Perennis fueron numerosas; como dice Herodiano, fueron «los acusados por cualquier sospecha». Entre los condenados a muerte estaban P. Salvio Juliano (*cos.* 175), Tarruntenio Paterno (prefecto del pretorio), la familia de los Quintilios (Valerio Máximo y su hijo Sexto Quintilio Condiano, cónsul epónimo en el 180, Sexto Quintilio Condiano y su hijo Quintilio Máximo, cónsul epónimo en el 172, dueños, por ejemplo, de la villa en la que residía Cómodo en el 190), Vitrasia Faustina, etc. Otros tuvieron que retirarse de la vida pública: Ti. Claudio Pompeyano, Helvio Pértinax, Didio Juliano, Septimio Severo, etc. Como se ve había entre ellos tres futuros emperadores; ninguno de los tres pudo levantar cabeza hasta la caída de Perennis (cf. Grosso, *La lotta politica...*, págs. 154-163).

[69] Tras ser exiliada a Capri fue ejecutada (cf. Dión-Xifil. LXXII 4, 6).

[70] Cf. *supra* I 4, 4.

[71] En I 9, 8 y en Dión-Xifil. LXXII 9, 3 sólo aparece un hijo.

importante suma de dinero con el fin de levantar al ejército por medio de espléndidos donativos. Y sus hijos se pusieron a preparar secretamente sus fuerzas para el golpe de estado que tendría lugar cuando Perenio hubiera dado muerte a Cómodo [72].

Pero se descubrió la trama de forma imprevista. Los 2
romanos celebran unos juegos en honor de Júpiter Capitolino [73]; espectáculos artísticos y competiciones atléticas de todas clases reúnen al pueblo en la ciudad imperial para asistir a la fiesta. El emperador está presente como espectador y juez con los otros sacerdotes, a quienes su colegio sacerdotal designa anualmente en turno rotatorio. Aquel día Cómodo había acudido a la 3
actuación de unos afamados actores y ya se había sentado en su trono imperial. El teatro estaba lleno de gen-

[72] A pesar de algunas omisiones, como la de los desórdenes de Bretaña y la de la delegación de mil quinientos soldados de Bretaña que se presentaron ante Cómodo para protestar contra Perennis y denunciar la conspiración (Dión-Xifil. LXXII 9), Herodiano es la fuente más completa acerca de esta conjuración de Perennis, sobre la que algunos historiadores han dudado. Sin embargo lo cierto es que Perennis fue ejecutado en el 185 tal como narra Herodiano. Respecto a la caída de Perennis véase Grosso, *ob. cit.*, págs. 185-194 (cf. *infra*, notas 78 y 80).

[73] El *agon* capitolino, fiesta de tipo griego instituida por Domiciano en el 86, se celebraba cada cuatro años (en junio-julio). Según los cálculos de Sievers, art. cit., *Philologus* XXVI (1867), 38, se celebró en el 182 y en el 186. Para el asunto que nos ocupa el 182 era pronto y en el 186 Perennis ya había muerto. Basándose en este cálculo Hohl, *ob. cit.*, págs. 16-17, niega la veracidad de la noticia de Herodiano. Sin embargo cabría la posibilidad de que el *agon* no hubiera tenido la continuidad y regularidad que suponen Sievers y Hohl y que hubiera tenido lugar en el 184, con lo que Herodiano estaría en lo cierto (cf. Whittaker, *ob. cit.*, I, pág. 53). Según Grosso (*ob. cit.*, pág. 174) otra explicación sería posible: el 15 de octubre de cada año se celebraban unos antiquísimos juegos capitolinos (los *ludi Capitolini*, instituidos en el 389 a. C. en honor de *Iuppiter Optimus Maximus*). El acontecimiento al que alude aquí Herodiano habría tenido lugar, según esta hipótesis, en octubre del 184, durante los *ludi capitolini* que en el recuerdo del historiador se habrían confundido con el *agon*.

te que había ocupado sus sitios en completo orden; los dignatarios estaban en asientos reservados y cada persona se sentaba en el sitio que se le había dispuesto [74]. De repente, antes de que alguien pudiera decir o hacer algo para detenerle, entró corriendo en escena un hombre con atuendo de filósofo (llevaba un bastón en su mano e iba semidesnudo con un morral colgado de sus hombros) [75] y, colocándose en medio de la escena, hizo callar al pueblo con un gesto de su mano y dijo: «No
4 es ahora, Cómodo, tiempo de celebraciones, ni de dedicarte a espectáculos y fiestas. Sobre tu cuello pende la espada de Perenio y, si no te guardas de este peligro, que ya es más una realidad que una amenaza [76], perecerás sin darte cuenta. Él reúne aquí, en Roma, fuerzas y dinero contra ti, y sus hijos están tratando de sobor-
5 nar al ejército ilirio. Si no te anticipas, estás perdido». Esto dijo el hombre, bien impulsado por alguna fuerza del destino, bien porque, al ser alguien desconocido e insignificante, el deseo de hacerse famoso le dio fuerzas, o por la esperanza de obtener del emperador una espléndida recompensa. Cómodo se quedó sin habla. Todos los demás, aunque sospechaban lo que aquel hombre había dicho, fingieron no creerlo. Pero Perenio ordenó que fuera apresado y llevado a la hoguera por loco y embustero. Sufrió este castigo por irse de la len-
6 gua a destiempo. Sin embargo en el séquito de Cómodo

[74] Había asientos de honor para senadores, sacerdotes y vestales, funcionarios, etc. La gente acomodada podía comprar asientos reservados para evitar las molestias de la aglomeración y de la espera, puesto que la gente acudía durante la noche anterior al comienzo de los juegos. Se han encontrado gran cantidad de contraseñas de entradas con la indicación del tendido y del asiento.

[75] Uno de los filósofos cínicos ambulantes que desdeñaban los bienes materiales y despreciaban todo lo que era convención y no naturaleza; se caracterizaron por la franqueza de sus críticas. Su patrón era Hércules; de ahí su indumentaria.

[76] Expresión estereotipada. Cf. VI 8, 6, VII 5, 5 y VII 5, 7.

todos los que hacían gala de serle adictos y que odiaban a Perenio desde hacía tiempo [77], pues su soberbia y desenfreno le hacían absolutamente insoportable, encontraron entonces la ocasión oportuna para presentar acusaciones contra él. El destino, evidentemente, había determinado que Cómodo escapara de la conjura y que Perenio y sus hijos acabaran mal. Pues, no mucho des- 7
pués, llegaron unos soldados [78], sin que lo advirtiera el hijo de Perenio; traían consigo unas monedas acuñadas con la efigie de aquél [79]. Aunque era prefecto, lograron evitar a Perenio, y, mostrando las monedas a Cómodo, le descubrieron la conjuración. Importantes recompensas fueron el pago de esta acción. Al no saber Perenio 8
nada de todo esto ni esperar nada parecido, los enviados de Cómodo le sorprendieron durante la noche y le cortaron la cabeza. Inmediatamente, por el camino más

[77] Por una parte los cortesanos encabezados por Cleandro (cf. Dión-Xifil. LXXII 9, 3 y notas 10 y 48) y, por otra, los senadores y, especialmente, las familias objeto de la persecución de Perennis (cf. nota 68).

[78] Dión cuenta otra historia (cf. nota 72): una delegación de mil quinientos soldados llegó de Bretaña, donde se había originado un gran descontento por una serie de nombramientos irregulares ordenados por Perennis, para denunciar la conspiración. En general hay una notable diferencia entre las opiniones de Herodiano y de Dión acerca de Perennis (cf. G. M. Bersanetti, «Perenne e Commodo», *Athenaeum* 29 (1951), 151-170 y F. Cassola, «Sull' attendibilità dello storico Erodiano», *Atti dell' Accademia Pontaniana* 6 (1957), 193-195). Concretamente en el caso de este pasaje: Herodiano nos habla de unos pocos legionarios ilirios, mientras que Dión se refiere a mil quinientos soldados de Bretaña. Es difícil precisar de dónde procedió la primera acusación que descubrió la intriga aunque es probable que las protestas contra Perennis fueran diversas. El hecho de que un hijo de Perennis fuera entonces legado en Iliria (cf. Dessau, *Inscr. Lat. Sel.*, n. 395) apoya la tesis de Herodiano respecto a que la denuncia procediera de un sitio donde la conjuración se estaba gestando; todo ello a pesar de algunos historiadores modernos a quienes cuesta admitir que Herodiano tenga razón frente a Dión.

[79] El texto griego no deja claro si era del padre o del hijo.

corto, a fin de anticiparse a cualquier información sobre los sucesos de Roma, Cómodo envió a unos hombres para que, marchando a mayor velocidad que la noticia, pudieran presentarse ante el hijo de Perenio antes de que se enterara de lo acaecido en Roma. Con la orden de que regresara le escribió una carta amistosa en la que le decía que en aquella convocatoria podía cifrar
9 sus mayores esperanzas. El hijo de Perenio aún no sabía nada de la intriga que se estaba urdiendo ni de la muerte de su padre. Cuando los mensajeros le transmitieron la orden de Cómodo y le dijeron que su padre les había dado las órdenes verbalmente, sin ningún escrito, porque consideraba que la carta del emperador era suficiente, el joven dio crédito a sus palabras. Aunque estaba terriblemente contrariado porque dejaba sus proyectos inconclusos, sin embargo, por la confianza que tenía en el poder de su padre, a quien todavía creía vi-
10 vo, emprendió viaje hacia Roma. Pero, cuando llegó a Italia, unos hombres a quienes se había dado la orden, lo mataron. Éste fue el final de Perenio y de sus hijos [80]. Después de estos sucesos, Cómodo nombró dos prefectos del pretorio [81] porque pensó que sería más seguro no confiar a una sola persona un poder tan grande. Creyó que, si lo dividía, tendrían menos fuerzas para atentar contra el imperio.

10 No mucho tiempo después otra conspiración semejante se tramó contra Cómodo. Materno era un exsoldado de extraordinaria osadía; había desertado de su puesto y había persuadido a otros a que abandonaran el servicio con él. Después de haber conseguido reunir en poco tiempo una numerosa banda de criminales, comenzó a realizar correrías de saqueo por aldeas y campos. Pero, cuando se hubo hecho dueño de importantes sumas de dinero, reunió un verdadero ejército de malhechores con promesas de ingentes recompensas y de participación en el reparto del botín. Esto hizo que de la calificación de bandidos pasaran ya a la de enemigos [82].
Pues ya dirigían sus ataques contra grandes ciudades, 2
en las que violentaban las cárceles y libertaban a los presos de sus cadenas sin importarles la causa de sus condenas; y, garantizándoles la impunidad, se los ganaban para su causa a cambio del beneficio. Asolaron todo el territorio de los Celtas y España [83]; atacaron las ciudades más importantes y, después de incendiar algunas y saquear las restantes, se retiraron. Cuando estos 3
hechos llegaron a oídos de Cómodo, preso de ira y amenazante escribió a los gobernadores de las provincias acusándoles de negligencia y les ordenó que reunieran un ejército contra los bandidos [84]. Enterados éstos de

[80] La *Historia Augusta, Vita Commodi* 8, 1, nos ayuda a fechar este acontecimiento al afirmar que Cómodo tomó el título de *Felix* inmediatamente después de la caída de Perennis, lo que se refleja en las monedas del 185 (cf. *British Museum Catalogue,* IV XLVIII ss.).

[81] No suponía ninguna innovación. El mismo Augusto en el 2 a. C. nombró dos prefectos del pretorio y la práctica de la colegialidad fue seguida por otros emperadores (cf. A. PASSERINI, *Le coorti pretorie,* Roma, 1969, págs. 216 ss.).

[82] A partir de un motín militar se originó un movimiento de mayor envergadura, designado con el nombre de *bellum desertorum,* que terminó en la conjuración de Materno (verano del 168 - marzo del 187). El bandolerismo encontró fácil camino entre el malestar de las poblaciones rurales de las provincias y la creciente inseguridad del imperio. Este movimiento, claro precedente de los bagaudas, se desarrolló entre el Rin y España para acabar en Roma con la conspiración de Materno. Herodiano es la fuente principal acerca de este acontecimiento al que dedica dos capítulos (I 10-11). Cf. GROSSO, *ob. cit.,* págs. 235 ss., 442-43 y 434).

[83] El movimiento afectó a Germania, a la Galia y a España. Aquí Herodiano habla de *tēn Keltôn kaì Ibērōn chōran.*

[84] En Aquitania el gobernador era Pescenio Níger, en Bélgica Clodio Albino, y en *Lugdunensis* Septimio Severo. Unos años más tarde los tres iban a luchar por el poder imperial.

que una fuerza se preparaba contra ellos, abandonaron las regiones que habían devastado y, a escondidas, por atajos de difícil tránsito, en pequeños grupos se introdujeron en Italia. Materno ya estaba forjando planes sobre el imperio entre otros importantes asuntos. Pues, ya que sus anteriores acciones habían rebasado toda esperanza, pensó que o debía conseguir el éxito en una gran empresa o, en todo caso, que no moriría sin fama ni gloria una vez que estaba metido en aquel trance.
4 Pero, puesto que entendía que él no tenía una fuerza tan grande que le permitiera enfrentarse con Cómodo de igual a igual en batalla campal (pues contaba con que la mayoría del pueblo romano todavía era favorable a Cómodo y con el apoyo de la guardia pretoriana al emperador), tenía la esperanza de vencerle por astucia y conocimiento del oficio. En consecuencia, maquinó el siguiente plan:

5 Al comienzo de la primavera, cada año en un día fijo, los romanos marchan en procesión en honor de la madre de los dioses [85]. Todos los objetos más valiosos de los particulares y los tesoros imperiales, auténticas maravillas por su material o por su labor artística, desfilan en la procesión delante de la diosa. Se da a todo el mundo licencia absoluta para cualquier tipo de diversión y cada uno se disfraza como quiere. Y no hay cargo tan alto o privilegiado que no permita a quien quiera hacerlo difrazarse con su indumentaria y con ello divertirse y esconder la verdadera identidad de tal forma que no sea fácil distinguir entre la persona real y
6 la imitada. Materno pensó que era la ocasión propicia para que el plan se pusiese en práctica sin despertar

[85] Las fiestas a las que se refiere este pasaje eran las Hilarias, una especie de carnaval que se iniciaba el 25 de marzo, fecha que según la narración de Herodiano sería el *terminus ante quem* de la conjuración. La captura de Materno debió tener lugar el mismo día 25 o durante los días anteriores (cf. GROSSO, *ob. cit.*, pág. 237).

sospechas. Creyó que, si se disfrazaba de pretoriano y armaba del mismo modo a los suyos y, luego, se mezclaba entre la multitud de guardias de tal manera que fuera considerado como parte integrante de la comitiva, nadie estaría prevenido cuando se abalanzara inopinadamente sobre Cómodo y lo mataría. Pero lo traicio- 7
naron algunos de los suyos que llegaron antes a Roma y descubrieron la conspiración. (La envidia los impulsó a esto, ante la perspectiva de tener un jefe emperador en lugar de bandido). Antes del día de la fiesta Materno fue apresado y le cortaron la cabeza, y sus cómplices recibieron también el castigo merecido. Cómodo ofreció un sacrificio a la diosa e hizo una pública acción de gracias; luego celebró la fiesta y participó gozoso en la procesión de la diosa. Durante la fiesta el pueblo conmemoró la salvación del emperador [86].

En nuestra investigación hemos encontrado la causa 11
por la que los romanos veneran especialmente a esta diosa, causa que parece oportuno recordar debido al desconocimiento que de ella muestran algunos autores griegos [87]. Dicen que la actual estatua de la diosa es la misma que cayó del cielo, pero nadie sabe ni de qué material está hecha ni qué artista la realizó y aseguran que no es obra de mano humana. La leyenda cuenta que hace tiempo esta estatua bajó del cielo a un lugar de

[86] La autenticidad de esta conjuración de Materno ha sido puesta en duda por algunos autores (cf. HOHL, *Kaiser Commodus...*, páginas 18-19). Otros piensan que fue algo más tarde de la fecha señalada por Grosso, en el 187 (cf. WHITTAKER, *ob. cit.*, pág. 67), o en el 188 (cf. STEIN, *R. Enciclopedia Pauly-Wissowa* —Maternus 2— 2194). Herodiano se refirió a la época del año en que tuvieron lugar los hechos de Roma, pero no concretó el año.

[87] Sobre el auditorio de Herodiano véase Introd., págs. 20-21 y 56-57. Discusiones en torno a detalles eruditos, como la de este pasaje, eran frecuentes en los círculos literarios de la época, en la que abundaban, además, las obras de erudición (cf. Intr., pág. 67).

Frigia (este sitio se llama Pesinunte, nombre que proviene, según se dice, de la caída de la estatua desde el
2 cielo[88]) y que allí fue vista por primera vez. Pero otros lo cuentan de otra forma; dicen que allí tuvo lugar una batalla entre Ilo, el frigio, y Tántalo, el lidio, por derechos de paso[89] según unos o por el rapto de Ganimedes[90] según otros. Por resultar la lucha muy incierta cayó un buen número de combatientes en cada bando y el desastre dio nombre al lugar. La leyenda dice también que en este lugar Ganimedes fue secuestrado y desapareció del mundo de los vivos al despedazarlo su hermano y su amante tirando cada uno por su lado. Después de la desaparición de su cuerpo, los sufrimientos del joven fueron inmortalizados en el mito del rapto de Zeus. En Pesinunte asimismo los frigios celebraban de antiguo sus ritos orgiásticos en el río Galo que por allí discurre, cuyo nombre llevan los eunucos consagrados
3 a la diosa[91]. Cuando aumentó el poder de Roma, se cuenta que un oráculo anunció a los romanos que su imperio se consolidaría e incluso se acrecentaría si tras-

[88] *Peseîn* en griego significa «caer», pero no es ésta la correcta etimología de Pesinunte, topónimo extraño al griego. Sin embargo la opinión de que la estatua de la diosa había caído del cielo responde a la realidad, puesto que era un meteorito.

[89] O «por una disputa de límites» si aceptamos la enmienda de Casaubon (*hórōn* en lugar de *hódōn*).

[90] Hijo de Tros y hermano de Ilo, fundador de Troya. Según el mito más extendido fue raptado por Zeus. Pero existe otra leyenda según la cual el rapto fue obra de Tántalo, divinidad anatólica antiquísima. Esta versión podría reflejar la forma originaria del mito o una visión posterior que intentara racionalizarlo. Éste es el caso de este pasaje de Herodiano que lo relaciona con otras leyendas de Asia Menor: la *Magna Mater* de Pesinunte; Ilo y el hallazgo del Paladión junto a Troya.

[91] Los Galos eran los sacerdotes eunucos de Cibeles, la *Magna Mate*, cuyo culto tenía su sede principal en Pesinunte. Aparecen designados tanto en masculino como en femenino, como indicación de su naturaleza equívoca (gr. *gálloi, gallaí;* lat. *Galli, Gallae).*

ladaban a Roma la estatua de la diosa de Pesinunte. Enviaron pues embajadores a Frigia para pedirles la estatua[92]; consiguieron su propósito fácilmente aduciendo su parentesco y pasando revista a la línea sucesoria que iba desde Eneas el frigio hasta ellos. Cuando la nave que transportaba la estatua llegó a la desembocadura del Tíber (que los romanos hacían servir de puerto)
una fuerza sobrenatural la hizo encallar. Durante largo 4
tiempo todo el pueblo de Roma estuvo tirando de la nave, pero, por impedirlo el lodo, la nave no se liberó hasta que no se presentó la sacerdotisa de la diosa, que era Vestal[93]; estaba obligada por el voto de castidad, pero pesaba sobre ella una acusación de corrupción. Cuando iba a ser juzgada, suplicó al pueblo que confiara el veredicto a la diosa de Pesinunte; y soltándose el cinturón lo arrojó a la proa del barco con el ruego de que cediera la nave si ella era todavía una casta virgen.
La nave amarrada al cinturón siguió fácilmente y los 5
romanos admiraron a la vez el testimonio de la diosa y la inocencia de la virgen. Esta es la historia en torno a la diosa de Pesinunte; tal vez sea una exposición llena de fantasía, pero ofrecerá una información nada despreciable a quienes no estén familiarizados con la his-

[92] En el 204 a. C. Cf. la historia en Tito Livio XXIX 10-11.

[93] Es éste un pasaje corrupto que ha planteado algunos problemas (cf. W. N. Nichipor, *ob. cit.*, págs. 188-189). Herodiano se refiere, sin nombrarla, a Claudia Quinta, que, según otras versiones (cf. Tito Livio, XXIX 14, 12 y Ovidio, *Fasti* IV 305 ss.), no era una vestal sino una matrona, cuya reputación estaba en entredicho, «*casta sed non credita*» en palabras de Ovidio, que probó su castidad liberando el barco encallado de la diosa Cibeles. Herodiano, sin embargo, no sólo alude a la diosa Vesta (lo que puede ser una glosa marginal) sino que insiste en el voto de castidad de la mujer. Parece que existía también la versión de una Claudia Quinta vestal (cf. J. G. Frazer ed., Ovid, *Fasti*, Londres, 1929, vol, III, págs. 238-240). Se ha pensado, además, que este pasaje podría reflejar una confusión de los dos cultos *(Vesta - Magna Mater),* tal como hizo Julia Domna, esposa de Septimio Severo (cf. Whittaker, *ob. cit.*, pág. 71).

toria de los romanos [94]. Cómodo, después de escapar de la conspiración de Materno, dispuso a su alrededor una mayor guardia y más raramente aparecía en público; se apartó de los tribunales y de la administración imperial pasando la mayor parte del tiempo en las fincas de las afueras y en propiedades imperiales más alejadas de Roma.

12 Ocurrió por aquel tiempo que una peste invadió Italia [95]; pero la enfermedad fue más virulenta en Roma porque, además de tener de por sí una enorme población, recibía inmigrantes de todas partes. La consecuencia fue una gran mortandad de hombres y de bestias
2 de carga. Entonces Cómodo, por consejo de algunos médicos, se retiró a Laurento [96]; pues, al ser un lugar más fresco y cubierto por inmensos lauredales (de donde proviene el nombre del lugar [97]), pensaban que era

[94] Cf. *supra* nota 87.

[95] STEIN *(Dexippus et Herodianus rerum scriptores quatenus Thucydidem secuti sint*, Diss., Bonn, 1957, págs. 151-155) compara este pasaje (HDN. I 12, 1-2) con la descripción de la peste de Atenas de Tucídides (II 47 ss.) y encuentra algunas semejanzas en el léxico y en los incidentes que se describen (superpoblación en la ciudades; Atenas y Roma más afectadas por la enfermedad; mortandad de hombres y animales, etc.), aunque la descripción de Herodiano es más general. Una diferencia señalada por Stein se refiere al hecho de que según Tucídides ningún medicamento ayudaba a los enfermos mientras que Herodiano insiste en el papel salutífero del aire puro y de las inhalaciones. Herodiano conocía sin duda la famosa descripción de Tucídides y es indudable el uso que en su época se hace de los modelos áticos. No debemos olvidar, sin embargo, que situaciones semejantes evocan unas ideas y un lenguaje similares. Dión (LXXII 14, 4) también se refiere, aunque de forma más escueta, a esta peste, que tuvo lugar hacia los años 188-189 (cf. Grosso, *ob. cit.*, págs. 249-252).

[96] Al sur de Roma, en la costa entre *Ostia* y *Lavinium.*

[97] En VIRGILIO, *Eneida* VII 59-63, encontramos la misma etimología. En este pasaje Herodiano no da el equivalente latino del griego *dáphnē*, lo que indica su confianza en los conocimientos de latín de su auditorio.

sitio seguro; tenía fama de ofrecer resistencia a la contaminación, que se transmitía por el aire, a causa de los olorosos efluvios de los laureles y de la agradable sombra de los árboles. Y también los habitantes de la ciudad, siguiendo la prescripción de los médicos, saturaban sus narices y oídos con inhalaciones [98] de esencias muy perfumadas y constantemente hacían uso de hierbas aromáticas y de incienso porque les decían que, si el buen olor ocupaba primero los conductos de los sentidos, impediría que aspiraran el aire contaminado, o, en el caso de que la infección lograra introducirse, la destruiría por su mayor potencia. Pero, a pesar de todo, la enfermedad fue a más y sobrevino una gran mortandad de hombres y de todos los animales que habitan con los hombres.

Al mismo tiempo también se adueñó de la ciudad 3
el hambre. La causa fue ésta. Había un hombre llamado Cleandro, frigio de nacimiento, uno de los esclavos que habitualmente son vendidos en pública subasta [99]. Había entrado al servicio de la casa imperial y había prosperado a la vez que crecía el poder de Cómodo. Hasta tal punto el emperador le promovió en honor y poder que le puso en sus manos la jefatura de la guardia personal, el gobierno de palacio y el mando de los soldados [100]. Pero sus ansias de riqueza y su insolencia lo llevaron al extremo de codiciar el mismo imperio.
Acumuló una fortuna y acaparó los suministros de 4
trigo cortando su distribución. Alimentaba la esperanza de ganarse al pueblo y al ejército si, después de colo-

[98] Galeno, contemporáneo de Herodiano, creía que muchas enfermedades se contraían por inhalación (Kühn ed., Leipzig, 1821-1823, VIII 289, XIV, 281).

[99] Cf. *supra* notas 10, 48 y 77.

[100] Jefe de los *equites singulares* o guardia personal del emperador, chambelán *(a cubiculo)* y prefecto del pretorio en 189-190, poco antes de su muerte (cf. GROSSO, *ob. cit.*, págs. 162 ss.).

carlos en una situación de penuria, los atraía luego, cuando los viera dominados por el deseo de lo necesario, con generosos donativos. Les construyó también un gimnasio que les dedicó como baños públicos [101]. De
5 esta manera intentaba seducir al pueblo. Pero los romanos lo odiaban, lo hacían responsable de sus desgracias y detestaban la insaciabilidad de su codicia. Primero, en el teatro, se organizaron en grupos numerosos para insultarlo [102] y, después, cuando Cómodo vivía en las afueras [103], se presentaron en masa y le pidieron a gri-
6 tos la muerte de Cleandro. Mientras se producía este tumulto alrededor de la villa, Cómodo estaba entregado a sus placeres en dependencias retiradas sin saber nada del griterío, puesto que Cleandro impedía que se le diera alguna noticia de lo que estaba ocurriendo. En eso apareció armada por orden de Cleandro toda la caballería imperial [104] que cargó e hirió a todo el
7 que se encontró en su camino. El pueblo, inerme contra hombres armados y a pie frente a jinetes [105], no fue capaz de resistir; se produjo la desbandada y huyeron hacia la ciudad. Murió mucha gente, pero no sólo los

[101] *Loutròn* B V g. Según otra lectura *(kaì loutròn* A Io) sería «un gimnasio *y* baños públicos». No se han encontrado restos. Los baños serían seguramente las termas comodianas, situadas probablemente al sur de las de Caracalla. Según la segunda lectura, aceptada por Cassola, la palestra sería un edificio independiente.

[102] Las concentraciones en los espectáculos eran aprovechadas con frecuencia para manifestaciones políticas (cf. L. FRIEDLAENDER, *La Sociedad Rómana*, trad. esp., México, 1974, págs. 504 ss.).

[103] En la *villa Quintiliana* que había sido confiscada a la familia de los *Quintilii* (cf. nota 68).

[104] Los *equites singulares (Basíleioi hippeîs)* y, posiblemente, también la caballería de los pretorianos, cuya rivalidad con las cohortes urbanas se refleja en este pasaje (cf. WHITTAKER, *Ob. cit.*, I pág. 79).

[105] *ánoploi pròs hōplisménous kaì pezoì pròs hippeîs.* Juego de palabras retórico que se repite varias veces en HERODIANO: II 5, 3, II 13, 4, II 13, 11, IV 9, 6.

que fueron alcanzados por los soldados o pisoteados por los caballos, sino que también perecieron muchos otros que fueron derribados por la turbamulta [y los jinetes], topando unos contra otros. Hasta las puertas de Ro- 8
ma la caballería prosiguió libremente la persecución y sin piedad mataban a los que caían. Cuando los que permanecían en la ciudad se dieron cuenta de la tragedia ocurrida, cerraron las puertas de sus casas y subieron a los tejados desde donde disparaban piedras y tejas a los jinetes [106]. Se volvieron las tornas y sufrió la caballería lo que antes había causado, al dispararles el pueblo desde un lugar seguro sin enfretárseles nadie de cerca. Heridos e incapaces de resistir emprendieron la huida y muchos encontraron allí la muerte. Someti- 9
dos al continuo lanzamiento de piedras, los caballos, pisando encima de los guijarros que rodaban, resbalaban y derribaban a sus jinetes. Cuando las bajas eran ya numerosas en ambos bandos, las cohortes urbanas [107] acudieron en auxilio del pueblo movidos por su odio a la caballería.

Aunque se trataba de una guerra civil nadie que- 13
ría comunicar a Cómodo lo que ocurría por temor al poder de Cleandro, pero al fin la mayor de las hermanas de Cómodo, Fadila [108], acudió precipitadamente al emperador (como hermana tenía la entrada fácil y expe-

[106] Cf. VII 12, 5, descripción similar. DOPP *(R. E. Pauly-Wissowa*, «Herodian», 955) ha señalado este pasaje como posible imitación de Tucídides, II 4, 2. Cf. *supra* notas 1 y 95.

[107] Las cohortes urbanas, dedicadas a mantener el orden en la ciudad, dependían del *praefectus urbis*, que entonces debía ser un enemigo de Cleandro, Seyo Fusciano, un *amicus* de Marco Aurelio.

[108] Cf. *supra* notas 7 y 11. Después de la muerte de Faustina y de Lucila era la mayor de las hijas de Marco. Según la versión de Dión (DIÓN-XIFIL., LXXII 13, 5) la que avisó a Cómodo fue Marcia, su amante. Sin embargo Herodiano parece estar mejor informado respecto a los acontecimientos ocurridos en palacio (cf. Intr., págs. 30-31).

dita) y, con los cabellos sueltos, se arrojó al suelo ofre-
2 ciendo una imagen de absoluto dolor. «Tú, mi emperador» —dijo—, «al permanecer en la sosegada ignorancia de lo que está ocurriendo, te pones en peligro de muerte. Nosotros, tu propia familia, en poco tiempo seremos eliminados. El pueblo romano y la mayor parte del ejército te han abandonado. Los nuestros nos hacen sufrir ahora lo que no esperábamos de parte de ningún bárbaro, y aquellos que recibieron tus favores son aho-
3 ra tus enemigos. Cleandro ha dispuesto al pueblo y al ejército contra ti. A causa de sus diferencias y antagonismo los que le odian, [el pueblo], y los que le apoyan, [toda la caballería], están en armas y, destruyéndose unos a otros, llenan la ciudad de sangre hermana. Las desgracias de ambos bandos nos alcanzarán si no condenas a muerte inmediatamente a este mal siervo, que para ellos es ya responsable de tan enorme ruina y que pron-
4 to lo será también para nosotros». Después de pronunciar estas palabras, se rasgó el vestido, y algunos de los presentes, que con las palabras de la hermana del emperador se habían animado a intervenir, excitaron a Cómodo. Aterrado éste y temiendo el peligro que pendía sobre él, no futuro sino ya presente [109], envió a buscar a Cleandro que nada sabía de la acusación de Fadila, aunque algo sospechaba. Tan pronto como llegó, ordenó que fuera apresado y decapitado. Luego, clavando la cabeza en una larga lanza la envió al pueblo
5 como agradable y deseado espectáculo. Así se atajó el mal y ambos bandos pusieron fin a las hostilidades; los soldados al ver que había muerto el hombre por el que habían luchado y por temor al enfado del emperador, pues se daban cuenta de que, víctimas del engaño, se habían atrevido a acciones que no contaban con su aprobación; el pueblo, por su parte, quedó satisfecho

[109] Expresión estereotipada retórica. Cf. I 9, 4.

con el castigo del autor de sus desgracias. Dieron muer- 6
te también a los hijos de Cleandro —tenía dos hijos varones [110]— y a todos cuantos se sabía que habían sido sus amigos. Sus cuerpos fueron arrastrados e injuriados con todo tipo de ultrajes; finalmente, mutilados, los arrojaron a las cloacas. Éste fue el fin de Cleandro y sus amigos [111]. Podría decirse que la naturaleza quiso demostrar en aquel hombre que una pequeña e inesperada inclinación de la fortuna puede elevar a alguien desde la más extrema miseria hasta la mayor altura y derribar luego al que antes ha elevado [112].

Cómodo, aunque temía que el pueblo, en medio de 7
aquella agitación, intentara alguna revolución en su contra, sin embargo, por consejo de sus amigos, volvió a la ciudad, donde fue recibido por el pueblo con aclamaciones y, escoltado por una gran comitiva, regresó al palacio imperial. Pero, después de la experiencia de tan serios peligros, empezó a tratar a todo el mundo con desconfianza dictando penas de muerte sin piedad y dando fácil crédito a todo tipo de acusaciones sin admitir ya en su presencia a nadie que mereciera confianza; se apartó, al contrario, del estudio de la virtud, y de noche y de día los placeres del cuerpo, uno tras otro y sin freno, esclavizaron por completo su alma. Toda per- 8
sona prudente y que le recordara, aunque fuera de pasada, los preceptos de su educación era expulsada de palacio como un insidioso, mientras que bufones y actores chabacanos le tenían dominado. Recibía lecciones de conducción de carros y de lucha con animales salvajes frente a frente, aficiones por las cuales sus aduladores ensalzaban su valentía. Pero su aprendizaje era me-

[110] DIÓN-XIFIL., LXXII 13, 6 menciona sólo un hijo.

[111] El *terminus ante quem* para la caída de Cleandro nos lo da una inscripción (CIL XIV 4378) que presenta a Julio Juliano como prefecto del pretorio único en julio del 190.

[112] Cf. *supra* nota 35.

nos decoroso de lo que convenía a la prudencia de un emperador.

14 Por aquel tiempo su produjeron algunos prodigios.
Unas estrellas aparecieron sin interrupción durante el
día, mientras que otras, que se habían soltado su cabe-
llera, parecían colgadas en medio del cielo [113]. Y con
frecuencia animales de diversas especies nacieron sin
respetar las leyes de su propia naturaleza, con extrañas
formas y con partes de su cuerpo desproporcionadas.
2 Pero el más extraño prodigio fue uno que por aquel
entonces causó inquietud y respecto al futuro turbó a
todos los que practicaban la adivinación mediante augu-
rios y presagios casuales [114]. Sin que hubiera precedi-
do lluvia ni acumulación de nubes, sino sólo un peque-
ño seísmo, bien por un rayo caído en la noche, bien a
causa de un fuego surgido de alguna parte a raíz del
seísmo, ardió por completo el templo de la Paz [115], que
era el mayor y más hermoso de los edificios que había
3 en la ciudad. Era el más rico de todos los templos
puesto que contaba con ofrendas de oro y de plata de-
positadas allí a causa de su seguridad. Todo el mundo
guardaba lo que tenía de valor en el tesoro de aquel

[113] Cf. SUETONIO, *Claudius* 46, donde se habla de una serie de presagios que anunciaron la muerte de Claudio. También aparecieron cometas en el cielo *(exortus crinitae stellae quam cometen vocant)* y el rayo cayó en la tumba de Druso.

[114] En griego *oiōnísmati kaì phaúlōi symbólōi.* Distinción entre observaciones de signos buscados o esperados *(auguria impetrativa)* y presagios encontrados o experimentados casualmente *(oblativa).*

[115] El templo de la Paz de Vespasiano, calificado por PLINIO *(Historia Natural* XXVI 24, 2) como uno de los más hermosos edificios del mundo. Vespasiano ordenó su construcción tras la conquista de Jerusalén en el 71. Este incendio ocurrió problamente hacia el 192. DIÓN-XIFIL., LXXII 24, 1-3, lo considera un presagio de la muerte de Cómodo.

templo [116]. Pero el fuego de aquella noche redujo a la pobreza a muchos ricos; por esto, aunque en común todos lamentaron la pérdida de la propiedad pública, cada uno en particular pensaba en la suya propia.

Después de arder el templo y todo su recinto, el 4
fuego se extendió por la mayor parte de la ciudad y
acabó con espléndidos edificios. Cuando el templo de
Vesta fue alcanzado también por las llamas, se pudo
ver al descubierto la estatua de Palas, imagen que los
romanos veneran y custodian sin exhibirla y que, según
la tradición, había sido traída de Troya. Por esta razón
los hombres de nuestra generación fueron los prime-
ros en verla desde su llegada a Italia procedente de
Ilión [117]. Las vírgenes vestales rescataron la estatua y 5
por la Vía Sacra la trasladaron al palacio imperial. Ar-
dieron asimismo otros muchos sitios hermosos de la ciu-
dad y durante bastantes días el fuego siguió cebándose
con todo lo que encontraba en su camino. No cesó hasta
que cayeron las lluvias y detuvieron su avance. Por 6
eso todo el acontecimiento fue considerado como sobre-
natural, por creer los hombres que entonces lo presen-
ciaron que el fuego se había iniciado y había cesado
en virtud del designio de los dioses. A tenor de lo ocu-
rrido algunos interpretaron que la destrucción del tem-
plo de la Paz era presagio de guerra. Y los hechos que

[116] Este templo, como otros, era un depósito de objetos valiosos e incluso de sumas de dinero. El incendio destruyó también la biblioteca situada en un anexo del templo de la Paz a la que se refiere GALENO (XIII 362, ed. Kühn).

[117] El Paladión de Troya, estatua mágica de Palas Atenea sobre la que existen numerosas y hermosísimas leyendas, estaba ligada a los orígenes de Roma, adonde fue llevada por Eneas. El Paladión garantizaba la integridad de la ciudad que la poseía y le rendía culto. Se explica así el extraordinario celo con el que era custodiado. En Roma estaba en el templo de Vesta al cuidado de las Vestales (cf. APOLODORO, *Biblioteca* III 12, 3; DIONISIO DE HALICARNASO, I 68, II 66; OVIDIO, *Fastos* VI 421 ss., *Matamorf.* XIII 1 ss.; VIRGILIO, *Eneida* II 162 ss.; etc.).

siguieron, como a continuación relataré, por su resultado confirmaron la profecía.

7 A consecuencia de las muchas desgracias que sobrevenían continuamente a la ciudad, el pueblo romano ya no miraba a Cómodo con buenos ojos sino que relacionaba las causas de los sucesivos desastres con las ejecuciones que el emperador había ordenado sin juicio y con los restantes errores de su vida. Pues ni sus actuaciones pasaban desapercibidas, ni siquiera él mismo quería que quedaran inadvertidas: las acciones realizadas en privado, por las que era acusado, tenía
8 la desfachatez de confirmarlas en público. A tal punto de locura y paranoia llegó, que primero repudió el nombre de familia [118] y en lugar de Cómodo e hijo de Marco ordenó que se le llamara Hércules e hijo de Júpiter [119], y luego, después de despojarse de su vestido de emperador romano, empezó a cubrirse con una piel de león y a llevar una clava en sus manos. Se ponía también ropas purpúreas y tejidas en oro, de suerte que se convirtió en el hazmerreír por su vestimenta que remedaba a la vez la preciosidad femenina y la fortaleza
9 heroica. De tal guisa aparecía en público; y cambió también los nombres de los meses del año, aboliendo los antiguos y denominándolos a todos de acuerdo con sus propios títulos [120], que en su mayor parte hacían referencia, por supuesto, al extraordinario valor de Hércules. Por toda la ciudad colocó estatuas de sí mismo [121] e incluso frente a la casa del senado puso una en la que aparecía como arquero en actitud de disparo.

[118] Cf. *supra* nota 9.

[119] El llamado programa teocrático del 191 (cf. Grosso, *ob. cit.*, págs. 326 ss.).

[120] Nombres como Amazonio, Invicto, Exsuperatorio, Lucio, Elio, Aurelio, Cómodo... cf. Grosso, *ob. cit.*, págs. 373-374.

[121] El famoso busto de Cómodo-Hércules del *Palazzo dei Conservatori* puede proceder de esta época.

Naturalmente quería que sus estatuas inspiraran miedo al senado.

Después de su muerte el senado quitó su efigie y 15
la reemplazó por la estatua de la Libertad. Cómodo entoces, ya sin ningún freno, ordenó la celebración de espectáculos públicos [122], anunciando que daría muerte con su propia mano a todo tipo de animales salvajes y que como un gladiador se enfrentaría a los jóvenes más fuertes. Cuando la noticia se divulgó, acudieron gentes de toda Italia y de las provincias vecinas para ver lo que antes ni habían visto ni oído. Y era tema de conversación su excelente puntería y su preocupación por no errar al arrojar un dardo o disparar una flecha. Eran 2
sus maestros los más certeros arqueros partos y los mejores lanceros mauritanos, a todos los cuales aventajaba en destreza. Llegó el día del espectáculo y el anfiteatro se llenó [123]. Se había dispuesto una barrera circular para protección de Cómodo, de suerte que no corriera peligro al combatir de cerca a las fieras, sino que, disparando desde un lugar elevado y seguro, hiciera una demostración de su puntería más que de su valor [124]. A ciervos y gacelas y a otros animales con 3
cuernos, a excepción de los toros, acosándolos en su carrera, los hostigaba cortándoles el paso y les daba muerte con certera puntería. A leones y panteras y a otros

[122] Cómodo intentaba sin duda recuperar la popularidad perdida con la peste, la carestía y los numerosos problemas. Así se explican los espectáculos y los dos *congiaria* anunciados para el 192. El primero *(liberalitas VIII)* pudo distribuirlo, pero la conjuración que acabó con él en la última noche del 192 no permitió que repartiera el segundo *(liberalitas IX)*. Lo hizo su sucesor, Pértinax, que redujo la cantidad a los cien denarios, normales antes de Cómodo (cf. D. van Berchem, *ob. cit.*, págs. 157-158).

[123] Se refiere seguramente a los *ludi Romani* (4-19 septiembre del 192).

[124] Instalación descrita por Dión-Xifil., LXXII 18, 1, ss.

nobles animales corriendo alrededor de la cerca los mataba con sus dardos lanzados desde arriba. Y nadie vio que hiciera un segundo disparo ni otra herida que la
4 mortal. En el momento de la arremetida del animal le asestaba en la cabeza o en el corazón, y nunca apuntó a otro blanco ni a ninguna otra parte del cuerpo alcanzó su dardo de manera que la herida no fuera mortal. De todos los países se traían animales para él. Entonces ciertamente pudimos ver bestias que antes sólo ha-
5 bíamos tenido ocasión de admirar en los grabados [125]. Animales de la India y de Etiopía, del Sur y del Norte, si antes eran desconocidos, los mostraba a los romanos a la vez que les daba muerte. Todo el mundo quedaba asombrado por su puntería. En una ocasión por ejemplo, usó flechas cuyas puntas tenían forma de media luna contra avestruces de Mauritania [126], que se mueven rapidísimamente no sólo por la velocidad de sus patas sino también por el aleteo de sus alas. Les disparaba contra la parte superior de su cuello y las decapitaba de tal forma que, con las cabezas cortadas por el impacto, todavía seguían corriendo como si no les hubiera
6 pasado nada. Otra vez, cuando un leopardo en veloz carrera se abalanzaba sobre una víctima que atraía su atención, Cómodo con su dardo se anticipó a la fiera en el instante en que iba a hincar sus colmillos; la mató y salvó al hombre. La punta de la lanza ganó al filo de los colmillos [127]. En otra ocasión cien leones soltados al mismo tiempo salieron de los subterráneos y con idéntico número de dardos [128] acabó con todos, de suerte que, allí mismo tendidos los cuerpos en el suelo en

[125] Cf. Intr., págs. 13-14.

[126] Compárese esta descripción con las escenas representadas en el sarcófago de Meleagro del Museo Capitolino.

[127] En griego hay un juego de palabras entre *aikhmḗ* («punta de la lanza») y *akmḗ* («filo de los colmillos»).

[128] La misma habilidad tenía Domiciano según SUETONIO, *Dom.* 19.

larga hilera, todo el mundo pudo contarlos tranquilamente y comprobar que ni un solo dardo de más había disparado.

Hasta entonces, aunque su actuación, a excepción 7
de su valor y puntería, era impropia de un emperador, todavía gozaba de cierto carisma entre el pueblo. Pero cuando entró en el anfiteatro desnudo y, blandiendo sus armas, se puso a luchar como un gladiador, entonces el pueblo contemplo un triste espectáculo: el muy noble emperador de Roma, después de tantas victorias conseguidas por su padre y sus antepasados, no tomaba sus armas de soldado contra los bárbaros en una acción digna del imperio romano, sino que ultrajaba su propia dignidad con una imagen vergonzosa en extremo y deshonrosa. En sus combates de gladiador vencía sin 8
dificultad a sus oponentes y sólo llegaba a herirles al dejarse ganar todos por ver en él no a un gladiador sino al emperador [129]. A tal grado de locura llegó que ya ni quería habitar el palacio imperial sino que quiso trasladarse a la escuela de gladiadores. Y ordenó que ya no se dirigieran a él con el nombre de Hércules sino con el nombre un famoso gladiador que había muerto [130].
De la enorme estatua del Coloso que veneran los ro- 9
manos [131] y que representa la imagen del sol hizo cortar la cabeza y mandó poner la suya, ordenando que inscribieran en su base los habituales títulos imperiales y de su familia, pero en lugar del calificativo de «Germánico» puso el de «Vencedor de Mil Gladiadores» [132].

[129] Combatía con armas embotadas (cf. DIÓN-XIFIL., LXXII 19, 2).

[130] Esceva, gladiador zurdo como el mismo Cómodo.

[131] Originariamente un retrato de Nerón de proporciones colosales. Vespasiano transformó la estatua en una imagen del sol y Adriano la colocó cerca del anfiteatro Flavio, que más tarde, a raíz de la proximidad del coloso, pasaría a llamarse Coliseo.

[132] Después de la muerte de Cómodo volvió a ser imagen del Sol.

16 Era preciso ya acabar con la locura de Cómodo
y con la tiranía que pesaba sobre el imperio romano.
En el día primero del año nuevo iba a *** [133]. Los ro-
manos celebran la fiesta en honor del más antiguo dios
local de Italia [134]. La leyenda cuenta, que cuando Satur-
no fue echado de su trono por Júpiter bajó a la tierra
como huésped de este dios y que, por temor al poder
de su hijo, permaneció allí escondido. Este hecho ha
dado nombre a la región de Italia que se llama Lacio,
a partir de una voz griega trasladada a la lengua del
2 lugar [135]. Por esto también hasta nuestros días los itá-
licos celebran primero las Saturnales en honor del dios
que se escondió, y luego consagran la festividad del co-
mienzo del año al dios de Italia [136]. Las imágenes de es-
te dios lo representan con dos caras, puesto que con
él comienza y termina el año. Llegó pues esta época de
fiestas en las que los romanos se dedican de manera
especial unos a otros y se saludan y se complacen en
intercambiar regalos y compartir los bienes de la tierra
3 y del mar [137]. Ésta es también la primera ocasión en
que los magistrados epónimos se ponen su ilustre y so-
lemne toga purpúrea [138]. Cómodo determinó presentar-

133 Hay una laguna en el texto.

134 Se trata de Jano, el dios de las dos caras, uno de los más antiguos del panteón romano (cf. Ovidio, *Fastos* I 63 ss., Virgilio, *Eneida* VII 180). La puerta *(ianua)* de su templo está siempre abierta en tiempo de guerra, pero permanece cerrada cuando reina la paz (cf. Virgilio, *Eneida* VII 610).

135 Del griego *latheîn*, «ocultarse» (lat. *lateo*). Etimología errónea.

136 Las Saturnales duraban desde Domiciano siete días (del 17 al 23 de diciembre) y enlazaban prácticamente con el Año Nuevo.

137 Se intercambiaban *sigilla*, pequeñas estatuillas, y otros regalos. El intercambio de regalo y otras costumbres de estas fiestas han influido evidentemente en nuestra fiestas de Navidad y Año Nuevo.

138 El primero de enero, día en el que tradicionalmente los cónsules tomaban posesión de su cargo. En esta época, sin embargo, los relevos tenían una frecuencia mucho mayor (piénsese en el 190, el año de los veinticinco cónsules; cf. Grosso, *ob. cit.*, págs. 280 ss.).

se en esta fiesta de todos no desde el palacio imperial,
según era costumbre, sino desde la escuela de gladiado-
res, y en lugar de vestirse con la toga imperial bordada
de púrpura, decidió aparecer ante los romanos con las
armas de gladiador y acompañado por una escolta de
gladiadores.
Comunicó su propósito a Marcia [139], su cortesana 4
favorita, que en nada se diferenciaba de una esposa le-
gítima sino que recibía todos los honores debidos a la
emperatriz salvo el de la llama sagrada. Tan pronto co-
mo ella se enteró de una determinación tan absurda e
indigna se puso a suplicarle insistentemente y, arroján-
dose a sus pies con lágrimas en sus ojos, le pedía que
no deshonrara el imperio romano ni se pusiera en peli-
gro confiándose a gladiadores y a hombres desesperados.
Después de mucho suplicar sin conseguir nada, se 5
retiró llorando. Cómodo envió a buscar a Leto [140], el
prefecto del pretorio, y a Eclecto [141], el chambelán, y
les ordenó que hicieran los preparativos para pernoctar
en la escuela de gladiadores a fin de salir desde allí
en procesión para la celebración de los sacrificios y apa-
recer armado ante el pueblo de Roma. Ellos, con insis-
tentes súplicas, le intentaron disuadir de una acción in-
digna de un emperador.

139 Marcia es probablemente la *Marcia Aurelia Ceionia Demetriade* de C. I. L, X 5918 = *Dessau*, Inscrip. Lat. Selec. 406. Después de la muerte de Cómodo se casó con Eclecto; fue condenada a muerte por Didio Juliano. Se piensa que fue cristiana o amiga de los cristianos.

140 Q. Emilio Leto fue nombrado prefecto del pretorio probablemente para reemplazar a Julio Juliano, poco tiempo después de la caída de Cleandro (cf. Grosso, *ob. cit.*, pág. 324). Era africano y fue ejecutado por Didio Juliano por apoyar a Septimio Severo.

141 Antiguo liberto del emperador L. Aurelio Vero (por lo que su nombre completo sería tal vez L. Aurelio Eclecto). Pasó luego al servicio de M. Umidio Cuadrato y, finalmente, al de la casa imperial de Cómodo. En la época en que Leto era prefecto del pretorio Eclecto era chambelán («a cubiculo»). Ligado a Marcia (cf. I 17, 6). Murió lealmente junto a Pértinax.

17 Cómodo, enfurecido, despidió a los dos hombres y
se retiró a su habitación como si fuera a dormir su acos-
tumbrada siesta del mediodía. Pero cogió una tablilla
—una de aquellas de madera de tilo cortada en láminas
delgadas que se cierran por ambos lados doblándose una
hoja sobre otra— y escribió los nombres de quienes de-
2 bían ser ejecutados aquella noche. La primera de la
lista era Marcia y seguían Leto y Eclecto, y a continua-
ción un gran número de los líderes del senado. Quería
desembarazarse de todos los viejos consejeros de su pa-
dre que quedaban, puesto que le incomodaba tener aque-
llos respetables testigos de sus actos vergonzosos. Te-
nía la intención de ser generoso con los bienes de los
ricos repartiéndolos entre los soldados y los gladiado-
res, unos para que le protegieran y otros para que le
3 distrajeran [142]. Después de escribir la tablilla la dejó
encima del lecho pensando que nadie entraría en la ha-
bitación. Pero había un pequeño paje, uno de aquellos
niñitos que sin ningún vestido van ataviados con oro
y piedras preciosas, con los que los libertinos romanos
siempre se complacen. Cómodo lo amaba tanto que
dormía con él a menudo. Le llamaban Filocómodo, nom-
bre que reflejaba la inclinación del emperador por el
4 niño [143]. En aquella ocasión, mientras Cómodo estaba

[142] Cf. *supra* notas 39 y 122.

[143] Según este pasaje el nombre de Filocómodo se debería al amor del emperador por el paje, lo que coincide con una serie de historias acerca de la homosexualidad de Cómodo (cf. *Historia Augusta, Vita Commodi*, 5, 11; 10, 11). Sin embargo el términmo *Philokómodos*, que probablemente es más un título de un sacerdote, aparece en un papiro de Arsínoe en Egipto (cf. H. Hunger, «Ein Wiener Papyrus zur Ernennung der Priester in röm. Aegypten», *Acta Antiqua*, X (1962), 154, donde leemos *philokómmodos kaì philosárapis*, «Filocómodo y Filosérapis»). Si pensamos que el culto a Sérapis, junto con el de Isis (como dioses tutelares del imperio), fue potenciado en el último bienio del reinado de Cómodo, podemos concluir con Grosso (cf. *ob. cit.*, págs. 336 y 397) que la presencia de aquel muchacho en palacio y su nombre estarían relacionados con el citado culto.

ocupado en su habitual baño y en beber unas copas,
el niño, simplemente por juego, entró en la habitación
como solía, cogió la tablilla puesta sobre el lecho, evi-
dentemente sin otra intención que jugar con ella, y sa-
lió del aposento. El destino quiso que se topara con Mar-
cia. Ella, que también amaba al niño, entre abrazos y
besos le quitó la tablilla porque temía que, sin darse
cuenta mientras jugaba inocentemente, destruyera algo
de importancia. Pero cuando reconoció la letra de Có-
modo [144], aumentó su curiosidad por leer el escrito.
Y tan pronto como descubrió que contenía una orden 5
de ejecución y que ella iba a morir en primer lugar,
seguida de Leto y de Eclecto, y que otros iban a tener
la misma muerte, se puso a gemir diciendo para sus
adentros: «¡Bien, Cómodo! ¡Ésta es tu gratitud por mi
afecto y amor frente a tu arrogancia y a tus borrache-
ras, que he soportado durante tantos años! ¡Pero tú,
borracho, no vas a librarte de una mujer sobria!». Di- 6
chas estas palabras, envió a buscar a Eclecto, que la
visitaba normalmente en su calidad de chambelán, aun-
que también había quien la acusaba de entenderse con
él. Entregándole la tablilla le dijo: «¡Mira qué fiesta va-
mos a celebrar esta noche!» El estupor se fue apode-
rando de Eclecto mientras leía. Como egipcio era un
hombre bien dispuesto para actuar con resolución y se-
gún los dictados de su corazón [145]. Selló la tablilla y la
envió a Leto por medio de un hombre de confianza para
que la leyera. También éste, espantado, fue a ver a Mar- 7
cia con el pretexto de examinar con ella y con Eclecto
las órdenes del emperador en lo relativo al traslado a
la escuela de gladiadores. Fingiendo que se ocupaban

[144] Este pasaje es un buen ejemplo del carácter dramático de la *Historia* de Herodiano.

[145] Sobre el interés de Herodiano por los temas étnicos cf. *supra* nota 25. Este pasaje se utilizó como argumento de la tesis de un origen egipcio. Cf. Intr., pág. 21.

de los asuntos del emperador, acordaron anticiparse en la acción antes de sufrir las consecuencias, y que no
8 era tiempo de demora o vacilación. Decidieron, pues, dar a Cómodo un veneno, que Marcia se comprometió a administrárselo sin dificultad. Pues tenía la costumbre de mezclar ella misma el vino y de ofrecer al emperador la primera copa para que tuviera el placer de beberla de manos de su amada. Al volver Cómodo del baño Marcia puso el veneno en la copa, mezclándolo con un vino aromático y le ofreció la bebida. Él, como copa de amor que habitualmente le brindaba Marcia después de sus frecuentes baños y combates con los animales, sediento,
9 la bebió sin darse cuenta. Al punto le sobrevino un sopor que le forzó a dormir y, pensando que esto le ocurría a causa del cansancio, se acostó. Eclecto y Marcia, con el pretexto de dejar descansar al emperador, ordenaron a todos que se retiraran y fueran a sus asuntos. Casos como éste le ocurrían a Cómodo a menudo a causa de la embriaguez. Pues, aunque sus baños y comidas eran frecuentes, limitaba el tiempo destinado al descanso para entregarse sin interrupción a un sinnúmero de placeres, de los cuales era esclavo emperdernido a cualquier hora.

10 Durante un rato permaneció tranquilo, pero cuando el veneno afectó al estómago e intestinos, se apoderó de él un mareo seguido de una vomitona, bien porque la comida y abundante bebida ingeridas antes rechazaban el veneno, bien por haber tomado previamente un antídoto, como suelen tomar los emperadores siempre
11 antes de cada comida. Pero, ante aquella vomitona, Marcia y los otros, temiendo que arrojara todo el veneno y que se recuperara y fuera la ruina de todos, persuadieron con promesas de generosas recompensas a un tal Narciso [146], joven decidido y fuerte, para que se

[146] Probablemente uno de los libertos de palacio (cf. Aurelio Víctor, *Césares* 17, 8-9). Fue ejecutado más tarde por Septimio Severo (Dión-Xifil., LXXIII 16, 5).

acercara a Cómodo y lo estrangulara. Él irrumpió en la habitación del emperador, que estaba abatido por el veneno y el vino, y le apretó el cuello hasta matarlo.
Éste fue el fin de Cómodo después de trece años de 12
gobierno [147] tras la muerte de su padre. De más noble cuna que los emperadores que le precedieron, aventajaba a los hombres de su tiempo por su agradable apariencia y las adecuadas proporciones de su físico, y, si hay que referirse a sus cualidades de varón, diremos que no fue inferior a nadie en puntería y destreza. Sin embargo deshonró las dotes que la fortuna le había deparado con una conducta vergonzosa, tal como antes se ha relatado.

[147] Cf. Intr., págs. 45-46. Marco Aurelio murió el 17 de marzo del 180 (cf. *supra* I 4, 7) y la muerte de Cómodo ocurrió el 31 de diciembre del 192. Faltaba pues poco tiempo para que se cumplieran los trece años y Herodiano optó por redondear la cantidad. Tal vez contribuyó a ello el hecho de que Cómodo fuera *imperator* desde el 23 de diciembre del 176. En los casos de doble principado el segundo Augusto no tenía su *dies imperii* en la fecha de la muerte del primero (cf. Blanche Parsi, *Designation et investiture de l'empereur romain*, París, 1963, páginas 195-196); tenía el suyo en vida del primero y no lo renovaba o cambiaba a su muerte. Éste era el caso de Cómodo. (En el *Feriale Duranum* no hay ni rastro de un *dies imperii* de Cómodo el 27 de marzo). Así Herodiano, atendiendo a su *dies imperii*, habría podido contar desde fines de diciembre coincidiendo con los últimos meses de vida de Marco Aurelio, lo que daba realmente trece años de gobierno.

La muerte de Cómodo acabó con una tradición que había durado más de un siglo; desde el 96, año del asesinato de Domiciano, los emperadores habían muerto en la cama.

LIBRO II

1 En el primer libro de mi historia se ha expuesto cómo los conspiradores eliminaron a Cómodo. Luego, queriendo ocultar lo sucedido y a fin de no ser descubiertos por la guardia de palacio, envolvieron el cuerpo en una manta corriente y lo ataron en un bulto que entregaron a dos esclavos de su confianza para que lo sacaran como si se tratara de mobiliario que ya no era nece-
2 sario en la habitación. Los dos esclavos que transportaban el fardo lo sacaron por en medio de los guardias, algunos de los cuales estaban amodorrados bajo efectos de la bebida mientras que otros, aunque despiertos, también iban siendo vencidos por el sueño y se apoyaban en las lanzas que tenían en sus manos. No se preocuparon en absoluto de lo que pudiera contener el fardo que se sacaba de la habitación, puesto que pensaban que ningún interés tenían en saberlo. Escondido de esta forma, el cuerpo del emperador fue sacado por la puerta de palacio y de noche en un carro lo enviaron a las afueras de la ciudad [148].

3 Entretanto, Leto y Eclecto estuvieron deliberando con Marcia sobre el camino a seguir. Decidieron divulgar la noticia de que Cómodo había muerto repentinamente víctima de una apoplejía. Pensaban que el rumor ten-

[148] Probablemente a la *villa Quintiliana*. Cf. *supra* notas 68 y 103.

dría una fácil aceptación puesto que su modo de vida insaciable y desmesurado ya había sido objeto de críticas. Pero, ante todo, tomaron la decisión de llamar como sucesor en el imperio a un hombre de edad avanzada [149] y moderado, con la intención de ponerse ellos mismos a salvo y para que todo el mundo respirara después del amargo desenfreno de la tiranía. Después de considerar diversos nombres, nadie les pareció tan capacitado como Pértinax [150]. Era un itálico que había ga- 4
nado renombre en muchos puestos tanto militares como civiles y que había conseguido muchas victorias contra los germanos y los bárbaros de Oriente. Era el único que quedaba con vida de los venerables consejeros dejados a Cómodo por su padre [151]; no lo había ejecutado o porque lo respetaba por su prestigio, al ser el más ilustre de los compañeros y generales de Marco, o porque su pobreza lo protegía. Buena parte de su fama se debía, en efecto, a que, aunque tuvo en sus manos más cargos que nadie, sus bienes, sin embargo, eran inferiores a los de cualquiera.

A casa de este Pértinax, a altas horas de la noche 5
cuando todo el mundo estaba durmiendo, llegaron Leto

[149] Crítica de los *principes pueri*.

[150] Publio Helvio Pértinax, de origen humilde, llegó a senador tras una larga y brillante carrera militar. Estuvo bajo el patronazgo de hombres de la aristocracia antonina como L. Hedio Rufo Loliano Avito y Ti. Claudio Pompeyano. Durante el mandato de Perennis tuvo que retirarse de la vida pública (cf. *supra* nota 68). Con Cleandro volvió a ocupar cargos y en la época final de Cómodo era *praefectus urbis* (cf. *supra* nota 107). Herodiano manifiesta su admiración por Pértinax (cf. Intr., pág. 17).

[151] No es cierto, y Herodiano lo sabe puesto que en I 17, 2 alude a que Cómodo quería desembarazarse de los consejeros de su padre que quedaban, y es evidente que no pudo hacerlo. En las páginas que siguen (II 3, 3) se refiere a Manio Acilio Glabrión, consejero de Marco, y también vivían todavía Ti. Claudio Pompeyano y M. Peduceo Plaucio Quintilo, yernos de Marco (cf. *supra* nota 11.).

y Eclecto al frente de unos pocos que participaban en la conspiración. Encontraron las puertas de la casa cerradas y despertaron al portero. Aquél, al abrir y ver a los soldados que estaban allí con Leto, a quien conocía como prefecto del pretorio, asustado y temblando
6 de miedo lo anunció a su amo. Pértinax les dijo que entraran pensando que la desgracia que en repetidas ocasiones había estado esperando le llegaba al fin. Pero cuentan que su presencia de ánimo fue tal que ni siquiera se levantó del lecho ni cambió de expresión cuando entraron Leto y Eclecto, sino que, a pesar de que creía que estaban allí para matarlo, les dirigió la
7 palabra y, resueltamente y sin palidecer, les dijo: «Desde hace mucho tiempo, todas las noches, he estado esperando este fin de mis días, y, al quedar ya sólo yo de los consejeros de su padre, me sorprendía que Cómodo retardara su actuación contra mí. ¿Por qué esperáis? Cumplid vosotros las órdenes y yo me veré libre de una cobarde esperanza y de un temor constante».
8 Leto contestó: «¿No dejarás de decir cosas indignas de ti y de tu vida pasada? Esta visita que te hacemos no es para tu ruina; su objeto es nuestra propia salvación y la del imperio romano. El tirano ha muerto. Ha recibido el castigo que merecía y el destino que tenía previsto para nosotros es el mismo que él ha sufrido por
9 acción nuestra. Nosotros estamos aquí para poner el imperio en tus manos porque conocemos tu primacía en el senado tanto por la moderación de tu vida como por el alcance de tu autoridad, y sabemos que por la respetabilidad de tus años eres deseado y honrado por el pueblo. Por eso pretendemos que lo que es un deseo del
10 pueblo sea también nuestra salvación». Pero Pértinax replicó: «¡Dejad vosotros de burlaros de un viejo! No penséis que soy tan cobarde que tengáis que engañarme primero para matarme después». «Bien —dijo Eclecto—, puesto que no confías en nuestras palabras, toma esta

tablilla. Conoces la letra de Cómodo, ya que tienes costumbre de leer sus escritos. Lee. Conocerás qué peligro hemos evitado y que no hay engaño sino verdad en nuestras palabras». Después de leer el escrito, convencido ya Pértinax por hombres que además eran antiguos amigos e informado de todo lo sucedido, se confió a ellos.

Como primera medida decidieron presentarse en el 2
campamento pretoriano para poner a prueba los sentimientos de los soldados. Leto se comprometió a persuadirlos puesto que como prefecto le profesaban cierto respeto. Así pues, con cuantos allí estaban se dirigieron 2
al campamento a toda prisa. Ya había transcurrido la mayor parte de la noche [152] y, siendo inminente el día de la fiesta, todo era movimiento antes del alba. Fue entonces cuando enviaron a unos cuantos de los suyos en diversas direcciones para pregonar que Cómodo había muerto y que Pértinax estaba en camino del campamento pretoriano a fin de ser proclamado emperador. Se propagó el rumor y todo el pueblo fue presa del en- 3
tusiasmo y, como si estuvieran poseídos, se pusieron a correr de un lado a otro; cada cual al ir a saludar a su patrono daba la noticia y, si eran gente rica o importante, mayor era el motivo. Correteaban por templos y altares para manifestar su gratitud a los dioses. Se oían gritos para todos los gustos: unos decían que 4
había muerto el tirano, otros se referían al gladiador, y aun había quienes pronunciaban palabras más impías e indecorosas [153]. Con la llegada de la libertad se dio rienda suelta sin ningún temor a cuantas expresiones antes retenía el miedo. También la mayor parte del pue-

[152] Son muy frecuentes las indicaciones cronológicas de este tipo cuando la hora en que tiene lugar un acontecimiento parece ser importante (cf. Intr., págs. 46-47).

[153] Cf. Intr., pág. 63.

blo acudió a todo correr al campamento pretoriano. Se
apresuraron porque temían que los soldados no aceptaran de muy buena gana la autoridad de Pértinax.
5 Suponían que los soldados no admitirían un mando
de moderación cuando estaban acostumbrados a servir
a la tiranía y eran muy duchos en rapiñas y violencias.
Así, pues, para forzarles a someterse, acudió el pueblo
en masa. Cuando llegaron al campamento, Leto y Eclecto entraron con Pértinax, y Leto reunió a los soldados
y pronunció estas palabras:

6 «Cómodo, nuestro emperador, ha muerto de apoplejía; él ha sido el único responsable de su muerte. Nunca
prestó oídos a nuestros consejos, atentos siempre al bien
de su salud. Vosotros no desconocéis su vida; por un
atracón la muerte se lo llevó. Tuvo el fin que el destino
le había reservado. Pues, aunque la causa de la muerte
no es la misma para todos los hombres sino que hay
causas diferentes, sin embargo todas conducen al mis-
7 mo fin. Pero en lugar de Cómodo nosotros y el pueblo
romano os presentamos a un hombre respetable por su
edad, moderado en su vida y que ha forjado su valor
en la acción. De estas cualidades y de sus hazañas bélicas los veteranos ya habéis tenido pruebas; los otros
lo habéis honrado y admirado durante sus años de pre-
8 fecto urbano. La fortuna nos ofrece ahora no sólo un
emperador sino también un padre óptimo. Su gobierno
será motivo de satisfacción tanto para vosotros, los pretorianos de Roma, como para los soldados de las guarniciones de las riberas de los ríos y para los acampados
en los límites del imperio romano, testigos de sus acciones que no le olvidan. Ya no tendremos que ganarnos
a los bárbaros con subsidios sino que, por la experiencia de lo que pasaron cuando Pértinax tenía el mando,
se someterán por miedo».

9 Mientras Leto pronunciaba su discurso, el pueblo,
sin poder contenerse, aunque los soldados todavía vaci-

lantes estaban a la expectativa, lo proclamó Augusto,
le dio el calificativo de Padre y lo honró con todos los
títulos. Luego, también los soldados se unieron a las
aclamaciones y saludaron a Pértinax como Augusto, aunque no lo hicieron con el mismo entusiasmo sino por
la presión de la multitud que allí estaba; pues por todas
partes les cercaba el pueblo en tanto que ellos se encontraban en inferioridad númerica y sin armas a cau-
sa de las fiestas. Después de los habituales juramentos 10
y sacrificios realizados en nombre de Pértinax, todo el
pueblo y los pretorianos con ramas de laurel, al rayar
el alba, escoltaron a Pértinax hasta el palacio imperial.

Después de ser acompañado por los pretorianos y 3
el pueblo, todavía de noche, tal como se ha expuesto,
cuando ya estuvo instalado en el palacio imperial, Pértinax empezó a sentir desasosiego a causa de graves consideraciones. Y, aunque era bien conocido su ánimo firme y valeroso ante cualquier situación, estaba asustado
sin embargo por las circunstancias, no por una especial
preocupación por su propia seguridad, pues muchas veces había despreciado peligros incluso mayores, sino por
sus reflexiones sobre el súbito cambio de la tiranía y
sobre la nobleza de nacimiento de algunos miembros
del senado, que no aceptarían, pensaba, que, después
de un emperador de la más alta nobleza, el imperio pasase a manos de un hombre que arribaba a él procedente de una familia plebeya y desconocida [154]. Pues, 2
aunque su vida era alabada por su moderación y era
famoso por sus acciones militares, sin embargo estaba
muy por debajo de los patricios en lo tocante a su nacimiento [155]. Cuando fue de día, se dirigió a la sede del
senado sin permitir que le precediera el fuego sagrado

[154] Pértinax era un «homo novus» comparable a Decio, según G. Alföldy (cf. Intr., pág. 17).

[155] La *virtus* frente a la *nobilitas*. Cf. Intr., pág. 15.

ni ninguna exaltación de cualquier insignia imperial
3 antes de conocer los sentimientos del senado. Pero tan pronto como hizo su aparición, todos los senadores unánimemente lo aclamaron y lo saludaron con los títulos de Augusto y de emperador. Pértinax empezó por rehusar la responsabilidad del mando y, alegando su vejez, pedía que le excusaran y afirmaba que había muchos patricios más adecuados para el imperio. Luego, cogiendo a Glabrión [156] de la mano, intentaba hacerle salir exhortándolo a que se sentara en el trono imperial.
4 Glabrión era el patricio de más noble cuna, puesto que su genealogía remontaba hasta Eneas, hijo de Venus y de Anquises, y ya había desempeñado el consulado dos veces. Pero habló a Pértinax de este modo: «Yo, por mi parte, aunque tú me consideras la persona más idónea, renuncio al imperio en tu favor, y tanto yo como todos los restantes senadores estamos de acuerdo en otorgarte el poder supremo». Entonces, al suplicarle todos insistentemente, casi sin atreverse ocupó al fin el trono imperial y pronunció este discurso [157]:

[156] Manio Acilio Glabrión, *cos.* II 186, era uno de los senadores más distinguidos y había sido consejero de Marco Aurelio. Según la *Historia Augusta* Pértinax dirigió su ofrecimiento a Ti. Claudio Pompeyano, no a Glabrión. Entre Pompeyano y Pértinax existía una antigua relación (cf. *supra* nota 150). Sin embargo parece ser que vivía retirado en su posesión de Tarracina (cf. S. H. A. *Did. Jul.* 8, 3) y, a pesar de que en la *Historia Augusta (Pert.* 4, 10) leemos que Pompeyano y Pértinax se encontraron antes de la sesión del senado, resulta difícil creer que Pompeyano tuviera tiempo de enterarse de lo que sucedía y de llegar a Roma, a no ser que estuviera previamente informado acerca de la conjuración. Parece, pues, que Herodiano tiene razón.

[157] Discurso más retórico que político (cf. Intr., pág. 69). En este libro II hay mayor número de discursos que en ningún otro. En la *Historia* podemos contar un total de treinta y tres discursos (ocho en el libro I, diez en el II, cinco en el III, tres y una carta en el IV, una carta en el V, uno en el VI, dos en el VII, y, finalmente, dos en el VIII). La notable diferencia entre unos libros y otros nos hace pensar en que Herodiano no había acabado su obra, que estaba entonces en la etapa de embellecimiento retórico (cf, Intr., pág. 9).

«La amable acogida con la que me habéis honrado y el excesivo entusiasmo que me demostráis con vuestra elección, al preferirme a hombres de tan alta alcurnia como hay entre vosotros, no entrañan sombra alguna de adulación sino que son prueba y demostración de benevolencia. A otro le hubieran inspirado valor y confianza para aceptar decididamente la labor encomendada, y le hubieran revelado signos esperanzadores de una fácil misión como la de llevar la carga del imperio con el favor de unos súbditos de tan buena voluntad.
Pero a mí, por el contrario, estas distinciones, aun 6
siendo de una importancia extraordinaria, me turban cuando pienso en lo que el honor supone, y me infunden una angustia y un desasosiego nada despreciables. Cuando se deben grandes beneficios, la justa correspondencia es difícil de alcanzar. En las devoluciones, incluso en los casos en los que se ha recibido poco, pagar con interés no es fácil pero es una prueba de agradecimiento. Sin embargo, cuando el que inicia los favores se hace acreedor de una gratitud insuperable, la incapacidad de una correspondencia adecuada no se atribuye a dificultades sino a insensibilidad e ingratitud.
Me doy perfecta cuenta, por consiguiente, de que la 7
prueba propuesta para merecer el honor de vosotros recibido no es una prueba cualquiera. Pues la dignidad del principado no reside en el trono, sino en los hechos, si no son causa de deshonor. Y cuanto más detestamos los sucesos del pasado, mayores son las esperanzas de un futuro dichoso. Pero, así como los hechos desgraciados siempre se recuerdan, pues la aflicción es difícil de borrar, los éxitos, sin embargo, en el mismo momento
de su disfrute, ya agotan su propio recuerdo [158]. Igual 8

[158] Cf. Tucídides II 61, 2 y Stein, *ob. cit.*, págs. 146-147. Este discurso, como otros pasajes de Herodiano, nos recuerda a Tucídides. Cf. *supra* notas 1, 95 y 106.

que la libertad no produce satisfacción en la misma me-
dida que la esclavitud aflige. Y quien está en la tranqui-
la posesión de sus bienes no lo considera una gracia,
por creer que disfruta de lo que por derecho le pertene-
ce, pero quien ha sido desposeído de sus propiedades,
éste conserva el recuerdo de la injuria eternamente. Na-
die, si hay un cambio favorable para la comunidad, pien-
sa que él mismo obtendrá mayores beneficios, puesto
que la preocupación por el bien común y por el interés
público es escasa entre los particulares, pero, en lo to-
cante a los intereses individuales, si cada uno no pro-
gresa según su deseo, considera que el rendimiento es
9 insuficiente. Además, quienes están acostumbrados a
gozar de la pródigas e indiscriminadas liberalidades de
la tiranía, al cambio a una administración más pruden-
te y moderada, forzado por la escasez de recursos, no
le dan la calificación de economía inteligente ni de go-
bierno mesurado y responsable, sino que lo descalifi-
can con los reproches de cicatería y mezquindad. No
se dan cuenta de que las larguezas indiscriminadas y
sin tino no serían posibles si no fuera por el robo y
la violencia, mientras que las distribuciones que la ad-
ministración realiza con mesura y según los méritos de
cada cual, sin cometer ninguna injusticia ni ofrecer una
ilícita abundancia de dinero, son maestras de una sabia
10 economía de los recursos realmente disponibles [159]. Es
preciso ahora que vosotros, conscientes de todo esto,
me prestéis vuestro apoyo, considerando tarea común
la administración del imperio, e igualmente es necesa-
rio que, con vuestra aceptación de la aristocracia y re-
chazo de la tiranía, estéis esperanzados y que transmi-

159 Pértinax encontró el erario en una situación extremadamente grave (cf. *Historia Augusta, Vita Pertinacis* 9, 1 y GROSSO, *ob. cit.* páginas 354 ss.). Después de los despilfarros de Cómodo (cf. *supra* notas 39, 122 y 142) era necesaria una política económica realista. También se observa aquí la «mentalidad fiscal» de Herodiano (cf. Intr., pág. 31).

táis vuestras mismas esperanzas a todos los súbditos
del imperio».
Estas palabras de Pértinax agradaron extraordinaria- 11
mente al senado. Todo el mundo le alabó el discurso
y le concedieron todos los honores y distintivos. Luego
lo escoltaron hasta el templo de Júpiter y los otros tem-
plos, donde ofreció los sacrificios rituales por el impe-
rio. Finalmente se dirigió al palacio imperial.

Cuando las noticias de su discurso en el senado y 4
de su edicto al pueblo se divulgaron, la alegría fue ge-
neral, pues a todos les animaba la esperanza de tener
un soberano respetado y magnánimo, que fuera un padre
antes que un emperador. Dio órdenes a los soldados de
que pusieran fin a la represión del pueblo y prohibió
que llevaran hachas y que golpearan a los transeúntes.
En todos los aspectos intentaba un cambio de rumbo
hacia la honradez y el orden, y daba muestras de un
carácter afable y pacífico en sus apariciones en público
y en los tribunales. Complacía a los más viejos al hacer 2
que recordaran el imperio de Marco, cuya imitación pro-
curaba [160]. Y se granjeaba fácilmente el favor de todos
los otros, que habían pasado de una cruel e insolente
tiranía a una vida moderada y sin congojas. La fama
de humanidad en el ejercicio de la autoridad, al exten-
derse por todos los pueblos, tanto entre los sometidos
como entre los aliados, y por todos los campamentos,
los incitó a atribuir a su autoridad un origen divino.
Además, los bárbaros que anteriormente habían em- 3
pezado a rebelarse o que estaban preparando la suble-
vación, por temor y por el recuerdo de su valor en sus
anteriores campañas, se sometieron voluntariamente a
Pértinax. También los animaba la confianza en su inte-
gridad, seguros de que con nadie cometería injusticia

160 Cf. Intr., págs. 51-52.

a sabiendas, y de que daría siempre a cada cual lo que
por sus méritos le correspondiera, ajeno como era de
cualquier favor vergonzoso o violencia cruel. Y llegaron
embajadas de todas partes, congratulándose todo el mun-
do de que Pértinax estuviera al frente del imperio
romano.

4 Todos los hombres, tanto en público como en privado,
manifestaron su gozo por la disciplina y humanidad del
emperador. Pero, lo que a todo el mundo complacía tan
sólo disgustaba a los soldados de Roma que servían en
la guardia imperial; pues, al ser apartados de robos y
violencias con la invitación a la disciplina y a la mode-
ración, empezaron a considerar que la indulgente hu-
manidad del emperador constituía una injuria y un des-
honor para ellos y el fin de su poder ilimitado. Por eso
5 se opusieron a la disciplina del imperio. Al principio
se mostraron remisos y desobedientes a las órdenes que
les daban. Pero, después, cuando ni siquiera habían
transcurrido dos meses[161] completos del gobierno de
Pértinax, breve período en el que ya había dado prue-
bas de su moderación y benevolencia, y durante el cual
las mejores esperanzas ya habían hecho su aparición
entre los súbditos, un golpe de mala suerte lo malefició
todo y lo trastocó e impidió que magníficos proyectos
beneficiosos para los súbditos al fin tuvieran cumpli-
miento.

6 El primer proyecto fue repartir en lotes, según los
deseos y posibilidades de cada peticionario, todas las
tierras sin cultivar que fueran completamente baldías
en Italia y en las provincias[162]. Aunque fueran de pro-
piedad imperial, las adjudicaba a quien se cuidara de

[161] Cf. Intr., págs. 45-46. En el original griego de este pasaje leemos «dos» (β') cuando en realidad fueron casi tres meses (desde el 1 de enero hasta el 28 de marzo del 193). Mendelssohn propone la enmienda del texto ($\gamma' = 3$ en lugar de $\beta' = 2$).

[162] Los latifundios imperiales.

cultivarlas. Concedía, además, a los campesinos la com-
pleta exención de impuestos durante diez años y la per-
manente garantía de dominio. Prohibió que su nombre 7
fuera inscrito en las posesiones imperiales, alegando que
no eran propiedad privada del emperador sino bienes
comunes y públicos del imperio romano. También de-
cretó la abolición de todos los tributos que antes, du-
rante la tiranía, habían sido proyectados, con vistas a
acrecentar los recursos, sobre el tráfico en los ríos y
en los puertos de las ciudades y por vías y caminos[163].
Con esta abolición restauró la antigua libertad de tasas.
Hubiera proyectado todavía otras reformas en benefi- 8
cio de sus súbditos, como su voluntad política permitía
suponer. Había expulsado a los sicofantas de Roma y
había ordenado que fueran perseguidos por todo el im-
perio, en previsión de que nadie fuera calumniado ni
se viera sometido a infundadas acusaciones. Las espe-
ranzas de todo el mundo, y en especial del senado, apun-
taban entonces a una vida feliz y libre de temores. 9
Pértinax era un hombre tan modesto y sin pretensiones
que a su propio hijo, que era ya un muchacho, no lo
llevó a vivir al palacio imperial sino que lo dejó en la
casa familiar, para que asistiera a las escuelas y a los
gimnasios de costumbre como un particular y fuera edu-
cado y realizara todas sus actividades del mismo modo
que los demás muchachos, sin ninguna vanidad ni pom-
pa imperial.

Mientras que la felicidad y el orden presidieron la 5
vida de Roma, sólo los pretorianos estaban indignados
por aquella situación y echaban de menos los robos y
violencias que en medio de orgías y borracheras se ha-
bían dado durante la anterior tiranía[164]. Por eso deci-

[163] Anuló los aumentos que estos impuesto habían experimentado durante el reinado de Cómodo.

[164] Cf. *supra* II 4, 4.

dieron desembarazarse de Pértinax, ya que les resulta-
ba extremadamente molesto, y buscar en su lugar a otro
que les ofreciera de nuevo un poder ilimitado y sin
2 freno. Así pues, súbitamente, en medio de una situación
de absoluta tranquilidad y sin que nadie lo esperara,
los pretorianos, en un impulso tan furioso como irra-
cional, salieron a la carrera del campamento, al medio-
día [165], y se dirigieron contra el palacio imperial con
3 las lanzas en ristre y las espadas desenvainadas. Los
áulicos, turbados por lo inesperado y extraordinario de
la acción, al ser unos pocos hombres desarmados con-
tra una multitud armada [166], no resistieron, sino que
huyeron abandonando cada uno el puesto que le había
sido confiado, ya en la puerta del palacio ya en las otras
entradas. Unos pocos leales [167], sin embargo, anuncia-
ron la irrupción a Pértinax y le aconsejaron que hu-
4 yera y se pusiera bajo la protección del pueblo. Pero,
a pesar de que quienes le aconsejaban una salida de
aquella situación [...] lo convencieron, él, considerando
que era una solución vergonzosa e impropia de un em-
perador a la vez que indigna de su vida y acciones ante-
riores, no quiso huir ni ocultarse, sino que decidió en-
frentarse con el problema e ir a parlamentar con los
soldados esperando disuadirlos del absurdo propósito
5 que los había movido. Salió, pues, de su habitación y
se encontró con los soldados. Intentó informarse sobre
las causas del ataque y procuró persuadirlos de que no
se dejaran dominar por la excitación. En todo momento
permaneció en una actitud moderada y noble y conser-
vó la dignidad propia de un emperador sin mostrar nin-
guna señal de hombre encogido ni acobardado ni supli-
cante.

[165] Cf. *supra* nota 152, e Intr., pág. 47.

[166] Cf. *supra* nota 105. Los «áulicos» son los ayudantes del emperador y los siervos de palacio.

[167] Entre ellos estaba Eclecto (cf. *supra* nota 141).

«La muerte en vuestras manos —dijo— no es en 6
absoluto penosa para un anciano como yo que ha llega-
do a una avanzada vejez gloriosamente. Es necesario que
toda vida humana tenga un final. Pero la circunstancia
de que vosotros, aparentemente guardianes y protecto-
res del emperador y los defensores frente al peligro ex-
terior, os convirtáis en asesinos, manchéis vuestras ma-
nos con sangre de un ciudadano, emperador además,
mirad que no sea ahora una impiedad y en el futuro
un peligro para vosotros mismos. Yo tengo concien-
cia de no haberos causado ningún daño. Si todavía es- 7
táis contrariados por la muerte de Cómodo, nada tiene
de extraño que le sobreviniera la muerte al ser simple-
mente un hombre. Si pensáis que ocurrió como conse-
cuencia de una conspiración, no es mía la culpa. Sabéis
que yo estoy fuera de toda sospecha y que estaba me-
nos enterado que vosotros de los sucesos de entonces.
Si sospecháis algo, dirigid vuestra acusación contra
otros. Pero, a pesar de todo, aunque Cómodo esté muer- 8
to, alcanzaréis todos vuestros deseos con tal que res-
pondan al decoro y a vuestro mérito y no ejerzan pre-
sión sobre mí ni secuestro».

La tentativa de convecerlos con sus palabras empe-
zaba ya a tener éxito en algunos casos. Varios soldados
estaban dando la vuelta y se retiraban por respeto a
la vejez del noble emperador. Pero otros, interrumpien-
do las palabras del anciano, se abalanzaron sobre él y
lo asesinaron. Después de perpetrar un crimen tan 9
cruel, por temor a las consecuencias de su osadía y
queriendo anticiparse a la reacción del pueblo, porque
sabían positivamente que el pueblo no aceptaría lo su-
cedido, se retiraron al campamento a todo correr, ce-
rraron todas las puertas y entradas y se quedaron en
el interior; situaron luego guardias en las torres para
disponerse a la defensa si el pueblo los atacaba. Éste
fue el fin de Pértinax, cuya vida y conducta política se
han descrito anteriormente.

6 Cuando la noticia del asesinato de Pértinax se difundió entre el pueblo, todo el mundo fue presa de una dolorosa turbación. Corrían de un lado a otro como enloquecidos y, en una situación de enajenación colectiva, buscaban a los culpables sin poder encontrarlos ni cas-
2 tigarlos. Los senadores en especial estaban muy apenados por lo ocurrido y lo consideraban una calamidad pública, pues se trataba de la pérdida de un hombre que era padre bondadoso y protector magnánimo. Surgió de nuevo el miedo a la tiranía, puesto que creían que era del agrado de los soldados.

3 Después de uno o dos días [168], las gentes del pueblo, cada cual con su miedo, empezaron a retirarse, y los hombres de algún relieve huyeron a sus posesiones más alejadas de Roma para que el futuro poder no pudiera ocasionarles ningún daño al no encontrarlos en la
4 ciudad. Cuando los soldados se dieron cuenta de que 4
el pueblo estaba tranquilo y de que nadie se atrevía a verganse del asesinato del emperador, aunque siguieron encerrados en el interior del campamento, hicieron subir a aquellos que tenían mayor potencia de voz a lo alto de los muros y pregonaron que el imperio estaba en venta. Prometieron entregar el poder al mayor postor y conducirlo al palacio imperial bajo la protección
5 de las armas. Cuando circuló el anuncio, los senadores más respetables y mejor situados, que eran patricios o que conservaban todavía su fortuna, sobrevivientes de la tiranía de Cómodo, ni acudieron a los muros del campamento ni quisieron alcanzar un poder ilícito e infame
6 por medio del dinero. Pero un hombre llamado Juliano [169], un excónsul que tenía fama de nadar en la abun-

[168] Cf. Intr., págs. 46-47.

[169] M. Didio Severo Juliano era probablemente de origen africano. Durante el reinado de Marco Aurelio estuvo en las guerras contra los germanos y fue gobernador de Dalmacia y de Germania inferior. Durante el mandato de Perennis fue separado de la vida pública (cf.

dancia, al anochecer, durante un banquete, recibió la noticia de la proclama de los soldados en medio de los vapores de la embriaguez. Era uno de esos hombres que por su vida inmoderada son blanco de habladurías. Su mujer y su hija y unos cuantos convidados lo per- 7
suadieron entonces a que levantándose de su cama se fuera corriendo al campamento y se enterara de lo que estaba pasando. Le aconsejaron por todo el camino que se hiciera dueño del poder que estaba abandonado, y que, puesto que contaba con dinero en abundancia, pujara más alto que cualquiera que le disputara el puesto. Así, pues, cuando llegó a los muros, empezó a prome- 8
terles a voz en grito que les daría todo cuanto quisieran, añadiendo que tenía dinero en gran cantidad y tesoros repletos de oro y plata. Al mismo tiempo llegó Sulpiciano [170], excónsul igualmente y entonces prefecto urbano (era suegro de Pértinax). Su meta era también 9
la compra del imperio. Pero los soldados no lo aceptaron por temor a su parentesco con Pértinax; tenían miedo de que fuera un engaño para vengarse de su asesinato. Bajaron una escalera e hicieron subir a Juliano sobre el muro, pues no querían abrir las puertas hasta conocer la cuantía del dinero que recibirían. Cuando es- 10
tuvo arriba, Juliano les prometió renovar la memoria de Cómodo, restableciendo los honores y estatuas que el senado había quitado, y devolverles a ellos toda la libertad de acción de que habían gozado durante el mandato de Cómodo. Finalmente, prometió que daría a cada soldado más dinero del que esperaban pedir o reci-

supra nota 68). Luego volvió a la escena política. Cónsul *suffectus* en el 175 con Pértinax.

[170] Tito Flavio Sulpiciano era el padre de Flavia Ticiana, mujer de Pértinax. Había sucedido a Pértinax en el cargo de *praefectus urbi* (cf. *supra* nota 150). Luego apoyó a Albino, por lo que Septimio Severo lo condenó a muerte.

bir, y que para hacerlo efectivo no tardaría sino el
11 tiempo de hacerlo traer de su casa. Todas estas prome-
sas colmaron las esperanzas de los soldados, que pro-
clamaron a Juliano emperador, añadiendo a su nombre
de familia y gentilicio el nombre de Cómodo. Levanta-
ron luego los estandartes, en los que restablecieron las
imágenes de Cómodo, y, en seguida, se prepararon
12 para la escolta. Después de ejecutar los usuales sacri-
ficios imperiales en el campamento, Juliano fue escol-
tado por una guardia más numerosa de lo normal, puesto
que, por la fuerza y contra la opinión del pueblo, gra-
cias a un fraude vergonzoso y torpe, había comprado
el imperio, y era lógico que temiera la hostilidad popu-
13 lar. Los soldados se pusieron, pues, la armadura com-
pleta y cerraron filas como en orden de combate, listos
para combatir si fuera preciso. Colocaron a su empera-
dor en el centro y protegieron sus cabezas con los escu-
dos y las lanzas, no fuera que alguna piedra volara des-
de las casas contra la procesión. Así lo condujeron al
palacio imperial, sin que nadie del pueblo se atreviera
a oponerse pero sin que nadie tampoco lo vitoreara co-
mo es costumbre hacer al paso del emperador. Por el
contrario, desde posiciones algo distanciadas le dirigie-
ron maldiciones e insultos porque había conseguido el
imperio a cambio de dinero.

14 A partir de este momento, sin duda, la moral de los
soldados empezó a corromperse. Una insaciable y ver-
gonzosa codicia y el desprecio de la dignidad imperial
fueron sus maestros. El hecho de que nadie castigara
a quienes tan cruelmente se habían atrevido a matar
a un emperador, ni hubiera quien impidiera una tan
indecente subasta y venta del imperio, fue la primera
causa de una escandalosa situación de indisciplina des-
tinada a prolongarse. La afición de los soldados por el
dinero y el desprecio por sus emperadores, hasta el ex-

tremo de llegar al asesinato, fueron continuamente en
aumento [171].

Tan pronto como Juliano ocupó el poder, empezó a 7
dedicar su tiempo a lujos y borracheras, sin preocupar-
se de los asuntos públicos y entregándose a una vida
muelle e innoble. Se descubrió además que con sus men-
tiras había defraudado a los soldados al no poder cum-
plir lo que les había prometido. Pues ni disponía en 2
su casa de tanto dinero como el que había pregonado,
ni tampoco lo tenía el erario público que estaba com-
pletamente agotado por el desenfreno y los gastos des-
mesurados y arbitrarios de Cómodo [172]. Por causa de la
desconsideración de Juliano los soldados, frustrados en
sus esperanzas, estaban de muy mal humor, y el pue-
blo, dándose cuenta de los sentimientos del ejército, des-
preciaba a Juliano, hasta el punto de insultarle cuando
se presentaba en público, y se burlaba de él por sus
vergonzosos y equívocos placeres.

En el circo, donde se concentraban importantes 3
multitudes, insultaban a Juliano [173] y apelaban a Níger
como defensor del imperio romano y protector del sa-
grado oficio de emperador, y le solicitaban que intervi-
niera cuanto antes porque estaban siendo víctimas del
desprestigio.

Níger [174] había desempeñado el consulado hacía al- 4
gunos años y, por el tiempo en que ocurrían en Roma

---

171 Este pasaje es la culminación de una serie de pasajes anteriores en los que ha criticado la moral de los pretorianos (cf. I 12, 6, II 4, 4; 5, 9; 6, 2; 6, 4). Cf. Intr., págs. 53 y 58).

172 Cf. *supra* notas 39, 122, 142 y 159.

173 Cf. *supra* nota 102.

174 Cayo Pescenio Níger o Nigro *(C. Pescennius Niger Iustus,* gr. *Nígros)* procedía de una familia ecuestre. Su actividad militar fue muy importante: Egipto, Dacia, Galia durante la *bellum desertorum* (cf. *supra* nota 84), etc. Ascendió al rango senatorial. Fue cónsul *suffectus,* posiblemente en el 188, y gobernador de Dacia en 188-190. Marchó

los hechos arriba descritos, era gobernador de toda Siria [175], una extensa provincia, la mayor de entonces, puesto que Fenicia entera y el territorio que se extiende hasta el Éufrates estaban bajo la autoridad de Níger.
5 Era un hombre de edad ya bastante avanzada que se había distinguido en muchas e importantes acciones. Tenía fama de persona ecuánime y amable que tomaba como modelo la vida de Pértinax, circunstancia que acabó de convencer a los romano. El pueblo invocaba su nombre continuamente cuando se reunía, y, a la vez que insultaba a Juliano, que estaba presente, honraba a Ní-
6 ger, ausente, con títulos imperiales. Cuando empezaron a propagarse las noticias sobre los sentimientos del pueblo romano y sobre los continuos gritos en las reuniones [176], Níger, como es natural, se dejó seducir por la esperanza de que la situación se pondría fácilmente de su parte. Dos importantes circunstancias lo animaban. La primera era el hecho de que Juliano había perdido la protección de los soldados de su guardia, por no cumplir sus promesas respecto al dinero, y la segunda se basaba en el desprecio que el pueblo sentía por Juliano,

luego a ponerse al frente del gobierno de Siria, provincia de extraordinaria importancia. Allí sus soldados lo proclamaron emperador (a fines de abril del 193). Cf. Intr., págs. 34-38.

175 Poco después, para evitar los riesgos de una nueva guerra civil promovida desde aquella provincia, Septimio Severo la dividió en Celesiria y Siria Fenice (cf. *infra* III 5, 1). Desde Siria se sublevó Avidio Casio contra Marco Aurelio (175) y desde Siria llegó al poder Vespasiano.

176 Cuando estas noticias llegaron a Siria, Septimio Severo ya había sido proclamado emperador en Panonia (cf. Intr., págs. 36-38 e *infra* II 9, 11, nota 193). Un mensaje de Roma a Panonia debía tardar diez días y Septimio Severo fue proclamado inmediatamente después de que llegaran las noticias del asesinato de Pértinax. En este pasaje llegan a Antioquía las noticias del descontento de los romanos tras la proclamación de Didio Juliano; este descontento debió producirse en los primeros días de abril y se calcula que las noticias de Roma a Antioquía debían tardar, por lo menos, doce días, lo que nos lleva a la segunda quincena de abril para la proclamación de Níger.

por considerarlo indigno del imperio que había comprado. Por estas razones Níger se abandonó a la esperanza de llegar a emperador. Comenzó por convocar a su casa, 7
en pequeños grupos, a los jefes de las legiones, a los tribunos militares y a los soldados más distinguidos. Conversó con ellos e intentó ganárselos exponiéndoles las noticias procedentes de Roma. Su intención era, asimismo, que se divulgaran y llegaran a oídos de los soldados y de los restantes habitantes de las provincias de oriente. Así, pues, tenía la esperanza de que, fácilmente, 8
todos se le unirían, si sabían que pretendía el poder no como resultado de una conspiración, sino porque los romanos lo habían llamado insistentemente para que los ayudara. La reacción fue general, por supuesto, y todos sin vacilar le suplicaron encarecidamente que les dejara participar también a ellos en la empresa. El pueblo 9
sirio es variable por naturaleza [177], predispuesto al cambio del poder establecido. Sentían además un extraordinario afecto por Níger, porque había sido un gobernador benévolo para todos y frecuentemente se reunía con ellos en la celebración de las fiestas. Los sirios son por temperamento muy aficionados a las fiestas, y, en especial, los habitantes de Antioquía, la ciudad más importante y próspera, que celebran fiestas casi durante todo el año, tanto en la misma ciudad como en su comarca. Níger les ofrecía continuamente espectáculos, por los 10
que sentían especial predilección, y les daba permiso para fiestas y jolgorios, gracias a lo cual aumentaba su popularidad y, naturalmente, era respetado.

Vista la situación, Níger convocó a las tropas de 8
toda la región para una fecha determinada. También acudió el resto de la población. Llegado el momento, subió

177 Otra de las observaciones étnicas de Herodiano (cf. *supra* nota 25). Sobre la teoría del origen sirio de Herodiano (cf. Intr., págs. 23-25).

a una tribuna que le habían preparado y pronunció las siguientes palabras:

2 «Probablemente conocéis desde hace tiempo la afabilidad de mi carácter y mi cautela a la hora de acometer grandes empresas. Ahora yo no me hubiera presentado ante vosotros para dirigiros estas palabras, si me movieran tan sólo mi particular iniciativa o una esperanza irracional o una pasión más fuerte que la misma esperanza. Pero los romanos me llaman y su continuo clamor me impulsa a tenderles una mano salvadora, sin consentir así que nuestro glorioso y gran imperio, legado de nuestros antepasados, se encuentre en esta pos-
3 tración tan vergonzosa. Del mismo modo que embarcarse en aventuras de esta envergadura sin motivo razonable puede resultar precipitado y temerario, así también la negligencia frente a quienes llaman en solicitud de ayuda puede ser causa de una acusación de cobardía a la vez que de traición. Por esto me he presentado para preguntaros cuál es vuestro parecer y qué pensáis que deba hacerse, con la intención de que seáis mis consejeros y compañeros en la presente situación. Pues, si el resultado es favorable, nosotros compartiremos los beneficios.
4 No me mueven esperanzas baladíes ni vanas, sino el pueblo romano al cual los dioses otorgaron la soberanía sobre todas las cosas, por encima de la jefatura del imperio incluso, el mismo imperio que ahora está tambaleándose sin nadie que le ofrezca una base segura en que apoyarse. En esto se funda la seguridad de nuestra empresa, que se apoya tanto en la voluntad de quienes me llaman como en el hecho de que no haya nadie que
5 oponga resistencia. Los mensajeros de Roma afirman, en efecto, que ni los soldados, que le vendieron el imperio, le sirven como guardianes fieles, ni Juliano cumple las promesas que les hizo. Manifestadme, pues, cuál es vuestro parecer».

Tan pronto como hubo pronunciado estas palabras, 6
todo el ejército y la multitud allí reunida lo proclamaron emperador y lo saludaron con el título de Augusto [178]. Le pusieron la toga purpúrea de emperador y lo honraron con las restantes insignias de la dignidad imperial, que improvisadamente habían logrado reunir. Luego lo acompañaron, precedido por el fuego sagrado incluso, a los templos de Antioquía y, finalmente, lo instalaron en su propia casa, que desde entonces dejó de ser mansión privada para convertirse en palacio imperial; la decoraron por fuera con todas las insignias del emperador.

Níger estaba muy complacido por estas manifesta- 7
ciones y pensaba que tanto la voluntad del pueblo romano como el entusiasmo de sus hombres le aseguraban el imperio [179]. Cuando la noticia, esparciéndose de un lado a otro, llegó a todos los pueblos que habitan la parte del continente situada frente a Europa, ninguno hubo que no se apresurara a ponerse voluntariamente a sus órdenes. Embajadores de todos aquellos pueblos fueron despachados hacia Antioquía como si fueran a presentarse ante el legítimo emperador. Los sátrapas 8
y reyes del otro lado del Tigris y del Éufrates le enviaron mensajes de felicitación y le prometieron su ayuda, si fuera precisa. Níger les contestó con espléndidos regalos, pero, a la vez que les daba las gracias por sus promesas de apoyo, les decía que no necesitaba aliados. Afirmaba que el imperio estaba bajo su firme control, y que gobernaría sin derramamiento de sangre.

Animado por estas esperanzas, empezó a desatender 9
la dirección de los asuntos públicos mientras se aban-

[178] Seguramente a fines de abril, cuando todavía no habrían llegado a Antioquía noticias de la actuación de Septimio Severo.

[179] El *optimus princeps* es querido por su pueblo en cuyo beneficio gobierna. El apoyo del pueblo le da su fuerza (cf. *supra* II 8, 4).

donaba a una vida muelle y se divertía en compañía del pueblo de Antioquía, entregándose a fiestas y espectáculos. Descuidó también su salida hacia Roma, en la
10 que debía haber puesto el principal empeño. Y aunque visitar a los ejércitos ilirios y ganarse su apoyo antes que nadie era algo de urgente necesidad, Níger ni siquiera les informó de la situación, en la confianza de que los soldados de aquella región, en el momento que también estuvieran al corriente de lo que sucedía, estarían de acuerdo con el deseo de los romanos y el parecer de los ejércitos de oriente [180].

9 Mientras que Níger se figuraba esto y estaba pendiente de vanas e inciertas esperanzas, las noticias de lo que estaba ocurriendo [181] llegaron a Panonia e Iliria [182] y a todo el ejército que estaba estacionado allí, a orillas del Danubio y del Rin, para protección del imperio romano frente a los ataques de los bárbaros
2 de allende. Severo [183], un libio, era gobernador de toda

[180] La despreocupación de Níger contrasta con la energía de Septimio Severo expuesta a continuación (cf. Intr., pág. 37). Las cualidades de Níger (II 7, 4-5, 9) y sus buenos propósitos (II 8, 2-5) quedan anulados por su negligencia *(rathymía).* No reunía todas las condiciones necesarias (cf. Intr., pág. 58).

[181] En el texto griego no queda claro si se refiere a las noticias de Roma o a las de Siria. Lo históricamente correcto es que se refiera a las de Roma.

[182] Parece que Herodiano utiliza el término «ilirios» en sentido amplio (cf. *infra* VI 7, 2). Cf. Apiano, *ob. cit.*, pág. 387.

[183] Cf. Intr., pág. 37. Lucio Septimio Severo nació en *Leptis Magna* en África el año 145. Procedía de una familia ecuestre y fue elevado al senado por Marco Aurelio. Durante el mandato de Perennis tuvo que mantenerse apartado de la vida pública (cf. *supra* nota 68) y marchó primero a Atenas y después a Siria, donde conoció a la que iba a ser su mujer, Julia Domna, hija del gran sacerdote de Emesa. Tras la caída de Perennis reemprendió su carrera política: gobernador de la Galia *Lugdunensis* y de Sicilia, cónsul *suffectus* en el 190 y, a continuación, gobernador de Panonia Superior. Allí fue proclamado emperador.

Panonia [184] (pues estaba bajo un mando único). Era entusiasta y bien dotado para las tareas de gobierno y, acostumbrado a una vida dura y agitada, resistía fácilmente las fatigas. Era, además, perspicaz en la reflexión y rápido en la ejecución de sus proyectos [185].
Cuando por las noticias que le llegaban se dio cuenta 3
de que el imperio romano estaba expuesto al alcance de cualquier pretendiente —y pensaba en la desidia de uno y en la desgracia de otro— [186], tomó la decisión de convertirse en su dueño. Lo habían persuadido unos sueños que le hacían vislumbrar una cierta esperanza en este sentido, y también oráculos y otros presagios que aparecen para la previsión del futuro. Se reconoce que todos estos pronósticos no se equivocan y son verdaderos cuando los hechos posteriores les dan la razón. El 4
mismo Severo contó muchos de estos pronósticos, recogiéndolos en su autobiografía [187] y en las dedicatorias públicas de estatuas. Pero no podemos pasar por alto el último y más significativo de sus sueños [188], el que

[184] Desde Trajano Panonia estaba dividida en dos provincias, la Superior con tres legiones y la Inferior con una. Según Dión (Dión-Xifil., LXXIII 14, 3) Septimio Severo comenzó la guerra con tres legiones, por lo que sólo sería gobernador de Panonia Superior en contra de lo que aquí dice Herodiano.

[185] Descripción estereotipada del triunfador; cf. Tucídides I 70, donde se dice de los atenienses que son «rápidos en hacer planes y en poner en práctica lo que deciden».

[186] Es un pasaje corrupto. Parece referirse a Níger y a Juliano, a pesar del anacronismo; Severo podía saber que la presencia de Níger era solicitada en Roma, pero no podía tener noticias de los acontecimientos de Siria. Podemos pensar, sin embargo, que las noticias de Roma le bastaron para imaginar la situación. Así Severo pensaría en la desidia o despreocupación *(rathymía)* de Níger y en la desgracia o fracaso *(dyspragía)* de Juliano, que se encontraba sin ningún apoyo. Según otra interpretación (cf. Whittaker, *ob. cit.*, pág. 199) se refería a la negligencia de Juliano y al final desgraciado de Pértinax.

[187] Cf. Intr., pág. 66.

[188] Septimio Severo, como muchos de sus contemporáneos, concedía una gran importancia a los sueños y a otros presagios (cf. Intr., págs. 66-67).

5 le reveló todo el alcance de su esperanza. El día en
que se anunció la sucesión de Pértinax, después de ofre-
cer los sacrificios públicos y de prestar juramento de
fidelidad al imperio de Pértinax, Severo regresó a su
casa y, al llegar la noche, se quedó dormido. Soñó en-
tonces que veía un alto y poderoso caballo, enjaezado
con las faleras imperiales, que, montado por Pértinax,
6 cabalgaba por en medio de la Vía Sacra en Roma. Cuan-
do estuvo por la parte de la entrada del Foro en el sitio
donde en tiempos de la república solían tener lugar las
asambleas populares [189], soñó que el caballo se sacudía
a Pértinax y lo derribaba. Luego el animal le presen-
taba la grupa a él, que se encontraba por allí, y, levan-
tándolo sobre sus lomos, lo llevaba confiado hasta dete-
nerse en el centro del Foro, donde sostenía en alto a
Severo para que todo el mundo lo viera y honrara. Y hoy
podemos ver en aquel lugar la enorme estatua de bron-
7 ce que conmemora el sueño. De esta manera Severo
se afirmó en sus proyectos, creyendo que la divina pro-
videncia lo había llamado para hacerse cargo del impe-
rio, y empezó a efectuar pesquisas sobre el parecer de
los soldados. Se reunió en su casa, en pequeños grupos,
con los comandantes de las legiones, con los tribunos
y con la élite de los campamentos, y el tema de conver-
sación fue el imperio romano y su situación de total
abandono al no contar con nadie que lo gobernara no-
8 ble y dignamente. Severo acusó a los pretorianos por
su deslealtad al haber manchado su juramento de fide-
lidad con sangre civil e imperial, y afirmó que era pre-
ciso perseguir y castigar a los asesinos de Pértinax. Sa-
bía que todos los soldados de Iliria [190] recordaban el

[189] En este sitio, en el ángulo noroeste del Foro, se levanta el Arco de Septimio Severo, construido en el 203 (cf. Intr., pág. 70). Sin embargo la estatua a la que alude este pasaje se ha perdido.

[190] En Herodiano Iliria tiene frecuentemente un sentido más amplio refiriéndose a Panonia y también a Mesia y Dacia. Aquí parece que sólo se refiere a Panonia. Cf. *supra* nota 182,

gobierno de Pértinax, pues, durante el imperio de Marco, 9
Pértinax había erigido con ellos muchos trofeos en su
lucha contra los germanos. Y durante su época de gene-
ral y gobernador de las provincias ilirias, había dado
pruebas de una valentía sin límites en los combates con-
tra el enemigo, y había ofrecido a sus subordinados
muestras de benevolencia y honradez unidas a un man-
do moderado y ecuánime [191]. Por esto honraban su me-
moria y estaban indignados con quienes se habían atre-
vido contra Pértinax de una forma tan cruel. Con este 10
pretexto Severo, astutamente, los condujo con facilidad
a donde él quería, simulando que no lo movían su aspi-
ración al imperio ni la pretensión de poder, sino el de-
seo de vengar el asesinato de un emperador como aquél.
Los hombres de aquella región, físicamente, son altos 11
y muy fuertes, bien dotados para el combate y muy san-
guinarios, pero, en lo tocante a su inteligencia, son
obtusos y cerrados de mollera, si se les dice o hace algo
con malicia o engaño [192]. Así, pues, dando crédito a Se-
vero, que fingía indignación y voluntad de venganza del
asesinato de Pértinax, se confiaron a él hasta el punto
de nombrarle emperador y ponerle el imperio en sus
manos [193]. Cuando Severo conoció el parecer de los pa- 12
nonios, despachó mensajes a las provincias vecinas y
a todos los gobernadores de los pueblos del Norte so-
metidos a Roma. Y se los ganó sin dificultad persua-
diéndolos con esperanzadoras promesas. Era un ex- 13
traordinario maestro en el arte de simular e inspirar
confianza, y no ahorraba ningún juramento, aunque fue-
ra preciso violarlo con vistas a obtener alguna ventaja;
su boca pronunciaba lo que no sentía su corazón.

[191] Cf. Intr., pág. 17.

[192] Cf. Intr., págs. 17-18 y *supra* notas 25 y 145.

[193] La *Historia Augusta (Severus* 5, 1) da la fecha del 13 de abril pero el *Feriale Duranum* afirma que fue el 9 (cf. Intr., págs. 37-38).

10 Severo escribió cartas [194] conciliadoras a todos los de las provincias ilirias y a sus gobernadores, y consiguió atraerlos a su causa. Reunió tropas de todas las regiones y tomó el nombre de Severo Pértinax, decisión con la que esperaba complacer tanto a los ilirios como al pueblo romano por el recuerdo de Pértinax que suponía. Luego, convocó a los soldados en el campo de revista y, subiendo a una tribuna que le habían preparado, pronunció estas palabras:

2 «Vuestra fidelidad y veneración a los dioses, a quienes prestasteis juramento, y vuestra estima por los emperadores, a quienes respetáis, las habéis demostrado con vuestra indignación por el atrevimiento de los soldados de Roma, servidores más de la pompa que del valor [195]. Aunque jamás he concebido una esperanza como la presente —y vosotros sois testigos de mi sumisión a los emperadores—, ahora estoy ligado al voto de llegar hasta el fin en el cumplimiento de vuestros deseos y no permitir que el imperio romano esté por los
3 suelos. Este imperio fue gobernado con dignidad hasta la *época de Marco*, y era mirado con respeto. Cuando cayó en manos de Cómodo empezaron los errores, imputables a su juventud, pero en todo caso fueron tapados por su noble cuna y por la memoria de su padre. Sus yerros inspiraban más compasión que odio, puesto que, en su mayor parte, no los atribuíamos a él sino a los aduladores de su entorno y a quienes eran a la
4 vez consejeros y cómplices de sus infamias. Pero cuando el imperio volvió a manos de un venerable anciano [196], cuyo recuerdo de valor y hombría de bien ha calado ya en nuestros corazones, los pretorianos no lo soportaron sino que se desembarazaron de una persona de tal valía con un asesinato. Ahora, como sabéis, este gran imperio que se extiende por tierra y mar ha sido comprado de forma vergonzosa por un hombre que es odiado por el pueblo y ya no cuenta con la confianza de los soldados de Roma, a quienes engañó. Pero a 5
éstos, aunque estuvieran dispuestos a combatir por él con interés, vosotros les lleváis ventaja, en conjunto, por vuestro número e, individualmente, por vuestro valor. Vosotros os habéis ejercitado en el campo de batalla en vuestros continuos combates contra los bárbaros, y estáis acostumbrados a soportar todo tipo de fatigas, a despreciar fríos y calores, a cruzar ríos helados y a beber agua teniendo que romper el hielo en lugar de sacarla simplemente de un pozo; también os habéis ejercitado en el arte de la caza. Y contáis con tan excelentes recursos para el valor, que nadie, aunque quisiera, os podría hacer frente [197]. La piedra de toque de los 6
soldados es el esfuerzo, no la vida muelle. Los pretorianos, ebrios de la vida en la que se han desarrollado, no resistirían ni vuestro grito de guerra ni, mucho menos, vuestro ataque. Si algunos se preocupan por los sucesos de Siria, pueden obtener la prueba de su insignificancia y de su escasez de posibilidades en el hecho de que ni se han atrevido a salir de su territorio ni han afrontado el riesgo de planear la marcha hacia Roma, sino que permanecen allí satisfechos, y consideran el lujo de su vida diaria como una de las ventajas de un imperio inseguro. Los sirios son amigos de las bromas 7
hechas con gracia y para pasar el rato, y se distinguen precisamente los de Antioquía [198], quienes, según las noticias, se interesan de verdad por Níger. Los otros pueblos y ciudades, por no haber encontrado hasta ahora

[194] Cf. Intr., pág. 69.

[195] Este discurso está destinado a encender los ánimos de las legiones contra las cohortes pretorianas de Roma.

[196] Cf. *supra* notas 5 y 150.

[197] Cf. Intr., págs. 17-18.

[198] Cf. Intr., pág. 23.

a nadie que sea digno del imperio, a falta de un hombre que sea un valeroso gobernante y un prudente adminis-
8 trador, fingen, evidentemente, apoyar a Níger. Pero si ellos llegan a saber que el ejército ilirio ha hecho su elección y se enteran de nuestro nombre, un nombre que no les resulta ni desconocido ni irrelevante a causa de mi servicio en aquella región como legado de legión[199], podéis estar seguros de que ni me acusarán de negligencia o debilidad ni optarán por hacer frente a vuestro valor e ímpetu en las batallas, al ser muy inferiores a vosotros tanto físicamente como por experien-
9 cia y en el combate cuerpo a cuerpo. Seamos, pues, los primeros en tomar Roma, donde está la sede del imperio; y partiendo de allí gobernaremos fácilmente el resto, confiando en las predicciones divinas y en la fortaleza de nuestras armas y cuerpos».

Después de este discurso los soldados aclamaron a Severo con los nombres de Augusto y Pértinax y le dieron pruebas de su absoluto entusiasmo y devoción.

11 Severo, sin pérdida de tiempo, ordenó que las tropas se prepararan de la forma más ligera que fuera posible y anunció la salida hacia Roma. Después de una distribución de dinero y de provisiones para el viaje, emprendió la marcha. Con esfuerzo sostenido y terribles penalidades hizo que se acelerara el paso, sin parar en ningún sitio ni conceder un descanso, salvo breves pausas para que los soldados tuvieran un respiro y reanu-
2 daran la marcha. Compartía sus fatigas, usaba una tienda sencilla y se llevaba a la boca la misma comida y bebida que sabía que todos tenían. Nunca hizo ostentación de lujo imperial, con lo que aún se acrecentó el afecto de sus compañeros de armas. Los soldados lo rea-

[199] Debió estar en Antioquía entre el 178 y 180 como legado de la IV legión.

lizaban todo con entusiasmo y respetaban a Severo al ver que estaba con ellos en las fatigas y que era el primero, incluso, en afrontar las dificultades.

Después de cruzar Panonia, llegó a la frontera de 3
Italia, y, anticipándose a las noticias, se presentó a los itálicos como emperador antes de que se supiera que iba a llegar. Un gran temor se apoderó de las ciudades de Italia cuando se enteraron de la llegada de un ejército tan poderoso, pues los hombres de Italia, libres de armas y de guerras desde hacía tiempo, se dedicaban a las pacíficas labores de la agricultura. En tiempo de 4
la república, cuando el senado enviaba a los generales a una campaña, todos los itálicos estaban en armas, y ocupaban tierras y mares en sus guerras contra griegos y bárbaros. No había ni un pedazo de tierra bajo la bóveda del cielo donde los romanos no extendieran su dominio. Pero cuando el poder personal recayó en 5
Augusto, éste liberó a los itálicos de sus fatigas y les despojó de sus armas; basó la defensa del imperio en guarniciones y campamentos en los que situaba, como valladar del imperio romano, a soldados mercenarios, sujetos a un determinado sueldo. Fortificó también el imperio defendiendo sus fronteras con el caudal de los ríos, con los obstáculos de tajos y montes y con desiertos de tránsito dificultoso. Por esto entonces los itáli- 6
cos, cuando se enteraron de que Severo se acercaba con un ejército tan poderoso, se asustaron, como era natural, por lo desacostumbrado del suceso. No se atrevían a oponérsele ni a impedir su paso, sino que le salían al encuentro con coronas de laurel y le recibían con las puertas abiertas. Pero Severo tan sólo se detenía el tiempo necesario para obtener auspicios favorables en sus sacrificios y para dirigir unas palabras al pueblo, antes de ponerse en camino a toda prisa hacia Roma.

Cuando estos hechos llegaron a oídos de Juliano, 7
éste cayó en un estado de extrema desesperación; cono-

cía la fuerza y el número del ejército ilirio y no confiaba en el pueblo, puesto que lo odiaban, ni esperaba nada de los pretorianos, a quienes había engañado. Reunió en seguida dinero de todas partes, de su propia fortuna y de las de sus amigos, y tomó el que había en el tesoro público y en los de los templos; probó a ganarse el apoyo de los soldados mediante un reparto, pero
8 ellos, aunque aceptaron sin reservas, no se sintieron obligados; consideraron que les pagaba una deuda, pero no que distribuía un donativo.

Los consejeros de Juliano le recomendaron que sacara al ejército y ocupara los pasos de los Alpes. Los Alpes, altísima cordillera sin parangón en nuestra parte del mundo [200], se levantan a modo de muralla y constituyen una defensa de Italia. La naturaleza ha concedido a los itálicos, juntamente con otros dones, el regalo de que una fortificación indestructible defienda su tierra
9 desde la costa norte hasta la costa sur. Pero Juliano no se atrevió a marchar de la ciudad; ordenó a los soldados que se armaran y fueran ejercitándose y que excavaran trincheras delante de la ciudad. Hizo los preparativos para el combate contra Severo con la intención de que tuviera lugar en Roma. Adiestró a todos los elefantes, que suelen utilizar los romanos en las procesiones, a llevar sobre sus lomos torres y hombres, pensando que así asustaría a los ilirios y produciría el desconcierto en la caballería enemiga por el aspecto y tamaño de unos animales que no habían visto antes. Durante aquellos días toda la ciudad fabricaba sus armas y se preparaba para la guerra.

12 Mientras las tropas de Juliano efectuaban todavía preparativos para la guerra, sin demasiado convencimiento, llegó la noticia de que Severo estaba ya cerca.

[200] Cf. Intr., pág. 20.

Severo, además, había enviado un importante destacamento con la orden de que se infiltraran en la ciudad. Estos hombres se habían distribuido por todos los caminos y muchos, sin duda, ya habían entrado en Roma a escondidas durante la noche, ocultando sus armas y
2 con aspecto de simples particulares. Mientras que los enemigos ya estaban dentro, Juliano seguía en su desánimo y nada sabía de lo que estaba sucediendo. Cuando los hechos llegaron a oídos del pueblo, todo el mundo andaba muy inquieto y, por temor a las fuerzas de Severo, aparentaban estar de su lado, acusando a Juliano de cobardía y a Níger de negligente tardanza. Pero sentían admiración por Severo al enterarse de la prontitud
3 con que había llegado. Juliano, absolutamente perplejo, sin saber cómo resolvería el problema, ordenó que se reuniera el senado y envió una carta en la que proponía un pacto con Severo; le hacía partícipe del imperio al proclamarlo emperador. El senado aprobó esta proposición, pero cuando se dieron cuenta del estado de desesperación en el que, cobardemente, se encontraba Ju-
4 liano, todos tomaron ya partido por Severo. Pasados dos o tres días, cuando supieron que Severo ya estaba muy cerca de Roma, con menosprecio de Juliano se reunieron en el senado por orden de los cónsules, quienes normalmente se ponen al frente de la administración de Roma siempre que se está a la expectativa en la su-
5 cesión del imperio [201]. Una vez reunidos se pusieron a deliberar sobre lo que debía hacerse mientras que Juliano seguía en el palacio imperial, lamentando su actual suerte y suplicando que se le permitiera renunciar al imperio y ceder todo su poder a Severo.

6 Cuando el senado supo que Juliano estaba tan asustado y que la guardia imperial lo había abandonado por

[201] Esta reunión del senado nos lleva a pensar en la que tuvo lugar en el 238 (cf. *infra* VII 10), cuando, ante la amenaza de Maximino, se reunió el senado para proclamar a Pupieno y Balbino.

temor a Severo, votó la muerte para Juliano y que Seve-
ro fuera proclamado emperador único. Le enviaron en-
tonces una delegación, formada por magistrados y por
los líderes del senado, para presentarle todos los hono-
7 res anejos al título de Augusto [202]. Entretanto un tri-
buno militar fue enviado a Juliano con la misión de ma-
tar al cobarde y miserable anciano que había comprado
así, con su propio dinero, un final tan desdichado. Fue
encontrado solo y abandonado por todos y vergonzosa-
mente, entre súplicas y lágrimas, fue ejecutado.

13 Cuando Severo recibió la noticia de la decisión del
senado y de la muerte de Juliano, se creció ante la ex-
pectativa de más importantes objetivos, e ideó una as-
tucia para reducir y apresar a los asesinos de Pértinax.
Envió en privado mensajes secretos con generosas pro-
mesas a los tribunos militares y a los centuriones para
que persuadieran a los soldados de Roma a obedecer
2 sus órdenes con disciplina. Envió también un bando a
las tropas ordenando que dejaran todas las armas en
el campamento y que salieran en son de paz, como lo
hacían normalmente cuando acompañaban en procesión
al emperador al ir a sacrificar o a celebrar una fiesta;
les ordenó asimismo que fueran a prestar juramento de
fidelidad a su persona, plenamente confiados en que iban
3 a ser su guardia pretoriana. Los soldados confiaron en
las órdenes y, persuadidos además por los tribunos, de-
jaron todas las armas y se apresuraron a salir, vestidos
sólo con los uniformes de ceremonia y con coronas de
laurel. Una vez que estuvieron en el campamento de Se-
vero, se le anunció que ya habían llegado al campo de
revista en la forma que había mandado. Entonces Seve-
ro ordenó que se agruparan para dirigirles unas pala-
4 bras de bienvenida. Pero cuando se acercaron a él, que

[202] La fecha probable de estos hechos es el 1 de junio del 193.

había subido a una tribuna, vitoreándolo unánimemen-
te, a una señal todos fueron rodeados. Severo había
ordenado previamente a sus hombres que, cuando los
pretorianos estuvieran pendientes de él, con la atención
distraída, los cercaran como a enemigos. Les había dicho
que no hirieran ni golpearan a nadie, pero que los man-
tuvieran cercados y los vigilaran con sus armas, blan-
diendo sus lanzas y jabalinas para que no se atrevieran
a luchar por temor a ser heridos, al estar en inferiori-
dad numérica y desarmados frente a tropas más nume-
rosas y bien armadas [203]. Cuando los tuvo cogidos den- 5
tro de un cerco de armas, como en una red, con voz
de trueno y ánimo encolerizado, les dirigió estas pala-
bras:

«Podéis daros cuenta en la práctica de que somos
superiores a vosotros tanto por nuestra inteligencia co-
mo por la fuerza de nuestro ejército y el número de
nuestros efectivos. Habéis sido cogidos fácilmente y sois
nuestros prisioneros sin necesidad de lucha. Está en mis
manos hacer de vosotros lo que quiera y vuestra situa-
ción ahora es la de víctimas sometidas a nuestro poder.
Si se busca un castigo para vuestro atrevimiento, no 6
es posible encontrar una pena para imponeros en con-
sonancia con vuestro crimen. Asesinasteis a un venera-
ble anciano y excelente emperador, a quien debíais pro-
teger y guardar. El imperio romano, siempre glorioso,
que nuestros antepasados conquistaron por su magnífi-
co valor y lo fueron legando en una línea de nobleza,
este imperio vosotros lo vendisteis vergonzosamente y
por dinero infame como si fuera una propiedad privada.
Pero ni siquiera al que de esta forma elegisteis como 7
soberano habéis podido proteger y guardar, y lo habéis
traicionado cobardemente. Por errores y crímenes tan
enormes sois merecedores de mil muertes, si alguien

[203] Respecto a esta descripción cf. Intr., pág. 22.

quiere imponeros un castigo justo. Daos cuenta, pues,
del castigo que merecéis. Yo, sin embargo, os perdona-
8 ré la vida y no imitaré vuestras acciones. Pero, puesto
que sería una impiedad y una injusticia que continua-
rais siendo la guardia del emperador vosotros, que ha-
béis violado vuestro juramento y manchado vuestras ma-
nos con sangre civil e imperial y que habéis traicionado
vuestra privilegiada posición de guardianes, vuestras vi-
das y cuerpos serán un regalo de mi benevolencia, pero
ahora mismo ordeno a los soldados que os rodean que
os despojen de vuestro grado, que os quiten de encima
cualquier prenda militar que llevéis y que, una vez des-
9 pojados, os despidan. Os mando que marchéis lo más
lejos posible de Roma. Y os amenazo, y os juro solem-
nemente que lo pagaréis con la cabeza si alguno de vo-
sotros aparece a menos de cien millas de Roma».
10 Después de dictar Severo esta orden, los soldados
ilirios corrieron a quitarles las dagas, que llevaban col-
gadas, damasquinadas de plata y oro para usar en las
ceremonias; les arrebataron también los cinturones y
los uniformes y cualquier otro distintivo militar que lle-
11 varan, y los dejaron marchar despojados de todo. Ellos,
engañados por la trampa en la que habían sido pillados,
se rindieron. ¿Qué podían hacer unos pocos hombres
inermes frente a un ejército armado? Se retiraron, pues,
lamentándose y, aunque agradecían el regalo de su vi-
da, se arrepentían de haber salido sin armas al pensar
que habían sido vencidos de una forma vergonzosa y
12 ultrajante. Severo tomó todavía otra precaución. Te-
miendo que, después de haber sido despojados, los sol-
dados, desesperados, corrieran hacia el campamento [204]
y cogieran las armas, envió a un grupo de hombres es-
cogidos, cuyo valor conocía, para que se adelantaran

[204] El *castra praetoria* en el Viminal. El encuentro con los pretorianos debió tener lugar cerca de Roma.

por caminos y senderos diferentes. Su misión era entrar en el campamento desierto, apoderarse de las armas y cerrar la entrada por si atacaban. Éste fue, pues, el castigo que recibieron los asesinos de Pértinax.

Severo llegó a Roma [205] con todo el resto de su ejér- 14
cito sobre las armas, y su aparición inspiró asombro
y miedo a los romanos, que conocían la audacia de su
éxito. El pueblo y el senado acudieron a recibirlo con
coronas de laurel; ningún hombre ni emperador había
conseguido antes un éxito tan importante sin sangre y
sin lucha. Lo tenía todo para ser admirado, pero des- 2
tacaban la vivacidad de su inteligencia, la tenacidad de
su esfuerzo y la confianza combinada con el valor ante
los riesgos [206]. Entonces, después de recibirlo el pueblo
con aclamaciones y de saludarlo el senado a las puertas
de la ciudad, subió al templo de Júpiter, donde ofreció
sacrificios; a continuación obtuvo también auspicios fa-
vorables en los otros templos, según la costumbre im-
perial, y, finalmente, se dirigió al palacio. Al día siguiente 3
fue al senado y pronunció ante la asamblea un discurso
muy moderado y esperanzador. Saludó a todos tanto en
común como particularmente, diciéndoles que había acu-
dido como vengador del asesinato de Pértinax y que su
imperio significaría el comienzo de una aristocracia. Na-
die sería muerto sin juicio ni su propiedad confiscada,
y no se toleraría a ningún sicofanta. En cambio, pro-
porcionaría a sus súbditos una sólida felicidad. Todo
lo haría a imitación del imperio de Marco [207], y de Pér-

[205] La llegada de Septimio Severo a Roma fue, según HASEBROEK *Untersuchungen zur Geschichte des Kaisers Septimius Severus*, Heidelberg, 1921, reimp., Nueva York, 1975, pág. 40), el 9 de junio. Se admite, sin embargo, que pudo ser antes (cf. WHITTAKER, *ob. cit.*, vol. I., pág. 235).

[206] Cf. Intr., pág. 50.

[207] Cf. Intr., pág. 51.

tinax no sólo tendría el nombre sino también los senti-
4 mientos. Este discurso encantó a la mayoría de senadores, que confiaron en sus promesas. Pero algunos de los más viejos, que conocían el carácter de Severo, en privado ya hacían la advertencia de que era un hombre astuto, ducho en artificios y de una gran capacidad para simular o disimular cualquier cosa, pero que a la larga conseguía su propio provecho y conveniencia. Y esto, más tarde, fue confirmado por los hechos.

5 Severo pasó poco tiempo en Roma. Realizó un generoso reparto de dinero entre el pueblo y les ofreció espectáculos; obsequió espléndidamente a sus tropas y seleccionó a los mejores para formar la guardia imperial
6 en lugar de los que habían sido separados [208]. Luego marchó apresuradamente hacia Oriente. Puesto que Níger todavía se entretenía y estaba ocioso, gozando de los placeres de Antioquía, Severo no quiso retrasar su encuentro con él, a fin de sorprenderlo desprevenido. Así, pues, ordenó que los soldados se prepararan para la campaña y fue reclutando tropas por todas partes; llamó a filas y alistó a jóvenes de todas las ciudades de Italia, y a las tropas que habían quedado en Iliria les ordenó que descendieran a través de Tracia y se re-
7 unieran con él. Equipó también una armada e hizo que zarparan todas las trirremes de las ciudades de Italia, tripuladas por tropas. Fuerzas numerosas y diversas fueron preparadas con gran rapidez, pues Severo sabía que no le bastaba cualquier ejército para la campaña con-

[208] Cf. A Passerini, *Le coorti pretorie*, Roma, 1969, págs. 171 ss. Las cohortes pretorianas, un cuerpo de élite del ejército romano, se habían degradado (cf. *supra* nota 171) hasta llegar a ser la principal causa de los desórdenes del imperio. La primera medida de Severo al llegar a Roma fue una profunda reforma de estas cohortes, que pasaron a estar formadas por hombres de las legiones, procedentes de las provincias, especialmente de Panonia, Mesia y Tracia. Cf. Passerini, págs. 174-180.

tra el continente situado enfrente de Europa, que apoyaba la causa de Níger.

Mientras dirigía hábilmente estos preparativos para 15
la guerra, Severo, como hombre precavido y prudente que era, empezó a desconfiar del ejército de Bretaña, una fuerza numerosa y poderosa que contaba con excelentes combatientes. Mandaba todo este ejército Albino [209], un patricio miembro del senado, que había crecido entre la riqueza y el lujo de sus antepasados. Así, 2
pues, Severo decidió atraer a Albino tomándole la delantera con una astucia. Temía, en efecto, que un día, con tantos incentivos como tenía para aspirar al imperio, tanto si se apoyaba en su fortuna y linaje como en la fuerza de su ejército y en su prestigio entre los romanos, se le ocurriera hacerse con el poder y apoderarse de Roma, que no estaba muy lejos de Bretaña, mientras él, Severo, estuviera ocupado en Oriente. Con el señuelo 3
de los honores sedujo a Albino, que por otra parte era un hombre vanidoso y muy simple y entonces confió en Severo por las importantes promesas que le hacía en sus cartas. Lo nombró César y con esta participación en el poder se anticipó a la aspiración que más ilusionaba a Albino. Le envió una carta muy amable en la 4
que le pedía que dedicara todas sus fuerzas al cuidado del imperio, puesto que, al ser él viejo y estar torturado por la gota y sus hijos todavía muy jóvenes, necesitaba —le decía— a un hombre de noble cuna que estuviera en la plenitud de sus fuerzas. Albino dio crédito a esta carta y aceptó el honor gustosamente, puesto que le com-

[209] Decimo Clodio Septimio Albino (Septimio fue añadido probablemente después de su nombramiento de César en el 193) debía proceder de África *(Hadrumetum)*; durante el reinado de Cómodo estuvo en Dacia, tal vez como legado de una legión; fue cónsul *suffectus* y gobernador de Bretaña hacia el 191. De origen noble, contaba con el apoyo del senado.

5 placía satisfacer su deseo sin lucha ni peligro. Severo expuso asimismo el contenido de la carta al senado, para inspirarle una mayor confianza; ordenó que se acuñaran monedas de Albino y por medio de erecciones de estatuas y de otros honores confirmó la dignidad concedida. Después que sus relaciones con Albino estuvieron consolidadas por su inteligente actuación y hubo desaparecido todo temor procedente de Bretaña, y una vez que todo el ejército ilirio se hubo reunido con él, Severo consideró que todo estaba dispuesto de la forma que convenía a los intereses de su autoridad y se dirigió a toda prisa contra Níger.

6 Muchos historiadores y poetas, que han hecho de la vida de Severo el tema de toda su obra [210], han presentado con mayor amplitud las etapas de esta expedición, los discursos que pronunció Severo en cada ciudad, la aparición de frecuentes signos de la divina providencia, la descripción de los lugares recorridos, la disposición de las tropas y el número de caídos en combate por
7 cada bando. Pero mi objetivo es relatar sistemáticamente los sucesos de un período de setenta años [211] que abarca el reinado de muchos emperadores, sucesos de los que tengo conocimiento personal [212]. En consecuencia sólo presentaré una narración por orden cronológico de las acciones de Severo más sobresalientes y logradas. No ensalzaré nada por adulación, como hacían los escritores contemporáneos, ni tampoco omitiré nada de lo que sea digno de mención o de recuerdo [213].

210 Cf. Intr., págs. 66-67.
211 Cf. Intr., págs. 8 ss.
212 Cf. Intr., pág. 68.
213 Cf. Intr., pags. 33 y 48.

LIBRO III

En el libro precedente [214] se ha descrito la muerte 1
de Pértinax, el derrocamiento de Juliano, la llegada de Severo a Roma y la salida de su expedición contra Níger. Cuando le comunicaron a Níger, que no esperaba nada parecido, que Severo se había apoderado de Roma y había sido proclamado emperador por el senado y que en aquel momento, además, estaba conduciendo contra él a todo el ejército ilirio apoyado por otras fuerzas de tierra y por una escuadra, cayó en un estado de terrible turbación y empezó a enviar mensajes a los gobernadores de las provincias exhortándolos a vigilar todos los
pasos y puertos. Despachó también misivas a los reyes 2
de Partia, de Armenia y de Hatra [215] en busca de alianzas. El rey de los armenios le contestó que quería ser neutral y que se contentaba con defender su territorio desde el momento en que Severo atacara. El parto le

214 Cf. Intr., pág. 35.
215 Armenia fue una satrapía de los persas. Después de la muerte de Alejandro los sátrapas de Armenia se convirtieron en reyes prácticamente independientes de los seléucidas. Luego se convirtió en una zona de disputa constante entre los partos (y después los persas: cf. *infra* VI 2) y los romanos. Hatra, una ciudad fortificada situada en el desierto central de Mesopotania cerca del Tigris, fue frecuentemente asediada sin resultado por los romanos. Era un importante centro de caravanas.

dijo que transmitiría a sus sátrapas una orden de leva, pues ésta era su costumbre siempre que era necesario reclutar un ejército, ya que no contaban con mercena-
3 rios ni con un ejército organizado. De Hatra llegó la ayuda de una tropa de arqueros; los enviaba Barsemio, que reinaba en el lugar. Níger formó el resto de su ejército con las tropas de los campamentos de oriente. Además, un importante contingente salido del pueblo de Antioquía, en su mayor parte jóvenes irreflexivos que sentían inclinación por la causa de Níger, se unieron al ejército en una decisión más impulsiva que surgida de
4 la reflexión. Ordenó luego que los desfiladeros y los altos de la cordillera del Tauro fueran cerrados con sólidos muros y fortificaciones porque consideraba que el difícil tránsito de esta cordillera constituiría un serio obstáculo en el avance hacia oriente. El Tauro está situado entre Capadocia y Cilicia y separa los pueblos del norte
5 de los del este [216]. Envió además un ejército en vanguardia para que ocupara de antemano Bizancio, por aquel entonces la ciudad mayor y más próspera de Tracia, con una importante población y con plenitud de recursos; situada en el punto más angosto del estrecho de Propóntide, sacaba del mar sus abundantes ingresos gracias a los derechos de navegación y a la pesca, y poseía también una tierra amplia y fértil; de los dos elementos, tierra y mar, obtenía grandes beneficios.
6 Por esta razón, porque era una ciudad muy poderosa, Níger quiso ser el primero en ocuparla, pero más que nada lo hizo porque confiaba en poder impedir la travesía de Europa a Asia por el estrecho. La ciudad estaba fortificada por medio de una muralla sólida e ingente, construida con piedra porosa tallada en bloques con tan perfecta unión, que nadie pensaría que era una obra compuesta sino una construcción de un solo bloque.

[216] Cf. Intr., pág. 26.

Cuando alguien contempla las ruinas y los restos de la 7
muralla que se conservan en la actualidad, todavía le es posible admirar la técnica de quienes primero la construyeron y la fuerza de los que más tarde la destruyeron.

Así, pues, Níger realizaba sus preparativos, con la mayor previsión y seguridad posibles, según pensaba.

Severo se apresuraba con su ejército todo lo que **2**
podía sin ninguna concesión a la tranquilidad o al descanso [217]. Cuando se enteró de que Bizancio ya había sido tomada, sabedor de que estaba sólidamente fortificada, ordenó que el ejército cruzara en dirección a Cízico. Emiliano [218], el gobernador de Asia, a quien Níger 2
había confiado la dirección de la estrategia, al enterarse de que el ejército de Severo iba hacia Cízico, también él se dirigió hacia allí con todas sus tropas, las que él mismo había reunido y las que Níger le había enviado. Cuando los dos ejércitos se encontraron, se produjeron duros enfrentamientos en aquella zona; el ejército de Severo se impuso y el resultado fue la derrota y la huida de las huestes de Níger tras de sufrir un gran número de bajas. En un momento las esperanzas de las fuerzas de oriente se quebrantaron y las de los ilirios se consolidaron.

Hay quienes opinan que la causa de Níger, traicio- 3
nada por Emiliano, estuvo condenada al fracaso desde sus mismos orígenes. Se aducen dos motivos para entender esta conducta de Emiliano. Unos afirman que

[217] La actividad y la movilidad de Severo son subrayadas por Herodiano en diversas ocasiones (II 11, 1, 3; II 12, 1, 2; II 14, 6-7; III 6, 10; III 7, 7; III 8, 3; III 14, 3-4). Cf. Intr., págs. 37 y 66.

[218] Aselio Emiliano desempeñó una brillante carrera: *legatus pro praetore* de Tracia, cónsul *suffectus*, *legatus* de Siria —puesto en el que precedió a Pescenio Níger— y procónsul de África en el 192. Tras la derrota de Cízico, en su huida, murió a manos de los hombres de Severo (cf. DIÓN-XIFIL., LXXV 6, 4 e *Historia Augusta, Severus* 8, 16).

conspiró contra Níger porque lo envidiaba, indignado porque, siendo Níger su sucesor en el gobierno de Siria, iba a ser su superior como emperador y señor. Otros opinan [219] que fue persuadido por sus hijos que le habían escrito pidiéndole por su propia salvación, pues Severo los había localizado en Roma y los tenía bajo custodia. Con gran previsión se había valido de esta
4 estratagema. Era ésta una costumbre de Cómodo; retenía a los hijos de los gobernadores enviados a las provincias con el fin de que fueran garantes de su buen comportamiento y fidelidad. Severo sin duda pensó en esto cuando, al ser proclamado emperador todavía en vida de Juliano, tomó la precaución de enviar en secreto a alguien que sacara a sus hijos de Roma para que
5 no cayeran en manos de un rival. Pero tan pronto como él llegó a Roma, detuvo a todos los hijos de los gobernadores o de quienes tuvieran alguna influencia en Oriente o en toda Asia a fin de que los gobernadores traicionaran a Níger, debido al ansia por la vida de sus hijos, o, si seguían simpatizando con él, antes de ocasionar algún daño, lo sufrieran ellos mismos gracias al secuestro de los hijos.

6 Después de la derrota de Cízico, los soldados de Níger huyeron tan deprisa como pudo cada uno; unos fueron rodeando los montes de Armenia, otros por Galacia y Asia, con la intención de anticiparse al enemigo en atravesar el Tauro a fin de situarse detrás de la línea de fortificaciones. El ejército de Severo pasó a través del territorio de Cízico, dirigiéndose a toda prisa a la vecina Bitinia.

7 Cuando la noticia de la victoria de Severo se difundió, inmediatamente la discordia y las diferencias de

[219] Prueba de que utilizaba diversas fuentes. En más de una ocasión Herodiano manifiesta su preocupación por dar varias versiones o explicaciones de un hecho.

opinión invadieron todas las ciudades de aquellas provincias orientales, no tanto por una cierta aversión o simpatía hacia los emperadores que estaban en guerra, como por la enconada rivalidad entre las ciudades y con vistas a la ruina y sometimiento de los conciudadanos.
Éste es el antiguo mal de los griegos, quienes, peleando 8
siempre unos contra otros y queriendo destruir a los que parecían sobresalir, arruinaron Grecia. Las ciudades griegas, ciertamente, se debilitaron en sus enfrentamientos entre sí y resultaron fácil presa para los macedonios y para el dominio de Roma. Y este mismo mal de envidia y rencor ha pasado a nuestras ciudades más
prósperas [220]. Así, pues, en Bitinia, inmediatamente des- 9
pués de la batalla de Cízico, los de Nicomedia tomaron partido por Severo y le enviaron embajadores con el mensaje de que acogerían al ejército y la promesa de suministrarles de todo. Pero los de Nicea, a causa de su odio hacia los de Nicomedia, decidieron lo contrario y acogieron a las tropas de Níger, tanto a los fugitivos que acudían a ellos como a las fuerzas enviadas por Ní-
ger para defender Bitinia. En consecuencia, uno y otro 10
bando se enfrentaron partiendo de las ciudades como base de operaciones, y tuvo lugar una violenta batalla en la que las tropas de Severo resultaron muy superiores. Los soldados de Níger que sobrevivieron, huyendo del campo de batalla, se dirigieron apresuradamente hacia los desfiladeros del Tauro y, después de cerrar la fortificación, se dispusieron a defenderla. Níger dejó en aquel sitio una guarnición suficiente, en su opinión, y corrió hacia Antioquía para reunir ejército y dinero.

El ejército de Severo, después de atravesar Bitinia 3
y Galacia, entró en Capadocia y, ocupando las posiciones, inició el asedio de la fortificación, empresa nada

[220] Cf. Apiano, *Historia romana*, Prólogo, 8.

fácil porque el camino era dificultoso debido a su angostura y aspereza. Por si fuera poco, los que ocupaban la crestería de la muralla les disparaban piedras desde arriba y resistían denodadamente. Con facilidad pocos
2 tenían a raya a muchos, pues el camino era estrecho y por un lado lo protegía una elevada montaña mientras que por el otro un barranco profundo era cauce de las aguas que fluían desde los montes. Y Níger con la fortificación obstruyó completamente este camino para impedir por todos lados el paso del ejército de Severo [221].

3 Mientras ocurría esto en Capadocia, en Siria se produjeron disensiones, por la enconada rivalidad de siempre, entre dos ciudades: Laodicea y su rival Antióquía. Algo semejante ocurrió en Fenicia con los de Tiro, que odiaban a los de Berito [222]. Cuando se enteraron de que Níger había sufrido una derrota se pusieron a suprimir los honores concedidos a Níger al tiempo que ensalza-
4 ban a Severo. Cuando Níger llegó a Antioquía recibió información de lo ocurrido en las ciudades y, aunque su carácter siempre había sido benigno, entonces, naturalmente, se indignó por aquella insolente rebelión y envió contra las dos ciudades a los lanceros mauritanos que lo acompañaban y a una sección de arqueros con la orden de matar a todo el que encontraran y de saquear los bienes de las ciudades e incendiar las ciuda-

221 Descripciones tan gráficas como ésta llevan a pensar que Herodiano asistió a los hechos que narra. (Cf. R. L. BURROWS, *Prolegomena to Herodian*, pág. 26). Así ocurre en pasajes como la apoteosis de Severo (IV 2, 1-3, 1), la descripción de Bizancio (III 1, 5), la salida de Roma de Alejandro Severo para dirigirse contra los persas (VI 4, 1-4) y muchos acontecimientos de los libros VII y VIII. El conocimiento de Asia Menor (Tauro, Bizancio, etc.) que demuestra Herodiano ha servido de argumento a los que piensan que era originario de aquella región (cf. Intr., pág. 26).

222 *Berito*, famosa por su escuela de Derecho. Sus ruinas se hallan cerca de la actual Beirut.

des mismas. Los mauritanos son muy sanguinarios y, 5
por su sencillo desprecio a la muerte y a los peligros, se atreven a todo como si estuvieran desesperados [223]. Entonces, sin esperar, se abalanzaron sobre Laodicea e infligieron todo tipo de violaciones a la ciudad y a su población. Luego, desde allí corrieron hacia Tiro e incendiaron toda la ciudad después de someterla al pillaje y a la matanza [224].

Mientras ocurría esto en Siria y Níger reunía sus 6
fuerzas, el ejército de Severo seguía en su posición de asedio a la fortificación. Pero los soldados habían perdido la moral y la esperanza porque la defensa del enemigo era sólida e inexpugnable y estaba protegida por un monte y un precipicio. Cuando las tropas de Severo 7
ya estaban agotadas y sus enemigos pensaban que no tenían que preocuparse por la defensa de su posición, de noche, súbitamente, cayeron violentos aguaceros acompañados de una intensa nevada (toda Capadocia es, en efecto, de clima riguroso, y especialmente el Tauro). Un torrente caudaloso e impetuoso bajó precipitadamente y, al encontrar obstruido su cauce natural por cerrar la fortificación el paso de la enorme y violenta torrentada, la naturaleza venció a la técnica; la muralla no pudo resistir la fuerza de la corriente y, poco a poco, la acción del agua desunió sus junturas; los cimientos, por haber sido construidos con precipitación y sin demasiado cuidado, cedieron a la corriente; todo quedó al descubierto y el torrente desobstruyó el lugar y abrió el camino. Cuando las tropas que defendían la fortifica- 8
ción vieron esto, por temor a quedar cercados si los ro-

223 Sobre la crueldad de los mauritanos cf. IV 15, 1, VI 7, 8, VII 2, 1 y VIII 1, 3.

224 Cuando Septimio Severo dividió Siria en Celesiria y Siria Fenice (cf. *supra* nota 175), la capital de la primera fue Laodicea y la de la segunda Tiro. Severo quiso recompensar a las ciudades que se habían puesto de su parte.

deaban los enemigos, puesto que después de la torrentera ya nada se lo impedía, abandonaron su puesto y huyeron. El ejército de Severo se alegró por lo sucedido y se animaron por creer que la divina providencia [225] les abría el camino. Cuando se dieron cuenta de que la guarnición enemiga había huido, atravesaron el Tauro fácilmente y sin ningún obstáculo, y se dirigieron a toda prisa hacia Cilicia.

4 Al enterarse de lo ocurrido, Níger, que había reunido un ejército numeroso, aunque falto de la experiencia que dan el combate y las penalidades, se puso en marcha rápidamente. Numerosos antioquenos, en efecto, entre los que se contaba casi toda la juventud, se habían ofrecido para el servicio de las armas y para arrostrar el peligro por su causa. Ciertamente, el entusiasmo de su ejército era un soporte para Níger, pero en experiencia y valor quedaban muy por detrás de los ilirios [226].
2 Los dos ejércitos se encontraron a orillas de la bahía de Iso [227], en una llanura muy amplia y extensa que limita con una colina a modo de anfiteatro y con una playa grandiosa por la parte del mar. Es como si la naturaleza hubiera construido un estadio para la batalla.
3 Dicen que también fue en aquel sitio donde Darío libró con Alejandro su última y más gran batalla [228], en la que fue derrotado y hecho prisionero; también en aquella ocasión los pueblos de las regiones del norte vencieron a los de oriente. Y todavía hoy podemos ver en lo alto de la colina, como trofeo en recuerdo de aquella victoria, una ciudad llamada Alejandría [229] y una estatua de bronce del hombre que da nombre al lugar.

No sólo se produjo la coincidencia de los ejércitos 4
de Severo y de Níger en aquel lugar; también coincidieron las circunstancias de la batalla. Los dos ejércitos acamparon uno enfrente del otro al atardecer; estuvieron en vela durante toda la noche en el mismo estado de preocupación y temor y, al amanecer, se lanzaron al ataque unos contra otros, animado cada bando por sus generales. Atacaron con todo su entusiasmo como si aquella batalla fuera la última oportunidad que les quedaba y la suerte eligiera entonces al emperador.
Fue una lucha larga y tan sangrienta que los ríos de 5
la llanura llevaban hacia el mar más sangre que agua. Su resultado fue la derrota de las fuerzas de oriente. Los ilirios rompieron sus líneas y a unos los hirieron y empujaron hasta el mar, que tenían a un lado, mientras que a otros, que huían hacia la colina, los persiguieron y les dieron muerte juntamente con un considerable número de hombres que habían acudido en grupos desde las ciudades y campos vecinos tan sólo para contemplar la batalla desde un lugar seguro.

Níger, montando un veloz caballo, huyó con unos 6
pocos y llegó a Antioquía. Se encontró con que la población que había quedado estaba huyendo, y todo era llanto y dolor por la ciudad, al llorar las gentes por sus hijos y hermanos. Desesperado, también él abandonó Antioquía. Se escondió en un sitio de las afueras, pero fue encontrado por la caballería que lo perseguía, que lo apresó y le cortó la cabeza.

---

[225] Cf. *supra* nota 35.

[226] Cf. *supra* II 9, 11, II 10, 5, II 10, 8.

[227] La fecha de la batalla de Iso es objeto de polémica; parece ser que fue en el año 194 antes de noviembre, pero una mayor aproximación resulta difícil; pudo ser en el mismo otoño pero también existe la posibilidad de que fuera en la primera parte del año.

[228] Error de Herodiano. Iso no fue la última batalla de Darío y Alejandro. Darío no fue hecho prisionero y se encontraron de nuevo en Gaugamela, cerca de Arbela. En esta ocasión tampoco cayó prisionero Darío; logró huir de la batalla y fue luego apuñalado por los suyos.

[229] Una de las muchas ciudades a las que Alejandro dio su nombre. Ésta fue llamada Alejandría de Iso o Alejandría Escabiosa. Es la actual Alejandreta o Iskenderun.

7 Éste fue el fin de Níger, que pagó con la muerte su morosidad y negligencia [230]. Por lo demás, según dicen, no fue un mal hombre, ni como gobernante ni como particular. Después de la muerte de Níger, Severo castigó sin contemplaciones a todos sus partidarios, tanto si se habían unido a él por libre elección como si lo habían hecho forzados por las circunstancias. Pero a los soldados fugitivos, cuando se enteró de que estaban cruzando el río Tigris pasándose a los bárbaros por el temor que les inspiraba, les concedió la amnistía.
8 Sin embargo, no pudo recuperarlos a todos, pues buena parte de ellos ya estaban en territorio extranjero. Ésta fue la principal causa de que las tropas de estos bárbaros de allende el Tigris fueran a partir de entonces más diestras en los combates cuerpo a cuerpo contra los romanos. Pues antes sólo sabían combatir a caballo con el arco, no se protegían con armamento completo ni se valían de jabalinas ni de espadas en los combates, sino que iban pertrechados de una forma ligera y con ropas cómodas. De esta forma casi siempre combatían huyen-
9 do y disparando hacia atrás [231]. Pero los soldados fugitivos, muchos de los cuales eran artesanos, al elegir la vida con los bárbaros, les enseñaron no sólo a usar las armas sino también a fabricarlas.

5 Después de resolver los asuntos de oriente de la forma que consideraba mejor y más ventajosa para él [232], su primera intención fue atacar al rey de Hatra e invadir Partia, pues les reprochaba a ambos su amistad con Níger. Pero pospuso estas expediciones [233] por-

[230] Cf. *supra* II 14, 6 y notas 174, 180 y 186.

[231] Los jinetes partos eran temibles cuando, simulando la huida, disparaban sus flechas por encima del hombro. De ahí procede el dicho de «disparar la flecha del parto».

[232] La división de Siria. Cf. *supra* notas 175 y 224.

[233] Hubo, sin embargo, algunas operaciones de Severo en aquella zona en el 195 y comienzos del 196; esta expedición contra los partos

que quería, en primer lugar, asegurar la completa transferencia de los poderes del imperio romano a sí mismo y a sus hijos. Después de la victoria sobre Níger, con- 2
sideraba a Albino como una molestia a eliminar. Le llegaron noticias, además, de que aquél se complacía demasiado con su título de César, comportándose más bien como un emperador. Le comunicaron también que mucha gente, y especialmente los más destacados senadores, habían enviado a Albino cartas privadas en secreto intentando persuadirlo de que fuera a Roma mientras Severo estaba ocupado en tierras lejanas. Los patricios, en efecto, preferían a aquél como emperador porque pertenecía a una antigua familia noble [234] y se decía que tenía carácter. Aunque estaba enterado de esto, Se- 3
vero rechazó la idea de suscitar de inmediato una enemistad declarada contra Albino y promover una guerra contra un hombre que no le había dado ningún motivo verosímil. Pero decidió realizar una tentativa por si podía engañarle y desembarazarse de él de forma discreta.
Así, pues, llamó a los más fieles correos de los que 4
transportaban normalmente la correspondencia imperial y les ordenó que, al encontrarse en presencia de Albino, le entregaran sus cartas en público, pero que le pidieran que atendiera en privado a unas instrucciones secretas, y que, una vez persuadido a quedar sin escolta, se abalanzaran sobre él por sorpersa y lo mataran. Les dio también un veneno para que, si les era posible, 5
indujeran a algún cocinero o copero a administrárselo en secreto. Pero los consejeros de Albino desconfiaron y le advirtieron de que se guardara de un hombre enga-

(por la que Severo recibió los títulos de *Parthicus Arabicus* y *Parthicus Adiabenicus)* fue en realidad contra zonas de influencia pártica, Osroene, Adiabene y Arabia Escenita. Es posible que Herodiano ignorara estos episodios, pero pudo, simplemente, considerarlos de una importancia secundaria (cf. Intr., pág. 48).

[234] Cf. *Supra* nota 209.

6 ñador y ducho en maquinaciones. El comportamiento de Severo con los generales de Níger había desacreditado su manera de ser, pues después de persuadirlos por medio de sus hijos, como se ha explicado antes, a traicionar la causa de Níger, una vez que se hubo aprovechado de sus servicios y hubo conseguido todo lo que quería, los eliminó a ellos y a sus hijos [235]. Su carácter
7 pérfido se evidenció claramente en sus acciones. Por esto Albino se protegió con una guardia mayor incluso que la habitual; y ninguno de los que llegaban de parte de Severo se acercaba a él sin antes no se había desprendido de la espada que llevaba como soldado y si no había sido registrado por si llevaba algún arma
8 entre los pliegues de sus ropas. Así, pues, cuando llegaron los correos de Severo y, después de entregarle las cartas en público, le pidieron que escuchara aparte unas instrucciones secretas, Albino desconfió y ordenó que fueran apresados y, sometiéndolos a tortura por separado, descubrió la maquinación. Los correos fueron castigados y él empezó a prepararse como contra un enemigo declarado [236].

6 Cuando se enteró de esto, Severo, que era impulsivo en todas sus acciones y de temperamento colérico, ya no ocultó su enemistad, sino que, convocando a todo el ejército, les habló de esta manera:

«Que nadie, después de lo ocurrido, nos acuse de ligereza o inconstancia, ni piense que soy desleal o ingra-
2 to con quien era considerado amigo. Todo lo nuestro le pertenecía por su asociación a un imperio consolidado, un tipo de participación que incluso a los propios hermanos se otorga con dificultad. El poder que a mí

[235] El caso de Aselio Emiliano. Cf. *supra* III 2, 2.

[236] La ruptura definitiva entre Septimio Severo y Albino debió producirse en el año 195 (cf. Whittaker, *ob. cit.*, págs. 286-287).

solo me concedisteis, yo lo repartí con aquél, y éste es el pago que Albino me da por los grandes beneficios que recibió de mi parte. Está preparando sus armas y 3
su ejército contra nosotros, despreciando vuestro valor y olvidándose de su compromiso conmigo. Quiere, por su insaciable ambición, apoderarse con riesgo de aquello en lo que participaba sin guerra ni disputas; no respeta a los dioses, a los que a menudo ha dirigido sus juramentos, ni tiene consideración por vuestros esfuerzos, que ya derrochasteis al luchar por nuestro imperio con tan glorioso valor. De vuestros éxitos tam- 4
bién él sacó partido y hubiera obtenido todavía una mayor parte de los honores que vosotros repartisteis entre nosotros dos si hubiera sido fiel a su palabra. Tan injusto resulta llevar la iniciativa en las vilezas como es cobardía no defenderse cuando se ha sido víctima de la injusticia [237]. Combatimos a Níger más por una enemistad necesaria que por una causa razonable, pues no era nuestro enemigo porque intentara apoderarse solapadamente de un poder que fuera nuestro previamente, sino que, al estar el imperio abandonado y en litigio, cada uno de nosotros apuntó al mismo objetivo con idéntica ambición. Pero Albino, despreciando pactos y ju- 5
ramentos, después de obtener de mí lo que sólo se entrega a un hijo propio, ha preferido ser enemigo en lugar de amigo, rival en lugar de colega. Antes, tratándolo como amigo, le otorgamos honores y fama, pero ahora juzgaremos su deslealtad y cobardía con nuestras armas. Su pequeño ejército insular [238] no resistirá vues- 6
tra fuerza. Vosotros, que solos y por vuestro propio arrojo y valentía habéis vencido en tantas batallas y habéis

[237] Cf. Tucídides, I 120, 3.

[238] Apoyaban a Albino las tres legiones británicas y algunas otras fuerzas como la legión española *VII Gemina;* el gobernador de la Tarraconense, L. Novio Rufo fue después ejecutado por haber tomado partido por Albino (cf. *Historia Augusta, Severus* 13, 7 y C. I. L. II 4125).

sometido todo el oriente, ahora precisamente, cuando tenéis a vuestro lado a tan notables tropas auxiliares y cuando está aquí casi todo el ejército romano, ¿cómo no váis a vencer fácilmente a un escaso ejército que no
7 está dirigido por un hombre valeroso y sobrio? ¿Quién no conoce su vida lujuriosa, más en consonancia con las filas de los coros (teatrales) que con las líneas de combate? [239]. Vayamos, pues, contra él decididamente, con nuestro habitual arrojo y valentía. Están a nuestro lado los dioses, a quienes ha ultrajado al violar sus juramentos, y nuestros numerosos trofeos que él ha despreciado».

8 Después de este dicurso de Severo, el ejército en bloque declaró enemigo a Albino mientras que sus aclamaciones a Severo y los gritos con que le prometían su total apoyo fueron para éste un nuevo estímulo y una base sólida para sus esperanzas. Luego Severo distribuyó un generoso donativo a sus soldados y empren-
9 dió la expedición contra Albino. Envió también unas tropas a sitiar Bizancio, donde se habían refugiado los generales de Níger y que todavía permanecía cerrada. Después la ciudad fue tomada por hambre y destruida por completo [240]; privada de teatros y baños y de toda consideración y honor, Bizancio fue donada a Perinto [241] con el status de población sometida. Lo mismo ocurrió con Antioquía respecto a Laodicea [242]. Envió asimismo una importante suma para la reconstrucción de las ciudades que el ejército de Níger había destrui-
10 do. Él mismo, sin embargo, se puso en marcha sin permitir ningún descanso ni con ocasión de fiestas ni para reponerse de los esfuerzos realizados, con el mismo desprecio para el frío y el calor. A menudo, ciertamente,

[239] Cf. Intr., pág. 66.

[240] Bizancio cayó probablemente en la primavera del año 196.

[241] Perinto había permanecido leal a Severo.

[242] Cf. *supra* nota 224.

cuando pasaba por montes muy altos y de clima riguroso, él marchaba con la cabeza descubierta bajo la lluvia y la nieve, ofreciendo así a sus soldados una pauta de entusiasmo y valentía [243]. De este modo ellos resistían los esfuerzos no sólo por temor a incurrir en falta sino también por deseo de imitar al emperador. Severo envió asimismo a un general al mando de un destacamento para apoderarse de los pasos de los Alpes y vigilar las entradas de Italia.

Cuando Albino, que seguía viviendo ociosa y desor- 7
denadamente [244], recibió la noticia de que Severo no se entretenía sino que ya se estaba acercando, cayó en un estado de profunda turbación. Desde Bretaña pasó a la costa de la Galia situada enfrente, donde estableció su campamento. Escribió a todos los gobernadores de las provincias vecinas ordenándoles que le enviaran dinero y provisiones para su ejército. Algunos obedecieron y se los enviaron para perdición suya, pues más tarde fueron castigados por ello; pero cuantos no acataron la orden se salvaron gracias a aquella decisión más afortunada que meditada. El resultado de la guerra evaluó la decisión de cada uno. Cuando llegaron las fuerzas 2
de Severo a la Galia, tuvieron lugar algunas escaramuzas en distintos sitios, pero la batalla final se dio cerca de *Lugdunum* [245], ciudad grande y próspera en la que Albino se había refugiado y donde permaneció al enviar a su ejército a librar la batalla. Se produjo un violento encuentro y durante largo tiempo la victoria permaneció sin decidirse por ninguno de los dos bandos. Los britanos por su valor y espíritu sanguinario no iban a

[243] Sobre la extraordinaria capacidad de Severo cf. *supra* nota 217.

[244] Los oponentes de Severo se caracterizan por su incapacidad y su vida desordenada. Son el estereotipo del jefe condenado al fracaso. Cf. el caso de Níger en II 14, 6.

[245] La batalla de Lyon tuvo lugar el 19 de febrero del 197.

la zaga de los ilirios, y la consecuencia de combatir dos excelentes ejércitos era que no fuese fácil la derrota de
3 ninguno. Según algunos historiadores contemporáneos, cuyo relato no buscaba el halago sino la verdad [246], la línea de combate del ejército de Albino fue muy superior por la parte en que Severo y sus tropas estaban situados, hasta el extremo de tener que ponerse a salvo. En su huida Severo fue derribado del caballo, pero pasó desapercibido porque se había desprendido de su manto imperial. Cuando los britanos ya iniciaban la persecución y cantaban el himno de victoria, pensando que ya habían vencido, apareció Leto [247], un general de Severo, con las tropas a sus órdenes, que estaban frescas
4 por haber permanecido fuera de la batalla. Se ha acusado a Leto de aguardar el resultado del combate y retardarse voluntariamente, manteniendo las tropas bajo su mando frescas, porque él mismo aspiraba al imperio. Por esto apareció cuando se enteró de que Severo había caído. Lo que ocurrió después confirma esta acusación, puesto que más tarde Severo, después de ponerlo todo en orden y al encontrarse en una situación de tranquilidad, recompensó generosamente al resto de sus generales, mientras que a Leto, como represalia por su
5 traición, según parece, lo condenó a muerte. Pero esto ocurrió más tarde; entonces, como hemos dicho, apareció Leto con sus tropas descansadas y las fuerzas de Severo se animaron; colocaron a Severo en su caballo
6 y le pusieron su manto. Los soldados de Albino, pensando que ya habían vencido y encontrándose en un gran desorden, al caer súbitamente sobre ellos unas fuerzas valerosas que no habían luchado antes, después de resistir durante un breve tiempo, abandonaron y se originó una retirada desesperada en la que las tropas de Severo los siguieron en una persecución sangrienta hasta que se refugiaron en la ciudad. Los historiadores contemporáneos han contado de acuerdo con sus propósitos el número de caídos o prisioneros de cada bando [248].
El ejército de Severo saqueó *Lugdunum* y la incendió. 7
Apresaron a Albino y le cortaron la cabeza, que ofrecieron a Severo. Así, este ejército consiguió levantar dos ingentes trofeos, uno en Oriente y otro en el Norte. Esto hizo imposible el parangón con las batallas y victorias de Severo, ni por la importancia de las fuerzas y pueblos que movilizaron, ni por el número de combates ni por las distancias y la velocidad de las marchas.
Es cierto que las batallas de César contra Pompeyo, 8
en las que había ejércitos romanos en ambos bandos, fueron grandes, y también las de Augusto contra Antonio y los hijos de Pompeyo, y algunas acciones anteriores de Sila y de Mario en sus guerras civiles entre romanos y con otros pueblos. Pero en el caso de Severo 9
un solo hombre derrocó a tres emperadores ya en el poder; a uno, que ocupaba el palacio imperial, lo venció gracias a la estratagema con la que engañó a la guarnición de Roma; derribó a otro, que tenía el poder en oriente desde hacía tiempo y que había sido elegido emperador por los romanos; y a un tercero, que había alcanzado el honor y la autoridad de César, lo sometió por su valor. No es fácil referirse a otro en términos semejantes.

Éste fue el fin de Albino tras un fugaz disfrute de una funesta dignidad.

Acto seguido Severo dirigió toda la fuerza de su 8
cólera contra los amigos de Albino en Roma. Envió la cabeza de Albino con la orden de que fuera empalada

[246] Cf. Intr., pág 66.

[247] Probablemente Julio Leto, general de Severo, que no debe confundirse con Q. Emilio Leto (cf. *supra* nota 140).

[248] Cf. Intr., págs. 66-69.

en público; y en una carta [249] dirigida al pueblo anunciaba su victoria, añadiendo en una postdata que enviaba la cabeza de Albino para que fuera mostrada en público y el pueblo la viera como símbolo de su enfado
2 y de su cólera contra los amigos de Albino. Severo atendió entonces a los asuntos de Bretaña y dividió el gobierno de la provincia en dos jefaturas. Organizó también la administración de la Galia de la forma que consideraba más conveniente. Ejecutó a todos los amigos de Albino, tanto si se habían relacionado con él voluntariamente como si lo habían hecho forzados por la necesidad, y confiscó sus propiedades [250]. Luego marchó apresuradamente hacia Roma con todo su ejército a fin de
3 infundir un mayor respeto. Realizó la marcha a gran velocidad, como era su costumbre, e irritado con los amigos de Albino que todavía quedaban, entró en Roma [251]. El pueblo, llevando ramas de laurel, lo recibió con todos los honores y con vítores, y el senado lo saludó; la mayoría estaban completamente atemorizados porque creían que no les perdonaría por ser Severo un enemigo de temperamento dificilísimo y a quien bastaba un pequeño pretexto para causar un perjuicio. Y enton-
4 ces parecía contar con motivos bien fundados. Después de subir al templo de Júpiter y cumplir los restantes ritos, Severo se dirigió al palacio imperial y ofreció al pueblo un espléndido reparto de dinero en conmemoración de sus victorias [252]. Entregó también a los solda-

[249] Cf. Intr., pág. 69.

[250] Cf. Intr., pág. 53.

[251] En junio del 197.

[252] Aunque a Septimio Severo le preocupaba más la popularidad en los campamentos que la que pudiera tener en Roma, también fue generoso con la plebe romana. Herodiano alude a sus tres primeros *congiaria* (I. en Hdn. II 14, 5, II en este pasaje, III 8, 4, y III en III 10, 2; en el tercero alcanzó una cifra jamás distribuida con anterioridad, 250 denarios. Cf. D. van Berchem, *Les distributions de blé et d'argent...*, págs. 158-159).

dos una suma considerable y les concedió otros muchos privilegios que antes no tenían [253]; fue el primero, en 5
efecto, en aumentarles la paga [254] y les permitió usar anillos de oro [255] y habitar con sus mujeres [256], lo que se consideraba absolutamente contrario a la disciplina militar y a una pronta disposición para la guerra. Severo fue sin duda el primero en trastornar la gran fortaleza y austeridad de su forma de vida y su obediencia ante las penalidades y el disciplinado respeto por sus jefes, enseñándoles a desear las riquezas y conduciéndolos hacia una vida de molicie.

Después de ocuparse de estas reformas, muy opor- 6
tunas en su opinión, se presentó en el senado donde tomó posesión del trono imperial. Luego acusó duramente a los amigos de Albino sacando a relucir cartas secretas de algunos de ellos, que había encontrado en los

[253] En este pasaje (III 8, 4-7) se refleja la orientación política de Septimio Severo: profunda reorganización del aparato militar, militarización del poder y humillación del senado. Cf. Intr., pág. 58.

[254] A consecuencia de la inflación, acentuada desde Cómodo, la paga en dinero *(stipendium)* de los soldados perdió gran parte de su valor. Por esta razón las tropas consideraron primordial la paga en especie (cf. *annona*, gr. *sitērésion)*, trigo y otras provisiones, que a partir de Septimio Severo se distribuyeron gratuitamente a los soldados. Los pretorianos habían recibido el *frumentum menstruum*, el trigo mensual gratuito, desde la época de Nerón. Era lógico que las legiones, que habían vencido a los pretorianos en el 193 (cf. *supra* II 13 y notas 195 y 208), reivindicaran el privilegio (cf. D. van Berchem, «L'annone militaire dans l'empire romain au IIe siècle», *Mémoires de la Société nationale des antiquaires de France*, sér. 8, vol. 10 (1937), págs. 122 ss.).

[255] El *anulus aureus* como signo de la clase ecuestre. Septimio Severo estableció que el grado de centurión, hasta entonces la máxima aspiración de un soldado, implicaba la admisión en el orden ecuestre, lo que les abría el paso a una carrera militar y civil.

[256] Con anterioridad los soldados no podían tener familia legal. La convivencia de los soldados con una mujer sólo se legalizaba después de su licenciamiento. Severo autorizó el matrimonio legal y favoreció la vinculación de las tropas a las localidades en las que estaban estacionadas.

archivos privados de Albino, y a otros les reprochó los regalos demasiado costosos que habían enviado a Albino. A cada cual le inculpaba por un motivo diferente; a los hombres de oriente por su apoyo a Níger y a los
7 otros por sus relaciones con Albino; a todos los que entonces destacaban en el senado y a los que sobresalían en las provincias por su riqueza o linaje los aniquilaba sin piedad [257]. La severidad con sus enemigos no era más que un pretexto; en realidad, su codicia se había desbordado. Jamás un emperador fue tan esclavo del
8 dinero. Así como, por su firmeza de espíritu y su perseverancia ante las dificultades y por su capacidad en la organización militar, no iba a la zaga de ninguno de los modelos que se proponen, paralelamente su codicia de riquezas procedentes de la injusticia sobrepasaba toda medida, y por cualquier causa que se presentara la condena era de muerte. Su gobierno se basó así en el
9 miedo de sus súbditos, no en su afecto [258]. Intentaba, sin embargo, ganarse el favor del pueblo ofreciendo continuamente magníficos espectáculos de todo tipo. Con frecuencia mató animales salvajes a centenares, traídos de tierras del imperio y de otros países, y efectuó generosas distribuciones de dinero. Celebró unos juegos triunfales, para los que hizo venir a actores y luchado-
10 res de todas partes. Vimos [259] durante su reinado representaciones de todo tipo de espectáculos, en todos los teatros simultáneamente, y ceremonias religiosas celebradas durante toda la noche a imitación de los misterios. Los llamaron entonces Juegos Seculares porque se celebraron cuando habían pasado tres generaciones desde los últimos, según se decía. Los heraldos fueron

[257] Cf. Intr., págs. 53 y 56.

[258] Contrariamente al ideal del *optimus princeps*. Cf. *supra* nota 179.

[259] Aquí se mezcla una referencia a los juegos del 197 con otra a los Juegos Seculares del 204. Cf. Intr., págs. 12, 25 y 68.

de un lado a otro por Roma e Italia convocando a todos a que acudieran a contemplar los juegos que nunca habían visto y que nunca más verían. Así se recordaba que el intervalo entre una celebración y la siguiente sobrepasaba la vida de un hombre.

Después de pasar en Roma [260] un tiempo suficiente 9
para asociar a sus hijos al imperio con un nombramiento imperial [261], queriendo ganarse una fama que no se limitara a una victoria civil contra ejércitos romanos —victoria que le avergonzaba celebrar como un triunfo— y deseando levantar trofeos por sus éxitos frente a los bárbaros, presentó como pretexto la amistad de Barsemio, rey de Hatra, con Níger e inició una campaña contra oriente. Cuando estaba llegando a Armenia con in- 2
tención de saquearla, se adelantó el rey de los armenios enviándole suplicante dinero, regalos y rehenes y haciendo votos por un pacto de amistad. Después de arreglarse los asuntos de Armenia tal como él quería, Severo marchó a toda prisa contra Hatra [262]. Abgar, el rey de Osroene [263], también buscó la protección de Severo; le entregó a sus hijos como rehenes en garantía de su buena fe y condujo a un buen número de arqueros como fuerzas auxiliares para Severo. Cuando hubo atra- 3
vesado Mesopotamia y el territorio de Adiabene [264], Se-

[260] Estuvo en Roma sólo durante unos meses. A fines de verano marchó hacia Siria.

[261] Caracalla fue *destinatus imperator* desde el 197. Algo más tarde, en el 198, Caracalla sería Augusto y Geta César. Caracalla ya era César desde el 196 y Geta no sería Augusto hasta el 208/209.

[262] Cf. *supra* nota 215.

[263] Osroene es una región situada en el curso alto del Éufrates. Tuvo la consideración de reino protegido o de provincia. Abgar era el nombre de sus reyes.

[264] Adiabene era una región de la antigua Asiria septentrional entre el Tigris y su afluente el Gran Zāb, en los confines del actual Kurdistán. Más cercanos a los partos que a los romanos preferían ser va-

vero se lanzó sobre Arabia Felix [265], región que produce hierbas aromáticas que usamos como perfumes e inciensos. Después de arrasar muchas aldeas y ciudades y saquear la región, se dirigió al territorio de Hatra,
4 donde acampó y puso sitio a la ciudad [266]. Hatra, situada en lo alto de un escarpado cerro, rodeada por sólidos y elevados muros, contaba con una importante guarnición de arqueros. El ejército de Severo acampó al lado y la sometió a asedio con todas sus fuerzas tratando de destruirla. Todo tipo de máquinas de asalto se emplearon contra la muralla y ninguna técnica de ase-
5 dio fue olvidada. Pero los de Hatra se defendieron con valor y, disparando desde lo alto flechas y piedras, causaron daños considerables al ejército de Severo. Lanzaron también sobre los asaltantes recipientes de cerámica que habían llenado de pequeños insectos voladores con aguijón venenoso; cuando éstos caían sobre los ojos o sobre cualquier parte del cuerpo descubierta, alcanzándolos sin que se dieran cuenta, los atormentaban
6 con sus picotazos. Y al no soportar la sofocante atmósfera a causa de la excesiva irradiación solar, caían enfermos y morían, de suerte que la mayor parte de los caídos murieron más por estas causas que luchando contra el enemigo.

7 Cansado ya el ejército por las causas apuntadas, paralizado el asedio y contabilizando los romanos más fracasos que éxitos, Severo decidió levantar el asedio

sallos de los primeros. En época de Marco Aurelio fueron obligados a aceptar el protectorado de Roma.

265 Herodiano se refiere erróneamente a Arabia *Felix*, región alejada de los recorridos de Severo que en las operaciones del año 195 estuvo en Arabia Escenita (cf. *supra* nota 233), y en el 199, tras el segundo asedio de Hatra, visitó la provincia de Arabia. Cf. Intr., página 24 y 48.

266 Se habla aquí de un solo asedio cuando en realidad hubo dos, uno en el 198 y otro en el 199.

sin alcanzar el objetivo para evitar que el ejército fuera completamente aniquilado. Las tropas estaban disgustadas porque el asedio no se había desarrollado según
sus deseos; estaban acostumbrados a vencer en todas 8
las batallas y consideraban la falta de éxito como una derrota. Sin embargo, la buena suerte, que por aquel tiempo participaba en las empresas de Severo, le compensó, pues no se retiró con un fracaso total sino con
un éxito mayor del que había esperado. El ejército bajó 9
por el río embarcado en una numerosa flota, pero no llegó a la ribera romana, sino que, al contrario de lo previsto, la corriente lo llevó lejos y lo hizo arribar a territorio de los partos, a no mucha distancia de Ctesifonte [267], donde estaba la corte del rey de los partos, que entonces se encontraba allí, dedicado a actividades pacíficas, pensando que en nada le concernía la guerra de Severo contra Hatra. Por tanto permanecía tranqui-
lo, sin esperar ningún mal. Después de ser conducido 10
por la corriente a la orilla opuesta, el ejército de Severo desembarcó y empezó a saquear la región, llevándose el ganado que encontraban, para tener provisiones, e incendiando las aldeas que estaban en su camino. Y avanzaron hasta que, sin darse cuenta, se encontraron a las puertas de Ctesifonte, donde se encontraba el
gran rey Artabano [268]. Cayendo sobre los bárbaros que 11
estaban desprevenidos [269], los romanos empezaron por matar a todos los hombres que encontraban, saquearon luego la ciudad y cogieron prisioneros a todos los niños

267 Probablemente Severo atacó Ctesifonte durante el invierno 197-198, antes del asedio de Hatra (cf. HASEBROEK, *ob. cit.*, que se basa en DIÓN-XIFIL., LXXV 9). La cronología de estos hechos en Herodiano sería errónea.

268 Herodiano estaba mal informado sobre estos hechos. El rey de los partos no era entonces Artabano V sino Vologeses IV.

269 No parece que este ataque fuera a traición, tal como lo presenta Herodiano, puesto que existía estado de guerra.

y mujeres. Aunque el rey huyó con un escaso séquito a caballo, se llevaron su tesoro y, después de apoderarse de todos los objetos de valor y joyas, se retira-
12 ron. Así, pues, Severo, más por su buena suerte que por su estrategia, fue celebrado por su victoria contra los partos. Tras estos logros superiores a sus aspiraciones, comunicó la noticia al senado y al pueblo, vanagloriándose de sus empresas, y ordenó que se refirieran en inscripciones públicas sus batallas y victorias. El senado le votó todos los honores y le otorgó los títulos de los pueblos conquistados.

10 Después de concluir con este éxito la campaña de oriente, Severo se puso en marcha apresuradamente hacia Roma con sus hijos, que ya estaban en la edad de la adolescencia [270]. En el camino atendió a los asuntos de las provincias, según las circunstancias de cada caso, y visitó los ejércitos de Mesia y de Panonia. Luego, al llegar a Roma [271], fue recibido en triunfo por el pueblo romano con aclamaciones y pompa extraordinarias;
2 él ofreció sacrificios y dedicó al pueblo unas fiestas con espectáculos y festejos; efectuó asimismo un generoso reparto de dinero y pagó unos juegos triunfales. A partir de entonces pasó unos años en Roma [272], durante los cuales se dedicó a la administración de justicia y a la dirección de la administración del estado, además de ocuparse de educar a sus hijos por el camino de la pru-
3 dencia. Pero los dos hijos, que eran ya dos mozos, habían sido corrompidos en sus costumbres por la lujosa

[270] Caracalla, nacido el 4 de abril del 188 en Lyon, tomó la toga viril en el 201 en Antioquía. Geta, que había nacido el 27 de mayo del 189, la tomó en el 202 en Roma.

[271] En abril del 202. Distribuyó entonces un *congiarium* de una cantidad sin precedentes. Cf. *supra* nota 252.

[272] Entre el 202 y el 207. En 203-204 visitó África (cf. Hasebroek, *ob. cit.*, págs, 132 ss.).

vida de Roma y por el excesivo afán de espectáculos, de carreras de carros y de bailes. Además los hermanos no se entendían; habían empezado a reñir por rivalidades infantiles, por luchas de codornices, peleas de gallos y combates entre niños. Sus aficiones en lo referente 4
a teatro y a recitaciones [273] acentuaban su espíritu pendenciero en cada ocasión que se presentaba; en nada tenían los mismos gustos, sino que todo lo que era grato a uno al otro le resultaba odioso. Por ambas partes sus aduladores y siervos los enemistaban con halagos de sentido contrario ante los placeres de la juventud. Severo, al darse cuenta de esto, intentaba reconciliarlos y corregirlos.

Al mayor, cuyo verdadero nombre, antes de entrar 5
en la casa imperial, era Basiano [274], Severo, cuando alcanzó la dignidad de emperador, lo llamó Antonino, porque quería que llevara el nombre de Marco; y tomó para él una esposa [275] con la pretensión de que el matrimonio lo moderara. La joven era hija del prefecto del pretorio, un hombre llamado Plauciano [276], que había 6
tenido una juventud humilde. (Se decía además que había ido al destierro por el delito de sedición y por otros muchos crímenes). Pero era paisano de Severo, pues era libio como el emperador, y, según algunos, era pariente suyo. Otros, sin embargo, lo acusaban de haber sido amante de Severo en su juventud. Lo cierto es que Severo lo promovió desde una condición muy humilde has-

[273] Alusión a la popularidad de las recitaciones de los sofistas.

[274] El nombre de Basiano procedía del de su abuelo materno, Julio Basiano, sacerdote de Emesa. Septimio Basiano tomó el nombre de Marco Aurelio Antonino en el 196. Se le conoce normalmente como Caracalla, nombre de un manto militar galo. Herodiano se refiere a él con el nombre de Antonino.

[275] Publia Fulvia Plautila Augusta.

[276] C. Fulvio Plauciano, africano de *Leptis Magna* como Severo. Fue prefecto del pretorio entre el 197 y el 205.

ta una situación de enorme poder, y lo colmó de riquezas al concederle las propiedades de los que habían sido ejecutados. Esto significaba en la práctica que lo
7 hacía partícipe del imperio. Pero Plauciano abusó del poder; la crueldad y la violencia estuvieron presentes en todos sus actos, llegando a ser el prefecto más temible de todos los tiempos. Éste era, pues, el hombre con cuya hija Severo casó a su hijo, uniendo las dos familias.

8 Antonino, sin embargo, no estaba muy contento con su matrimonio, realizado más por imposición que por libre elección. Era evidente su odio por la joven y por su padre; no compartía el lecho y el hogar, sentía aversión hacia ella, y frecuentemente la amenazaba con matarla a ella y a su padre cuando fuera el dueño absoluto del imperio. La muchacha lo contaba cada vez a su padre y, al explicarle el odio de su marido, provocaba su ira.

11 Plauciano se daba cuenta de que Severo era ya un viejo, continuamente aquejado por la enfermedad, mientras que Antonino en cambio era un joven fuerte y animoso; le preocuparon por tanto las amenazas del joven y decidió anticiparse en la acción en lugar de esperar
2 pasivamente. Muchos eran además los incentivos que lo movían a desear el imperio: un entorno de riqueza que antes nunca había tenido un particular, la consideración de los soldados, los honores que los súbditos le tributaban, y la imagen con que aparecía en público; usaba el laticlavo, se colocaba con los senadores que habían sido cónsules por segunda vez, y llevaba, además del puñal en el cinto[277], los distintivos de todas
3 sus atribuciones. Cuando aparecía en público su aspecto era terrible. Nadie se atrevía a acercársele y los que se encontraban con él se apartaban. Sus acompañantes

[277] El *pugio* del prefecto del pretorio.

le abrían paso ordenando que nadie se detuviera a mirarlo; debían retirarse y bajar la mirada.

Al enterarse de lo que ocurría, Severo no se alegró en absoluto; Plauciano empezaba ya a resultarle una pesada carga, de suerte que lo despojó de parte de su autoridad y lo invitó a que reprimiera su excesiva arrogancia. Naturalmente Plauciano no aguantó el cambio de 4
actitud de Severo y se decidió a conspirar contra el imperio, para lo que urdió el siguiente plan: Saturnino era uno de los tribunos militares bajo su mando; atendía a Plauciano de una forma extraordinaria, y, aunque todos los tribunos lo hacían, él le servía con una mayor devoción. Pensando Plauciano que este hombre era el más fiel y el único capaz de guardar y de ejecutar órdenes secretas, un día, al caer la tarde, cuando todos se habían retirado, lo llamó y le dijo: «Ahora tienes la oportunidad de poner un hermoso final al leal servicio que me has prestado, y yo tengo la ocasión de corresponderte dignamente con el agradecimiento que tú mereces. Te encuentras ante una disyuntiva: o llegar a ser lo que ves que soy yo ahora y, como sucesor mío, heredar mi poder, o morir ahora mismo sufriendo el castigo por desacato. Y que no te espante la magnitud de la em- 6
presa ni te turbes al nombrarte a la familia imperial. Sólo tú puedes entrar hasta las habitaciones donde duermen, al estar encargado por turno de la guardia nocturna. Lo que tengas que hacer lo llevarás a término sin impedimentos y sin ser descubierto. No esperes para obedecer a que yo te dé más órdenes que las de ahora. Ve al palacio imperial y, con la excusa de llevarles un 7
mensaje urgente y secreto de mi parte, entra en su habitación y mátalos. Demuestra tu valor acabando fácilmente con un viejo y un muchacho. Teniendo tu participación en los peligros, participarás también en los grandes honores del éxito».

8 Al oír esto, al tribuno se le heló el corazón pero
no se le ofuscó la mente. Como hombre que no había
perdido su lucidez (era sirio, y los orientales son de muy
fina inteligencia)[278], viendo la excitación de quien le da-
ba la orden y conocedor del poder de Plauciano, no re-
plicó, para no ser castigado por ello, sino que fingió
haber oído algo deseado y agradable, y, después de sa-
ludarlo prosternándose como si ya fuera emperador, le
9 pidió un documento con las órdenes de muerte. Era
una costumbre de los tiranos, siempre que enviaban a
alguien a la muerte, dar la orden por escrito a fin de
evitar los riesgos de las instrucciones verbales. Plaucia-
no, cegado por su ambición, le entregó el documento,
y lo envió a ejecutar las órdenes de muerte, encargán-
dole que cuando hubiera acabado con los dos, antes de
que el hecho fuera del dominio público, le enviara a
buscar para estar ya en palacio cuando se divulgara la
noticia de que había tomado el poder imperial.

12 Según lo convenido, el tribuno efectuó la ronda por
todo el palacio imperial, como de costumbre, sin ningu-
na dificultad. Pero, pensando que era imposible matar
a los dos emperadores, sobre todo porque vivían en di-
ferentes sectores del palacio, se presentó en los aposen-
tos de Severo y, dirigiéndose a los guardias de la cáma-
ra imperial, les pidió que lo llevaran ante el emperador
a fin de informarle de algo relativo a su seguridad.
2 Los guardias lo comunicaron a Severo y por orden suya
dejaron pasar al tribuno. Saturnino entró y dijo: «Ven-
go, señor, para ser —tal es la intención de quien me
envía— tu asesino y verdugo; pero, por mi parte, mi
deseo más ferviente es ser tu salvador benemérito. Plau-
ciano está conspirando contra el imperio, y me ha enco-
mendado tu muerte y la de tu hijo, y esto no sólo de

[278] Cf. *supra* II 7, 9.

palabra sino también por escrito como atestigua este
documento. Yo acepté para que, al rehusar yo el traba-
jo, no lo encargara a otro; vengo ahora a denunciarte
el hecho a fin de que su audacia no permanezca encu-
bierta». A pesar de las palabras de Saturnino y de sus 3
lágrimas, Severo no le dio crédito en seguida, sino que,
por conservar en su corazón un gran afecto por Plau-
ciano, sospechaba que el asunto era una intriga para
engañarlo, y pensaba que su propio hijo a causa de su
enemistad con Plauciano y por el odio a su hija había
preparado contra el prefecto una hábil acusación, que
lo llevara a la muerte[279]. Envió a buscar, pues, a su 4
hijo y lo acusó de haber urdido aquella intriga contra
un hombre que era leal a la casa. La primera reacción
de Antonino fue jurar que no sabía nada de lo que le
hablaba; luego, al insistir el tribuno y mostrarle el do-
cumento, Antonino le dio ánimos y le exhortó a presen-
tar pruebas. El tribuno se daba cuenta del peligro en
el que se había situado; tenía miedo de la amistad de
Severo por Plauciano, y sabía que, si la conspiración
permanecía encubierta y sin ser probada, una muerte
segura pendía sobre su cabeza. Por eso dijo: «¿Y qué 5
prueba queréis, señor, de mayor peso, o qué demostra-
ción más evidente? Permitidme que salga de palacio y
comunique a Plauciano por medio de un hombre de mi
confianza que el trabajo ha sido realizado. Él vendrá
confiado, pensando encontrar el palacio sin sus dueños.
Cuando llegue, ya es trabajo vuestro descubrir la ver-
dad. Pero ordenad que el palacio se mantenga comple-
tamente tranquilo para que el conocimiento previo de
lo ocurrido no le haga volver atrás».

[279] Aquí Herodiano parece rechazar la versión de Dión según la cual Plauciano habría sido víctima de una conspiración de su yerno Caracalla (cf. Intr., pág 17).

6 A continuación ordenó a uno de sus hombres más
adictos que llevara a Plauciano el mensaje de acudir
cuanto antes; que los dos emperadores estaban muer-
tos, y que era preciso que él estuviera en palacio antes
de que el pueblo se enterara de lo sucedido, a fin de
que, con la ciudadela ocupada y el poder consolidado,
todos, a gusto o a disgusto, lo aceptaran, no como can-
7 didato sino como emperador establecido. Ya había ano-
checido cuando Plauciano con la confianza puesta en
el mensaje, y enardecido por sus esperanzas, se puso
una coraza debajo de sus ropas para mayor seguridad;
subió luego al carro, y, sin perder un instante, se diri-
gió al palacio imperial. Lo acompañaron unos pocos que
se encontraban con él y que creyeron que los empera-
dores habían llamado a Plauciano por algún asunto
8 urgente. Al llegar a palacio, entró sin ningún impedi-
mento; los guardias no sabían nada de lo ocurrido. El
tribuno le salió al encuentro, y, tendiéndole una tram-
pa, lo saludó como emperador; lo cogió de la mano co-
mo si fueran amigos, y lo condujo a la habitación donde
9 yacían, le dijo, los cuerpos de los emperadores. Ya Se-
vero había aprestado a los jóvenes de su guardia perso-
nal para que apresaran al prefecto cuando entrara. Plau-
ciano, al entrar, vio en contra de lo que esperaba a los
dos emperadores de pie, y comprendió que estaba atra-
pado. Espantado por lo sucedido, empezó a suplicar con
insistencia, y como defensa decía que todo era mentira,
que era un montaje y una representación que se había
10 urdido en contra suya. Mientras que Severo le echaba
en cara los muchos beneficios y honores que le había
concedido, Plauciano le recordaba su lealtad y su anti-
gua amistad. La persuasiva elocuencia de Plauciano iba
ganando poco a poco a Severo hasta que apareció una
parte de la coraza al rasgarse la ropa que la cubría.
Al ver la coraza, Antonino, que era un joven resuelto
y violento, y que odiaba profundamente a Plauciano,

dijo: «Vamos a ver qué puedes contestar a dos pregun- 11
tas que voy a hacerte. Has venido de noche a ver a los
emperadores sin haber sido llamado. Entonces, ¿qué sig-
nifica esta coraza que llevas? ¿Quién va armado a un
banquete o a una fiesta?». Dichas estas palabras, ordenó
al tribuno y a los presentes que desenvainaran las espa-
das y dieran muerte al prefecto como enemigo declara-
do. Ellos sin vacilar obedecieron la orden del joven em-
perador; mataron a Plauciano, y arrojaron su cuerpo
a la vía pública para que todos pudieran verlo y para
que fuera escarnecido por quienes lo odiaban [280].

Éste fue el fin de Plauciano, que vivió dominado por
una codicia inmensa e insaciable, y que al final confió
en un ayudante desleal [281].

En lo sucesivo Severo nombró dos prefectos del pre- 13
torio [282] y él pasó la mayor parte de su tiempo en las
posesiones imperiales de las afueras de Roma o de la
costa de Campania, dedicado a su labor judicial y a la
administración del estado. Quería, en realidad, apartar a
sus hijos de la vida de Roma y que gozaran de una vida
honesta, ya que les veía entregados a los espectáculos
más de lo que convenía a unos emperadores. Su enco- 2
nada rivalidad por estos espectáculos, al provocar en-
frentamientos y desacuerdos constantes, enturbió sus
sentimientos fraternos y les incitó a una profunda ene-
mistad. Antonino estaba especialmente insoportable des-
de que se había desembarazado de Plauciano, pero res-
petaba y temía ⟨a su padre, que le impedía cometer
cualquier imprudencia⟩. Maquinaba entonces por to-
dos los medios la muerte de la hija de Plauciano, su
propia mujer. Pero Severo la desterró a Sicilia en com- 3

280 Estos hechos ocurrieron en el 205, probablemente en enero.
281 Cf. Intr., pág. 30.
282 Cf. *supra* nota 81.

pañía de su hermano[283], dándoles medios suficientes para vivir en la abundancia. Imitó el ejemplo de Augusto, que también había procedido así con los hijos de Antonio[284], a pesar de que hubiera sido su enemigo. Severo intentaba continuamente reconciliar a sus hijos e inducirlos a la concordia y a la unión recordándoles mitos y dramas antiguos, en los que siempre las desgracias sobrevenían como consecuencia de disensiones en-
4 tre reales hermanos. Les mostraba los tesoros y los templos rebosantes de dinero, una fortuna y un poder de tal magnitud que hacían imposible cualquier conspiración desde el exterior, puesto que el imperio contaba con abundantes recursos para atender al ejército sin preocupaciones ni privaciones. Las fuerzas de Roma habían sido cuadruplicadas[285], y el ejército acampado fuera[286], en defensa de la ciudad, era tan importante que ninguna fuerza exterior podía confiar en un enfrentamiento de poder a poder, ni por el número y fortaleza física de sus tropas, ni por la abundancia de recursos.
5 Pero para nada les serviría todo esto, les decía, si luchaban uno contra otro y se producía una guerra civil. Aprovechaba todas las ocasiones para hacerles reflexiones en este sentido, rogando unas veces y reprendiendo otras, y se esforzaba por reconciliarlos por medio de sus consejos; pero ellos no le escuchaban, sino que se
6 rebelaban e iban de mal en peor. Como que eran jóvenes rebosantes de salud, que, por el hecho de su poder

[283] Fueron desterrados a Lípari. Unos años más tarde Caracalla los hizo ejecutar (cf. IV 6, 3).

[284] No fue así. Marco, el hijo mayor de Antonio y de Fulvia, fue inmediatamente eliminado. Las hijas conservaron la vida pero fueron dedicadas a matrimonios de conveniencia. Tal vez aquí está pensando en los hijos de Marco y Cleopatra, perdonados por Augusto.

[285] Habían aumentado, pero no en la proporción aquí indicada. Cf. A. PASSERINI, *Le coorti pretorie*, pág. 60.

[286] La seguda legión pártica del campamento del monte Albano (cf. *infra* VIII 5, 8).

imperial, sentían una insaciable inclinación a todo tipo de placeres, cada uno de sus aduladores los incitaba en sentido contrario, tanto para prestar servicios a sus deseos y vergonzosas pasiones como en búsqueda de novedades con que dar gusto al que adulaban y disgustar a su hermano. Y eso que Severo no había vacilado en castigar a quienes había sorprendido en estos actos de servicio.

Mientras Severo andaba dolido por el género de vida 14
de sus hijos y su indecorosa afición a los espectáculos, el gobernador de Bretaña le envió un mensaje en el que le comunicaba que los bárbaros de la provincia se habían sublevado, y que saqueaban la región, llevándose botín y arruinándolo todo. Solicitaba por tanto más fuerzas en defensa de la zona o la presencia del propio emperador. Severo recibió estas noticias complacido por- 2
que, además de ser un hombre de natural amante de la gloria, deseaba levantar trofeos por sus victorias sobre los britanos que se sumaran a los triunfos y títulos conseguidos en oriente y en el norte. Pero se alegró todavía más porque quería sacar a sus hijos de Roma, pensando que recuperarían la sobriedad en medio de la disciplinada vida militar, lejos de las costumbres licenciosas de Roma. Decretó por tanto la expedición contra Bretaña[287], y, aunque era ya viejo y estaba enfermo de gota, sin embargo su espiritu era más animoso que el de cualquier joven. Es cierto que durante la ma- 3
yor parte de la marcha lo llevaron en una litera, nunca, sin embargo, se detuvo a descansar mucho tiempo. Él y sus hijos concluyeron la marcha anticipándose a cualquier previsión o noticia[288], y se presentaron en Bretaña después de cruzar el océano. Una vez allí Severo

[287] En el año 208.

[288] Cf. *supra* nota 217.

se puso a organizar los preparativos bélicos con un gran
ejército que había congregado gracias a una leva general.
4 Aterrados por la repentina llegada del emperador y
enterados de que una fuerza grandiosa se reunía contra
ellos, los britanos enviaron embajadores para tratar so-
bre la paz y para disculparse de sus anteriores errores.
5 Pero lo que pretendía Severo era prolongar su estancia
con el fin de retrasar su regreso a Roma, y quería, ade-
más, conseguir un título por su victoria contra los bri-
tanos. Despidió por tanto a los embajadores con las ma-
nos vacías y se dedicó a los preparativos para la lucha.
Realizó un especial esfuerzo por atravesar con ponto-
nes los terrenos pantanosos, con la intención de que los
soldados no tuvieran dificultad para cruzarlos y pudie-
ran combatir bien asentados sobre una base sólida.
6 La mayor parte del territorio de los britanos, inundada
continuamente por las mareas del océano, es pantano-
sa; los bárbaros se han acostumbrado a nadar por estos
terrenos inundados y a transitar por ellos con el agua
hasta la cintura. Al ir casi totalmente desnudos, no les
7 preocupa el barro. No están familiarizados al uso del
vestido, pero ciñen su cintura y su cuello con hierro,
considerando este metal como ornamento y signo de ri-
queza, lo mismo que para otros bárbaros es el oro. Tam-
bién tatúan sus cuerpos con diversos dibujos y pinturas
de todo tipo de animales; por eso no usan vestidos, pa-
8 ra no cubrir los tatuajes de sus cuerpos. Son muy be-
licosos y sanguinarios, y se defienden sólo con un estre-
cho escudo y una jabalina además de una espada que
cuelga de su cuerpo desnudo. No están acostumbrados
al uso de la coraza ni del casco, que consideran un es-
torbo para circular por las marismas. Debido a los den-
sos vapores que emanan de estos terrenos pantanosos,
la atmósfera de aquella región es siempre tenebrosa.
Atento a estas circunstancias, Severo realizó todos los
preparativos que iban a ser de utilidad al ejército ro-

mano mientras que dificultarían o impedirían el ataque
de los bárbaros.

Cuando consideró que los preparativos de guerra 9
eran suficientes, dejó a Geta, el hijo menor, en las tie-
rras sometidas a los romanos, para que administrara
justicia y dirigiera la administración civil del imperio.
Le destinó como consejeros a los amigos de mayor edad.
Luego él en compañía de Antonino se lanzó contra los
bárbaros. Cuando el ejército hubo cruzado los ríos y las 8
fortificaciones que señalaban las líneas fronterizas del
imperio romano, se produjeron frecuentes enfrentamien-
tos y escaramuzas con la consiguiente derrota de los
bárbaros. Su retirada resultaba fácil ya que por su co-
nocimiento del lugar se ocultaban en bosques y panta-
nos; todos estos sitios ofrecían mayor dificultad a los
romanos, y así se alargaba la guerra.

Pero una enfermedad más larga se apoderó de Se- 15
vero, que era ya un viejo, y lo obligó a permanecer en
su residencia. Intentó entonces enviar a Antonino para
que se hiciera cargo de la guerra. Antonino, sin embar-
go, se interesaba poco por la guerra contra los bárba-
ros; su preocupación era ganarse al ejército, y, con el
objetivo de conseguir el mando único, intentaba persua-
dir a todos a que sólo estuvieran atentos a su persona
mientras que desacreditaba a su hermano. La enferme-
dad de su padre se prolongaba mucho y su tardanza
en morir le resultaba una pesada carga, hasta el punto
de que intentó persuadir a médicos y sirvientes a que
cometieran un error en su labor de cuidar al anciano,
a fin de desembarazarse de él lo más pronto posible.
Pero al cabo Severo murió consumido por su largo su-
frimiento, después de una vida militar más gloriosa que
la de cualquier otro emperador [289]. Ninguno de sus pre- 3

[289] Septimio Severo murió el 4 de febrero del año 211 en *Eburacum*, la actual York, a los sesenta y cinco años (cf. *supra* nota 183).

decesores había conseguido tantas victorias ni en guerras civiles contra sus rivales ni en sus expediciones contra los bárbaros. Después de estar al frente del imperio durante dieciocho años [290], dio paso a la sucesión de sus jóvenes hijos, dejándoles una fortuna como nunca nadie había dejado y un ejército invencible.

4 Antonino, tan pronto como su padre hubo muerto, tomó el poder, e inmediatamente empezó a llenar de muertes la casa de su padre; eliminó a los médicos porque le habían desobedecido al mandarles que cometieran un error y que precipitaran la muerte del anciano, y a quienes habían cuidado de su educación y de la de su hermano, por su insistencia en rogarle que se reconciliara con Geta. No permitió que sobreviviera ninguno de los que habían contado con la estimación del ancia-
5 no o le habían servido. Con regalos privados y grandes promesas trataba de ganarse a los jefes del ejército a fin de que intentaran persuadir a las tropas a proclamarlo emperador en solitario. Al mismo tiempo ideaba todo tipo de artimañas contra su hermano. Pero no consiguió convencer al ejército; los soldados, recordando a Severo, y que habían tratado igual a los dos desde niños, les ofrecieron entonces igual servicio y lealtad.
6 Después de este intento fallido de ganarse al ejército, Antonino pactó con los bárbaros concediéndoles la paz a cambio de garantías. Luego salió del territorio de los bárbaros y corrió a encontrarse con su hermano y con su madre [291]. Cuando estuvieron juntos, su madre intentó reconciliarlos, y también lo intentaron algunos distinguidos ciudadanos y consejeros, amigos de su padre.
Al encontrarse con una total oposición a su propósito, 7
Antonino, más por necesidad que por convencimiento, acabó por aceptar la concordia y una amistad más fingida que verdadera. Así los dos se hicieron cargo del gobierno del imperio con igual poder. Decidieron luego zarpar de Bretaña y dirigirse rápidamente a Roma con los restos mortales de su padre. El cuerpo de Severo había sido incinerado y sus cenizas con perfumes habían sido colocadas en una urna de alabastro, que se llevaron entonces a Roma para depositarla en el sagrado mausoleo imperial [292]. Embarcaron consigo al ejér- 8
cito, ya como vencedores de los britanos, y, después de cruzar el océano, arribaron a la costa de Galia situada enfrente.

En este libro queda descrito cómo Severo terminó sus días y cómo sus hijos le sucedieron en el poder.

---

290 Herodiano redondea la cantidad puesto que el reinado de Septimio Severo duró diecisiete años y alrededor de nueve meses (17 años, 9 meses y 25 días a partir del *dies imperii* militar: 17 años, 8 meses y 15 días a partir del *dies imperii* senatorial. Cf. Intr., págs. 37-38). Cf. también Intr., págs. 45-46.

291 Julia Domna, hija de Julio Basiano, sacerdote del sol, de Emesa (cf. cuadro genealógico 2). Se casó con Septimio Severo en el año 185. Los astrólogos habían anunciado que Julia se casaría con un emperador y es sabido lo sensible que era Severo a los presagios (cf. *supra* nota 188). Julia Domna fue una mujer inteligente y culta que se rodeó de hombres como Filóstrato, Diógenes Laercio y Eliano.

292 El Mausoleo de Adriano, el actual castillo de Sant' Angelo. Cf. *infra* IV 1, 4.

LIBRO IV

1 En el libro anterior [293] han quedado descritas las acciones de Severo en sus dieciocho años de emperador. Sus hijos, todavía unos jóvenes, junto con su madre regresaron apresuradamente a Roma, y ya manifestaron su desacuerdo durante el camino. Ni paraban en los mismos alojamientos, ni comían juntos; cada uno miraba con gran recelo todo lo que comía y bebía, no fuera que el otro se hubiera adelantado y a escondidas, o por me-
2 dio de algún criado, le hubiera puesto un veneno. Por eso aceleraron todavía más su marcha, animados uno y otro por la esperanza de vivir con mayor seguridad cuando llegaran a Roma y se repartieran el palacio. Allí los dos podrían llevar la vida que quisieran, cada uno por su lado, en un edificio amplio y espacioso, mayor que toda una ciudad [294].

3 Cuando llegaron a Roma [295], el pueblo los recibió con ramas de laurel y el senado les presentó sus saludos. Los dos hermanos abrían la procesión vestidos con la púrpura imperial, y seguían detrás de ellos los cónsules en ejercicio llevando la urna que contenía los restos mortales de Severo. Todos los que habían ido a

[293] Cf. *supra* nota 214.

[294] En realidad era un complejo de diversos edificios: *domus Augustana, Tiberiana, Flavia, Severiana*, etc.

[295] En mayo del 211.

saludar a los nuevos emperadores también se prosternaron ante la urna. El cortejo siguió dando escolta a la 4
urna hasta que la depositaron en el templo donde se veneran los sepulcros de Marco y de sus predecesores [296]. Luego, después de celebrar las ceremonias de ritual en la entrada de emperadores en la ciudad, los dos hermanos se dirigieron a palacio. Dividieron el palacio 5
y cada uno habitó su parte; todos los pasos privados fueron cerrados y sólo quedaron abiertas las entradas públicas [297]. Cada uno nombró sus propios guardias, y nunca se les vio juntos, a no ser en breves apariciones en público en alguna ocasión. Pero lo primero que hicieron fue celebrar las honras fúnebres por su padre.

Es costumbre entre los romanos deificar a los em- 2
peradores que han muerto dejando a sus hijos como sucesores. Esta ceremonia recibe el nombre de apoteosis [298]. Por toda la ciudad aparecen muestras de luto en combinación con fiestas y ceremonias religiosas. Entie- 2
rran el cuerpo del emperador muerto al modo del resto de los hombres, aunque con un funeral fastuoso. Pero luego modelan una imagen de cera, enteramente igual al muerto, y la colocan sobre un enorme lecho de marfil cubierto con ropas doradas, que es expuesto en alto en el atrio de palacio. La imagen refleja la palidez de 3
un hombre enfermo. El lecho está rodeado de gente la mayor parte del día. El senado en pleno se sitúa en el lado izquierdo, vestidos con mantos negros; en el derecho están todas las mujeres a quienes la dignidad de sus maridos o padres hace partícipes de este alto ho-

[296] Cf. *supra* nota 292.

[297] El conocimiento del palacio imperial que parece tener Herodiano apoya la teoría de que estaba en la corte (cf. Intr., pág. 30).

[298] Ceremonia llamada en griego *apothéōsis* y en latín *consecratio*, aunque el término griego también fue usado en latín. En este pasaje Herodiano nos da una descripción detallada. Cf. Intr., pág. 68.

nor. Ninguna de ellas lleva oro ni luce collares, sino
que, vestidas de blanco y sin adornos, ofrecen una ima-
4 gen de dolor. Esta ceremonia se cumple durante siete
días. Cada día los médicos acuden y se acercan al lecho,
simulando que examinan al enfermo, y cada día anun-
cian que va peor. Luego, cuando ven que ha muerto,
los miembros más nobles del orden ecuestre y jóvenes
escogidos del orden senatorial levantan el lecho, lo lle-
van por la Vía Sacra, y lo exponen en el foro anti-
guo [299], en el sitio donde los magistrados romanos re-
5 nuncian a sus cargos [300]. A ambos lados se levantan
unos estrados dispuestos en gradas; en un lado se en-
cuentra un coro de niños de familias nobles y patricias,
y en el opuesto hay uno de mujeres de elevado rango.
Cada coro entona himnos y cantos en honor del muerto,
6 interpretados en un ritmo solemne y lamentoso. A con-
tinuación vuelven a levantar en andas el fúnebre lecho
y lo llevan fuera de la ciudad, al Campo de Marte, don-
de han erigido, en el lugar más abierto, una construc-
ción cuadrada sin otro material que enormes maderos
7 ensamblados en un armazón a modo de casa. En su
interior está completamente llena de leña, y por fuera
está decorada con tapices tejidos en oro, estatuillas de
marfil y pinturas diversas. Sobre este cuerpo se levanta
otro, semejante en forma y decoración, pero más pe-
queño y con ventanas y puertas abiertas. Luego hay un
tercero y un cuarto, siempre el de encima menor que
el de debajo hasta que se llega al último, el más peque-
8 ño de todos. La forma de esta construcción es compara-
ble a las torres de luces que hay en los puertos, cuyo
fuego orienta de noche las naves hacia fondeaderos se-

[299] El Foro Antiguo o *Forum Romanum* al que se añadieron los nuevos foros de los emperadores.

[300] La tribuna antigua *(rostra vetera)* situada en la parte norte del Foro por oposición a los *rostra Iulia*. Allí tenía lugar la ceremonia de la *abdicatio*.

guros; son las torres normalmente conocidas con el nom-
bre de faros [301]. Suben luego el féretro y lo colocan en
el segundo compartimento. Esparcen entonces todo ti-
po de inciensos y perfumes de la tierra y vuelcan mon-
tones de frutos, hierbas y jugos aromáticos. No es po- 9
sible encontrar ningún pueblo ni ciudad ni particular
de cierta alcurnia y categoría que no envíe con afán de
distinguirse estos dones postreros en honor del empe-
rador. Cuando se ha apilado un enorme montón de pro-
ductos aromáticos y todo el lugar se ha llenado de per-
fumes, tiene lugar una cabalgata en torno de la pira,
y todo el orden ecuestre cabalga en círculo, en una for-
mación que evoluciona siguiendo el ritmo de una danza
pírrica. También giran unos carros en una formación 10
semejante, con sus aurigas vestidos con togas bordadas
en púrpura. En los carros van imágenes con las másca-
ras de ilustres generales y emperadores romanos. Cum-
plidas estas ceremonias, el sucesor del imperio coge una
antorcha y la aplica a la torre, y los restantes encien-
den el fuego por todo el derredor de la pira. El fuego
prende fácilmente y todo arde sin dificultad por la gran
cantidad de leña y de productos aromáticos acumula-
dos. Luego, desde el más pequeño y último de los pisos, 11
como desde una almena, un águila es soltada para que
se remonte hacia el cielo con el fuego. Los romanos [302]
creen que lleva el alma del emperador desde la tierra
hasta el cielo [303]. Y a partir de esta ceremonia es vene-
rado con el resto de los dioses.

[301] El nombre de la isla *(Pharos)* situada frente a la costa egipcia en Alejandría donde se construyó una enorme torre de mármol blanco considerada como una de las siete maravillas de mundo. La obra fue realizada durante el reinado de Ptolomeo II Filadelfo (cf. *supra* nota 20); se concluyó en el 279 a. C. y su arquitecto fue Sóstrato de Cnido.

[302] Cf. Intr., pág. 20. De pasajes como éste puede deducirse que el público de Herodiano era griego u oriental.

[303] Escena que encontramos representada en monedas y en esculturas.

3 Después de deificar a su padre con estas honras fúnebres, los hijos volvieron a palacio. Pero a partir de entonces entre ellos no hubo más que peleas, odios e intrigas; cada uno lo intentaba todo para desembarazarse de su hermano y hacerse con el poder absoluto.
2 Estaban divididas las opiniones de todos los ciudadanos de cierto rango o dignidad; pues los dos hermanos enviaban cartas privadas y secretas en un intento de conseguir apoyos con el atractivo de extraordinarias promesas. La mayoría estaban por Geta, pues ofrecía una cierta apariencia de equidad y se mostraba como hombre moderado y afable ante quienes se le acercaban [304].
3 Se ocupaba de actividades más serias, y procuraba atraer a su corte a hombres aplaudidos por su cultura; se interesaba asimismo por la palestra y por los otros ejercicios gimnásticos propios de hombres libres [305]. Al ser bueno y generoso con sus partidarios, su excelente reputación se propalaba y le granjeaba la amistad y el soporte de un mayor número de gentes. Para Antonino, por el contrario, la dureza y la violencia eran normas
4 de conducta. Estaba muy lejos de lo que hemos dicho respecto a su hermano, y pretendía ser un enamorado de la vida de los soldados en campaña. Todo lo hacía con violencia, amenazando más que convenciendo; tenía amigos por miedo, no por afecto.

En estas circunstancias los hermanos peleaban por todo lo que hacían, hasta por los asuntos más insignifi-
5 cantes, y su madre se esforzaba por reconciliarlos. Y ocurrió que los dos pensaron en repartirse el imperio [306] a fin de no seguir en Roma en aquella situación

[304] En este pasaje Geta aparece caracterizado como *optimus princeps* en oposición a Caracalla que representa la figura del tirano. Esta descripción de Geta contrasta con la de III 10, 3-4. Herodiano quiso subrayar las diferencias entre los dos hermanos.

[305] Cf. Intr., pág. 25.

[306] Este proyecto de división del imperio podía estar en la línea de los principados dobles (Augusto-Agripa, Tiberio-Germánico, M.

de intrigas recíprocas. Convocaron, pues, a los consejeros de su padre y, en presencia de su madre, decidieron que el imperio fuera dividido. Antonino tendría todas las provincias de Europa, mientras que Geta recibiría todo el continente situado enfrente de Europa, conocido con el nombre de Asia. Dijeron que la providencia 6
divina [307], por medio de las aguas de la Propóntide, había separado los continentes de aquel modo. Acordaron además que Antonino establecería su campamento en Bizancio, mientras que Geta lo haría en Calcedón de Bitinia, de suerte que los dos ejércitos, situados frente a frente, defenderían el imperio de cada uno e impedirían el paso. Decidieron también que todos los senadores de Europa se quedarían en Roma, y que los originarios de Asia se marcharían con Geta [308]. Geta dijo que 7
la capital idónea para su imperio podría ser tanto Antioquía como Alejandría, dos ciudades que consideraba casi tan grandes como Roma. En cuanto a los territorios del Sur, Mauritania, Numidia y las tierras situadas junto a Libia, fueron adjudicadas a Antonino, mientras que los territorios al este de aquellas quedaban para Geta. Mientras ellos dos tomaban estos acuer- 8
dos, todos los demás con las caras sombrías miraban al suelo. Entonces Julia les dijo: «Habéis hallado, hijos míos, el medio de repartir la tierra y el mar, y es cierto que el Ponto separa los continentes. ¿Pero cómo ibais a repartir a vuestra madre? ¿Y cómo, mísera de mí, sería partida y distribuida a cada uno de vosotros? Matadme, como es natural, primero, y que cada uno separe su parte y la entierre en su territorio. Así, también

Aurelio-L. Vero) o suponer una separación más profunda de alcance territorial.

[307] Cf. *supra* nota 35.

[308] Muchos de los senadores de la aristocracia antonina procedían de Oriente (cf. Intr., pág. 56). En esta división hubieran quedado con Geta, más cercano a sus ideales.

yo sería repartida entre vosotros, lo mismo que la tie-
9 rra y el mar». Dijo estas palabras entre lágrimas y
gemidos, y luego tendió sus brazos en torno a los dos
y los estrechó en un abrazo, en un intento de reconci-
liarlos. La piedad se adueñó de la situación y la reunión
fue disuelta; se rechazó el proyecto y los dos hermanos
volvieron a palacio, cada uno a sus propias dependencias.

4 Pero el odio y la rivalidad iban en aumento. Siempre
que debían efectuar nombramientos para cargos milita-
res o civiles, cada uno quería promover a sus propios
amigos. Cuando administraban justicia, emitían juicios
contrarios, a veces en perjuicio de quienes eran juzga-
dos, pues en ellos podía más la rivalidad que la justicia.
2 Hasta en los juegos apoyaban a bandos contrarios. Pre-
paraban todo tipo de intrigas e intentaban persuadir a
coperos y cocineros a que pusieran algún veneno mor-
tal. Pero no era empresa fácil para nadie, puesto que
se extremaban las medidas de seguridad y la vigilancia.
Finalmente, Antonino ya no pudo soportar la situación
y, espoleado por su deseo de ser el único soberano, de-
cidió que no le quedaba otra alternativa, o triunfar o
caer noblemente abriéndose camino con su espada en-
3 sangrentada. Puesto que sus planes secretos no habían
obtenido ningún resultado, pensó en la necesidad de ju-
garse el todo por el todo [309]. *** ... su madre por amor
y su hermano a causa del engaño.

Geta fue herido mortalmente y expiró derramando
su sangre sobre el pecho de su madre [310]. Antonino,
después de llevar a cabo el asesinato, salió corriendo
de la habitación y se puso a gritar por todo el palacio

[309] Aquí hay una laguna en todos los manuscritos. Según DIÓN-XIFIL., LXXVII 2, Geta hacía que lo custodiaran día y noche, pero en una ocasión que fue a las habitaciones de su madre unos enviados de su hermano le dieron muerte.

[310] A fines de febrero del 212, probablemente el 27.

que había escapado de un gran peligro y que apenas
se había salvado. Ordenó luego a los soldados de la 4
guardia de palacio que se lo llevaran y lo condujeran
al campamento. Les dijo que allí, bajo su custodia, esta-
ría a salvo, pero que, si se quedaba en el palacio impe-
rial, perecería. Aquellos confiaron en sus palabras, y,
sin saber lo que había ocurrido dentro, todos salieron
con él en precipitada carrera. La turbación se apoderó
del pueblo cuando vieron que el emperador, al anoche-
cer, atravesaba la ciudad a todo correr. Tan pronto 5
como se encontró en el campamento y en el templo
donde los estandartes y las imágenes del ejército son
venerados [311], se arrojó al suelo, y luego ofreció un sa-
crificio en acción de gracias por su salvación. Cuando
esto llegó a oídos de los soldados, como que algunos
de ellos estaban en el momento del baño y otros ya
se habían acostado, todos acudieron con gran sobresalto.
Antonino se presentó ante ellos, pero no confesó en 6
seguida lo ocurrido. Empezó diciéndoles a voz en grito
que había escapado de la peligrosa conspiración de un
hombre que era un enemigo público y adversario perso-
nal —de esta forma se refería a su hermano—, y que,
a duras penas, tras una larga lucha, había conseguido
vencer a su enemigo. Los dos habían corrido peligro,
pero la fortuna sólo había velado por uno de ellos para
que fuera el emperador. Así, con estos rodeos, preten-
día que entendieran lo ocurrido sin necesidad de otra
declaración [312]. Para celebrar su salvación y la conse- 7
cución del mando único, les prometió dos mil quinien-
tas dracmas áticas [313] a cada soldado, y les aumentó su

[311] El *sacellum*.

[312] Cf. *Historia Augusta. Caracallus* 2, 10, donde se dice que Caracalla dirigió al senado un discurso confuso y elíptico.

[313] La expresión en dracmas en lugar de denarios puede deberse simplemente a un uso aticista del término dracma equivaliendo a denario (cf. DIÓN-XIFIL., LV 12, 4-5). Puede explicarse asimismo por el

paga en una mitad de lo que venían cobrando [314]. Les
dijo además que ya podían ir a coger el dinero de tem-
plos y tesoros, dilapidando en un solo día sin ningún
cuidado toda la fortuna que durante dieciocho años Se-
vero había amasado y guardado a expensas de la desgra-
8 cia ajena. Cuando los soldados oyeron hablar de una tan
elevada suma de dinero, aunque ya estaban enterados
de lo ocurrido, debido a que los fugitivos de palacio ha-
bían divulgado la historia del asesinato, sin embargo
aclamaron a Antonino único emperador y declararon a
Geta enemigo público.

5 Aquella noche Antonino permaneció en el templo
del campamento, animado porque se había ganado el
apoyo de los soldados mediante donativos. Al día siguien-
te se dirigió al senado con toda la guardia pretoriana,
más pertrechada de lo que era su costumbre cuando
2 escoltaba al emperador [315]. Entró en el senado y ofre-
ció un sacrificio; luego subió al trono imperial y pro-
nunció las siguientes palabras: «No desconozco el odio
que todo homicidio familiar provoca tan pronto como
se descubre; su sola mención hiere nuestros oídos e
inmediatamente suscita duros reproches. La piedad, cier-
tamente, es compañera del fracaso, y la envidia del triun-
fo. Y en tales circunstancias se considera que el venci-

deseo de lograr una mejor compresión por parte de un auditorio no romano (cf. Intr., pág. 25). El carácter muy fluctuante del denario en aquella época podría explicar también la expresión en un sistema monetario muy difundido. La dracma ática era una moneda de plata muy conocida cuyo peso era de 4,25 gr. El denario se había devaluado notablemente durante los reinados de Marco Aurelio y de Cómodo, y, en época de Septimio Severo, su peso era de 3,40 gr. pero contenía sólo 1,70 gr. de plata.

314 La soldada de un legionario era de 500 denarios en época de Septimio Severo y subió a 750 durante el reinado de Caracalla (cf. D. van Berchem, *L'annone militaire...*, pág. 125).

315 Cf. *supra* II 2, 9 y II 13, 2.

do es víctima de la injusticia, y que el vencedor es
quien la comete. Pero si alguien, con recto juicio y sin 3
ninguna predisposición en favor del caído, reflexiona so-
bre los hechos, e investiga su causa profunda, puede
descubrir que es tan razonable como necesario que quien
se encuentra en situación de peligro se defienda y no
quiera verse sometido; pues a la desgracia del caído tam-
bién le acompaña el reproche de cobardía, mientras que
el vencedor se lleva, además de la salvación, la fama
de valentía. Por lo demás, vosotros podéis llegar a 4
averiguar mediante tortura cuántas veces conspiró con-
tra mí con venenos y todo tipo de engaños. Por esto,
ciertamente, he ordenado que sus servidores estuvieran
aquí, para que vosotros encontréis la verdad. Algunos
de ellos han sido interrogados y podéis escuchar su con-
fesión. Pero el último episodio ocurrió cuando yo esta-
ba con mi madre y él me atacó con algunos hombres
armados con espadas, preparadas para aquella acción. 5
Yo, sin embargo, con gran previsión y astucia, me ente-
ré de lo que se tramaba, y me defendí como contra un
enemigo, puesto que él no mostraba ninguno de los sen-
timientos propios de un hermano. Y defenderse de los
conspiradores no sólo es una acción justa, sino que cuen-
ta además con el respaldo de la costumbre. Ahí tene-
mos el ejemplo del mismo fundador de esta ciudad, Ró-
mulo, que no soportó a su hermano sólo porque hizo
burla de su obra. Paso por alto a Germánico [316], her- 6
mano de Tiberio, a Británico [317], hermano de Nerón, y

316 Puesto que todos los ejemplos son casos de hermanos debe referirse a Druso, llamado también Germánico, que fue hermano de Tiberio y padre de Claudio y de Germánico. Se decía que había sido envenenado (cf. Suetonio, *Claudio* 1, 4) y que Tiberio lo odiaba (cf. Suetonio, *Tiberio*, 50, 1). Una muerte semejante tuvo también su hijo, el famoso Germánico, sobrino e hijo adoptivo de Tiberio (cf. id. 52). Debe recordarse que es un pasaje corrupto que fue enmendado por Sylburg.

317 Nerón y Británico eran hermanos de adopción y es cierto que

a Tito, de Domiciano[318]. El mismo Marco, que hacía gala de su filosofía y de su moderación, no soportó la insolencia de Lucio, su yerno, sino que mediante una intriga lo eliminó[319]. Yo, ciertamente, me he vengado de mi enemigo por los venenos que se me preparaban y la espada que pendía sobre mí. Y fueron sus acciones
7 las que le dieron el nombre de enemigo. Es, por tanto, vuestro primer deber dar gracias a los dioses porque al menos os han dejado a uno de vuestros emperadores; debéis luego poner término a la división de sentimientos y opiniones, y vivir sin preocupaciones, atentos a vuestro único emperador. Júpiter otorga el poder imperial a un solo hombre, del mismo modo que él es el único señor de los dioses». Pronunció estas palabras a voz en grito, terriblemente encolerizado, mirando torvamente a los amigos de Geta hasta el extremo de dejarlos temblorosos y pálidos. Luego regresó a palacio.

6 Inmediatamente toda la corte y amigos de Geta fueron asesinados[320], y también el personal de la parte del palacio que él ocupaba; todos los que estaban a su servicio fueron eliminados. No hubo ninguna consideración por la edad, ni siquiera por los niños. Después de ser arrastrados y de sufrir todo tipo de vejámenes, los cadáveres fueron apilados sobre carros y sacados fuera de la ciudad, donde fueron quemados a montones o tira-
2 dos de cualquier manera. Nadie que se hubiera relacionado, siquiera un poco, con Geta, sobrevivió. Atletas y aurigas e intérpretes de todos los géneros, todos los

Nerón hizo envenenar a Británico (cf. SUETONIO, *Claudio* 33, 2 y TÁCITO, *Anales*, 13, 17).

318 Cf. SUETONIO, *Tito* 9, 3 y *Domiciano* 2, 3.

319 Lucio Vero y Marco Aurelio eran también hermanos por adopción (cf. cuadro genealógico 1). Existía este rumor sobre la muerte de L. Vero (cf. *Historia Augusta, Marco* 15, 5-6 y *Vero* 11, 2). Sin duda no era más que un rumor.

320 Cf. Intr., pág. 56.

que habían deleitado la vista o el oído de Geta, fueron destruidos. Los senadores que sobresalían por su linaje o por su fortuna fueron ejecutados como amigos de Geta por causas insignificantes o incluso inexistentes, víctimas de cualquier delación. Mató a la hermana de 3
Cómodo[321], que era ya una anciana, y que había sido honrada por todos los emperadores como hija de Marco. Alegó que había llorado con Julia, su propia madre, por la muerte de Geta. También dio muerte a la que había sido su mujer, la hija de Plauciano[322], que vivía en Sicilia; a un amigo suyo que llevaba el mismo nombre que Severo, al hijo de Pértinax[323] y al de Lucila[324], hermana de Cómodo, y a cualquiera que fuera de estirpe imperial o senador descendiente de familia patricia; a todos los exterminó. Luego envió por los gobernado- 4
res[325] y procuradores de las provincias y los eliminó a todos alegando que eran amigos de Geta. Cada noche traía la noticia de asesinatos de hombres de toda condición. Enterró vivas a sacerdotisas de Vesta con la acusación de que no habían observado su voto de castidad. Pero el colmo fue un hecho del que no había precedentes. Mientras estaba contemplando una carrera de carros, el público abucheó a un auriga por el cual él se interesaba. Interpretando que era él el afrentado, ordenó a las tropas que arremetieran contra la muchedumbre y que detuvieran y ejecutaran a quienes hubieran insultado al auriga. Viéndose con licencia para matar y 5
robar, no pudiendo, por otra parte, descubrir a los responsables de los abucheos (pues era imposible encon-

321 Cornificia (cf. *supra* notas 7 y 11). Tras la muerte de Cornificia la única hija de Marco que quedaba con vida era Vibia Sabina.

322 Cf. *supra* notas 276 y 283.

323 Publio Helvio Pértinax, cónsul *suffectus* en el 212.

324 Ti. Claudio Aurelio Pompeyano, cónsul en el 209.

325 El gobernador de Bética, Sexto Cecilio Emiliano, fue ejecutado (cf. DIÓN, *Excerpta Valesiana*, LXXVII 20, 4).

tralos en medio de tanta gente sin que nadie confesara),
los soldados detenían de forma indiscriminada a quie-
nes caían en sus manos y les daban muerte, o, tras qui-
tarles todo lo que tenían en concepto de rescate, a lo
último les perdonaban la vida.

7 A causa de acciones como ésta, la conciencia de
sus crímenes lo atormentaba. Detestando además la vi-
da de la ciudad, decidió marcharse de Roma con el pro-
pósito, presumiblemente, de ocuparse de la administra-
2 ción militar y de inspeccionar las provincias[326]. Así,
pues, tras salir de Italia y llegar a orillas del Danubio,
se puso a dirigir la parte norte del imperio. Se ocupó
de ejercicios físicos, carreras de carros y combates frente
a frente con todo tipo de animales salvajes, y de unos
pocos juicios en los que, sin embargo, se mostró certe-
ro en sus conclusiones y rápido en dictar la sentencia
3 consiguiente. Se ganó a todos los germanos de allende
la frontera, y los indujo a la amistad de tal forma que
pudo obtener de ellos tropas auxiliares y formar su pro-
pia guardia personal con hombres seleccionados por su
fuerza y apariencia. Con frecuencia, quitándose el man-
to romano, se vestía con prendas germánicas y aparecía
con el sobretodo con bordados plateados que ellos usan
normalmente[327]; además se ponía en la cabeza una pe-
4 luca rubia peinada al estilo germánico. Los bárbaros
se complacían con estos detalles y lo adoraban. Tam-

326 Después del asesinato de Geta, en el 212, se sitúa la famosa *Constitutio Antoniniana* de Caracalla por la que se extendía la ciudadanía romana a todos los habitantes del imperio. Herodiano no menciona aquí este edicto. Es una de sus omisiones (cf. Intr., págs. 48-49). Por otra parte Caracalla realiza dos expediciones a Germania (una en el 203 y otra en el 204) que en este pasaje (IV 7) aparecen unificadas. Los problemas y la impopularidad a causa del asesinato de Geta lo llevaron probablemente a buscar apoyo en las provincias y a marchar de Roma.

327 El *caracallus*. De ahí el sobrenombre del emperador.

bién los soldados romanos estaban contentos con él,
sobre todo por los donativos que les repartía generosa-
mente, pero también porque todo lo hacía como un sol-
dado raso; si era preciso excavar un foso, era el prime-
ro en coger la pala, y lo mismo si había que pontear un
río o terraplenar una zanja. Cualquier trabajo manual 5
que supusiera esfuerzo físico él era el primero en em-
prenderlo. Su mesa estaba puesta con sencillez y en oca-
siones usaba una simple vajilla de madera para beber
y comer. Se llevaba a la boca un pan poco elaborado,
pues molía con sus propias manos el grano que necesi-
taba para el consumo, y lo comía después de trabajar
él mismo la masa y de cocerlo sobre el carbón de leña.
Prescindía de cualquier lujo y sólo hacía uso de lo menos 6
costoso, que estuviera al alcance del más pobre de sus
soldados. Proclamaba su deseo de que le llamaran ca-
marada en lugar de emperador. Con frecuencia marcha-
ba a pie con ellos, montando pocas veces en carro o
caballo, y transportaba su propio equipo. En alguna 7
ocasión incluso se cargaba sobre sus hombros alguno
de los estandartes, que, al ser muy largos y estar ador-
nados con medallones de oro, apenas podían llevarlos
los soldados más fuertes. Así, gracias a acciones como
ésta y otras similares, sus hombres lo querían por sus
virtudes militares y lo admiraban por su fuerza. Y sin
duda era un hecho admirable el que un hombre de tan
baja estatura fuera capaz de tan esforzadas empresas.

Después de concluir su misión en el ejército del 8
Danubio y descender hacia Tracia, territorio vecino de
Macedonia, de repente se convirtió en un nuevo Alejan-
dro. Por todos los medios restauró su memoria, y orde-
nó que en todas las ciudades se pusieran sus imágenes
y estatuas; incluso llenó el Capitolio y otros templos de
Roma con aquellas estatuas y pinturas que destacaban
su parecido con Alejandro. En algunos sitios pudimos 2

ver [328] imágenes ridículas, en las que se representaba un solo cuerpo con dos medias caras en el contorno de una sola cabeza; una era de Alejandro y otra de Antonino. Y él mismo se presentaba vestido al modo macedonio, con la causía [329] en su cabeza y las crépidas [330] como calzado. Formó unas tropas de élite con jóvenes escogidos y las llamó «falange macedónica»; y ordenó que sus jefes tomaran los nombres de los generales de
3 Alejandro. También envió a buscar jóvenes de Esparta, y les dio el nombre de «cohorte laconia de Pitana» [331].

A continuación, después de atender también a diversos asuntos de las ciudades en la medida de lo posible, marchó apresuradamente hacia Pérgamo en Asia, deseoso de probar los remedios de Esculapio. Una vez allí, experimentó a su entera satisfacción el tratamiento de
4 la incubación [332], y luego se fue a Ilión. Allí recorrió

---

[328] Cf. Intr., pág. 68.

[329] Cf. *supra* nota 22.

[330] El término *crépidas (krēpîdes)* se aplicó a diversos modelos de calzado. Originariamente eran una especie de sandalias reforzadas y fueron el calzado de campesinos y soldados. Pero también fue calzado de lujo y elegante, muy usado por las mujeres. En Roma se consideraba, además, una moda extranjera. En Macedonia, para ceñirnos a la referencia del texto, las usaban los hombres y eran un calzado militar, muy adecuado para la marcha.

[331] Pitana era uno de los antiguos poblados *(kômai)* de Esparta. Respecto a la llamada «compañía de Pitana» debemos recordar que Tucídides (I 20) negaba su existencia. Heródoto, sin embargo, se refiere a ella en su descripción de la batalla de Platea (IX 53).

[332] El paciente-peregrino que acudía a un santuario de Esculapio era sometido primero a dietas, baños y purificaciones; pasaba después al tratamiento de la *incubatio:* pasaba una o varias noches durmiendo en el santuario y el dios de la medicina se le aparecía en sueños para indicarle el remedio más adecuado. Una vez realizada la *incubatio,* el sacerdote, si era necesario, explicaba o interpretaba el sueño. Caracalla, según lo que nos ha dicho Herodiano en IV 7, era un hombre muy fuerte. Parece, sin embargo, que padecía una debilidad sexual (DIÓN-XIFIL., LXXVIII 16, 1), razón por la cual habría acudido al santuario de Pérgamo.

todas las ruinas de la ciudad y visitó la tumba de Aquiles [333], que cubrió con coronas y flores. Y otra vez se transformó, esta vez en Aquiles. Entonces, buscando a alguien para el papel de Patroclo, así fue cómo lo encontró. Entre sus libertos tenía un favorito llamado Festo, que estaba al frente de la secretaría imperial. Este hombre murió durante la estancia de Antonino en Ilión; hubo quien dijo que fue envenenado para poder ser honrado con unos funerales como Patroclo, pero según otras
opiniones, falleció a causa de una enfermedad [334]. Lo 5
cierto es que Antonino ordenó la conducción del cadáver y la construcción de una pira con abundante leña. Después de colocar el cuerpo en el centro de la pira, degolló todo tipo de animales a su alrededor y encendió la leña; tomó luego una copa para las libaciones y dirigió una súplica a los vientos. Y cayó en el ridículo al buscar un mechón de su cabello para depositarlo en el fuego, puesto que era muy calvo [335]. Pero todavía pudo cortarse el poco pelo que tenía. Los más altos elogios que dedicaba a un general eran para el romano Sila y para el libio Aníbal, a quienes dedicó estatuas y pinturas.

Después de partir de Ilión recorrió toda Asia, Biti- 6
nia y las restantes provincias, ocupándose en cada sitio de lo que era preciso, y llegó a Antioquía, donde fue recibido suntuosamente; pasó allí un cierto tiempo hasta que se puso en camino hacia Alejandría con el pretexto de que deseaba ver la ciudad fundada en honor de Alejandro y honrar al dios [336] que aquel pueblo ve-

---

[333] Apolonio de Tiana, por quien se interesaba tanto Julia Domna, también había visitado la tumba de Aquiles. Cf. FILÓSTRATO, *Vida de Apolonio de Tiana* IV 11-60, trad., introd. y notas de A. Bernabé, Madrid, Bibl. Clás. Gredos 18, 1979, págs. 233-241.

[334] Intr., págs. 68-69.

[335] Cf. HOMERO, *Ilíada* XXIII 138 ss.

[336] Sérapis.

7 nera especialmente [337]. Alegaba, pues, dos importantes motivos, el culto al dios y la memoria del héroe. Ordenó, por tanto, que se prepararan solemnes sacrificios de reses y ofrendas de todo tipo en honor del héroe. Tan pronto como estas noticias llegaron a las gentes de Alejandría, pueblo de natural irreflexivo y fácilmente influenciable, se quedaron gratamente sorprendidos al enterarse del extraordinario afecto del emperador.
8 Le prepararon, en consecuencia, un recibimiento como jamás —decían— se había tributado a un emperador. Por todo había instrumentos musicales de todas clases que ejecutaban un variado concierto. Fragancias de todo tipo de perfumes e inciensos invadían las entradas de la ciudad. Honraron el paso del emperador con an-
9 torchas y lluvias de flores. Tan pronto como entró en la ciudad con todo el ejército, se dirigió al templo, donde realizó muchos sacrificios y cubrió los altares de incienso. Desde allí marchó a la tumba de Alejandro; se quitó su manto de púrpura, sus anillos de piedras preciosas, su cinturón y todo lo que llevaba de valor, y lo depositó sobre el sepulcro del héroe.

9 Al ver esto, el pueblo se alegró sobremanera y pasó toda la noche celebrándolo sin conocer el oculto designio del emperador. Todas aquellas manifestaciones eran, en efecto, una hipocresía de Antonino, pues su verdadera intención era acabar con un buen número de ellos. La causa de esta oculta animadversión era la siguien-
2 te [338]. Cuando aún vivía en Roma, tanto en vida de su hermano como después de su asesinato, había recibido informes en el sentido de que los alejandrinos se burlaban de él con frecuencia. Los alejandrinos, en efecto,

[337] Cf. Intr., págs. 63-64.

[338] Sobre todo este pasaje relativo a la matanza de Alejandría cf. Intr., págs. 21-22.

sienten una cierta propensión natural a la chanza y a mordaces comentarios caricaturescos o chistes, y dirigen contra los poderosos frecuentes pullas, que a ellos les parecen graciosas, pero que resultan molestas a los afectados, a quienes irrita sobre todo lo que pone en evidencia la verdad de sus faltas. Imaginaron por tanto 3
numerosas burlas sobre el emperador, que hacían referencia al asesinato de su hermano y a su vieja madre, a la que llamaban Yocasta [339], y le ridiculizaban también porque, siendo un hombre pequeño, quería imitar a Alejandro y Aquiles, que eran héroes muy fuertes y de gran estatura. Aunque los alejandrinos no les daban mayor importancia, todas aquellas bromas forzaron a Antonino, cuyo temperamento era colérico y sanguinario, a tramar contra ellos un plan de perdición.

Así, pues, habiéndose reunido con ellos para tomar 4
parte en su fiesta, cuando vio que toda la ciudad estaba rebosante de una ingente muchedumbre que había acudido de todos los puntos de la comarca, ordenó por medio de un edicto que todos los jóvenes se reunieran en un terreno abierto, con el pretexto de que quería formar una falange en honor de Alejandro que llevara el nombre del héroe, del mismo modo que había formado las falanges macedónica y espartana. Ordenó luego que 5
los jóvenes se colocaran en filas separadamente para poder acercarse a cada uno y examinar su edad, talla y condiciones físicas necesarias para el ejército. Todos los jóvenes confiaron en estas promesas de Antonino, creyendo en su verosimilitud debido a que el emperador había honrado previamente a la ciudad. Acudieron con sus padres y hermanos, que compartían su alegría y sus esperanzas. Antonino pasó entre las filas acercán- 6

[339] Insulto doble porque se refería, por una parte, a la rivalidad de los hijos de Yocasta, Polinices y Eteocles (= Caracalla, Geta), y por otra el incesto de Yocasta, ya que existían rumores acerca de las relaciones incestuosas entre Caracalla y su madre.

dose a cada joven y dirigiéndole unas palabras de ánimo en particular. Entretanto todo el ejército los rodeó sin que cayeran en la cuenta ni lo sospecharan. Cuando Antonino supuso que ellos ya estaban cercados por las armas, como atrapados en una red, una vez que él ya había pasado por todas las filas, se retiró discretamente con la guardia personal que le acompañaba. A una señal los soldados se lanzaron de todos lados sobre la juventud a la que habían rodeado y sobre todos los que se encontraban allí por cualquier causa. Los aniquilaron en una atroz carnicería, ya que eran soldados armados que habían encerrado completamente a gente sin
7 armas [340]. Mientras unos soldados ejecutaban la matanza, otros, fuera del cerco, excavaban enormes fosas; arrastraban luego a los caídos y los arrojaban a ellas hasta dejarlas llenas de cuerpos. Por último las cubrieron de tierra y levantaron rápidamente un ingente túmulo común. Muchos hombres aún con vida fueron arrastrados, y hombres todavía ilesos fueron empujados con los demás. Incluso no pocos soldados perdieron
8 su vida, pues todos los que todavía con vida y en plenas facultades eran empujados se abrazaban a ellos y los precipitaban consigo. Tan grande fue la matanza que la desembocadura del Nilo —que ocupa una enorme extensión— y la costa cercana a la ciudad quedaron completamente teñidas de rojo a causa de las corrientes de sangre que fluían a través de la llanura. Después de estas acciones contra Alejandría [341], partió de allí para dirigirse a Antioquía.

10 No mucho después le acometió el deseo de recibir el título de «Pártico» y de comunicar a los romanos que había vencido a los bárbaros de oriente. Aunque reina-

[340] Cf. *supra* nota 105.
[341] La matanza de Alejandría debió ocurrir en septiembre del 215.

ba una completa paz, maquinó el plan siguiente. Escribió al rey de los partos, cuyo nombre era Artabano [342], y le envió una embajada con presentes de diversos materiales valiosos y artísticamente trabajados. En la carta 2
le decía que deseaba casarse con su hija; que lo adecuado para él, que era emperador e hijo de emperador, no era convertirse en yerno de cualquier persona de humilde cuna, sino casarse con una princesa hija de un gran rey. Le decía también que el imperio de los romanos y el de los partos eran los más poderosos; que si se unían por el matrimonio, sin estar ya separados por un río, constituirían un único imperio invencible, pues 3
los restantes pueblos bárbaros, [que todavía no estuvieran sometidos al poder de estos dos imperios,] serían presa fácil para ellos, tanto por pueblos separadamente como por confederaciones [343]. Añadía que los romanos tenían una infantería invencible en el combate cuerpo a cuerpo con lanzas, mientras que los partos contaban con una numerosa caballería de probada puntería con el arco. Si estas fuerzas se unían, con la colaboración 4
de todos en el éxito de la guerra, lograrían fácilmente someter todo el mundo bajo una sola corona. Por otra parte las plantas aromáticas que crecían en tierra de los partos o sus maravillosas telas y los metales que fabricaban los romanos o sus preciados productos ma-

[342] Vologeses IV (cf. *supra* nota 268) murió en el 207-208. Le sucedió Vologeses V, contra quien se rebeló su hermano Artabano V. Los dos hermanos rivalizaron por el poder y Caracalla se aprovechó de la situación. En 213-214 debió mantener una alianza con Artabano que controlaba Media y Adiabene, siendo así vecino de los romanos. Pero en el 215 Vologeses buscó la alianza de Caracalla y éste cambió de política respecto a Artabano. El rechazo de la proposición matrimonial debió ser el pretexto (cf. DIÓN-XIFIL. LXXVIII 1, 1) para iniciar las hostilidades. Tal vez hubo un ataque por sorpresa a los partos, lo que explicaría la historia del capítulo siguiente.
[343] En griego *systēmata*. Sobre el término *sýstēma* cf. Intr., página 27.

nufacturados ya no serían pasados de contrabando por
los comerciantes con dificultad y penuria, sino que, al
ser uno el territorio y uno el poder, también se unifica-
ría el consumo y se suprimirían las trabas.
5 Al recibir la carta de Antonino, la primera contesta-
ción del rey parto fue en el sentido de que no le conve-
nía a un romano el matrimonio con un bárbaro. ¿Qué
armonía podría existir entre ellos —le decía— al no en-
tender uno la lengua del otro y tener costumbres dife-
rentes en la alimentación y el vestido? En Roma había
muchos patricios y Antonino podría elegir a una de sus
hijas. En su reino él contaba con los Arsácidas. Ningu-
na de las dos partes debía adulterar la pureza de su raza.

11 Estas excusas fueron, pues, la primera reacción de
Artabano. Pero al seguir insistiendo Antonino y dando
pruebas de su entusiasmo por aquel matrimonio y de
su buena fe mediante continuos regalos y juramentos,
el rey bárbaro se convenció; prometió entregar a su hi-
ja y empezó a llamar a Antonino futuro yerno. Al divul-
garse la noticia, los bárbaros lo dispusieron todo para
recibir al emperador de los romanos, animados por la
2 esperanza de una paz duradera. Antonino cruzó los
ríos [344] sin ningún obstáculo y entró en el territorio de
los bárbaros como si ya fuera suyo. Por todas partes
le dedicaban sacrificios y los altares estaban cubiertos
con coronas y ofrendas de todo tipo de perfumes e in-
ciensos. Antonino fingía alegrarse con estos homenajes
de los bárbaros. Siguió avanzando y, cuando ya había
recorrido la mayor parte del camino y estaba cerca del
palacio de Artabano [345], éste, sin aguardar, le salió al
encuentro en la llanura situada delante de la ciudad y
3 lo saludó como novio de su hija y yerno suyo. Todo el

[344] El Tigris y el Éufrates, naturalmente.
[345] El palacio real de Arbela.

pueblo bárbaro celebró el acontecimiento. Iban corona-
dos con flores del lugar, vestidos con dorado y vario-
pinto ropaje, y saltaban rítmicamente al son de flautas
y siringas y al compás de los timbales. En sus fiestas
les gusta bailar de forma semejante cuando están ahí-
tos de vino.
Una vez reunidos, todo el mundo desmontó de sus 4
caballos y, abandonando sus aljabas y flechas, dedica-
ron su atención a las libaciones y las copas. Una enor-
me muchedumbre de bárbaros se había reunido, y se
habían colocado sin ningún orden según iban llegando.
No esperaban nada extraordinario y todos se afanaban
por ver al novio. Entonces Antonino, mediante una se- 5
ñal convenida, ordenó a su ejército que atacaran y die-
ran muerte a los bárbaros. Aterrados éstos por el súbi-
to ataque, acosados y heridos, emprendieron la fuga.
El mismo Artabano fue sacado por su guardia personal
y puesto sobre un caballo, y a duras penas consiguió
escapar en compañía de unos pocos. Pero el resto de 6
los bárbaros encontraron la muerte al no disponer de
los caballos, tan necesarios para ellos. Al descabalgar
los habían dejado sueltos para que fueran a pacer. Tam-
poco podían correr en su huida porque el largo ropaje
les trababa los tobillos. Habían abandonado además sus
aljabas y sus flechas. ¿Para qué las necesitaban en una
boda? Después de llevar a cabo una gran matanza de 7
bárbaros y de conseguir botín y un importante número
de prisioneros, Antonino se retiró sin que nadie le hicie-
ra frente, incendiando aldeas y ciudades y dando per-
miso a sus soldados para que cada uno saqueara lo que
pudiera y se quedara con lo que quisiera.
Con esta inesperada tragedia se encontraron los bár- 8
baros. Antonino todavía siguió asolando el territorio de
los partos hasta que sus soldados se cansaron de estar
en el mismo sitio saqueando y matando. Entonces, re-

gresó a Mesopotamia [346]. Desde allí envió un mensaje al
senado y al pueblo romano anunciándoles que todo el
Oriente había sido sometido y que en el reino situado
al este de Mesopotamia todo el mundo reconocía su auto-
9 ridad. Aunque el senado no desconocía lo ocurrido (pues
es imposible que las acciones de un emperador pasen
inadvertidas), sin embargo por miedo y adulación le otor-
garon con su voto todos los honores del triunfo. Des-
pués de esto Antonino se detuvo en Mesopotamia donde
consagró su tiempo a las carreras de carros y a la caza
de todo tipo de animales salvajes.

12 Tenía Antonino dos prefectos del pretorio; uno era
ya un hombre de cierta edad, inexperto en otros asun-
tos tanto privados como públicos, pero conocido por su
experiencia militar; Advento [347] era su nombre. El otro
prefecto se llamaba Macrino [348]; no le faltaba experien-
cia en el foro y era un excelente conocedor de las leyes.
A menudo Antonino se burlaba en público de Macrino
acusándolo de inexperiencia militar y de cobardía; lle-
2 gaba hasta el extremo de la difamación rastrera. Cuan-
do se dio cuenta de sus gustos distinguidos, de que sen-
tía repugnancia por la vulgaridad y la mala calidad de
las comidas y bebidas con las que él, Antonino, como
buen soldado se complacía, y de que llevaba un manto
y otras prendas muy elegantes, empezó a acusarle de
cobardía y afeminamiento y no cesaba de amenazarlo

[346] Volvió a cruzar el Tigris.

[347] M. Oclatinio Advento, hombre de origen humilde, nombrado después senador por Macrino y cónsul en el 218.

[348] Marco Opelio Macrino, originario de Cesarea en Mauritania. Comenzó su carrera como *advocatus fisci* bajo la protección de Plauciano. Como miembro de la clase ecuestre su llegada al poder imperial se encontró con oposiciones en el senado (cf. Intr., págs. 15-16). Fue el primer emperador ecuestre. Sobre los pasajes que siguen y el reinado de Macrino cf. Intr., págs. 38-40.

con la muerte. Macrino no podía sufrir estas humilla-
ciones y estaba muy disgustado.
Pero entonces ocurrió lo que voy a contar; pues ya 3
era inevitable que la vida de Antonino llegara a su fin.
Su curiosidad era muy grande; quería saber todo lo hu-
mano e investigar, además, sobre los dioses y los espíri-
tus [349]. Tenía la continua sospecha de que todo el mun-
do conspiraba contra él, por lo que consultaba a todos
los oráculos y llamaba a sabios, astrólogos y arúspices
de todas las regiones: nadie que practicara la magia le
pasaba inadvertido. Pero sospechando que ellos para 4
adularlo no le revelaban la verdad, escribió a un cierto
Materniano [350], a quien había confiado entonces todos
los asuntos de Roma y al que consideraba su más fiel
amigo y su único confidente. Le ordenó que consultara
a los mejores adivinos y que evocara a los muertos para
informarse sobre el fin de su vida y de si alguien estaba 5
conspirando contra el imperio. Poco le costó a Mater-
niano cumplir las órdenes del emperador, y, o porque
los espíritus así se lo revelaban, o, simplemente, por-
que quería comprometer a Macrino, escribió a Antoni-
no que Macrino conspiraba contra el imperio y que era
preciso desembarazarse de él. Selló el mensaje y, con 6
el resto de las cartas, lo entregó de la forma acostum-
brada a los correos, sin ninguna indicación sobre lo que
llevaban. Después de realizar el viaje a su velocidad ha-
bitual, aquellos se presentaron ante Antonino y, en un
momento en que estaba subiendo al carro con su equi-
po de auriga, le entregaron el fajo de cartas, entre las
que estaba el mensaje que acusaba a Macrino. Pero 7
Antonino, que ya estaba metido en cuerpo y alma en
la carrera de carros, ordenó a Macrino que se retirara
a leer las cartas en privado y que, si había algo urgente,

[349] Es conocida la preocupación de la corte de los Severos por la magia, la astrología y el misticismo.

[350] Flavio Materniano.

se lo presentara, pero si no, que él mismo como prefecto despachara los asuntos de trámite. Tenía la costumbre de mandarle esto con frecuencia. Después de dar este encargo al prefecto, Antonino siguió con lo que tenía entre manos. Cuando estuvo solo, Macrino abrió todas las cartas y, al llegar a la que le traía la muerte, se dio cuenta del manifiesto peligro que pendía sobre su cabeza. Conocía el temperamento colérico de Antonino y su crueldad ante cartas como aquella; tendría por fin un buen motivo para matarlo. Hizo desaparecer, pues, la carta y respecto a las restantes le comunicó que eran de trámite.

13 Pero temiendo que Materniano enviara de nuevo el mensaje, prefirió actuar a esperar pasivamente. Tomó, pues, la iniciativa siguiente. En la guardia personal de Antonino había un centurión llamado Marcial [351], que habitualmente iba en la escolta del emperador. Pocos días antes Antonino había condenado a muerte a un hermano suyo con acusaciones no probadas; y había injuriado al mismo Marcial, llamándolo cobarde, mal naci-
2 do y amigo de Macrino. Al darse cuenta Macrino de que Marcial estaba terriblemente dolido por la ejecución de su hermano y de que no podía soportar las injurias que el emperador le dirigía, lo envió a buscar. Tenía confianza en él, antiguo cliente suyo que le debía muchos favores, y entonces lo persuadió a acechar el momento oportuno para conspirar contra Antonino. Marcial, que además estaba lleno de odio y deseoso de vengar a su hermano, fue persuadido por las promesas de Macrino y le aseguró que lo haría todo gustosamente cuando encontrara el momento oportuno.

3 No mucho después de esta decisión ocurrió que Antonino, que estaba pasando una temporada en Carras

[351] Julio Marcial.

en Mesopotamia, quiso salir del campamento para dirigirse al templo de Selene [352], a quien los naturales del país veneran especialmente. El templo está a una considerable distancia de la ciudad, de suerte que se hace necesaria una auténtica marcha. Para no fatigar a todo el ejército, marchó con una reducida fuerza de caballería, con la intención de regresar inmediatamente después de ofrecer un sacrificio a la diosa. A medio camino, 4
por la urgencia de un dolor de vientre, ordenó que todo el mundo se alejara y él se fue a un sitio apartado con un solo sirviente para desembarazarse de su molestia. Así, pues, todos dieron media vuelta y se retiraron por respeto y decoro. Pero cuando Marcial, que estaba al 5
acecho de cualquier ocasión, vio que Antonino quedaba solo, simulando que el emperador le había hecho señas para que fuera a informarle de algo o a recibir órdenes, acudió corriendo. Se acercó a él por la espalda mientras se estaba bajando los pantalones y lo hirió con el puñal que llevaba escondido en sus manos. La herida, que penetró por la clavícula, resultó mortal y Antonino murió inesperadamente, sin la protección de su guardia [353]. Después que el emperador hubo caído, Marcial 6
saltó sobre un caballo y emprendió la fuga. Pero los jinetes germanos, que eran los favoritos de Antonino y constituían su guardia personal, no se habían alejado tanto como el resto y fueron los primeros en ver lo ocurrido. En seguida salieron en persecución de Marcial y lo derribaron con sus azagayas. Cuando el resto del 7
ejército se dio cuenta de lo ocurrido, todos se agolparon en el lugar del suceso. Macrino se acercó antes que nadie al cadáver y prorrumpió en fingidas lágrimas y suspiros. Todo el ejército se sintió muy contrariado por

[352] El templo de Sin, dios masculino de la luna, confundido aquí con Selene.

[353] El 8 de abril del 217 (cf. DIÓN-XIFIL., LXXVIII 5, 4).

lo ocurrido, pues consideraban que, más que a un emperador, habían perdido a un camarada y compañero de fatigas. No tuvieron ni la más leve sospecha sobre la maquinación de Macrino, pensando que Marcial se
8 había vengado por razones de enemistad personal. Luego se retiraron, cada uno a su tienda. Macrino incineró el cadáver y, después de colocar las cenizas en un urna, la envió a la madre de Antonino, que se encontraba en Antioquía, para que le diera sepultura. Habiendo perdido a sus dos hijos en parecidas circunstancias, ella se suicidó [354]; no sabemos si lo hizo voluntariamente o forzada por una orden. Este fue el fin de Antonino y de su madre Julia, tras una vida como la que anteriormente se ha descrito. Todo el período en el que gobernó solo, sin su padre ni su hermano, no llegó a seis años [355].

14 Después de la muerte de Antonino, el estupor y la indecisión se adueñaron del ejército. Permanecieron dos días sin emperador mientras reflexionaban sobre la elección que debían hacer. Para colmo llegó la noticia de que Artabano estaba avanzando con fuerzas muy numerosas para exigir justicia y vengar a quienes habían sido asesinados cuando estaba vigente un tratado de paz.
2 Así, pues, el primero en quien pensaron para emperador fue Advento, puesto que era un experto militar y un buen prefecto; pero él rehusó alegando vejez, y entonces eligieron a Macrino [356], por la influencia que ejercieron algunos tribunos, sospechosos de participar en la conspiración contra Antonino y de ser cómplices de Macrino. Posteriormente, en efecto, después de la muerte de Macrino, fueron castigados, como más adelante explicaremos [357]. Macrino consiguió el imperio no 3
tanto por el afecto y confianza de los soldados como por la necesidad y exigencias del momento [358]. Entretanto Artabano se estaba acercando con su inmenso y poderoso ejército en el que había mucha caballería, un gran número de arqueros y unos jinetes que, montados sobre camellos y con la protección de una armadura, combatían con sus largas lanzas, manteniendo las distancias. Cuando le anunciaron que Artabano estaba 4
llegando, Macrino convocó a los soldados y les dijo lo siguiente: «No es de extrañar que todos vosotros estéis afligidos por la pérdida de un emperador que ha sido, a decir verdad, un auténtico compañero de armas. Pero sobrellevar las desgracias y resistir con ánimo sereno las adversidades es empresa de hombres prudentes. El 5
recuerdo de Antonino, sin duda, permanecerá en nuestros corazones y pasará a las futuras generaciones. Su fama será eterna por las importantes y nobles acciones que realizó, por su afecto y simpatía hacia vosotros y por su participación en vuestros esfuerzos. Pero ahora, después de honrar debidamente la memoria del muerto y de cumplir vuestras obligaciones con él, es tiempo de ocuparse de asuntos que urgen. Sabéis que los bárba- 6
ros nos atacan con todas las fuerzas de oriente y que piensan que la causa de su enemistad es justa puesto

354 Sobre el suicidio de Julia Domna cf. Dión-Xifil., LXXVIII 23, 1.

355 En el espacio de seis años. Computando desde el 212 a 217 con la inclusión de estos años, el reinado de Caracalla a partir de la muerte de Geta tiene lugar dentro de un período de seis años tal como dice este pasaje sin pretender una mayor precisión. En realidad desde el 27 de febrero del 212, fecha de la muerte de Geta, hasta el 8 de abril del 217 se cumplen algo más de cinco años. Por otra parte en febrero del 212 Caracalla, en compañía de Geta, ya llevaba un año de gobierno desde la muerte de su padre ocurrida en febrero del 211. Si se computa desde esta fecha Caracalla gobernó realmente seis años.

356 El *dies imperii* de Macrino fue el 11 de abril. Después de la muerte de Caracalla (8 de abril) los soldados permanecieron dos días sin emperador y al tercer día eligieron a Macrino.

357 Esta explicación no aparece, lo que parece probar que le faltaba revisión a la obra.

358 Cf. Intr., pág. 39.

que la provocación fue nuestra al violar el tratado y suscitar la guerra cuando la paz era completa. Ahora todo el imperio romano depende de nuestro valor y lealtad. No es una disputa por límites territoriales, ni por ríos; es una guerra en la que nos lo jugamos todo contra un gran rey que luchará para vengar a sus hijos y parientes, porque piensa que su muerte fue una injusti-
7 cia y una violación de los tratados. Tomemos, pues, las armas y organicemos nuestras líneas con el orden que nos caracteriza a los romanos. En los combates, el desorden y la falta de profesionalidad de la turbamulta bárbara serán probablemente su peor enemigo. Por el contrario, el orden y la disciplina de nuestro ejército y la experiencia en el combate serán nuestra salvación y la ruina del enemigo. Combatid, por tanto, con la moral de victoria por la que los romanos siempre se han
8 distinguido. De esta forma rechazaréis a los bárbaros, alcanzaréis una fama gloriosa y demostraréis a los romanos y a todo el mundo, confirmando con ello vuestra anterior victoria, que no cometisteis la injusticia de violar un tratado con una dolosa estratagema, sino que vencisteis por la superioridad de vuestras armas».

Tras este discurso de Macrino, los soldados, percatándose de la urgencia de la situación, formaron en orden de batalla con sus armas.

15 Cuando salía el sol, apareció Artabano con la ingente multitud de su ejército [359]. Después de saludar al sol,

[359] Esta batalla tuvo lugar en Nisibis en el 217, año cuya cronología presenta algunos problemas. Según el relato de Herodiano la batalla no fue mucho después del 11 de abril, puesto que la rápida proclamación de Macrino se explica por la proximidad del rey parto Artabano. Si es cierto que los partos ya se habían puesto en marcha, tal como dice Herodiano, el encuentro debió tener lugar en abril-mayo o en el verano del 217 tal como piensa CASSOLA *(Erodiano,* pág. 236). Inmediatamente después de la batalla Macrino debió retirarse a Antioquía y Artabano al otro lado del Tigris; del campo de batalla se pasa-

como era su costumbre, los bárbaros, gritando con enorme alboroto, arremetieron contra los romanos con las flechas de su caballería ligera. Pero los romanos habían organizado sus líneas segura y ordenadamente; en los flancos estaban situadas la caballería y las tropas mauritanas y el centro estaba ocupado por fuerzas armadas a la ligera, preparadas para cualquier escaramuza. De esta forma iniciaron el combate, haciendo frente a la acometida de los bárbaros. Éstos les causaban gran 2
daño alcanzándolos desde sus caballos y camellos con una lluvia de flechas y con las largas lanzas de su caballería pesada. Los romanos se imponían fácilmente en el combate cuerpo a cuerpo, pero cuando la numerosa caballería ligera y las tropas a camello los ponían en un aprieto, fingían retirarse y les tendían abrojos y algunas otras artimañas de hierro con agudas puntas, que, al quedar cubiertos de arena y no ser vistos por los soldados montados en caballos y camellos, resultaban fatales para ellos. Al pisarlos los caballos y, sobre todo, 3
los camellos, que tienen las plantas blandas, se quedaban cojos y doblaban las rodillas derribando a sus jinetes. Mientras montan sus caballos o camellos, los bárbaros de aquellas regiones orientales combaten con valor, pero si desmontan o son derribados, son venci-

ría a las negociaciones para conseguir la paz. Una inscripción (DESSAU, Inscrip. Lat. Selec. 1738) se refiere a un oficial imperial que murió probablemente en Samos en mayo-junio del 217 de vuelta de una expedición, lo que sugiere que hubo un regreso de tropas a mediados del 217. Sin embargo, DIÓN (LXXVIII 26, 2-3) dice que hubo negociaciones antes de la batalla, y la *vic(toria) Part(hica)* no aparece en las monedas hasta el 218, lo que induce a pensar que la batalla fue algo más tarde, tal vez en otoño (cf. MILLAR, *A Study of Cassius Dio,* Oxford, 1964, página 165), y que las conversaciones para la paz se prolongaron en el invierno 217-218 para llegar a una conclusión a principios del 218. También se ha pensado en la posibilidad de que hubiera dos batallas (cf. PETRIKOVITS, *Klio* 31 (1938), 103-4). La *Historia Augusta (Macrinus* 2, 2 y 8, 2-3) parece apoyar la versión de Herodiano.

dos fácilmente porque no resisten el combate cuerpo a cuerpo. Y para huir o perseguir, si llega el caso, se encuentran con el estorbo de su vestimenta que cuelga sin sujeción, trabando sus piernas.

4 Durante dos días combatieron desde el alba hasta el ocaso. La llegada de la noche ponía fin al combate y ambos ejércitos se retiraban a su propio campamento con la idea de que habían vencido. Al tercer día se encontraron en la misma llanura para iniciar el combate; los bárbaros, al ser muy superiores en número, intentaron sorprender a los romanos rodeándolos; pero los romanos abandonaron la disposición en profundidad de sus líneas, ampliando continuamente el frente para im-
5 pedir el cerco. Fue tal la matanza de hombres y animales que toda la llanura quedó cubierta, y se apilaron ingentes montones de cadáveres, sobre todo de camellos, que caían uno sobre otro. Esto fue un obstáculo para los combatientes, que ya no se veían unos a otros porque los cadáveres estaban amontonados en medio en un inmenso túmulo a modo de muralla. Así, al no poder proseguir sus ataques, los dos ejércitos se retiraron a sus repectivos campamentos.

6 Macrino se dio cuenta de que la única razón por la que Artabano porfiaba en la lucha con tanto ardor era su creencia de que estaba luchando contra Antonino, porque siempre había sido costumbre de los bárbaros desanimarse y abandonar con facilidad si no conseguían
7 algún éxito en los primeros encuentros. Pero entonces persistían, con la idea de reemprender el combate después de levantar e incinerar a sus muertos, porque no suponían que el causante de su enemistad hubiera muerto. Macrino envió, pues, una embajada a los partos con una carta [360] en la que les decía que el emperador que había faltado al tratado y a sus juramentos había muer-

[360] Cf. Intr., pág. 69.

to y que había pagado por su acción. Los romanos, a quienes pertenecía el poder, le habían confiado el imperio. No le parecía bien lo ocurrido; devolvería los pri- 8
sioneros que quedaban con vida y pagaría el valor de lo que había sido saqueado. Deseaba cambiar su enemistad por amistad y consolidar la paz con juramentos y tratados. Después de leer esta carta y de ser informado por los embajadores sobre la muerte de Antonino, Artabano consideró que el violador de los pactos había recibido suficiente castigo. Su ejército estaba agotado, 9
y él se contentaba con recuperar los prisioneros y el dinero sin derramamiento de sangre. Concluyó, pues, la paz con Macrino y volvió a su tierra. Macrino dio por terminada la estancia del ejército en Mesopotamia y marchó apresuradamente hacia Antioquía [361].

[361] El regreso de Macrino a Antioquía debió producirse con anterioridad a la conclusión definitiva de la paz (cf. *supra* nota 359).

LIBRO V

1 En el libro precedente han sido descritos el imperio y la muerte de Antonino. También se hizo referencia a la conspiración por la sucesión. Una vez que estuvo en Antioquía, Macrino envió una carta al senado y al
2 pueblo romanos en los términos siguientes [362]: «En vuestro conocimiento está mi plan de vida desde siempre y la inclinación de mi carácter hacia la bondad. Estáis enterados de la paciencia de mi anterior actuación gubernativa, no muy distante del ejercicio del poder imperial en tanto que el mismo emperador confía en los prefectos del pretorio. Considero, por tanto, que sobran las palabras. Vosotros sabéis, sin duda, que yo no estaba de acuerdo con lo que Antonino hacía, y que me expuse por vosotros en las frecuentes ocasiones en que, dando crédito a las calumnias que llegaban a sus oídos,
3 os trataba con dureza. También a mí me difamó y desacreditó muchas veces en público mi moderación y humanidad respecto a los súbditos; y se burló tachándome de negligencia y debilidad de carácter. Se complacía con las lisonjas, y conseguían la calificación de amigos leales quienes lo incitaban a la crueldad cedien-

[362] Herodiano nos habla de una sola carta de Macrino al senado, mientras que DIÓN (LXXVIII 16-17 y 27) se refiere a dos. Herodiano confundió probablemente dos cartas, una enviada tras la ascensión al poder y otra después de acordar la paz con Artabano. Cf. Intr., pág. 69.

do a su temperamento y provocando su carácter colérico con calumnias. Por el contrario, yo fui desde un principio amigo de la paciencia y de la moderación. Y ahora 4
tenéis una prueba. Hemos puesto fin a la guerra contra los partos, una guerra muy grave por la que todo el imperio romano estaba agitado. Lo hemos logrado, por una parte, combatiendo valerosamente sin sufrir la más mínima derrota, y, por otra, pactando con un gran rey, que nos atacaba con un numeroso ejército, y haciendo un leal amigo de un enemigo difícil de someter. Mientras yo tenga el poder, todo el mundo vivirá sin temor y no habrá derramamientos de sangre; más que un gobierno personal será el de una aristocracia [363]. Y que 5
nadie me desdeñe, ni consideréis un error de la fortuna el hecho de que yo, un miembro del orden ecuestre, haya alcanzado esta dignidad. Pues, ¿de qué sirve una noble cuna, si no la acompaña una naturaleza íntegra y humanitaria? Los dones de la fortuna alcanzan incluso a quienes no los merecen, pero la virtud del corazón humano otorga a cada persona una fama propia. La nobleza y la riqueza y otros bienes semejantes son objeto de envidia pero no de elogio, porque se han recibido 6
de otra persona, mientras que la moderación y la honradez, a la vez que son objeto de admiración, son motivo de elogio para el hombre de recta conducta [364]. ¿En qué os benefició, pongamos por caso, la noble cuna de Cómodo o el hecho de que Antonino sucediera a su padre? Hombres como éstos toman posesión del imperio como si se tratara de una herencia debida, y la derrochan de forma insultante como si fuera una propiedad privada que hubieran heredado de su familia. Por el contrario, quienes lo reciben de vosotros están siempre en deuda de un favor e intentan corresponder a los beneficios recibidos. Además la nobleza de cuna de los empe- 7

[363] Cf. Intr., págs. 15-16.
[364] La *virtus* frente a la *nobilitas*. Cf. *supra* nota 155.

radores patricios degenera en orgullo por desprecio a sus súbditos, a quienes consideran muy inferiores; pero quienes han llegado al imperio desde una condición modesta lo tratan con cuidado como algo adquirido con esfuerzo, y siguen respetando y honrando, como era su
8 costumbre, a quienes antes eran más poderosos. Mi intención es no hacer nada sin vuestro consentimiento y contar con vosotros como colaboradores y consejeros en la administración del estado. Vosotros viviréis en una situación de seguridad y libertad [365], de la que fuisteis privados por emperadores patricios, pero que intentaron restablecer primero Marco y después Pértinax, llegados ambos al imperio desde una cuna corriente. Mejor es, sin duda, ser para la descendencia el ilustre fundador de una familia que recibir en herencia la gloria de los antepasados y deshonrarla con una conducta indigna».

2 Después de leer esta carta, el senado lo proclamó emperador y le concedió todos lo honores de Augusto. Pero no fue tan general la alegría por la sucesión de Macrino como extraordinario el júbilo con el que el pueblo entero celebró la muerte de Antonino. Todo el mundo, y en especial quienes tenían alguna dignidad o cargo, pensaron que se habían sacudido una espada que
2 pendía sobre sus cabezas. Los delatores y los esclavos que habían denunciado a sus señores fueron crucificados. La ciudad de Roma y casi todo el imperio romano fueron limpiados de criminales; unos fueron castigados, otros desterrados, y los que consiguieron escapar tuvieron buen cuidado en no llamar la atención. Durante aquel único año [366] en que Macrino fue emperador, la

[365] Cf. Intr., pág. 52.

[366] Macrino fue emperador desde abril del 217 hasta junio del 218. Cf. Intr., págs. 38 y 45-46.

vida discurrió en un ambiente de seguridad y con apariencia de libertad. Pero Macrino se equivocó al no 3
disolver rápidamente a su ejército, enviando a los hombres a sus casas, y al no marchar él mismo hacia Roma, donde se le echaba de menos y el pueblo pedía su regreso a voz en grito todos los días. Perdió el tiempo en Antioquía cuidando su barba, andando más pausadamente de lo necesario y contestando a los que acudían a hablarle con tanta parsimonia y lentitud que frecuentemente no era posible enterarse de lo que decía a causa de su baja voz. Con estas poses trataba de imitar, se- 4
guramente, los hábitos de Marco, pero en los restantes aspectos de su vida no lo imitaba, sino que se abandonaba continuamente a una vida de molicie [367], dedicando su tiempo a espectáculos de mimos y a intérpretes de todo tipo de artes y de danza rítmica, descuidando entretanto la administración del Estado. Iba ataviado con broches y con un cinturón cubierto de oro y piedras preciosas, lujo que no era del agrado de los soldados romanos, sino que parecía más a propósito para bárbaros y mujeres. Los soldados no aceptaban en absoluto 5
aquel espectáculo y desaprobaban su forma de vida considerando que era demasiado licenciosa para un soldado; y cuando la comparaban con el recuerdo que conservaban del modo de vivir, propio de un disciplinado militar, de Antonino, se les hacía más patente el lujo de Macrino. Estaban molestos, además, por tener que 6
vivir en tiendas y en tierra extranjera, careciendo incluso de víveres en algunas ocasiones y sin poder regresar a sus propias tierras a pesar de la aparente situación de paz. Al darse cuenta, pues, de que Macrino vivía en-

[367] En griego *tò habrodíaiton*, término que se encuentra varias veces en Herodiano (cf. II 7, 1, III 8, 5). La palabra aparece una vez en Tucídides (I 6, 3) y reaparece en Herodiano y en algunos autores de su época como Frínico, Ateneo y Diógenes de Enoanda (cf. nuestra tesis (inédita) *Léxico y estilo de Tucídides*, Univ. Barcelona, 1968).

tre lujos y placeres, empezaron a rebelarse y a criticarlo en sus conversaciones, deseosos de encontrar cualquier pretexto para librarse de lo que les disgustaba.

3 Pero estaba determinado por el destino que Macrino, después de gozar de las delicias del imperio tan sólo durante un año, perdiera a la vez vida y poder. La fortuna ofreció a los soldados un pequeño e insignifi-
2 cante pretexto para la ejecución de sus deseos. Había una mujer llamada Mesa [368], una fenicia de Emesa. Tal es el nombre de una ciudad de fenicia. Era hermana de Julia, la esposa de Severo y madre de Antonino. En vida de su hermana, vivió en la corte imperial todo el tiempo, durante el largo período en el que Severo y Antonino fueron emperadores. Después de la muerte de su hermana y del asesinato de Antonino, Macrino ordenó que Mesa regresara a su patria y se quedara a vivir entre los suyos, conservando todos sus bienes. Era dueña de una inmensa fortuna puesto que había estado li-
3 gada durante largo tiempo al poder imperial. La anciana regresó y vivió en su casa. Tenía dos hijas; la mayor se llamaba Soemis [369] y la otra Mamea [370]. Cada una tenía un hijo; el de la mayor se llamaba Basiano [371] y el

368 Julia Mesa, que se había casado con Julio Avito, cónsul *suffectus* en época de Severo y procónsul de Asia. Fue proclamada *Augusta* y *mater castrorum* en el 218.

369 Julia Soemis (Soemias) Basiana, casada con Sexto Vario Marcelo, un ecuestre sirio muy influyente durante la época de Septimio Severo.

370 Julia Avita Mamea, casada con Gesio Marciano, otro ecuestre sirio también procurador durante el reinado de Severo, como Sexto Vario Marcelo.

371 Vario Avito Basiano era hijo de Soemis y de Sexto Vario Marcelo. DIÓN CASIO (LXXVIII 30, 2) lo llama Avito. Cambió su nombre por el de Marco Aurelio Antonino cuando subió al trono. Nació hacia marzo del 204. Respecto al sobrenombre Elagábalo o Heliogábalo cf., *infra* nota 373.

de la menor Alexiano [372]. Ambos habían sido educados por sus madres y su abuela. Basiano tenía unos catorce años y Alexiano andaba en los diez. Los dos muchachos 4
eran sacerdotes del dios del Sol, a quien veneran los habitantes de aquella región con el nombre fenicio de Elagábalo [373]. Este pueblo le ha construido un grandioso templo, sin escatimar el oro y la plata y con derroche de piedras. No sólo le rinden culto los habitantes del lugar, sino que todos los sátrapas vecinos y los reyes bárbaros cada año envían costosas ofrendas al dios con afán de distinguirse. No se ve ninguna estatua que 5
represente al dios hecha por la mano del hombre, como las de griegos y romanos. Hay, sin embargo, una enorme piedra, redonda por la base y terminada en punta por arriba, cónica y de color negro [374]. Aseguran con orgullo que ha caído del cielo y muestran unos pequeños salientes e incisiones en su superficie; pretenden que es la imagen del Sol, en la que la mano del hombre no ha intervenido, y así es como la miran. Basiano era 6
sacerdote de este dios, pues, por ser el mayor de los dos, se le había encomendado el culto. Solía salir en público vestido al modo bárbaro con túnicas talares oro y púrpura de manga larga. Sus piernas también estaban completamente cubiertas, desde las puntas de los pies hasta la cintura, con prendas igualmente bordadas

372 Al nacer debió llevar el gentilicio Gesio. DIÓN CASIO (LXXIX 30, 3 y LXXX 18, 3) lo llama Basiano y nuestro historiador le da aquí el nombre de Alexiano, que era también un nombre de la familia. Cuando fue emperador se llamó Marco Aurelio Severo Alejandro. Nació el 1 de octubre del 208.

373 Elagábalo *(' lhgbl)* era un dios que se veneraba en Emesa. El ídolo que describe Herodiano es un meteorito comparable al de I 11, 1 (cf. *supra* nota 88). Debido a la naturaleza solar de este dios su nombre se relacionó con el griego *hēlios* y fue llamado también Heliogábalo. El nombre del dios, con el que se identificaba Marco Aurelio Antonino, fue adoptado como sobrenombre por el emperador.

374 Cf. Intr., págs. 23-24 y 68.

en oro y púrpura. El colorido de una corona de pie-
7 dras preciosas lucía en su cabeza. Al combinarse en
su persona belleza física, juventud y gracia en el vestir,
era posible la comparación entre el muchacho y las her-
mosas estatuas de Dioniso.

8 Mientras Basiano desempeñaba sus funciones de sa-
cerdote y danzaba junto a los altares según el modo de
los bárbaros al son de flautas, siringas y otros instru-
mentos, todos tenían sus ojos puestos en él y, en espe-
cial, los soldados, porque sabían que pertenecía a la fa-
milia imperial. Su hermosura juvenil atraía además las
9 miradas de todo el mundo. En aquel tiempo una im-
portante guarnición estaba acampada junto a Emesa en
defensa de Fenicia [375]; posteriormente fue trasladada
como explicaremos más adelante [376]. Los soldados fre-
cuentaban la ciudad y, al ir al templo para el culto, les
complacía mirar al jovencito. Algunos de ellos eran clien-
10 tes y protegidos de Mesa, quien, al ver que admiraban
al muchacho, les explicaba —fuera verdad o mentira—
que era hijo natural de Antonino, aunque pasara por
ser hijo de otro [377]. Les decía que Antonino se había
acostado con sus hijas cuando eran jóvenes en la flor
de la edad, en el tiempo en que ella vivió con su herma-
na en el palacio imperial. Los soldados fueron contando
a sus compañeros lo que Mesa les había revelado, y el
rumor se esparció de tal modo que se enteró todo el
11 ejército. Se decía que Mesa poseía una cuantiosa fortu-
na y que estaba dispuesta a entregarlo todo a los solda-
dos si recuperaban el imperio para su familia. Los
soldados convinieron en que, si Mesa y los suyos se pre-
sentaban en el campamento secretamente de noche, les
abrirían las puertas, acogerían a toda la familia dentro

[375] Esta legión era la *Legio III Gallica.*

[376] Otra explicación que después olvida, prueba de una escasa revisión.

[377] Cf. *supra* nota 371.

y proclamarían emperador al hijo de Antonino. La
anciana estuvo de acuerdo porque prefería arrostrar
cualquier peligro antes que tener que vivir como un par-
ticular y pasar por desterrada. De noche, pues, secreta-
mente salió de la ciudad con sus hijas y nietos [378]. Con 12
la escolta de los soldados que eran los protegidos de
Mesa, llegaron a las puertas del campamento donde fue-
ron recibidos sin el menor problema. Inmediatamente
toda la guarnición aclamó al muchacho con el nombre
de Antonino [379] y, revistiéndole el manto de púrpura, lo
acogieron en el interior del campamento. Introdujeron
luego todas sus provisiones y a sus hijos y esposas, que
estaban en las aldeas y campos vecinos; cerraron las
puertas y se prepararon para resistir un asedio si llega-
ra el caso.

Cuando estos hechos fueron anunciados a Macrino, 4
que seguía en Antioquía, y se extendió por los restantes
campamentos el rumor de que un hijo de Antonino ha-
bía sido encontrado y de que la hermana de Julia esta-
ba repartiendo dinero, la excitación se adueñó de las
tropas al creer que todos aquellos rumores, además de
posibles, eran ciertos. Diversas razones los incitaban con 2
fuerza a la rebelión: el odio que sentían por Macrino,
la emoción que les producía el recuerdo de Antonino
y, por encima de todo, el atractivo del dinero. Todo esto
hacía que muchos desertaran y se pasaran al joven An-
tonino [380]. Pero Macrino menospreció el caso conside-
rándolo un juego de niños y siguió viviendo en medio
de su habitual despreocupación. No se movió, pues, de

[378] La noche del 15 al 16 de mayo del 218. El 16 fue la proclamación.

[379] A partir de aquí Herodiano designa a Heliogábalo con el nombre de Antonino.

[380] El «joven Antonino» o el «nuevo Antonino» por oposición a Caracalla.

su casa y envió a uno de los prefectos al frente de unas
fuerzas con las que pensaba que destruiría fácilmente
3 a los rebeldes. Cuando Juliano[381] (éste era el nombre
del prefecto) llegó al campamento y se lanzó al asalto
de los muros, los soldados del interior subiendo a las
torres y almenas pusieron al muchacho a la vista del
ejército que estaba fuera sitiándolos y lo aclamaron co-
mo hijo de Antonino; también les mostraron sus bolsas
repletas de dinero como señuelo para la deserción.
4 Convencidos de que era hijo de Antonino y de su ex-
traordinario parecido (pues esto era lo que querían ver),
los soldados de Macrino cortaron la cabeza de Juliano
y la enviaron a Macrino, mientras que todos ellos, fran-
queadas las puertas, fueron acogidos en el campamen-
to. Con estos refuerzos el ejército de Emesa no sólo era
capaz de defenderse de un asedio sino que también po-
día salir a combatir cuerpo a cuerpo en una batalla cam-
pal. Y todos los días la llegada de desertores, aunque
fuera en pequeños grupos, acrecentaba sus fuerzas[382].

5 Al enterarse de esto, Macrino reunió todo su ejército
y marchó con la intención de sitiar a los que se habían
pasado al muchacho. Pero Antonino sacó sus tropas del
campamento porque sus soldados no querían esperar
el asedio; se habían animado a salir con toda confianza
al encuentro de Macrino para enfrentarse con él en cam-
6 po abierto. Los dos ejércitos se encontraron en los
límites de Fenicia y Siria[383]. Las tropas de Antonino lu-
charon valerosamente por temor a sufrir el castigo por
lo que habían hecho, si eran derrotadas. Las fuerzas de
Macrino, por el contrario, se empleaban con menos en-

---

381 Ulpio Juliano.

382 La cronología de estos acontecimientos ha sido estudiada por PETRIKOVITS, *Klio* 31 (1938), 105-7. Cf. también WHITTAKER, *ob. cit.*, II, pág. 27.

383 Entre Emesa y Antioquía, más cerca de esta última, el 8 de junio del 218.

tusiasmo; había incluso quienes huían y se pasaban a
Antonino. Cuando se dio cuenta de esto, Macrino tuvo 7
miedo de caer prisionero y ser terriblemente ultrajado,
si sus tropas lo abandonaban del todo. Por eso, mien-
tras la batalla todavía se disputaba, al atardecer, se des-
pojó de su manto y de cualquier insignia imperial que
llevara y huyó secretamente con unos pocos centurio-
nes de su entera confianza. Antes se había afeitado la
barba, para no ser reconocido, y marchó con ropa co-
rriente de viaje y con la cara siempre cubierta. Viajó 8
de noche y de día, adelantándose a las noticias de su
propia desgracia. Los centuriones conducían los carros
a todo correr, como si Macrino fuera todavía empera-
dor y les hubiera enviado a una misión urgente.

Así, pues, como acabamos de exponer, Macrino em-
prendió la huida. Entretanto los dos ejércitos conti-
nuaban luchando; en el bando de Macrino su guardia
personal y soldados de palacio —los llamados preto-
rianos— resistían valientemente a todo el restante ejér-
cito por ser soldados escogidos y de gran corpulencia;
por el otro lado todo el resto del ejército luchaba a fa-
vor de Antonino. Pero, después de un buen rato de no 9
ver ni a Macrino ni los estandartes imperiales, sus sol-
dados empezaron a preguntarse sobre su paradero; no
sabían si estaba entre el gran número de caídos o si
había salido huyendo; tampoco sabían cómo solucionar
su problema, pues no querían luchar por alguien que
no estaba presente, pero entregarse como prisioneros
de guerra los avergonzaba. Cuando se enteró por los 10
desertores de la huida de Macrino, Antonino envió he-
raldos a los pretorianos para informarles de que esta-
ban luchando por un cobarde fugitivo. Les prometió
solemnemente que una amnistía los libraría de todo cas-
tigo y los invitó a servirle como guardia imperial. Con-
vencidos por este ofrecimiento, se unieron a él. Luego
Antonino envió a unos hombres en persecución de Ma-

11 crino, que ya se había distanciado mucho. Lo prendieron al fin en Calcedón de Bitinia [384], muy enfermo, debido al agotamiento del continuo viaje. Allí lo encontraron sus perseguidores escondido en las afueras de la ciudad y le cortaron la cabeza [385]. Se dijo que marchaba apresuradamente hacia Roma, confiando en el afecto del pueblo hacia su persona, pero que, cuando pasaba a Europa por el estrecho de Propóntide y ya estaba llegando a Bizancio, se encontró con un viento con-
12 trario. El viento lo restituyó a sus verdugos. Por muy poco Macrino no consiguió escapar de sus perseguidores. Encontró un desgraciado fin al querer volver a Roma emprendiendo demasiado tarde un viaje que debía haber realizado en un principio. A la vez lo abandonaron el acierto y la fortuna.

Así acabó Macrino sus días. Con él encontró la muerte su hijo Diadumeniano [386], a quien Macrino había nombrado César.

5 Después que todo el ejército se hubo pasado a Antonino y lo hubo proclamado emperador, él se hizo cargo del imperio. Su abuela y los consejeros que la asistían le resolvieron los asuntos urgentes de oriente, pues él era joven y sin experiencia de gobierno ni formación suficiente. Pero no demoró mucho tiempo su salida, debido sobre todo a la impaciencia de Mesa por llegar al palacio imperial de Roma, al que estaba acostumbrada.
2 Cuando el senado y el pueblo romano fueron informados de lo sucedido, todos escucharon las noticias a disgusto, pero se sometieron por fuerza a la decisión del

[384] Cf. Intr., pág. 27.

[385] Por lo menos un mes después de la derrota del 8 de junio (cf. Dión, LXXVIII 39-40).

[386] Marco Opelio Antonino Diadumeniano. Proclamado César en el 217. El nombre de Antonino también lo adoptó entonces. Todos querían llamarse Antonino como Marco Aurelio.

ejército. Condenaban la despreocupación de Macrino y su falta de carácter y decían que no había otro culpable sino él mismo [387].

Después de salir de Siria, Antonino llegó a Nicome- 3
dia, donde se dispuso a pasar el invierno ya que así lo exigía la estación. Y al punto cayó en éxtasis y empezó a ejecutar las desenfrenadas danzas rituales del dios de Emesa, a cuyo culto había sido consagrado. Se vestía con los más costosos modelos tejidos en púrpura y oro y se adornaba con collares y brazaletes; en su cabeza llevaba una corona en forma de tiara cubierta de oro y piedras preciosas. Su atuendo estaba entre las ves- 4
tiduras de los sacerdotes fenicios y la lujosa indumentaria de los medos. Detestaba los vestidos romanos y griegos porque, decía, estaban hechos de lana, una pobre materia prima. Sólo le gustaban los tejidos de seda [388]. Aparecía en público al son de flautas y tambores, sin duda en honor de su dios.

Al verlo de esta manera, Mesa se enfadaba mucho 5
y suplicante intentaba convencerlo de que, al aproximarse su llegada a Roma y su entrada en el senado, se cambiara aquellas ropas por un vestido romano. Temía que aquel atuendo, extraño y bárbaro en todos sus detalles, disgustara en seguida a quienes lo vieran, por no estar acostumbrados y pensar que aquellos atavíos no eran propios de hombres sino de mujeres. Pero An- 6
tonino menospreció los consejos de la anciana y nadie pudo convencerlo. No admitía a nadie sino a los que tenían sus mismas costumbres y a los aduladores de sus faltas. Pero queriendo que el senado y el pueblo romano se familiarizaran con su indumentaria, y que se

[387] Cf. Intr., pág. 16.

[388] Lit. «los tejidos de los Seres», nombre dado al pueblo chino, productor de seda. *Sêres* deriva del chino «*sir*», seda. Cf. latín *seres* y *sericum*.

pusiera a prueba su reacción antes de llegar él en persona, hizo pintar un enorme retrato en el que estaba representado tal como aparecía en público en el ejercicio de sus funciones sacerdotales; hizo representar también en el mismo retrato la imagen del dios de Emesa en el momento en que él le estaba ofreciendo un sacrifi-
7 cio favorable. Envió el retrato a Roma con la orden de que fuera colgado en el corazón del senado, en un lugar muy alto por encima de la cabeza de la estatua de la Victoria, en el sitio donde cada senador, a su llegada, quema incienso y ofrece una libación de vino. Ordenó a todos los magistrados romanos y a todos los que ejecutaban sacrificios públicos que dieran la precedencia al nombre del nuevo dios Elagábalo, delante de los demás dioses a quienes invocaban los oficiantes de los sacrificios. Así, cuando Antonino llegó a Roma [389], vestido como se ha descrito, los romanos acostumbrados al
8 retrato, no se asombraron. Entregó al pueblo las gratificaciones habituales en las sucesiones imperiales [390] y les ofreció espectáculos de todas clases con afán de distinguirse y sin reparar en gastos; construyó a su dios un templo grandioso y bellísimo [391], alrededor del cual levantó muchos altares. Todos los días salía al amanecer y sacrificaba una hecatombe de reses e innumerables ovejas que colocaba sobre los altares con montones de diversas plantas aromáticas [392], vaciando además delante de los altares muchas ánforas de los vinos más finos y añejos, de suerte que vino y sangre corrían jun-

---

[389] En julio del 219.

[390] La *liberalitas II*, del año 219. La cantidad de este *congiarium* fue de 150 denarios (cf. D. VAN BERCHEM, *Les distributions...*, pág. 161).

[391] En el Palatino, cerca del palacio imperial. Cf. *Historia Augusta, Antoninus Heliogabalus*, 3, 4.

[392] En monedas e inscripciones alusivas a estos sacrificios no aparece con el título romano de *pontifex maximus*, sino con el de *sacerdos dei solis Elagabali*. Cf. Intr., pág. 59.

tos. Antonino bailaba en torno a los altares al son de 9
todo tipo de instrumentos y con él danzaban mujeres fenicias, rodeando los altares con címbalos y tambores en sus manos. Todo el senado y el orden ecuestre estaban a su alrededor como si estuvieran sentados en el teatro. Las entrañas de las víctimas del sacrificio y los aromas no los llevaban en vasijas de oro sobre su cabeza sirvientes cualesquiera ni hombres corrientes, sino 10
los prefectos del pretorio y altos cargos, vistiendo túnicas talares de largas mangas al estilo fenicio con una banda purpúrea en el centro. Llevaban calzado hecho de lino como el usado por los sacerdotes de los oráculos fenicios. Se consideraba que alcanzaban un gran honor aquellos a quienes permitía participar en los sacrificios.

Aunque parecía no hacer otra cosa que danzar y 6
celebrar sacrificios, también ordenó la muerte de muchos ilustres y ricos varones por acusaciones de que estaban descontentos y se burlaban de su modo de vivir. Se casó con una mujer de la más alta aristocracia romana [393], a la que nombró Augusta, pero al poco tiempo la repudió, ordenándole que volviera a la vida privada y despojándola de sus honores. Después de aque- 2
lla, para que no hubiera duda sobre su virilidad, fingió enamorarse de una virgen consagrada a la diosa romana Vesta, destinada por las leyes sagradas a permanecer pura y a ser virgen hasta el fin de su vida. La sacó del servicio de Vesta y de la casa de las vírgenes del templo y la hizo su esposa [394]. Escribió una carta al senado en la que disculpaba su crimen e impiedad diciendo que había sido víctima de una pasión humana; que

---

[393] Su primera mujer fue Julia Cornelia Paula.

[394] Julia Aquilia Severa. Volvió a ella después de su tercer matrimonio con Ania Faustina.

había sido vencido por el amor de una doncella y que
el matrimonio de un sacerdote y una sacerdotisa era
justo y santo [395]. Pero también repudió a ésta no mu-
cho tiempo después y realizó un nuevo matrimonio con
una tercera, cuyo linaje remontaba a Cómodo [396].

3 No sólo jugó con los matrimonios humanos, sino que
quiso también buscar esposa al dios al que servía; tras-
ladó a su propio aposento la estatua de Palas [397], que
los romanos veneran en lugar protegido de miradas. No
había sido movida desde su llegada de Troya, excepto
en ocasión de un incendio del templo, pero él la movió
y la condujo al palacio imperial para el matrimonio con
4 su dios. Pero luego dijo que el dios sentía desagrado
por una diosa siempre en armas y amiga de la guerra,
y envió a buscar la estatua de Urania, diosa muy vene-
rada por los cartagineses y los pueblos de Libia [398].
Cuentan que Dido la Fenicia la había erigido cuando
fundó la antigua ciudad de Cartago, después de cortar

[395] En correspondencia a los matrimonios sagrados del dios (cf. *infra* V 6, 3).

[396] Ania Aurelia Faustina. Era hija de Tiberio Claudio Severo Próculo *(cos. ord.* 200), de la familia de los *Claudii Severi,* y de Ania Faustina. Tanto el padre como la madre estaban emparentados con Cómodo. Ti. Claudio Severo Próculo era hijo de un yerno de Marco Aurelio, Cn. Claudio Severo, casado con Ania Galeria Aurelia Faustina (cf. *supra* nota 11). Ania Faustina era hija de M. Umidio Cuadrato *(cos. ord.* 167) y nieta de Ania Cornificia Faustina, la hermana de Marco Aurelio (cf. *supra* nota 64).

[397] Cf. *supra* nota 117.

[398] La diosa cartaginesa Tanit, que en la religión cartaginesa ocupaba el sitio de la fenicia Astarté (o la siria Atargatis), hija de Sin, el dios de la luna (cf. *supra* nota 352), diosa del amor y la fecundidad, identificada por los griegos con Afrodita Urania (como hace aquí Herodiano) y llamada por los romanos *Iuno Caelestis* y *Dea Syria,* diosa relacionada con la *Magna Mater,* con Afrodita y con Venus (cf. R. A. Oden, *Studies in Lucian's De Syria Dea,* Harvard Semitic Monographs 15, 1977, y H. J. W. Drijvers, *Cults and Beliefs at Edessa,* Leiden, 1980, págs. 76-121: «The Cult of Atargatis»).

la piel de buey [399]. Los libios la llaman Urania, pero los
fenicios la conocen con el nombre de Astroarque [400] y
pretenden que es la diosa de la luna. Antonino mani- 5
festó que resultaba muy adecuado el matrimonio del
sol y de la luna y envió a buscar la estatua con todo
el oro que en el templo había. La diosa debía entregar
además una gran cantidad de dinero, en concepto de
dote, sin duda. Una vez que fue trasladada la estatua,
la unió en matrimonio con el dios y decretó que todos
los hombres de Roma y de Italia lo celebraran con todo
tipo de fiestas y banquetes, en público y en privado,
puesto que se trataba de un matrimonio de dioses.

Construyó en las afueras de Roma un enorme y mag- 6
nífico templo [401] adonde trasladaba al dios cada año a
medio verano. Instituyó toda clase de fiestas y constru-
yó circos para las carreras de carros y teatros, pensan-
do que agradaría al pueblo si le ofrecía carreras de
carros y todo tipo de espectáculos y fiestas que se pro-
longaran durante toda la noche. Para conducir al dios
desde la ciudad hasta las afueras, lo colocaba en un ca-
rro cubierto de oro y de piedras preciosas. Tiraban del 7
carro seis grandes caballos blancos sin mancha, engala-
nados con mucho oro y testeras decoradas. Ningún mor-
tal iba subido al carro, ni nadie llevaba las riendas, que
estaban enganchadas en la estatua del dios como si él
mismo estuviera conduciendo. Antonino corría delante
del carro marchando hacia atrás con la vista dirigida

[399] Sobre la fundación de Birsa, la ciudadela de Cartago, cf. Virgilio, *Eneida* I 367-8. El término fenicio *Bosra,* lugar escarpado, debió relacionarse equivocadamente con el griego *býrsa,* «piel de buey». De ahí surgió la leyenda según la cual Dido compró todo el terreno que pudo circundar o cubrir con el pellejo de un toro. La piel fue cortada en tiras lo más delgadas posible para abarcar un mayor espacio.

[400] Astarté o Atargatis. La palabra griega *Astroárkhē* significa «la señora de los astros».

[401] Sobre este segundo templo se sabe muy poco.

hacia el dios y sujetaba las riendas de los caballos; recorría todo el camino corriendo de espalda sin dejar
8 de mirar hacia la cara del dios. Para evitarle tropiezos y resbalones, al no ver por donde iba, una alfombra de dorada arena fue extendida bajo sus pies, y sus guardias lo sostenían por ambos lados cuidando de su seguridad en una carrera como aquella. Por los dos lados el pueblo corría con él con profusión de antorchas y sembrando el camino de coronas y flores. La caballería y todo el ejército abrían la procesión, delante de la imagen del dios. Allí iban imágenes de todos los dioses con exvotos de gran belleza o valor y todos los estandartes
9 imperiales y los tesoros más preciosos. Después de conducir al dios e instalarlo en su templo, el emperador celebraba los sacrificios de los que hemos hablado. Luego subía sobre unas enormes y altísimas torres que había mandado construir, y desde ellas arrojaba a la muchedumbre, para que todo el mundo pudiera cogerlo, copas de oro y de plata, vestidos y finas telas de todas clases, animales domésticos de todo tipo, excepto
10 cerdos, de los que se abstenía según la ley fenicia. En las arrebatiñas muchos encontraban la muerte, pisoteados por la multitud o atravesados por las lanzas de los soldados, de suerte que la fiesta de aquel dios causaba la desgracia de mucha gente. A menudo se veía a Antonino conduciendo su carro o bailando; y no trataba de ocultar sus vicios. Aparecía en público con los ojos pintados y con carmín en sus mejillas, afeando su rostro, hermoso de natural, con maquillajes lamentables.

7 Al ver esto Mesa, sospechando que los soldados desaprobaban el modo de vida del emperador, tuvo miedo de verse reducida de nuevo a una posición sin relieve si algo le ocurría a Antonino. Por eso persuadió a su nieto, que era por otra parte un joven irreflexivo y necio, a que adoptara, concediéndole el título de César,

a su primo, también nieto de ella por la otra hija, Mamea. Le dijo para congraciarse que, puesto que él debía 2
consagrar su tiempo a sus funciones sacerdotales y al culto del dios, entregándose a los ritos orgiásticos y al servicio divino, era preciso que otro cuidara de la administración de los asuntos humanos, dejándole libre de las cargas y preocupaciones del imperio; y no tenía necesidad de buscar a un extraño de otra familia, sino que podía confiar la misión a su primo [402]. Alexiano 3
tomó un nombre nuevo y pasó a llamarse Alejandro [403]; cambió el nombre de su abuelo por el del Macedonio, tan celebrado y honrado [404] por el que parecía ser el padre de los dos primos. Las dos hijas de Mesa y la misma anciana pregonaban el adulterio de Antonino hijo de Severo, para que los soldados aceptaran a los muchachos, creyendo que eran hijos de aquél.

Alejandro, pues, fue nombrado César y compartió el 4
consulado con Antonino [405]. Cuando éste fue al senado para que fuera ratificado el nombramiento, todos los senadores se burlaron del voto que les era impuesto al tener que declarar padre al emperador, que tenía unos dieciséis años, y a Alejandro, que andaba en los doce, hijo [406]. Tan pronto como Alejandro fue nombrado César, Antonino quiso habituarlo a sus mismas aficiones,

---

402 Fue adoptado, nombrado César y recibió la toga viril probablemente el 26 de junio del 221. Cf. Fink, Hoey y Snyder, *The Feriale Duranum*, págs. 141-142. La tradición según la cual Alejandro fue nombrado César en el 218 (cf. *Historia Augusta, Alejandro* 1, 2, Aurelio Víctor, *Césares* 23, 3) es errónea (cf. A. Jardé, *Études critiques sur la vie et le règne de Sévère Alexandre*, París, 1925, pág. 11, que se apoya en Herodiano y Dión Casio). Sobre este tema cf. I. Moreno Ferrero, «La adopción de Alejandro Severo y su nombramiento como César», *Studia Historica, H.ª Antigua*, vol. I, n.° 1, Univ. Salamanca (1983), 99-103.

403 Cf. *supra* nota 372.

404 Cf. *supra* IV 8, 1-2.

405 El consulado conjunto ya fue en el 222.

406 Cf. *supra* notas 371, 372 y 402.

a brincar y bailar y a participar en sus funciones sacer-
5 dotales con los mismos vestidos y prácticas. Pero Mamea, su madre, lo apartó de aquellas actividades vergonzosas e impropias de un emperador; envió a buscar en secreto maestros de todas las disciplinas, y lo ejercitaba en prácticas de moderación al mismo tiempo que lo habituaba a las palestras y a los ejercicios viriles, dándole una educación griega y romana a la vez [407]. Antonino estaba muy irritado por ello y se arrepentía de haberlo adoptado y de haberlo hecho partícipe del im-
6 perio. Ahuyentó del palacio imperial a todos los maestros de Alejandro; hizo matar a algunos de los más ilustres mientras que a otros los desterró. Las acusaciones contra ellos eran sumamente ridículas, como la de que estaban corrompiendo a su hijo adoptivo al no permitirle bailar o caer en éxtasis y enseñarle, sin embargo, moderación y artes viriles. Derivó hasta tal grado de locura que puso al frente de los más importantes asuntos del imperio a todo tipo de gentes de la escena y de los teatros públicos, y nombró prefecto del pretorio a un hombre que había sido danzante y que, cuando era joven, había bailado en público en el teatro en Ro-
7 ma [408]. Igualmente sacó de la escena a otro para que se hiciera cargo de la educación y buenas costumbres de la juventud y le confió el censo de los miembros del senado y del orden ecuestre. Encomendó los puestos de mayor responsabilidad del imperio a aurigas, comediantes y mimos. A sus esclavos y libertos, en la medida que cada uno destacaba en actividades vergonzosas, les confiaba el gobierno de las provincias consulares.

[407] Cf. Intr., pág. 25.

[408] Estos nombramientos fueron una de las causas principales del descrédito de Heliogábalo. Este prefecto del pretorio fue P. Valerio Comazón, perteneciente a una familia de danzantes y actores.

Cuando todo lo que antes se consideraba respetable 8
hubo caído en aquel estado de desenfrenado delirio [409], todo el mundo, y en especial los soldados, empezaron a mostrar su disgusto e inquietud. Sentían aversión por él al verlo con la cara maquillada, con más exageración que la permitida a una mujer decente, y ataviado afeminadamente con collares de oro y vestidos ligeros, bailando de tal forma que todos se fijaran en él. Así, pues, 2
empezaron a sentir predilección por Alejandro y a cifrar sus esperanzas en un muchacho educado con moderación e inteligencia, al que protegían con sumo cuidado viendo que era objeto de las maquinaciones de Antonino. Mamea, su madre, no permitía que Alejandro probara ninguna bebida o manjar enviados por su primo. Los cocineros y coperos del muchacho no eran los que estaban para el servicio general del palacio imperial, sino los elegidos por su madre, sobre cuya lealtad no había duda. Daba también bajo mano algunas canti- 3
dades de dinero para que se repartieran entre los soldados en secreto a fin de ganarse su afecto por Alejandro incluso por medio del dinero, en el cual los hombres fijan especialmente su atención.

Cuando Antonino se enteró de esto, empezó a acechar por todos los medios a Alejandro y a su madre. Pero Mesa, la abuela común de ambos, desviaba y desbarataba todas las insidias. Mesa era una mujer que, además de ser hábil, [había vivido durante muchos años en el palacio imperial como hermana de Julia, la esposa de Severo, con la que vivió todo el tiempo en palacio.] Ninguna de las intrigas de Antonino se le escapaba, 4
puesto que éste tenía además un carácter indiscreto y con sus palabras y acciones descubría sus planes abiertamente y sin ningún cuidado. Antonino, puesto que sus planes no prosperaban, decidió relevar al muchacho de

[409] Cf. Intr., pág. 59.

su dignidad de César, y Alejandro dejó de aparecer en
5 público en las salutaciones y en las procesiones. Los soldados reclamaban su presencia y estaban indignados porque suponían que había sido relevado del mando. Entonces Antonino hizo circular la noticia de que Alejandro estaba agonizando, a fin de experimentar cuál sería la reacción de los soldados ante el rumor. Puesto que no veían al muchacho y estaban profundamente afectados por la noticia, los soldados, enfurecidos, decidieron no montar la guardia habitual en torno a Antonino, y, encerrándose en el campamento, exigieron la presen-
6 cia de Alejandro en su templo [410]. Antonino, espantado, invitó a Alejandro a sentarse a su lado en la litera imperial, que estaba adornada lujosamente con oro y piedras preciosas, y se dirigió al campamento con Alejandro. Los soldados abrieron las puertas para recibirlos y los llevaron al templo del campamento. Pero, mientras que saludaron efusivamente a Alejandro y lo acla-
7 maron, trataron con gran indiferencia a Antonino. Indignado éste por la desatención, después de pasar toda la noche en el templo del campamento muy dolido y echando pestes contra los soldados, ordenó que los que se habían distinguido por su efusión en aclamar a Alejandro fueran arrestados para ser castigados como cul-
8 pables, según pretendía, de sedición y tumulto. Esto acabó de indignar a los soldados que ya aborrecían a Antonino por otros motivos y que deseaban desembarazarse de un emperador que era una vergüenza. Pensaron entonces que debían socorrer a los que habían sido apresados y, considerando que el momento era oportuno y el motivo justo, dieron muerte a Antonino y a su madre Soemis (que estaba allí como Augusta y madre) [411]. También mataron a todo su séquito, todos los

[410] El templo de Marte, en el campamento. El culto a Marte suponía una reacción contra los cultos orientales.

[411] El 13 de marzo del 222.

que fueron cogidos dentro y eran considerados ayudantes y cómplices de sus crímenes. Entregaron los cuerpos de Antonino y de Soemis a quienes querían arrastrarlos
e injuriarlos. Después de arrastrarlos durante mucho 9
tiempo por toda la ciudad y de mutilarlos, los arrojaron a las cloacas que bajan hasta el río Tíber.

Así, con su madre, sucumbió Antonino en el sexto 10
año [412] de su imperio, después de vivir tal como se ha descrito. Los soldados proclamaron emperador a Alejandro [413] y lo condujeron a palacio, aunque era muy joven y estaba completamente bajo la tutela de su madre y de su abuela.

[412] O se trata del error de un copista *(s' y e')*, o es una equivocación de Herodiano o se explica lo del sexto año por medio de una datación que arranque de la muerte de Caracalla (abril del 217) basándose en la *damnatio memoriae* de Macrino. Heliogábalo en realidad no llegó a los cuatro años de reinado (mayo 218 - marzo 222) y, siguiendo el método inclusivo, podemos decir que murió en el quinto año de su imperio; pero si partimos de la muerte de Caracalla, la de Heliogábalo habría tenido lugar ciertamente en el sexto año. Cf. Intr., páginas 45-46.

[413] Su *dies imperii* militar es el 13 de marzo del 122 (cf. Fink, Hoey, Snyder, *The Feriale...*, págs. 85 ss.), mientras que la investidura senatorial (a la que se refiere Herodiano) parece que tuvo lugar al día siguiente, el 14 de marzo (cf. B. Parsi, *Désignation et investiture...*, páginas 162 ss.). Cf. Intr., págs. 37-38.

LIBRO VI

1 En el libro precedente se ha descrito el final del joven Antonino. Al acceder Alejandro al poder, la dignidad y el título de emperador estaban con él, pero la administración del estado y el gobierno del imperio eran controlados por las dos mujeres que realizaban un serio esfuerzo por volver a un gobierno moderado y res-
2 petable. Como primera medida eligieron a los dieciséis senadores que inspiraban un mayor respeto por su edad y que vivían con mayor moderación para que fueran asesores y consejeros del emperador [414]. No se decía ni se hacía nada que antes no hubiera sido examinado y aprobado por aquellos. Esta forma de principado, en la que se pasaba de una insolente tiranía a un modo de gobierno aristocrático [415], fue del agrado del pueblo y del ejército, pero sobre todo del senado.

3 En primer lugar las estatuas de los dioses que Antonino había cambiado de sitio fueron devueltas a sus templos y santuarios de origen. Fueron privados de sus privilegios quienes habían sido promovidos por el ante-

[414] Esta comisión de dieciséis senadores no equivalía al *consilium principis* o consejeros privados del emperador, sino que era sólo una parte del mismo formada por estos dieciséis miembros cuya principal característica era que habían sido nombrados directamente por el senado, no por el emperador. Cf. *infra* VII 1, 3.

[415] Cf. Intr., págs. 51 ss.

rior emperador a puestos de honor y poder sin ninguna razón, o por los crímenes que los habían hecho famosos. Todos recibieron la orden de volver a su anterior posición. Confiaron la administración y todos los asun- 4
tos, tanto civiles como judiciales, a hombres muy ilustres por sus conocimientos y con gran experiencia jurídica [416]. Al frente de los asuntos militares pusieron a hombres que habían adquirido experiencia y fama por su labor de organización y por sus acciones de guerra.

Después de gobernar el imperio de esta forma durante largo tiempo, Mesa, que era ya una anciana, murió [417]; recibió honores imperiales y fue deificada, según la costumbre romana. Mamea, al quedar sola con su 5
hijo, se esforzó por dirigirlo y dominarlo de la misma manera. Y al ver que el muchacho ya contaba con todo el vigor de su juventud, tuvo miedo de que sus fuerzas juveniles, si recibían el apoyo de su poder sin límites, lo arrastraran a alguno de los errores de su familia. Por eso hacía vigilar el palacio por todas partes y no permitía que nadie con fama de vida licenciosa se acercara al muchacho, por temor de que sus costumbres se corrompieran si los aduladores encaminaban sus juveniles ansias hacia las pasiones más vergonzosas. Lo 6
impulsó a una continua actividad judicial en la que pasaba la mayor parte del día. Mientras estuviera ocupado en asuntos tan importantes, indispensables para un emperador, no le quedaría tiempo para vicios. El carácter de Alejandro era esencialmente afable y pacífico, inclinado siempre a la humanidad, como demostró en el transcurso de los años. Es un hecho que hasta el año 7

[416] Referencia tácita a hombres como Domicio Ulpiano y Julio Paulo. El reinado de Severo Alejandro fue una época de eminentes juristas.

[417] Sobre la fecha de la muerte y de la *consecratio* de Julia Mesa, cf. FINK, HOEY, SNYDER, *The Feriale...*, págs. 113-114, donde se demuestra que Mesa probablemente murió y fue deificada en el año 225

decimocuarto [418] de su imperio gobernó sin derramamiento de sangre [y no se puede citar a un solo hombre que fuera ejecutado por él]. Aunque algunos fueron culpables de los más graves delitos, sin embargo les perdonó la vida, medida que desde el gobierno de Marco ninguno de nuestros emperadores había observado o había puesto en práctica con complacencia. No se podría citar ni recordar a alguien ejecutado sin juicio durante los muchos años del gobierno de Alejandro.

8 Pero también censuraba a su madre y se disgustaba mucho al observar su codicia y su desmesurado afán por atesorar riquezas. Mamea, en efecto, fingía que estaba reuniendo dinero para que Alejandro pudiera distribuir sin problemas una generosa gratificación a los soldados; pero, en realidad, acrecentaba su propio tesoro. Esta circunstancia provocó un cierto descrédito del imperio, porque Mamea confiscaba por la fuerza las propiedades heredadas de algunas personas contra la voluntad de su hijo y a pesar de su indignación.

9 Su madre le buscó también una esposa de familia patricia [419], pero, cuando Alejandro ya vivía con ella y la amaba, la expulsó de palacio con insultos. Quería ser la única emperatriz y estaba celosa de la joven por el título de Augusta. A tal extremo llegaron sus abusos que el padre de la muchacha, aunque contaba con toda la consideración de Alejandro, su yerno, no pudo soportar los ultrajes que Mamea les infería, a él y a su hija, y se refugió en el campamento. Aunque estaba agradecido a Alejandro por los honores recibidos, acusaba a Ma-

(entre los límites de noviembre-diciembre del 224 y de la primera mitad del 226).

[418] Cf. *infra* nota 422.

[419] Gnea Seya Hernia Salustia Barbia Orbiana, perteneciente a una importante familia de la aristocracia antonina, hija de Lucio Seyo, César y *Socer Augusti* (cf. R. O. Fink, *American Journal of Philology* 60 (1939), 328 ss.); emparentada con los *Barbii* de Aquileya (cf. K. Dietz, *Senatus contra principem...*, pág. 162).

mea por sus injurias. La emperatriz, furiosa, ordenó 10
que el padre fuera ejecutado y a la muchacha, que ya había sido expulsada de palacio, la desterró a Libia. Dio estas órdenes contra la voluntad de Alejandro, que fue obligado a consentir. Su madre lo dominaba sobremanera y él hacía todo lo que le ordenaba. Por este único motivo se le podía censurar, porque, por su excesiva docilidad y por un respeto mayor del que debía, obedecía a su madre incluso en asuntos con los que no estaba de acuerdo.

Así [420] durante trece años [421], Alejandro gobernó el 2
imperio irreprochablemente en lo que de él dependía. Pe-

[420] A partir de este capítulo (VI 2) la atención de Herodiano por los hechos militares aumenta. Cf. Intr., pág. 67.

[421] Es éste otro pasaje con numerales problemáticos. Véase la nota siguiente respecto al «decimocuarto», relacionado aparentemente con este «trece», y a las enmiendas que sobre él se proponen. Si suprimimos el «decimocuarto» o lo cambiamos por «décimo» según la enmienda de Cassola, el «trece» se refiere evidentemente a la duración total del reinado de Alejandro, lo que parece estar en contradición con VI 1, 7, VI 9, 3 y VII 1, 1, donde se computan catorce años de reinado. Podría tratarse, desde luego, de cómputos con diverso sistema (cf. *infra* nota 443). Trece años era la duración efectiva del reinado de Alejandro, pero según el antiguo sistema inclusivo estaba en el decimocuarto año de su reinado. Si la explicación no fuera ésta, y si se opta por la supresión de la expresión con el problemático «decimocuarto», podría pensarse también en una supresión del «trece». Así Herodiano diría simplemente que Alejandro gobernó irreprochablemente «en lo que de él dependía» *(hóson ep' autôi)* pero que «inesperadamente» *(aiphnidíōs:* «sin que lo esperara» en oposición a «lo que de él dependía») llegaron las cartas con el anuncio de un conflicto exterior. Posteriormente un copista o un lector en un intento de racionalizar el texto habría añadido erróneamente las expresiones con los numerales en cuestión. Es una hipótesis, aunque se violente un poco el texto. Por otra parte, no debemos olvidar que los pasajes con numerales son especialmente propensos a corrupciones. Si no nos decidimos por la supresión, hemos de pensar que los numerales originarios podían ser otros. Así K. Dändliker («Die drei letzten Bücher Herodians. Untersuchungen zur allgemeinen Geschichte von 222-238 n. Chr.», en M. Bü-

ro [en el año décimo[cuarto]] (?)[422] inesperadamente le llegaron unas cartas de los gobernadores de Siria y de

DINGER, *Unters. zur röm. Kaisergeschichte*, 3, Leipzig, 1870, pág. 215) propone la enmienda de g' (3) y d' (4) en lugar de ig' (13) y id' (14), con lo que la llegada de las cartas se situaría en el invierno del 225/226.

[422] El texto, tras afirmar que Alejandro gobernó irreprochablemente durante trece años, dice que en el año decimocuarto surgió el problema de la guerra con los persas. Este «decimocuarto» es cronológicamente inaceptable. Pero es impensable que Herodiano, pocos años después de los acontecimientos que narra, se equivocara respecto a un hecho tan importante como la guerra con los persas, situándola en el último año del reinado de Alejandro. La narración que sigue parece descartar la posibilidad de un error del historiador. Se pasa revista a una serie de acontecimientos que no podían haber ocurrido en un solo año; era inconcebible que en un año tuvieran lugar unas largas conversaciones con los persas (VI 2, 3-5 y 3, 4-6), una movilización (3, 1-2) y el traslado del ejército (4, 2-4), una revuelta en Siria y diversos traslados de tropas (4, 7), unas complejas operaciones contra los persas (5-6), una campaña contra los germanos (7, 2-10)... La técnica narrativa y el carácter selectivo de la *Historia* de Herodiano le obligan a veces a resumir o concentrar diversos acontecimientos, pero suele hacerlo en una correcta secuencia cronológica y, desde luego, sin caer en errores de bulto como sería el de este caso. Se hace por tanto necesario buscar una explicación que solucione el problema del texto. Es posible otra vez (cf. *supra* nota 412) el error de un copista o que el numeral procediera de la glosa de un copista que intentara racionalizar los hechos sin entenderlos. En este sentido se nos ocurre pensar que la afirmación de Herodiano en un pasaje anterior (VI 1, 7) respecto a que Alejandro llegó al año decimocuarto de un reinado sin derramamiento de sangre (se refiere a ejecuciones sin juicio, persecuciones políticas... cf. *infra* VI 9, 8) habría podido ser la causa de que se interpolara el mismo numeral en VI 2, 1, pasaje en el que Herodiano iniciaba un resumen de los hechos de guerra del reinado de Alejandro Severo; en el texto original no existiría el numeral en cuestión que habría sido añadido por relacionar los hechos de guerra, cuyo relato se inicia en VI 2, 1, con el gobierno que llega a su año catorce sin derramamiento de sangre (VI 1, 7). El copista autor de la interpolación no habría entendido que se trataba simplemente de derramamiento de sangre civil y habría añadido el «decimocuarto» al inicio de la narración de la guerra intentando así evitar lo que creía que constituía una contradicción entre los dos pasajes citados. Si esta explicación resulta válida debe suprimirse completamente la expresión «en el año decimocuarto» como ya hacía Poliziano en su traducción. Pero si no

Mesopotamia, informándole de que Artajerjes[423], el rey de los persas, había derrotado a los partos, relevándolos de su dominio de Oriente, y había dado muerte a Artabano, el anterior gran rey coronado con dos diademas. También había sojuzgado a todos los bárbaros de la región y los había sometido al pago de tributos. Después de todas estas victorias, seguía en estado de guerra y no permanecía dentro de los límites del río Tigris, sino que, después de cruzar las riberas que constituían la frontera del imperio romano, saqueaba Mesopotamia y amenazaba a Siria. Creyendo que todo el territorio 2
que mira a Europa, de la que está separado por el Egeo y el estrecho de Propóntide —conocido en conjunto con el nombre de Asia—, era una posesión de sus antepasados, quería recuperarlo para el imperio persa. Argumentaba que desde Ciro, el primero que traspasó la realeza de los medos a los persas, hasta Darío, el último rey de los persas, cuyo reino destruyó Alejandro de Mace-

se opta por la supresión ni por dejar el texto con el error cronológico, es posible otra solución basada en una interesante enmienda de CASSOLA (cf. «Note critiche al testo di Erodiano», *Rendiconti dell' Academia di Archeologia, Lettere e Belle Arti di Napoli* 38 (1963), 139-143). Según esta enmienda el original diría «décimo» *(dekátōi)*, pero un copista o un lector, influidos por el *triskaídeka* de dos líneas antes, habrían corregido el ordinal *dekátōi* cambiándolo por *tessareskaidekátōi*... WHITTAKER *(ob. cit.*, II, pág. 88), aunque con algunas reservas, acepta la enmienda de Cassola. Si es cierto que Herodiano escribió «en el décimo año», el problema cronológico más serio está resuelto y sólo quedan algunos problemas menores derivados de la concentración de los hechos anteriores a la guerra contra los persas al referirlos también al año 231, el «décimo» año del reinado de Alejandro. En realidad, las primeras alarmas llegaron a Roma en el 229 (octavo año del reinado); Ardashir o Artajerjes atacó Nisibis en el 230 (noveno año), y Alejandro se preparó para la guerra en el 231. Sobre la duración del reinado de Alejandro cf. *infra* nota 443.

[423] Ardashir o Artajerjes, un persa vasallo de los Arsácidas, supo sacar partido de la rivalidad entre Vologeses V y Artabano V (cf. *supra* nota 342) y acabó con el dominio de los partos fundando la dinastía sasánida.

donia, todas las tierras hasta Jonia y Caria habían sido gobernadas por sátrapas persas. Así, pues, creía que estaba en su derecho al restaurar todos los dominios persas tal como habían sido antes.

3 Ante estos informes enviados por los gobernadores de Oriente, Alejandro se turbó terriblemente por aquella súbita e inesperada noticia y, con mayor motivo, porque había sido educado desde su niñez en una situación de paz y había vivido siempre entre las comodidades de la ciudad. Así, como primera medida, después de consultar con sus consejeros, decidió enviar una embajada para intentar detener el ataque y las aspiraciones de
4 los bárbaros por medio de una carta [424]. Esta carta decía que Artajerjes debía permanecer en su propio territorio sin intentar cambiar el *statu quo* ni, animado por vanas esperanzas, provocar una gran guerra; que cada uno debía estar contento con su parte, y que la guerra contra los romanos no le iba a resultar tan fácil como las luchas contra vecinos y bárbaros de su misma raza. La carta le recordaba además las victorias de Augusto, Trajano, Lucio y Severo sobre ellos. Con este mensaje Alejandro pensaba que convencería o asustaría al rey
5 bárbaro consiguiendo que se mantuviera tranquilo. Pero Artajerjes no hizo caso de la carta, puesto que creía que el asunto debía dilucidarse por las armas más que con palabras. Así que siguió adelante devastando todo el territorio romano, recorriendo Mesopotamia con su infantería y caballería, y saqueándola. Puso sitio a las guarniciones situadas en las riberas de los ríos como defensa del imperio romano. Siendo de natural vanidoso y ensoberbecido por los inesperados éxitos, Artajerjes es-
6 peraba que se adueñaría de todo fácilmente. No carecían de importancia las razones que le incitaban a desear un mayor imperio. Él fue el primero que se atrevió

[424] Cf. Intr., pág. 69.

a atacar el reino de los partos devolviendo su dominio a los persas. Después de Darío, que había perdido su reino a manos de Alejandro de Macedonia, los macedonios y sucesores de Alejandro se repartieron las naciones de Oriente y de toda Asia y las gobernaron durante
muchos años. Pero al producirse diferencias entre ellos 7
y debilitarse la fuerza de los macedonios por las continuas guerras, el parto Arsaces fue el primero, según las historias, en incitar a los bárbaros de aquellos países a rebelarse contra Macedonia. Luego, por voluntad de los partos y de los bárbaros de la región, el mismo Arsaces tomó la corona y reinó sobre ellos. El poder permaneció en manos de sus sucesores durante mucho tiempo hasta llegar a nuestro contemporáneo Artabano, al que Artajerjes dio muerte recuperando el reino para los persas. Y entonces, después de someter fácilmente a los pueblos bárbaros que tenía a su lado, Artajerjes fijó su meta en el imperio romano [425].

Cuando Alejandro, que permanecía en Roma, fue 3
informado de las acciones de los bárbaros de Oriente, pensó que su atrevimiento no era tolerable y, visto que los gobernadores de aquella región solicitaban su presencia, se dispuso para la campaña, a pesar de su disgusto por tener que actuar contra sus deseos. Así, pues, en la misma Italia y en todas las provincias romanas fueron reclutados para la expedición todos los hombres considerados aptos para el combate por su buena constitución física y por su edad. Un constante movimiento 2
de gentes se produjo por todo el imperio romano al reunirse una fuerza en consonancia con el número de atacantes bárbaros que referían las noticias. Alejandro reunió la guarnición de Roma con la orden de que todos

[425] Cf. Intr., pág. 59.

se concentraran en el campo de costumbre[426] y, una
vez que hubo subido a la tribuna, pronunció el siguien-
te discurso:
3 «Hubiera preferido, compañeros, dirigiros el habitual
discurso por el que yo hubiera obtenido fama de orador
y vosotros placer al escucharme. Pues, después de dis-
frutar de paz durante muchos años, si ahora oís algo
nuevo, probablemente os asombraréis por lo inespera-
4 do de mis palabras. Pero los hombres valerosos y sen-
satos, aunque deseen lo mejor, deben aceptar lo que les
sobreviene. El goce de lo que se hace por placer es agra-
dable, pero del valor demostrado en el cumplimiento
del deber surge la gloria. Iniciar una acción injusta no
es un punto de partida alentador; pero rechazar a los
perturbadores engendra confianza porque se actúa con
buena conciencia, y la esperanza no acompaña al que
5 comete injusticia sino al que lucha contra ella. Arta-
jerjes, el Persa, después de matar a su propio señor,
Artábano, trasladó el poder a los persas; pero ahora,
atreviéndose incluso con nuestras armas y desprecian-
do el nombre de Roma, se empeña en saquear y des-
truir las posesiones de nuestro imperio. Yo intenté, co-
mo primera medida, convencerlo por medio de cartas
para que abandonara su insaciable e insensata codicia
de los bienes ajenos; pero él, movido por su vanidad
de bárbaro, no quiere permanecer en sus tierras sino
6 que nos desafía a combatir. Nosotros no debemos dudar
ni descuidarnos. Los más viejos podéis recordar las vic-
torias que con Severo y con Antonino, mi padre, conse-
guisteis a menudo contra los bárbaros; vosotros mis-
mos, en plena juventud y ansiosos de fama y gloria,
demostrasteis que no sólo sabéis vivir en paz con mode-
ración y decoro sino que también, cuando las circuns-

[426] Probablemente el *campus* junto al *castra praetoria* (cf. *supra* notas 31 y 204.

tancias lo demandan, sois capaces de dirigir con éxito
y valerosamente una guerra. Los bárbaros se crecen ante 7
transigencias y vacilaciones, pero ya no se oponen igual-
mente cuando encuentran resistencia, puesto que no ci-
fran sus esperanzas contra el enemigo en una batalla
campal, sino que piensan que, con la táctica de ataques
súbitos y retiradas, obtienen la ganancia de lo que el
saqueo les proporciona. Nosotros, sin embargo, con nues-
tra organización y disciplina hemos aprendido a derro-
tarlos en todas las circunstancias».

Todo el ejército recibió con aclamaciones este dis- 4
curso de Alejandro prometiéndole poner todo su ardor
en la guerra. Después de un generoso donativo, ordenó
que prepararan lo necesario para la partida. Luego, fue
al senado, donde, con palabras semejantes a las dirigi-
das anteriormente a los soldados, anunció la salida.
Cuando llegó el día señalado y hubo ejecutado los sacri- 2
ficios de ritual en las partidas, acompañado por todo
el senado y el pueblo, salió de Roma[427], volviendo la
vista continuamente hacia la ciudad y llorando. Entre
el pueblo que lo despedía no había nadie sin lágrimas,
pues había infundido al pueblo el amor a su persona
al haber crecido entre ellos y gobernado con modera-
ción durante tantos años. Realizó la marcha a gran 3
velocidad dirigiéndose a las guarniciones de las provin-
cias ilirias, donde reunió una considerable fuerza; lue-
go llegó a Antioquía. Una vez allí, se dedicó a los prepa-
rativos bélicos, adiestrando a los soldados y realizando
prácticas de guerra. Alejandro resolvió enviar otra em- 4
bajada al rey persa para negociar un tratado de paz;
pues esperaba que su presencia le persuadiría o le asus-
taría. Pero el rey bárbaro despidió a los embajadores
romanos sin que consiguieran su objetivo; él, por su par-

[427] En el año 231.

te, escogió a cuatrocientos persas, los de mejor presencia, y los envió en misión diplomática a Alejandro; iban montados a caballo con sus arcos y ataviados con lujosos vestidos cubiertos de oro. Pensaba que los romanos
5 se impresionarían al ver el aspecto de los persas. La embajada declaraba que el gran rey Artajerjes ordenaba que los romanos y su emperador abandonaran Siria y toda el Asia situada enfrente de Europa y que dejaran que los persas extendieran su dominio hasta Jonia y Caria y todos los pueblos que están separados por el Egeo y el Ponto; decía que estos territorios eran posesiones
6 ancestrales de los persas. Una vez que los cuatrocientos embajadores hubieron comunicado este mensaje, Alejandro ordenó que fueran apresados; los despojó de todo el equipo que llevaban consigo y los envió a Frigia, permitiéndoles habitar en aldeas y cultivar la tierra; tan sólo les impuso el castigo de que no pudieran regresar a su casa, puesto que creía que sería sacrílego e impropio de un hombre valeroso ejecutar a hombres que no habían ido a luchar y que tan sólo habían comunicado
7 el mensaje que su señor les había ordenado. Después de este suceso, Alejandro se dispuso a cruzar los ríos e invadir con su ejército el territorio bárbaro. Se produjeron entonces algunas rebeliones de los soldados que procedían de Egipto y también de los estacionados en Siria, en un intento de provocar un cambio de emperador. Los rebeldes fueron rápidamente descubiertos y castigados. Luego Alejandro trasladó algunas tropas a otras regiones, donde pensaba que serían más útiles para impedir las incursiones de los bárbaros.

5 Después de tomar estas medidas y reunido un ejército muy numeroso, Alejandro consideró entonces que había equilibrio entre la fuerza de sus tropas y el número de las huestes bárbaras. Tras consultar con sus consejeros dividió su ejército en tres columnas; a la pri-

mera le ordenó inspeccionar los territorios del norte y, marchando a través de Armenia, región amiga de Roma [428], invadir el país de los medos. A la segunda la 2
envió a reconocer las comarcas orientales del territorio bárbaro, donde dicen las descripciones que numerosas lagunas reciben las aguas de la confluencia del Tigris y el Éufrates, por lo que aquellos ríos son los únicos cuya desembocadura pasa inadvertida. A la tercera columna, la élite del ejército, le reservó la misión de dirigirse contra los bárbaros por la ruta del centro. Pensaba que así, atacando por diferentes frentes, cogerían al enemigo indefenso y desprevenido y que el ejército persa, continuamente dividido frente a sus atacantes, sería más débil y combatiría más desordenadamente. Como 3
es sabido, los bárbaros no tienen soldados a sueldo como los romanos, ni tampoco ejércitos organizados y permanentes entrenados en las artes de la guerra, sino que todos los hombres, y alguna vez también las mujeres, se reúnen cuando el rey lo ordena. Pero cuando la guerra termina, cada uno regresa a su casa llevándose la ganancia de todo lo que ha saqueado. No usan los arcos 4
y los caballos sólo para la guerra como los romanos, sino que desde niños son educados con ellos y pasan el tiempo cazando sin desprenderse nunca de sus aljabas, ni desmontar de sus caballos. Su uso es constante, ya contra los enemigos, ya contra las fieras.

Alejandro, en su opinión, había decidido el mejor plan de ataque, pero la suerte frustró sus previsiones. La 5
columna que había sido enviada a través de Armenia, después de atravesar a duras penas los montes de aquella región, que son muy fragosos y escarpados (aunque

428 Parece que Armenia y Media Atropatene eran focos de resistencia a los partos. Desde allí había actuado Artavasdes, hijo de Artabano V, después que Ardashir derrotara a su padre (cf. *supra* nota 423). Entonces ya había sido capturado y ejecutado.

al ser todavía verano[429] tenían el paso abierto), irrum-
pió en el país de los medos y lo asoló, incendiando y
saqueando muchos poblados. Informado el rey persa acu-
dió en su ayuda con todos los medios posibles, pero no
6 pudo de ningún modo rechazar a los romanos; pues la
infantería podía marchar con seguridad y facilidad por
aquel terreno accidentado, pero la caballería de los bár-
baros, por la aspereza del lugar, tuvo que dejar de galo-
par y no pudo avanzar ni atacar. Entonces llegaron al
rey persa noticias de que otra fuerza romana había apa-
recido en la Partia oriental y de que estaban saqueando
7 la región. Artajerjes tuvo miedo de que los romanos,
después de devastar el territorio parto sin dificultad,
invadieran Persia. Dejó, pues, una fuerza que conside-
raba suficiente para defender Media, y él, con todo el
ejército, se dirigió a toda prisa hacia las comarcas del
este. El ejército romano marchaba muy descuidadamente
puesto que no aparecía nadie ni encontraban resisten-
cia; creían además que Alejandro con la tercera colum-
na, que era la más fuerte y numerosa, había penetrado
en el territorio bárbaro por la parte central y que, al
verse hostigados continuamente por frentes opuestos,
los bárbaros les permitían a ellos avanzar con tranqui-
8 lidad y seguridad. Todas las tropas habían recibido la
orden de penetrar en el territorio guardándose los
flancos y se había fijado el lugar en el que debían en-
contrarse, una vez que hubieran controlado las zonas
intermedias. Pero Alejandro les falló al no invadir el
territorio con su ejército, bien por temor, para no arries-
gar su vida en defensa del imperio romano, bien porque
su madre lo retenía por cobardía femenina y por un exa-

[429] El verano del 232. Alejandro debió salir de Roma a principios del 231 y llegó a Antioquía a finales del verano; a partir de entonces se dedicaría a los preparativos de la guerra sin olvidar la posibilidad de un arreglo diplomático. En el verano siguiente se iniciaron las hostilidades.

gerado amor hacia su hijo. Ella solía, en efecto, debilitar 9
sus valerosos impulsos persuadiéndole de que los otros
debían arriesgarse por él, pero que él no debía situarse
en medio de la batalla. Esto fue lo que arruinó la inva-
sión del ejército romano. El rey persa cayó con todas
sus fuerzas sobre el ejército desprevenido y los rodeó,
como en una red. Disparándoles desde todos los lados,
destruyó las tropas de los romanos, que no podían en-
frentarse con un número superior y no hacían más que
cubrirse con sus armas las partes descubiertas, que eran
el blanco de sus enemigos; sólo aspiraban a proteger
sus cuerpos, no a combatir. Finalmente se concentra- 10
ron en un mismo sitio y, disponiendo sus escudos en
forma de muro, combatieron como si estuvieran en un
asedio; alcanzados desde todos los lados y heridos, re-
sistieron valientemente hasta que les fue posible, pero
finalmente todos perecieron. Esta desgracia terrible y
de ingrata memoria sobrevino a los romanos al ser des-
truido un gran ejército que no era inferior a ninguno
de los antiguos en valor y fortaleza. Y el éxito de una
acción de tal envergadura infundió en el rey persa la
esperanza de mayores empresas.

Cuando fue informado del desastre, Alejandro estaba 6
muy enfermo, ya de melancolía, ya de falta de aclimata-
ción a la atmósfera, y le afectó terriblemente. El resto
del ejército estaba indignado con Alejandro; estaba dis-
gustado porque, por faltar él a su palabra y no cumplir
el plan acordado, el ejército invasor había sido traicio-
nado. Pero Alejandro ya no soportaba más su enferme- 2
dad ni la atmósfera asfixiante. También estaba enfermo
todo el ejército; pero sobre todo los soldados ilirios que,
al estar acostumbrados a un clima más húmedo y fres-
co y habituados a comida más abundante, se ponían muy
enfermos y morían. En estas circunstancias decidió re-

gresar a Antioquía y envió al ejército que estaba en Me-
3 dia la orden de que regresara. Aquel ejército, al regresar,
pereció en su mayor parte en las montañas y fueron
bastantes los que sufrieron amputaciones, pues era una
región de clima riguroso, de suerte que de muchos que
eran volvieron poquísimos. Alejandro se dirigió hacia
Antioquía con su columna, de la que habían muerto tam-
bién muchos hombres. La consecuencia fue que acre-
centaron el desánimo del ejército y la impopularidad
del emperador. Tanto el plan de Alejandro como su suer-
te habían fallado, y de las tres columnas en que había
dividido sus fuerzas, había perdido la mayor parte en
diferentes desastres provocados por la enfermedad, la
guerra y el frío.

4 Al encontrarse en Antioquía [430], después de pasar
por la terrible aridez de Mesopotamia, Alejandro se re-
cuperó fácilmente gracias al agradable clima de la ciu-
dad y a su abundancia de agua; intentó entonces recu-
perar el afecto de los soldados y consolarlos con una
generosa distribución de dinero; pues pensó que éste
era el único remedio para la reconciliación con los sol-
dados. Y entretanto reunía unas tropas y se preparaba
para atacar de nuevo a los persas, si causaban proble-
5 mas y no estaban tranquilos. Pero llegó la noticia de
que el rey persa había licenciado a su ejército y enviado
a todos a sus casas. Aunque parecía que los bárbaros
se habían llevado la victoria por su superioridad en la
batalla, sin embargo habían resultado dañados en los
frecuentes encuentros en Media y en la batalla de Par-
tia porque habían sufrido muchas bajas y había muchí-
simos heridos. Los romanos habían vendido cara la vic-
toria; después de infligir al enemigo todos los daños que
pudieron, habían caído tan sólo porque se encontraban
6 en inferioridad numérica. Los dos ejércitos tuvieron

[430] En el invierno del 232/3.

aproximadamente las mismas bajas, pero parecía que
los supervivientes del ejército bárbaro habían vencido
más por su número que por su fuerza. Una prueba nada
despreciable del daño sufrido por los bárbaros, nos la
ofrece el hecho de que durante tres o cuatro años per-
manecieron en paz sin tomar las armas. Al enterarse
de esto, Alejandro se quedó en Antioquía más alegre y
confiado; olvidó la preocupación por la guerra y se de-
dicó a los placeres de la ciudad.

Alejandro consideraba que los asuntos persas esta- 7
ban tranquilos en aquella situación de paz no acordada
que constituía para los bárbaros un obstáculo retarda-
dor de un nuevo ataque de su ejército. No era fácil, en
efecto, reagruparlo una vez que había sido disuelto, pues-
to que no era una fuerza organizada y estable. Más que
un ejército era una muchedumbre desordenada. Sus pro-
visiones eran las que cada hombre al presentarse traía
para sus propias necesidades; estaban muy apegados a
sus hijos y mujeres y a su propia tierra, y de mala
gana los abandonaban. Mientras Alejandro pensaba to- 2
do esto, súbitamente las cartas que le traían unos men-
sajeros acabaron con su tranquilidad y le inspiraron una
extraordinaria preocupación [431]. Los gobernadores de
Iliria le informaban de que los germanos habían cruza-
do el Rin y el Danubio y estaban devastando el imperio
romano; atacaban las guarniciones de las riberas y las
ciudades y aldeas con numerosas fuerzas. Por ello los
territorios ilirios, limítrofes y vecinos de Italia, estaban
en una situación de extremo peligro. Así, pues, era pre- 3
cisa, decían, la presencia del emperador con todo su ejér-
cito. Estas noticias inquietaron a Alejandro y afligieron
a los soldados de Iliria al pensar que habían sufrido

[431] Las noticias sobre los movimientos de los germanos debieron llegar a Alejandro a principios del 233.

una doble desgracia, una por sus padecimientos en la guerra contra los persas y otra por las noticias que cada uno había recibido sobre sus familiares muertos por los germanos. Estaban, pues, indignados; culpaban a Alejandro de haberlos traicionado en la campaña de oriente por negligencia o cobardía y le reprochaban su actitud vacilante y temerosa frente a los problemas del
4 norte. Alejandro y los consejeros que entonces lo acompañaban estaban ya preocupados por la misma Italia, pues pensaban que el peligro germano no tenía nada que ver con el de los persas. Los habitantes de los territorios orientales, separados por una gran extensión de tierras y mares, apenas han oído hablar de Italia. Pero las provincias ilirias ocupan un estrecho territorio del imperio romano que prácticamente hace de Germania
5 un país limítrofe y vecino de Italia. Alejandro decretó la expedición contra los germanos a disgusto y afligido, pero la necesidad se lo exigía. Dejó tropas suficientes, en su opinión, para defender la ribera romana del río; aumentó la capacidad defensiva de los campamentos y puertos fronterizos completando sus guarniciones con las fuerzas adecuadas. Luego, con el restante ejército,
6 se dirigió contra los germanos. Después de recorrer el camino con gran rapidez, llegó a orillas del Rin [432] y se puso a preparar la guerra germánica. Ponteó el río con barcos encadenados unos a otros a modo de puente con la idea de facilitar el paso a los soldados. El Rin y el Danubio son los dos ríos más caudalosos del norte; uno bordea Germania y el otro Panonia. En verano su curso es navegable debido a su profundidad y anchura, pero en invierno, al helarse a causa del frío, son recorridos
7 a caballo como si fueran tierra firme. Tan resistente y dura llega a ser entonces el agua, que no sólo puede aguantar los cascos de los caballos y los pies de los hom-

[432] Pasó por Roma adonde llegó en el verano del 233.

bres, sino que, si alguien quiere sacar agua, no lleva para ello cántaros ni vasijas vacías sino hachas y picos para cortar el agua y llevársela sin vasija como si fuera una piedra.

Así son los ríos del norte, adonde llegó Alejandro 8
al frente de un gran número de soldados mauritanos y de arqueros de oriente, de la región de Osroene concretamente, aunque también había partos desertores y mercenarios que se habían puesto a su servicio. Estas eran las fuerzas que preparaba para enfrentarse a los germanos, para quienes un ejército como aquél resultaba muy molesto debido a que los mauritanos lanzaban su jabalina desde lejos y se valían de su táctica de atacar y retirarse rápidamente, y los arqueros disparaban también desde lejos apuntando a las cabezas descubiertas y a los enormes cuerpos de los germanos. Pero si se enfrentaban en combate cuerpo a cuerpo, los germanos resistían a pie firme y muchas veces sus fuerzas se igualaban a las de los romanos.

En estos preparativos bélicos estaba Alejandro. De- 9
cidió, sin embargo, enviar una embajada a los germanos para tratar acerca de la paz, con la promesa de satisfacer todos sus deseos puesto que tenía, les dijo, dinero en abundancia. Por el oro sobre todo se dejan convencer los germanos, ya que son codiciosos y continuamente están negociando la paz con los romanos por dinero. Por eso Alejandro prefirió intentar la compra de una alianza a correr el peligro de una guerra. Pero 10
los soldados lamentaban que se produjera una inútil pérdida de tiempo y que Alejandro no mostrara ningún valor ni inclinación a la guerra; miraban con malos ojos su afición a las carreras de carros y al lujo, cuando su obligación era combatir y castigar a los germanos por su anterior atrevimiento.

8 En el ejército había un hombre llamado Maximino [433], originario de una de las tribus semibárbaras del interior de Tracia. Se decía que procedía de una aldea donde había sido pastor en los años de su infancia. Al llegar a la flor de la edad por su estatura y fuerza había sido alistado en la caballería. Luego lo acompañó la fortuna y en poco tiempo pasó por toda la escala militar hasta que le fueron confiados mandos de legiones y pro-
2 vinciales [434]. A causa de la mencionada experiencia militar, Alejandro puso a Maximino al frente de todos los reclutas para que les diera la instrucción militar y los preparara para el combate [435]. Maximino desempeñó la misión encomendada con sumo interés y se granjeó el afecto de los soldados porque no se limitaba a enseñarles lo que debía hacerse sino que les ofrecía el ejemplo de su actuación, de suerte que, además de sus reclutas,

[433] El trienio de Maximino es una de las épocas por las que más se interesa la investigación histórica y la fuente principal para este período es sin duda Herodiano. Cayo Julio Vero Maximino era un tracio; para un romano era un *mixobarbaros*, tal como lo define Herodiano. Sin embargo quiso realizar el sueño de Marco Aurelio de ensanchar y asegurar las fronteras del imperio sometiendo a los germanos y llegando al océano (cf. I 5, 6, I 6, 6y VII 2, 9) y se esforzó como Septimio Severo por mantener el prestigio del imperio frente a sus enemigos. Pero desde el principio se le opuso el senado y la situación se agravó al aumentar la presión fiscal debido a los esfuerzos de la guerra. Su valor, su talento militar y su política exterior se vieron contrarrestados por las dificultades de la política interior. En el 238 la rebelión de los latifundios senatoriales de África fue el inicio de la caída de Maximino. Personalidad muy interesante y controvertida ha sido objeto de numerosos estudios. Cf. G. M. Bersanetti, *Studi sull' imperatore Massimino il Trace*, Roma, 1940; P. W. Towsend, «The revolution of A.D 238...», *Yale Classical Studies* 14 (1955), 49 ss.; A. Bellezza, *Massimino il Trace*, Genova, 1964; A. Balil, «C. Iulius Verus Maximinus 'Thrax'», *Boletín de la Real Academia de la Historia* 157 (1965), 83 ss.

[434] había sido *praefectus castrorum* en Egipto hacia el año 230 y, luego, en Mesopotamia.

[435] Como *praefectus tironibus*.

eran devotos imitadores de su valor [436]. Se los ganó asi- 3
mismo mediante recompensas y honores de todo tipo. Por esto los jóvenes, que en su mayor parte eran de Panonia, elogiaban el valor de Maximino mientras que se burlaban de Alejandro porque estaba a las órdenes de su madre. Así la administración dependía de la voluntad y el parecer de una mujer y el emperador se mostraba remiso y cobarde en la guerra. En las conversaciones de los soldados estaban presentes las desgracias sufridas en oriente por culpa de su indecisión, y recordaban también que no había dado muestras de valor ni de entusiasmo al dirigirse contra los germanos. Es- 4
tando, pues, predispuestos a la rebelión, los soldados achacaron aquella situación del imperio al largo gobierno de Alejandro, que ya les resultaba desventajoso puesto que se habían acabado las larguezas. Por el contrario, el futuro se presentaba beneficioso y prometedor para ellos y lleno de codiciados honores para el hombre que inesperadamente se hiciera dueño de la situación. Decidieron, por consiguiente, desembarazarse de Alejandro y proclamar a Maximino emperador y Augusto, puesto que era su compañero de armas y camarada [437] y, por su experiencia y valor, parecía la persona idónea para dirigir aquella guerra. Reuniéndose, pues, en el campo 5
con las armas que usaban normalmente en los ejercicios, cuando Maximino se presentó para vigilar su instrucción, le pusieron la púrpura imperial y lo proclamaron emperador [438]. No sabemos si Maximino desconocía lo que se tramaba, o si estaba secretamente en los preparativos. Su primera reacción fue rehusar y 6
quitarse la púrpura [439], pero cuando los soldados insis-

[436] Cf. Intr., pág. 50.

[437] Cf. *supra* I 5, 3, IV 14, 4, y nota 33.

[438] Hacia marzo del 235.

[439] El típico rechazo del poder, probablemente fingido.

tieron sacando la espada con amenazas de muerte, Maximino optó por el riesgo futuro en lugar del presente y aceptó el honor. Con frecuencia, según explicó, los oráculos y los sueños le habían pronosticado aquella suerte. Manifestó a los soldados que aceptaba, obligado
7 y sin pretenderlo, porque acataba su voluntad, y los exhortó a consolidar sus decisiones con la acción. Debían apresurarse a tomar las armas para dirigirse contra Alejandro antes de que le llegaran las noticias, mientras todavía estuviera en la ignorancia. Así sorprenderían a los soldados del séquito imperial y a la guardia, y los persuadirían a dar su consentimiento o fácilmente los someterían al cogerlos por sorpresa totalmente
8 desprevenidos. Para incitarlos a una total adhesión y entusiasmo, Maximino dobló su paga y les prometió importantes repartos de dinero y especies; les perdonó además todos los castigos y penas infamantes. Luego los condujo hacia su objetivo: el lugar donde acampaba Alejandro con su séquito no estaba muy lejos.

9 Cuando se enteró de lo ocurrido, Alejandro sintió una enorme inquietud, espantado por la inesperada noticia. Saltó fuera de la tienda imperial como un loco; tembloroso y llorando a lágrima viva reprochaba a Maximino su deslealtad e ingratitud enumerando todos los
2 beneficios que le había concedido. Acusaba a los reclutas de que se hubieran lanzado a esta aventura de forma precipitada y violando sus juramentos. Prometía asimismo que concedería todo lo que le pidieran y que rectificaría si tenían alguna queja. Los soldados de su séquito lo acompañaron durante todo aquel día dirigiéndole palabras de aliento y prometiendo que lo protege-
3 rían con todas sus fuerzas. Después de pasar la noche, al amanecer anunciaron que Maximino estaba cerca; había aparecido una polvareda que se levantaba a lo lejos y se pudo oír el griterio de una multitud. Alejandro sa-

lió de nuevo de su tienda y convocando a los soldados les pidió que lucharan por él y que protegieran al emperador a quien habían criado y bajo cuyo gobierno habían vivido sin queja durante catorce años [440]. Después de despertar sentimientos de piedad en todos sus hombres, ordenó que tomaran las armas y que salieran a enfrentarse al enemigo. Pero los soldados, frente a 4
sus promesas del principio, empezaron a volverse atrás unos tras otros sin querer tomar las armas. Unos pedían la ejecución del prefecto del pretorio y de la corte de Alejandro, alegando que habían sido responsables de la retirada. Otros criticaban a su madre por su codicia y porque limitaba el dinero. Por esta cicatería y por la escasez de distribuciones había perdido su popularidad Alejandro [441]. Durante cierto tiempo los soldados 5
siguieron manifestando a voz en grito quejas como aquellas. Pero cuando el ejército de Maximino ya estaba a la vista, los jóvenes reclutas comenzaron a gritar invitando a sus compañeros de armas a que abandonaran a su «roñosa mujercita» y a su «miedoso muchachito esclavo de su madre» y se pasaran al bando de un hombre que era valiente y sensato, que siempre había sido su compañero de armas y que había consagrado su vida a la actividad militar. Persuadidos los soldados abandonaron a Alejandro y se unieron a Maximino, a quien unánimemente proclamaron emperador. Muerto de mie- 6
do y perdiendo el sentido, Alejandro apenas consiguió regresar a su tienda; allí, según cuentan los relatos, esperó al que había de matarle abrazado a su madre, lamentándose y culpándola de su desgracia. Maximino, después de haber sido aclamado por todo el ejército, envió a un tribuno con algunos centuriones para que

[440] Cf. VI 1, 7 y VI 9, 8.
[441] En contraste con las primeras medidas de Maximino (cf. VI 8, 8).

mataran a Alejandro y a su madre y a sus acompañan-
7 tes que se resistieran. A su llegada irrumpieron en la tienda y mataron a Alejandro, a su madre y a los que consideraban sus amigos o favoritos. Algunos, sin embargo, consiguieron escapar y esconderse durante un corto tiempo, pero Maximino los cogió no mucho después y los exterminó.

8 Este fue el fin de Alejandro [y de su madre][442] después de gobernar durante catorce años sin tacha y sin derramamiento de sangre por lo que a sus súbditos se refiere[443]. Fue contrario a los asesinatos, a la crueldad y a las injusticias y mostró inclinación por los sentimientos humanitarios y por la beneficencia. Sin duda el imperio de Alejandro hubiera sido celebrado en su conjunto si la codicia y cicatería de su madre no hubieran sido la causa de su descrédito.

[442] Cf. CASSOLA, *art. cit.* (1963), 143.

[443] No se conoce la fecha exacta de la muerte de Alejandro Severo, pero es probable que fuera a mediados de marzo del 235. Había subido al trono el 13 de marzo de 222. Su reinado duró, pues, en realidad trece años, pero según el antiguo cómputo inclusivo la duración era de catorce años atendiendo a que estaba en el año decimocuarto de su reinado cuando murió. Cf. *supra* VI 1, 7 y VI 9, 3 e *infra* VII 1, 1.

LIBRO VII

En el libro anterior describimos la vida y muerte 1
de Alejandro, emperador durante catorce años[444]. Cuando se hizo cargo del imperio[445], Maximino provocó un profundo cambio al ejercer su poder de forma cruel y aterradora. Se esforzó por trastocarlo todo pasando desde un gobierno tolerante y muy humano a la crueldad de una tiranía[446], consciente de la malquerencia hacia su persona porque había sido el primero en llegar a una situación tan afortunada desde la con-
dición más humilde. Era un bárbaro tanto por su ca- 2
rácter como por su cuna. Con el temperamento sanguinario heredado de sus antepasados y propio de su país, se propuso conservar el poder mediante la crueldad por temor a sufrir el desprecio del senado y de sus súbditos, que no se fijarían en su presente fortuna sino en los humildes pañales de su nacimiento[447]. Corría de bo-

[444] Cf. nota anterior.

[445] Cf. Intr., pág. 40.

[446] Oposición constante en la obra de Herodiano. Cf. *supra* nota 3. Como en toda oposición se acentúan las características diferenciadoras.

[447] Según observa G. M BERSANETTI *(Studi sull' imperatore Massimino il Trace,* Roma, 1940, pág. 19), Herodiano capta perfectamente en este pasaje el fondo del alma de Maximino cuyo recurso al terror estaría en buena medida determinado por la hostilidad que se le demostraba y por su sentimiento de inferioridad derivado de su origen,

ca en boca para su descrédito la historia de que en otro tiempo había sido pastor en las montañas de Tracia y de cómo, tras presentarse al modesto ejército de su país por mor de su estatura y fuerza, había llegado de la
3 mano de la fortuna hasta el imperio romano. Inmediatamente se desembarazó de todos los compañeros y consejeros de Alejandro, que habían sido elegidos por el senado[448]; a unos los envió a Roma mientras que a otros los separó de sus cargos. Quería que lo dejaran solo, rodeado por su ejército, sin que se le acercara nadie que se sintiera superior por su nobleza. Así podría dedicarse a los trabajos de la tiranía como desde una fortaleza, sin la presencia de nadie a quien fuera nece-
4 sario respetar. Despidió de la corte imperial a todo el servicio, que había estado con Alejandro durante tantos años. Ejecutó a muchos de ellos por sospechas de conspiración, pues sabía que lamentaban la muerte de Alejandro.

El descubrimiento de una conjuración que se tramaba contra él, en la que participaban muchos centuriones y senadores, lo incitó todavía más a la crueldad y
5 al enojo con todos. Había un hombre llamado Magno[449], un patricio consular, que fue acusado de reunir una tropa contra Maximino y de intentar persuadir a algunos soldados a que le pasaran el poder[450]. Su plan,

sentimiento que le llevaría a procurar una mayor cultura para su hijo (cf. *Historia Augusta, Vita Maximini* 27, 5).

[448] Cf. *supra* nota 414 e Introducción pág. 54. Según Hohl esta reacción de Maximino contra el senado fue posterior a las conjuraciones de Magno y de Cuartino (cf. Hohl, *R.E. Pauly-Wissowa,* X 860).

[449] Probablemente es el Cayo Petronio Magno que figura en el *album* de *Canusium* (Dessau, *Inscr. Lat. Sel.* 6121). Cf. Intr., pág. 69.

[450] A. Pasoli («L'uso di Erodiano nella *Vita Maximini*», *Annuario del R. Ginnasio S.A. Morcelli di Chiari,* Milán (1927), 3-16) compara la *Historia Augusta, Vita Maximini* 10, con este pasaje de Herodiano relativo a la conjuración de Magno (VII 1, 4-8). Su conclusión es que el biógrafo de la *Vita Maximini* se inspira directamente en el texto original de Herodiano.

dijeron, iba a ser el siguiente. Maximino había ponteado el río y se disponía a cruzarlo para atacar a los germanos. Inmediatamente después de apoderarse del man- 6
do, había iniciado las operaciones. Puesto que su elección había obedecido, al parecer, a su talla y fortaleza física y a su experiencia militar, quería confirmar con obras su fama y la opinión que de él tenían los soldados; intentaba probar que los titubeos de Alejandro y su cobardía en las acciones de guerra habían sido justamente condenadas. En consecuencia no paraba de entrenar y ejercitar a sus soldados, estando él mismo continuamente en armas y exhortando al ejército. Era, pues, 7
el momento en que había terminado el puente y se disponía a cruzarlo contra los germanos. Se dijo entonces que Magno había convencido a unos soldados, un grupo de hombres escogidos a los que se había confiado la misión de montar la guardia del puente; debían cortar el puente después de pasar Maximino, entregándolo así a los bárbaros al quitarle toda posibilidad de regreso. La extraordinaria anchura y profundidad del río impedirían que Maximino lo cruzara por no disponer de embarcaciones en la ribera enemiga y haber sido cortado el puente. Éste era el argumento de la acusación. No 8
sabemos si reflejaba la verdad o si era una invención de Maximino[451]; no es fácil decirlo con exactitud puesto que no hubo ocasión de probarlo[452]. Maximino no dio a nadie posibilidad de juicio ni defensa, sino que todo aquel que despertaba sus sospechas era súbitamente apresado y ejecutado sin contemplaciones.

Hubo también un motín de los arqueros de Osroe- 9
ne[453], que estaban muy apenados por la muerte de Ale-

[451] Cf. Intr., pág. 69.

[452] Una manifestación de su preocupación por la objetividad histórica.

[453] Pasaje también estudiado por A. Pasoli (art. cit., págs. 8-10), que analiza la dependencia de la *Vita Maximini,* 11, 1-6 respecto a Herodiano, VII 1, 9-12.

jandro. Topándose con uno de los amigos de Alejandro, un excónsul llamado Cuartino [454], a quien Maximino había echado del ejército, lo secuestraron y, contra su voluntad y sin previo aviso, decidieron que fuera su jefe; lo honraron con la púrpura y la procesión de las antorchas —honras funestas— y lo proclamaron emperador
10 contra sus deseos. Una noche, mientras estaba durmiendo en su tienda, la traición cayó súbitamente sobre Cuartino. Fue asesinado por un compañero, uno de sus amigos en apariencia, que anteriormente había sido jefe de los osroenos. Se llamaba Macedón [455] y, a pesar de que había sido, de acuerdo con los osroenos, el cabecilla del secuestro de Cuartino y del motín, sin ningún motivo de enemistad ni de odio asesinó al hombre a quien él mismo había secuestrado y forzado a ser emperador. Luego, pensando captarse el favor de Maximino, cortó
11 la cabeza de Cuartino y se la envió. Aquella acción alegró a Maximino porque pensaba que se había librado de un enemigo. Macedón, sin embargo, a pesar de sus grandes esperanzas y de que se figuraba obtener una extraordinaria recompensa, fue ejecutado, acusado de capitanear el motín y de asesinar al hombre a quien había forzado a actuar contra sus deseos, traicionando su amistad.

12 Asuntos de este tipo excitaron a Maximino, que ya mostraba esta natural inclinación, a una violencia y crueldad todavía mayores. Era, además, un hombre de aspecto tan terrible y tan corpulento que no podían fácilmente igualarle ni un atleta griego ni el mejor guerrero bárbaro.

2 Después de resolver los asuntos mencionados, Maximino cruzó el puente sin ningún temor con todo su

[454] Sobre este Cuartino cf. K. Dietz, *Senatus contra principem...*, pág. 209. Es un personaje de difícil identificación.

[455] Desconocido.

ejército, emprendiendo así la guerra contra los germanos. Iba al frente de un numeroso ejército, formado por casi todas las fuerzas del imperio romano. Conducía además a un importante contingente de lanceros mauritanos y de arqueros osroenos y armenios, algunos de los cuales estaban allí como súbditos mientras que a otros los ligaba un tratado de amistad; también iban algunos partos al servicio de Roma, entre los que había desertores atraídos por el dinero y prisioneros de guerra. Estas 2
tropas habían sido reunidas antes por Alejandro, pero fueron aumentadas y ejercitadas en prácticas de guerra por Maximino. Los lanceros y los arqueros, en especial, resultaban de gran eficacia para combatir contra los germanos puesto que los atacaban por sorpresa y, armados a la ligera, se retiraban fácilmente. Después de 3
entrar en territorio enemigo, Maximino profundizó en su avance al no encontrar ninguna resistencia por haberse retirado los bárbaros. Devastó toda la región, para colmo con la mies en los campos, e incendió las aldeas tras permitir al ejército que las saqueara. El fuego se extiende muy fácilmente por aquellas ciudades [456] y por todas sus casas, puesto que en su construcción hay poca piedra y ladrillo. Hay, sin embargo, espesos bos- 4
ques, de donde obtienen abundantes maderos con los que construyen el entramado y la tablazón de sus casas. Maximino avanzó largo trecho actuando como hemos dicho, llevándose botín y entregando al ejército los rebaños que encontraban. Los germanos se habían retira- 5

[456] El texto griego dice aquí «ciudades» *(póleis)* después de hablar de «aldeas» *(kōmas)*. Cf. Tácito, *Germania* 16: «Es de sobra conocido que los pueblos germanos no habitan en ciudades; ni siquiera soportan que sus casas estén agrupadas... No levantan sus aldeas como nosotros, con edificaciones juntas y apoyándose unas en otras; cada cual deja un espacio libre en torno a su casa, bien como remedio frente al peligro de incendio, bien por desconocer la técnica de la construcción»... (trad. J. M. Requejo, Madrid, Bibl. Clás. Gredos, 36, pág. 124).

do de las llanuras y de todas las zonas sin árboles y se habían escondido en los bosques esperando junto a los pantanos la ocasión para entablar la ofensiva en aquella zona. La frondosidad del lugar hacía ineficaces las flechas y las jabalinas de los enemigos, y la profundidad de los pantanos resultaba peligrosa para los romanos debido a su desconocimiento del lugar. Ellos, por el contrario, por su experiencia de la zona, conocían los sitios invadeables y los de fondo resistente, y los va-
6 deaban fácilmente con el agua hasta las rodillas. Eran además expertos nadadores puesto que los ríos son su único lugar de baño.

Fue precisamente en aquellos lugares donde se desarrollaron los encuentros, y allí el emperador en persona valerosamente tomó la iniciativa del combate. Los germanos en retirada se habían refugiado en un extenso pantano y los romanos no se atrevían a penetrar en aquella zona en su persecución. Maximino fue entonces el primero en lanzarse al pantano con su caballo, aunque el agua llegaba por encima del vientre del animal,
7 y mató a los bárbaros que le hicieron frente. La consecuencia de esta acción fue que el resto del ejército sintió vergüenza de traicionar a un emperador que combatía por ellos y se atrevió también a entrar en el pantano. Un gran número de hombres cayeron por ambos bandos, muchos romanos y casi todas las fuerzas que entonces tenían los bárbaros. Fue el resultado de la brillante acción de Maximino. La ciénaga se llenó de cadáveres y el agua mezclada con sangre daba a la batalla de un ejército de tierra el aspecto de una batalla naval.
8 Maximino relató esta batalla y su decisivo papel en una carta al senado y al pueblo [457]. Ordenó también

[457] A pesar de las relaciones hostiles entre Maximino y el senado (cf. *supra* VII 1, 3), el reconocimiento del senado después de la proclamación de Maximino por los soldados fue perfectamente normal como demuestra G. M. Bersanetti. En este pasaje vemos cómo comunica su victoria a Roma.

que todo ello se reflejara en enormes pinturas que debían instalarse delante del edificio del senado para que los romanos pudieran contemplar sus proezas además de escucharlas. Más tarde el senado destruyó estas pinturas y las restantes dedicatorias en honor de Maximino. Hubo otros encuentros, en los que también sobresalió por su decisiva actuación personal en la batalla, y recibió honores en todas las ocasiones. Después de cap- 9
turar gran número de prisioneros germanos y con abundante botín, regresó a Panonia porque ya llegaba el invierno [458]. Pasó el invierno en Sirmio [459], la ciudad más importante de la provincia, dedicado a los preparativos de la campaña de primavera. Su proyecto era (y tenía la intención de cumplirlo) derrotar y someter a todas las tribus bárbaras germánicas hasta el océano [460].

Así fueron, pues, las hazañas militares de Maximi- 3
no [461]. Su actuación hubiera alcanzado la gloria si sus violencias no lo hubieran convertido en el terror de su propio pueblo y de los pueblos sometidos. ¿De qué servía la destrucción de los bárbaros si se producían más muertes en la misma Roma y en los países sometidos? ¿Para qué arrancar al enemigo prisioneros y botín si se despojaba completamente de sus bienes a los propios compatriotas? Se daba completa libertad, se inci- 2

[458] Según WHITTAKER, *ob. cit.*, vol. II, págs. 166-167, Maximino, tras la campaña del 235, pasó el invierno 235/236 en Germania; en el 236 combatió contra dacios y sármatas y se retiró a Sirmio a pasar el invierno 236/237; en el 237 prosiguió la guerra contra dacios y sármatas y de nuevo volvió Sirmio para invernar (237/238). Estos tres años están condensados en la narración de Herodiano.

[459] Sirmio, junto al río Save, era el campamento de invierno de las tropas romanas en sus campañas danubianas.

[460] El antiguo proyecto de Marco Aurelio, Cf. *supra* nota 433.

[461] A partir de aquí Herodiano deja de ocuparse de la actividad militar de Maximino contra los bárbaros para tratar los problemas de política interior.

taba incluso, a los sicofantas para calumniar y remover antiguos pleitos, si llegaba el caso, sin haber sido vistos y sin pruebas. Si una persona era llevada ante un tribunal por un sicofanta, en un abrir y cerrar de ojos per-
3 día su causa y era privada de todos sus bienes. Diariamente era posible ver a hombres que un día eran muy ricos y al siguiente pedían limosna; la codicia del tirano era insaciable so pretexto de los continuos gastos para el mantenimiento del ejército[462]; sus oídos cogían al vuelo cualquier acusación y no perdonaba ni la edad ni la posición. A muchos hombres que ocupaban puestos de confianza en las provincias y en el ejército después del honor del consulado o de la fama conseguida con sus triunfos, por una acusación absolutamente in-
4 significante los hizo apresar, y ordenó que, puestos ellos solos sobre los carros, sin ningún servicio, viajando de noche y de día desde oriente o desde occidente, según el caso, o desde el sur, los condujeran a Panonia, donde él se encontraba. Finalmente, después de maltratarlos e injuriarlos, los castigaba con el destierro o con la muerte.

En tanto que este trato fue dado a individuos por separado y la desgracia no salió de un círculo privado, el asunto no preocupó mucho a los pueblos de las ciu-
5 dades o de las provincias. Las desdichas de quienes en apariencia son afortunados y ricos no sólo no preocupan al pueblo, sino que en ocasiones incluso alegran a algunos individuos mezquinos y viles porque sienten envidia ante el poder y la dicha. Pero cuando Maximino hubo reducido a la pobreza a la mayor parte de familias distinguidas[463], empezó a pensar que aquello era un procedimiento absolutamente ridículo e insuficiente

[462] Éste era el verdadero motivo. La «codicia del tirano» es sin duda un tópico retórico.

[463] Juicio exagerado. Cf. BERSANETTI, *ob. cit.*, págs. 83 ss. y WHITTAKER, *ob. cit.*, vo II, págs. 172-173.

para satisfacer sus deseos. Se dirigió entonces al tesoro público y empezó a apropiarse del dinero que se había recaudado en las ciudades para abastecimiento de alimentos y subsidios destinados al pueblo, y de los fondos reservados para teatros y fiestas. Los exvotos de los templos, las estatuas de los dioses, las ofrendas dedicadas a los héroes, todos los ornamentos públicos y adornos urbanos, cualquier material, en suma, que pudiera ser transformado en moneda, todo era fundido. Este espectáculo afligió extraordinariamente al pueblo.
La apariencia de asedio sin lucha y sin armas provocó 6
el disgusto popular, de tal forma que algunos hombres del pueblo ofrecieron resistencia y montaron guardia en los templos dispuestos a caer asesinados ante los altares antes de tener que contemplar los despojos de sus patrias. En las ciudades y provincias la indignación de las gentes estaba a punto de estallar. También los soldados desaprobaban lo que ocurría al reprocharles duramente sus familiares y amigos que Maximino actuara de aquella manera por su culpa.

Estos motivos de queja, llenos de razón, excitaron 4
a las masas al odio y a la rebelión. Todo el mundo empezó a suplicar y a invocar a los dioses injuriados, pero nadie se atrevió a tomar la iniciativa hasta que se cumplía el tercer año del imperio de Maximino[464]; fue por un pretexto pequeño e insignificante, tal como ocurre en las caídas de los tiranos. Los libios fueron los primeros en tomar las armas y lanzarse decididamente a la rebelión. La causa fue la siguiente. En la región de 2
Cartago había un procurador muy severo que administraba justicia y efectuaba exacciones con extrema cruel-

[464] Probablemente febrero-marzo del 238. Para la cronología de los acontecimientos a partir del inicio de la revolución del 238 tal como los presenta Herodiano cf. Intr., págs. 40-44.

dad con la esperanza de conseguir el aprecio de Maximino, pues el emperador elegía a quienes veía que se ajustaban a su propia política. En aquel tiempo, si había algún oficial del tesoro honesto —el caso se daba raramente—, aun sin quererlo imitaba a los restantes, porque tenía clara conciencia del peligro al conocer la
3 codicia del emperador. El procurador de Libia, con la habitual violencia con que procedía, había condenado al pago de unas multas a unos jóvenes que pertenecían a nobles y ricas familias de Cartago e intentaba cobrar rápidamente mediante la confiscación de unas antiguas propiedades patrimoniales. Indignados por la injusticia, los jóvenes prometieron entregarle el dinero pero pidieron un plazo de tres días, que aprovecharon para preparar una conspiración, persuadiendo a todos los que sabían que habían sufrido alguna injusticia o que tenían miedo de sufrirla. Dieron instrucciones a los jóvenes campesinos de sus tierras para que acudieran a la
4 ciudad, de noche, armados con garrotes y hachas. Aquellos obedecieron las órdenes de sus señores y, antes del amanecer, se reunieron en la ciudad, ocultando bajo sus vestidos las armas que llevaban para aquella inopinada guerra. Se reunió una gran multitud puesto que Libia está densamente poblada y cuenta con muchos campesi-
5 nos en sus tierras. Cuando ya fue de día, aparecieron los jóvenes y mandaron a la multitud de siervos que los siguieran como si formaran parte de la restante muchedumbre, ordenándoles que sacaran las armas que llevaban escondidas y los defendieran decididamente tan pronto como algún soldado o paisano los atacara para
6 vengarse de la acción que ellos iban a realizar. Ellos mismos con puñales escondidos bajo sus ropas se presentaron ante el procurador con el pretexto de que iban a conversar sobre el pago del dinero, y abalanzándose súbitamente sobre él, que estaba desprevenido, lo mataron a puñaladas. Cuando los soldados de la guardia

del procurador desenvainaban sus espadas con la intención de vengar el asesinato, los que habían venido de los campos empuñaron los garrotes y las hachas en defensa de sus señores y acabaron fácilmente con cualquier resistencia.

Después de este éxito, los jóvenes se dieron cuenta 5
de su situación y comprendieron que la única posibilidad de salvarse era tapar su aventura con empresas de mayor envergadura. Era preciso para ello asociar a su causa al gobernador e inducir a la rebelión a toda la provincia. Sabían que desde hacía tiempo lo deseaban por su odio contra Maximino, a pesar de que el miedo los frenaba. Así, pues, cuando ya era mediodía, se di- 2
rigieron con toda aquella multitud a la casa del procónsul. El gobernador se llamaba Gordiano[465] y había sido designado por sorteo para el proconsulado[466]. Era un anciano que rondaba ya los ochenta años. Había gobernado antes muchas provincias y había probado su capacidad en asuntos de gran importancia. Por esta razón pensaron que aceptaría de buen grado el imperio, como colofón de su anterior carrera, y que el senado y el pueblo romanos acogerían complacidos a un hombre de noble cuna que llegaba a aquella dignidad después de pasar por muchos cargos en una sucesión regular. Sucedió que aquel día de los hechos Gordiano 3
estaba en su casa tranquilamente entregado al descan-

[465] Marco Antonio Gordiano Semproniano Romano Africano (= Gordiano I). Cf. K. DIETZ, *Senatus contra principem...*, págs. 56-73. Pertenecía a una rica y aristocrática familia. Según la *Historia Augusta* era poeta y había realizado diversas traducciones (cf. *Gordiani tres*, 3). Cf. FILÓSTRATO, *Vidas de los Sofistas*, prólogo dedicatoria de Flavio Filóstrato a Antonio Gordiano, cónsul preclaro.

[466] Las provincias romanas no amenazadas por los bárbaros dependían del senado y sus gobernadores tenían el título de procónsules. Gordiano era procónsul de África desde tiempos de Alejandro Severo.

so y sin ocuparse de ningún asunto. Los jóvenes, arma-
dos con espadas, y la multitud que los acompañaba, tras
pasar por encima de los guardias que estaban en las
puertas, irrumpieron en la casa del gobernador y lo sor-
prendieron reposando en una cama. Se situaron a su
alrededor y le pusieron la túnica purpúrea aclamándo-
4 lo con los títulos de Augusto. Gordiano, sobresaltado
por la inesperada situación, creyó que era un engaño
que insidiosamente habían preparado contra él. Saltó
de la cama arrojándose a sus pies y suplicándoles que
perdonaran la vida de un anciano que no les había he-
cho ningún mal [467], y que mantuvieran su devoción y su
lealtad al emperador. Pero mientras que ellos insistían,
empuñando sus espadas, Gordiano, sin enterarse debi-
do al miedo que tenía, no conocía lo ocurrido ni la cau-
sa de aquella situación. Entonces uno de los jóvenes,
que destacaba entre ellos tanto por su linaje como por
su elocuencia, dando la señal de silencio hizo callar a
los demás, y luego, con su diestra en la espada, dirigió
5 a Gordiano las siguientes palabras: «Te enfrentas a dos
peligros, uno presente, el otro futuro; uno claramente
previsible, el otro sujeto a la fortuna. Tú debes elegir
hoy si quieres salvarte con nosotros y depositar tu con-
fianza en el esperanzador futuro en que todos confia-
mos, o si prefieres morir ahora mismo a nuestras ma-
nos. Si eliges la oportunidad que tienes a tu alcance,
no te faltarán ayudas en el camino hacia el éxito: el
odio general contra Maximino, el deseo de liberarse de
una cruel tiranía, tu prestigio por anteriores empresas,
tu ilustre fama entre el senado y el pueblo romanos,
6 y, finalmente, tu autoridad siempre celebrada. Pero si
niegas tu apoyo a nuestra causa, hoy será tu último día;
nosotros mismos moriremos, si es preciso, después de

[467] Compárese esta actitud con la de Pértinax (II 2, 6). Cf. Intr., pág. 13.

acabar contigo. Hemos acometido una empresa que re-
quiere todavía una acción más desesperada. El esbirro
del tirano yace muerto; ha pagado su crueldad con la
muerte a nuestras manos. Si nos apoyas en nuestra causa
y compartes nuestros riesgos, tú conseguirás los hono-
res del imperio, y la empresa que tenemos delante de
nosotros será objeto de elogio, no de castigo».
Mientras el joven pronunciaba estas palabras, la 7
restante muchedumbre (todo el pueblo se había congre-
gado allí al divulgarse la noticia), sin esperar, procla-
maron Augusto a Gordiano. Aunque empezó por rehu-
sar alegando su vejez [468], sin embargo, deseoso de fama,
acabó aceptando de buena gana porque prefería el peli-
gro futuro al presente. Pensaba, además, que en su ex-
trema vejez no sería tan malo morir, si fuera preciso,
en medio de honores imperiales. Al punto toda Libia 8
se sublevó; destruyeron todo lo que honraba a Maximi-
no y adornaron las ciudades con retratos y estatuas de
Gordiano, a cuyo nombre añadieron el sobrenombre de
Africano, que hacía referencia a ellos mismos puesto
que éste es el nombre que dan a los libios en el sur
quienes hablan la lengua de los romanos.

Gordiano permaneció en Tisdro [469], donde habían 6
ocurrido los hechos, durante unos días, ya con el título
y el porte de emperador. Luego partió de Tisdro y se
dirigió a Cartago, porque la consideraba la ciudad más
extensa y populosa y tenía la intención de actuar en
todos los aspectos como si estuviera en Roma. Sólo Ro-
ma aventaja a Cartago en potencial económico y en po-
blación y extensión, y el segundo puesto está en litigio
con Alejandría de Egipto. Con él fue toda la escolta im- 2
perial, los soldados estacionados allí y los jóvenes más

[468] Cf. *supra* nota 439.
[469] Tisdro estaba situada al sur de Cartago. Es la actual El-Djem.

fuertes de la ciudad en calidad de guardia pretoriana.
Las fasces iban laureadas —un signo para distinguir las
del emperador de las restantes— y la antorcha lo prece-
día en las procesiones. Esto hizo que durante un corto
tiempo la ciudad de Cartago tuviera el afortunado as-
pecto de Roma, como si fuera su imagen.
3 Gordiano envió innumerables cartas a todos los que
consideraba ciudadanos preeminentes de Roma, y es-
cribió a los senadores más distinguidos, muchos de los
cuales eran amigos y parientes. Despachó también una
carta pública al pueblo y senado romanos, en la que
informaba del acuerdo con los libios a la vez que conde-
naba la crueldad de Maximino, sabiendo que les resul-
4 taba terriblemente odiosa. Por su parte les prometía
una absoluta clemencia; desterraría a todos los sicofan-
tas, concedería una revisión del juicio a quienes habían
sido condenados injustamente y devolvería a los exila-
dos a sus tierras. A los soldados les prometió un donati-
vo como nadie les había concedido antes, y anunció al
pueblo una distribución de dinero. Luego su primera
preocupación fue la de eliminar al comandante de la
guarnición de Roma, un hombre llamado Vitaliano [470].
Gordiano sabía que actuaba con suma violencia y cruel-
5 dad, y que era un leal amigo de Maximino. Sospechó,
pues, que se enfrentaría decididamente a sus proyectos,
y que, por miedo al prefecto, nadie se uniría a su causa.
Para solucionar el problema, envió al cuestor de la pro-
vincia, un joven de natural valeroso [471], nada vulgar fí-
sicamente y en la flor de la edad. Estaba dispuesto ade-
más a arriesgarse por su causa. Gordiano lo puso al
frente de unos centuriones y soldados, y les entregó una

[470] Tal vez P. Elio Vitaliano, que había sido procurador en *Mauretania Caesariensis.* Cf. K. Dietz, *Senatus contra principem...*, pág. 178.

[471] Según Zósimo (I 14, 1) sería P. Licinio Valeriano, el futuro emperador. Cf. K. Dietz, *ob. cit.*, págs. 177-181.

carta sellada en tablillas plegadas, el método habitual
que usan los emperadores para enviar mensajes priva-
dos y secretos. Les ordenó que llegaran a Roma antes 6
del alba y que se presentaran ante Vitaliano cuando to-
davía estuviera solo, retirado en el camarín del juzgado
donde a solas solía examinar con cuidado los despachos
considerados privados y secretos sobre la seguridad del
emperador. Debían anunciar que llevaban un mensaje
secreto de Maximino, que les había enviado para un
asunto concerniente a la seguridad imperial. Dirían 7
asimismo que querían hablar con Vitaliano en privado
para comunicarle las instrucciones. Luego, mientras el
prefecto estuviera ocupado en el reconocimiento de los
sellos, fingiendo que le iban a preguntar algo, le darían
muerte con las espadas escondidas bajo sus vestidos.
Todo ocurrió según las instrucciones de Gordiano. Cuan-
do aún era de noche —Vitaliano solía salir de su casa
antes de romper el día—, se presentaron ante el prefec-
to que todavía estaba solo; no había mucha gente allí
puesto que unos aún no habían salido y otros ya habían 8
regresado a su casa después del saludo matinal. Había,
pues, tranquilidad y poca gente en la antecámara, y fue-
ron recibidos sin dificultad al anunciar las órdenes re-
cibidas. Después de entregarle la carta, mientras Vita-
liano se fijaba en los sellos, sacaron las espadas y le
dieron muerte. Luego salieron precipitadamente empu- 9
ñando las espadas. Los que se encontraban allí se reti-
raron aterrados, pensando que la orden era de Maximi-
no, pues había actuado así muchas veces incluso con
los que aparentemente eran sus mejores amigos. Enton-
ces los enviados de Gordiano bajaron por la Vía Sacra
para presentar la carta que Gordiano dirigía al pueblo
y entregar sus mensajes a los cónsules y a los restantes
destinatarios. También hicieron circular el rumor de que
Maximino había sido eliminado.

7 Tan pronto como el rumor se extendió, todos se pusieron a correr como locos de un lado para otro. Todas las masas son ciertamente propensas al cambio, pero el pueblo romano, formado por una ingente multitud abigarrada de hombres de diversas procedencias, puede cambiar de opinión con extraordinaria facilidad[472].
2 Destruyeron, pues, todas las estatuas, retratos e inscripciones en honor de Maximino, y el odio anteriormente soterrado a causa del miedo, al encontrarse en una situación de seguridad y libertad, surgió sin impedimentos. El senado se reunió antes de tener una exacta información sobre Maximino y, confiando en el futuro a raíz de la presente fortuna, proclamó a Gordiano juntamente con su hijo[473] Augustos y despojó de sus
3 honores a Maximino. Los sicofantas y los acusadores huyeron o encontraron la muerte a manos de sus víctimas. Los procuradores y jueces que habían actuado como agentes de la crueldad de Maximino fueron arrastrados por la turba y arrojados a las cloacas. Se derramó también mucha sangre de hombres inocentes, pues hubo quienes irrumpieron en las casas de sus acreedores o adversarios en el foro o de cualquier persona contra la que tuvieran el más leve motivo de enemistad; les robaron y los asesinaron vejándolos como a sicofan-
4 tas. Bajo la apariencia de libertad y de pacífica seguridad, se produjeron hechos propios de una guerra civil. Se llegó a tal extremo que cuando el prefecto urbano, un hombre llamado Sabino[474], de gran experiencia con-

[472] Cf. Intr., pág. 13.

[473] El hijo, Gordiano II, se llamaba como su padre. M. Antonio Gordiano Semproniano Romano Africano (cf. K. Dietz, *ob. cit.*, páginas 74-77.

[474] Personaje no identificado. Se duda respecto a si su muerte obedeció a que era *amicus* de Maximino o, simplemente, a que intentaba imponer el orden tal como afirma aquí Herodiano. Cf. K. Dietz, *ob. cit.*, pág. 227.

sular, quiso poner coto a los desmanes, fue golpeado con un garrote en la cabeza y asesinado.

En esta situación estaba el pueblo. El senado, por su parte, una vez lanzado al peligro, por miedo a Maximino hizo todo lo posible para incitar a las provincias a la rebelión. Enviaron a todos los gobernadores sin 5
excepción delegaciones de representantes designados por el senado[475] y de conocidos miembros del orden ecuestre. Llevaban cartas que explicaban los sentimientos de los romanos y del senado y exhortaban a los gobernadores a tomar el partido de quienes pensaban en la patria común y su senado; animaban a los pueblos de las provincias a ser leales a los romanos, en cuyas manos estaba el poder del estado desde antiguo, en tanto que ellas, las provincias, desde los tiempos de sus antepasados eran amigas de Roma y estaban sometidas a su autoridad. La mayor parte recibieron a la delegación e incita- 6
ron a las provincias a la rebelión fácilmente, debido a su odio contra la tiranía de Maximino; ejecutaron a los funcionarios partidarios de Maximino y se unieron al partido de los romanos. Unos pocos, sin embargo, dieron muerte a los delegados cuando llegaron o los enviaron bajo escolta a Maximino, que los apresó y castigó cruelmente[476].

Tales eran la situación y los sentimientos del pueblo 8
romano. Cuando Maximino tuvo noticias de lo sucedido, se puso de mal humor y sintió una gran preocupación, aunque fingiera no darles importancia. Durante dos días permaneció sin salir, consultando a sus conse-

[475] Posible alusión a los *vigintiviri*, comité de veinte miembros nombrados por el senado para la defensa de Italia contra Maximino.

[476] Sobre el tema de la rebelión del 238 en las provincias cf. G. M. Bersanetti, *ob. cit.*, 1940, págs. 55-70, y P. W. Townsend, art. cit. (1955), 66-82.

2 jeros sobre el camino a seguir[477]. Todo su ejército y los habitantes de la región conocían las noticias y todos los espíritus estaban inquietos por la audaz innovación de aquellas acciones, pero nadie decía nada a nadie y todo el mundo fingía no saber nada. La preocupación de Maximino era tan grande que nada le pasaba desapercibido; estaba en guardia contra todos, atento a sus conversaciones y a la más mínima palabra o señal de
3 sus ojos. Al tercer día, sin embargo, Maximino convocó a todo el ejército en el campo situado delante de la ciudad y salió a dirigirles la palabra. Subió a la tribuna con el escrito que algunos de sus consejeros le habían preparado y leyó el siguiente discurso:

4 «Sé que voy a comunicaros hechos increíbles e inesperados, que no merecen, pienso, admiración sino burla y ridículo. Quienes toman las armas contra vosotros y vuestro valor ya no son los germanos, a quienes hemos vencido en muchas ocasiones; ni los sármatas, que vienen continuamente a pedir la paz. Los persas, que hace algún tiempo invadieron Mesopotamia, ahora están tranquilos y contentos con sus propias posesiones; los detienen la fama de vuestras armas y el valor que conocieron por el escarmiento de mis acciones cuando tuve el mando de las legiones en las riberas del río.
5 Ahora son (y no es una broma) los cartagineses, que se han vuelto locos y han persuadido o forzado a un pobre viejo, que en su extrema vejez ha perdido el juicio, a representar el papel de emperador en las procesiones como si se tratara de un juego. Pero ¿en qué ejército confían cuando sólo cuentan con los lictores[478]

[477] Respecto a todo este capítulo cf. Intr., págs. 42-43.

[478] Los lictores eran los oficiales que con las *fasces* precedían a los magistrados como símbolo de su poder. Su número dependía de la categoría del magistrado. En África, la provincia de Gordiano, igual que en Asia, los procónsules eran de rango consular; llevaban por tanto, doce lictores.

para servicio de su gobernador? ¿Qué armas van a usar si no tienen más que las lanzas con las que los gladiadores luchan contra las fieras? Su única instrucción militar son los coros, las farsas y las danzas rítmicas. No debe inquietarse nadie por las noticias de Roma. Vita- 6
liano fue asesinado, sorprendido por una engañosa trampa; vosotros no desconocéis la ligereza y la versatilidad del pueblo de Roma. Pero su valor sólo llega al grito. Tan sólo con ver a dos o tres soldados armados se empujan unos contra otros y se pisotean; cada uno huye de su propio riesgo y se despreocupa del peligro común. Y si alguien os ha informado sobre el comportamiento 7
del senado, no os asombréis si nuestra moderación les resulta molesta y si prefieren a Gordiano por la coincidencia de sus costumbres licenciosas. Nuestras acciones, valerosas y honrosas, reciben el calificativo de terribles, pero su delirante desenfreno lo miran con buenos ojos como algo civilizado. Por esto su actitud es contraria a mi imperio, porque es firme y moderado, mientras que se complacen con el nombre de Gordiano, de quien no desconocéis su vida escandalosa. Contra éstos 8
y otros como ellos haremos la guerra, si es que la podemos llamar así. Mi opinión es que, tan sólo con que pongamos el pie en Italia, la mayoría, todo el mundo prácticamente, con ramas de olivo en sus manos nos presentarán a sus hijos y se postrarán a nuestros pies. Los restantes, por su miserable cobardía, huirán, de suerte que me será posible entregaros todas sus propiedades y vosotros podréis tomarlas y disfrutarlas libremente».

Con estas palabras Maximino lanzó un sinnúmero 9
de improperios contra Roma y su senado, amenazándolo con las manos y con terribles gestos como si tuviera delante a aquellos que provocaban su enfado. Luego anunció la partida hacia Italia. Al día siguiente, después de distribuir entre sus hombres una importante suma

de dinero, emprendió la marcha al frente de un numerosísimo ejército, en realidad todas las fuerzas de Ro-
10 ma. Lo seguía también un número considerable de germanos, a quienes había sometido por las armas o se los había ganado mediante un tratado de amistad. Llevaba artillería e ingenios de guerra y todo el equipo que había traído para luchar contra los bárbaros. La marcha se realizaba con bastante lentitud debido a que el transporte de carros de enseres y de víveres invadía
11 todas las calzadas. Esto ocurrió porque la expedición a Italia había sido decidida súbitamente, sin la habitual planificación previa; las provisiones para el ejército fueron reunidas sobre la marcha y con apresuramiento. Así, para ganar tiempo, Maximino decidió enviar por delante a las legiones panonias, en las que confiaba especialmente, pues habían sido las primeras en proclamarlo emperador y se habían comprometido voluntariamente a afrontar cualquier peligro en su defensa. Les ordenó que se adelantaran a las restantes fuerzas y que de antemano tomaran posiciones en Italia.

9 Mientras el ejército de Maximino proseguía su marcha, en Cartago los sucesos no fueron como se había esperado. Un senador llamado Capeliano[479] estaba al mando de la Mauritania puesta bajo jurisdicción romana, conocida con el nombre de Numidia. Unas fuerzas defendían la provincia debido a la multitud de bárbaros mauritanos que vivían alrededor. Tenían la misión
2 de contener sus incursiones de pillaje. Capeliano tenía, pues, bajo su mando un ejército considerable. Desde hacía tiempo Gordiano estaba enfrentado con este Capeliano por una cuestión legal. Por esto cuando alcanzó

[479] Tal vez descendiente de Cayo Julio Geminio Capeliano, senador en época de Antonino Pío, pariente de la familia de los *Geminii* de Cirta. Cf. K. Dietz, *ob. cit.*, págs. 109-120.

el título de emperador, le envió un sucesor, y le ordenó salir de la provincia. Capeliano, indignado por esta or- 3
den, mostró su devoción por Maximino, de quien había recibido el mando, y reunió todo el ejército persuadiéndolos a mantener su juramento de fidelidad a Maximino. Luego se dirigió contra Cartago al frente de un ejército joven y muy fuerte con excelentes soldados en sus filas. Iban pertrechados con todo tipo de armamento y estaban preparados para el combate debido a la experiencia adquirida en sus habituales enfrentamientos contra los bárbaros.

Cuando llegaron las noticias de que el ejército avan- 4
zaba contra la ciudad, Gordiano fue presa de un tremendo pánico. Los cartagineses, en una situación de completa anarquía, pensando que las esperanzas de victoria se cifraban en la multitud de sus gentes más que en el orden de un ejército, salieron en masa con la intención de enfrentarse a Capeliano. El viejo Gordiano, según hemos sabido, cuando se produjo el ataque a Cartago, cayó en un estado de desesperación; conocía el poder del ejército de Maximino y se daba cuenta de que no había en Libia otra fuerza igual que fuera capaz de combatirle. Por eso se ahorcó[480]. Su muerte fue encu- 5
bierta, y eligieron a su hijo para que se pusiera al frente de la muchedumbre. Cuando se produjo el encuentro, los cartagineses eran superiores en número, pero estaban sin ningún orden y sin preparación para la guerra, puesto que habían crecido en medio de una profunda paz, dedicados continuamente a fiestas y placeres, y desprovistos de armas e ingenios bélicos. Cada uno 6
trajo de su casa una daga o un hacha y los venablos de sus cacerías. Cortando las pieles que pudieron conseguir y serrando maderas tal como las encontraban, como cada uno pudo, fabricaron escudos para proteger

[480] Cf. *infra* VII 9, 9 e Intr., pág. 13.

sus cuerpos. Pero los númidas eran tiradores certeros y excelentes jinetes, tanto que incluso sin riendas y sólo con una fusta podían dominar sus caballos al galope.
7 Derrotaron, pues, sin dificultad a la turbamulta cartaginesa, que, sin esperar su acometida, arrojaron las armas y huyeron. Al tropezar unos con otros y pisotearse, las propias turbas causaron más bajas que los enemigos. Allí murió también el hijo de Gordiano y su séquito, pero, a causa del enorme número de caídos, no fue posible el levantamiento de los cadáveres para darles sepultura, ni fue encontrado el cuerpo del hijo de Gor-
8 diano. De los muchos fugitivos sólo unos pocos, que pudieron entrar en Cartago y esconderse dispersándose a lo largo y a lo ancho de la ingente y populosa ciudad, lograron salvarse. La caballería con sus azagayas y la infantería acabaron con la restante multitud mientras se apretaban en las puertas y cada uno se esforzaba
9 por entrar. La ciudad se llenó de gemidos de mujeres y de niños cuyos seres queridos murieron ante sus ojos. Respecto a Gordiano otras fuentes dicen que el viejo permanecía en su casa a causa de su avanzada edad, y que, cuando fue informado de la carnicería y de la entrada de Capeliano en Cartago, cayó en un estado de total desesperación y entró solo en su habitación diciendo que se iba a dormir. Allí puso fin a su vida ahorcándose con un lazo hecho con el cinturón que llevaba.

10 Éste fue el fin de Gordiano, que, después de vivir feliz en épocas anteriores, murió representando el papel de emperador[481]. Al entrar en Cartago, Capeliano dio muerte a todas las personas de rango que habían conseguido escapar de la batalla, y no evitó la expoliación de templos y el saqueo de bienes privados y públi-
11 cos. Se dirigió luego contra las restantes ciudades que habían destruido las inscripciones en honor de Maximino; mató a los ciudadanos preeminentes y expulsó a la gente del pueblo. Permitió a sus hombres que saquearan e incendiaran campos y aldeas, con el pretexto de que imponía un castigo por la rebelión contra Maximino, pero en el fondo procurándose la lealtad de sus soldados. Así si Maximino sufría una desgracia, él mismo podría aspirar al imperio con el apoyo de un ejército leal. En esta situación estaban, pues, los asuntos de Libia.

[481] Hacia el 22 de marzo. No reinó mucho más de veinte días.

Cuando llegó a Roma la noticia de la muerte del 10
anciano, una gran confusión y estupor se apoderó del pueblo y, sobre todo, del senado; había muerto Gordiano, aquél en quien habían puesto sus esperanzas. Sabían que Maximino[482] *** y que no perdonaría a nadie. La disposición natural de Maximino respecto a ellos siempre había sido distante y hostil, pero entonces, desde que le habían declarado su enemistad, tenía buenas razones para estar justamente indignado. Decidieron, 2
pues, reunirse para deliberar sobre el camino a seguir, que, una vez que ya se habían lanzado al peligro, sólo podía ser el de la guerra. Para ello el senado tenía que efectuar una selección entre sus miembros y nombrar a dos emperadores que deberían compartir el imperio a fin de evitar que el poder, al estar en manos de una sola persona, derivara de nuevo hacia la tiranía[483]. Por esta razón no se reunieron en el sitio de costumbre, sino en el templo de Júpiter Capitolino, dios a quien los romanos veneran en su ciudadela. La reunión fue a 3
puerta cerrada en el santuario como si tomaran a Júpiter por testigo, consejero y observador de sus actos. En una primera selección entre los hombres preeminentes

[482] Hay una laguna en el texto, suplida en el *Monacensis Graecus* 175 (A) por las palabras «que era su enemigo implacable».
[483] Cf. Intr. pág. 16.

por su edad y rango [484], dieron el voto a los que consi-
deraban más capaces. Aunque otros también obtuvie-
ron votos, sin embargo fueron eliminados y la elección
que los hizo emperadores recayó por mayoría en Máxi-
4 mo y Balbino. Máximo [485] había tenido mandos de tro-
pas en muchas ocasiones y había desempeñado con
rectitud el cargo de prefecto de Roma; *en opinión* del
pueblo era un hombre de aguda inteligencia y de vida
moderada. Balbino [486] era un patricio que había desem-
peñado dos veces el consulado y había sido gobernador
de diversas provincias de forma irreprochable, pero su
5 carácter era más simple que el de Máximo. Después
que el voto los hubo designado, los dos fueron procla-
mados Augustos, y el senado los invistió por decreto
con todos los honores imperiales.

Mientras tenían lugar estos acontecimientos [487] en el
Capitolio, el pueblo, bien por instigación del algunos ami-
gos y parientes de Gordiano, bien porque el rumor les
había llegado, se presentó en las puertas del templo.
Un inmenso gentío cerraba completamente la subida al
Capitolio; iban armados con piedras y garrotes mostran-
do su oposición a los hombres elegidos por el voto del
6 senado. Rechazaban sobre todo a Máximo, pues había

[484] Probable referencia a los *vigintiviri.* Cf. *supra* nota 475.

[485] Marco Clodio Pupieno Máximo, senador de origen italiano *(Volaterrae, Tibur),* procónsul de Asia durante el reinado de Severo Alejandro, *cos. II ord.* y *praefectus urbi* en el 234, había sido legado propretor en Germania en época de Caracalla. De mayor experiencia militar que su colega representaba en esta elección a la tendencia militar del senado. Su misión era dirigir la guerra contra Maximino. Cf. K. Dietz, *ob. cit.,* págs. 129-134.

[486] Décimo Celio Calvino Balbino pertenecía a una antigua familia aristocrática originaria de Itálica (sobre el hallazgo de un retrato de Balbino en Itálica cf. J. M. Luzón Nogué, «Un retrato de Balbino en Itálica», *Habis* 2 (1971), 263-271), *cos. II ord.* en el 213. Permaneció en Roma dirigiendo la administración mientras Máximo Pupieno se dirigía contra Maximino. Cf. K. Dietz, *ob. cit.,* págs. 99-103.

[487] Cf. Intr., págs. 40-44 y 68.

gobernado con mano dura cuando había sido prefecto
de la ciudad, y había tratado con mucha severidad cual-
quier leve movimiento de masas. Por esto, debido al te-
mor que les inspiraba, desaprobaban su nombramiento
y a gritos amenazaban con matarlos. Querían que fuera
elegido un emperador de la familia de Gordiano, y que
el *título del poder imperial* quedara vinculado a la casa
y al nombre de Gordiano. Balbino y Máximo, rodeándo- 7
se de jóvenes del orden ecuestre y de antiguos soldados
armados con espadas, intentaron abrirse paso por la
fuerza para salir del Capitolio, pero una lluvia de pie-
dras y palos los detuvieron hasta que, finalmente, al-
guien les sugirió una astucia para engañar al pueblo.
Había un niño de corta edad, hijo de una hija de Gor-
diano, que se llamaba como su abuelo [488]. Enviaron, 8
pues, a algunos de sus acompañantes con la orden de
traer al niño. Aquellos lo encontraron en su casa jugan-
do; lo levantaron sobre sus hombros y lo llevaron a
través de la muchedumbre. Mientras lo mostraban a las
masas, decían que era nieto de Gordiano y lo llamaban
por su nombre. Así lo subieron hasta el Capitolio entre
vítores del pueblo y bajo una lluvia de hojas y flores.
Cuando el senado lo proclamó César, puesto que por 9
su edad no podía ponerse el frente del estado, cesó la
cólera del pueblo y permitieron que los emperadores
se dirigieran al palacio imperial.

Pero por los mismos días ocurrió una funesta des- 11
gracia a la ciudad de Roma; el motivo que la desencade-
nó fue la atrevida baladronada de dos senadores. En

[488] Marco Antonio Gordiano (Gordiano III) era hijo de Junio Balbo y de Mecia Faustina, hija de Gordiano I y hermana de Gordiano II. En el momento de su nombramiento tenía trece años (cf. *infra* VIII 8, 8). Dexipo (según la *Historia Augusta, Gordiani tres,* 19) pensaba que era hijo de Gordiano II, pero las inscripciones dan la razón a Herodiano (cf. Dessau, *Inscr. Lat. Sel.* 498 y 500).

el senado estaban todos reunidos para examinar la si-
2 tuación. Los soldados que Maximino había dejado en el campamento (eran hombres cuyo licenciamiento ya estaba próximo y que habían permanecido en Roma a causa de su edad) se enteraron de aquella reunión y llegaron hasta la entrada del senado con la intención de informarse sobre lo que ocurría. Iban desarmados, vestidos con una simple túnica y un sayo, y se situaron
3 con el resto de la gente. Aunque los otros se quedaron en la entrada, dos o tres, curiosos de oír con más detalle las deliberaciones, traspasaron el umbral hasta llegar al altar de la Victoria. Entonces un senador recién salido del consulado, un cartaginés llamado Galicano [489], y otro hombre llamado Mecenas [490], un expretor, sin pensarlo mucho, mientras los soldados tenían sus manos debajo de sus sayos, los apuñalaron en el corazón con
4 las dagas que llevaban escondidas bajo sus ropas. Debido a las luchas civiles y a los disturbios, todo el mundo, unos abiertamente y otros a escondidas, llevaba dagas; las llevaban, decían, para su propia defensa contra los súbitos ataques de sus enemigos. Así, pues, heridos mortalmente los soldados cuando menos lo esperaban, sin poder defenderse, cayeron al pie del altar.
5 Cuando los otros soldados contemplaron la escena, anonadados por la desgracia de sus camaradas y atemorizados por el gentío al ir ellos desarmados, se dieron a la fuga. Entonces Galicano salió corriendo del senado y fue a situarse en medio del pueblo mostrándoles su daga y su mano ensangrentadas y exhortándolos a per-

[489] L. Domicio Galicano Papiniano, originario de África (Cartago). Fue cónsul *suffectus* hacia el 238 y ocupó el cargo de legado propretor en Dalmacia, Hispania citerior y Gemania inferior. Cf. K. Dietz, *ob. cit.*, págs. 140-143.

[490] Desconocido. Según C. R. Whittaker (*ob. cit.*, II, pág. 235) podría ser un error y referirse a P. Mesio Augustino Meciano, otro senador africano. Cf. K. Dietz, *ob. cit.*, págs. 185-187.

seguir y matar a los enemigos del senado y del pueblo romano que eran amigos y aliados de Maximino. El 6
pueblo, fácilmente persuadido, vitoreó a Galicano y persiguió a pedradas a los soldados hasta que pudo. Pero aquellos dejaron atrás a sus perseguidores y, a pesar de que unos pocos fueron heridos, consiguieron refugiarse en el campamento y cerraron las puertas; tomaron luego las armas y se dispusieron a defender los muros del campamento. Galicano, una vez que se hubo atrevido a una acción de tal envergadura, empezó a suscitar la guerra civil y una enorme ruina para la ciudad. Persuadió a las masas a que forzaran las puertas de 7
las armerías públicas, aunque aquellas armas estaban dispuestas más para las ceremonias que para el combate; allí cada uno se protegería con lo que pudiera. También abrió los cuarteles de los gladiadores y los hizo salir a todos pertrechados con sus propias armas. Todas las lanzas, espadas y hachas que había en casas y talleres fueron requisadas. El pueblo trastornado trans- 8
formó en arma cualquier útil de un material adecuado que cayó en sus manos. Reunido, pues, aquel ejército, marcharon contra el campamento, y se lanzaron contra puertas y muros, con la evidente intención de tomarlo por asalto. Pero los soldados, con las armas de su dilatada experiencia y la protección de las almenas y escudos, rechazaron al pueblo de los muros disparando sus arcos y repeliéndolos con sus picas. Finalmente, al estar 9
el pueblo cansado y los gladiadores heridos y acercándose ya la noche, decidieron retirarse. Al ver los soldados que los atacantes daban la vuelta y regresaban dándoles la espalda sin ninguna preocupación, porque no imaginaban que un pequeño grupo se atreviera a salir contra una multitud tan numerosa, abrieron las puertas súbitamente y se echaron encima del pueblo. Mataron a los gladiadores y mucha gente del pueblo encontró la muerte en aquel lance. Los soldados sólo con-

tinuaron la persecución en tanto que no se alejaron del
campamento. Luego regresaron y permanecieron den-
tro de la fortificación.

12 A raíz de este episodio la indignación del pueblo y
del senado aumentó. Se procedió al nombramiento de
generales y se efectuaron levas por toda Italia. Todos
los grupos de jóvenes fueron reclutados y armados con
las primeras armas que pudieron encontrar. Máximo to-
mó la mayor parte de estas tropas para combatir con-
tra Maximino; las restantes quedaron para guardar la
2 ciudad y defenderla. Todos los días se producían ata-
ques contra los muros del campamento, pero sin nin-
gún éxito. Los soldados desde su posición elevada re-
chazaban a los atacantes, que se retiraban maltrechos,
heridos por las flechas y las picas. Balbino, que se ha-
bía quedado en Roma, publicó un edicto en el que pedía
al pueblo que buscara un camino de reconciliación y
prometía a los soldados una amnistía con el perdón de
3 todos sus crímenes. Pero no convenció ni a unos ni a
otros, sino que la tensión iba en aumento de día en día
porque el pueblo consideraba indigno el hecho de que
tantos fueran despreciados por unos pocos, y los solda-
dos estaban indignados porque recibían de los romanos
el mismo trato que de los bárbaros.

Finalmente, puesto que nada habían conseguido con
sus asaltos, los jefes de la operación decidieron cortar
todos los conductos de agua que afluían al campamen-
to, a fin de someter a los soldados por sed y por falta
4 de agua corriente. Su táctica de ataque fue, pues, des-
viar hacia otros canales todo el suministro de agua, cor-
tando y cerrando las tuberías que conectaban con el cam-
pamento. Cuando los soldados se percataron, desespe-
rados, abrieron las puertas y salieron a combatir; tuvo
lugar una terrible batalla cuyo resultado fue la derrota
del pueblo y la victoria de los soldados, que en la perse-

cución penetraron en la ciudad. La gente del pueblo, 5
debido a que en los combates cuerpo a cuerpo llevaban
la peor parte, subieron apresuradamente a los pisos de
arriba desde donde causaron problemas a los soldados
disparándoles tejas, piedras y otros cacharros. Los sol-
dados no se atrevieron a subir contra ellos por su des-
conocimiento de las casas, estando cerradas además las
puertas de casas y talleres. Entonces prendieron fuego
a todos los balcones de madera que encontraron, y ha-
bía un buen número de ellos en la ciudad. Al estar los 6
edificios muy apretados y por la gran cantidad de ma-
dera en contacto, el fuego se extendió fácilmente por
la mayor parte de la ciudad, de suerte que muchos pa-
saron de ricos a pobres al perder grandes y hermosas
propiedades, valiosas unas como fuente de beneficios,
y otras por su artística construcción. Muchos hombres 7
murieron quemados al no poder escapar por estar ce-
rradas las salidas por el fuego. Las posesiones de algu-
nos ricos fueron completamente saqueadas, y en el sa-
queo malhechores y gente menuda se mezclaron con los
soldados. La zona afectada por el incendio era tan ex-
tensa que ninguna de las más importantes ciudades, en
su total extensión, podía compararse al sector dañado.

Mientras en Roma ocurría esto [491], Maximino había 8
llegado al término de su marcha y ya estaba en la fron-
tera de Italia. Después de sacrificar en los altares de
la frontera, emprendió la invasión de Italia, y ordenó
que todo el ejército se armara y avanzara ordenada-
mente.

Hemos relatado hasta aquí la rebelión de Libia y 9
la guerra civil en Roma así como la actuación de Maxi-
mino hasta su llegada a Italia. Los hechos que siguieron
serán narrados en el libro siguiente.

---

[491] Cf. la cronología en Intr., págs. 40-41.

LIBRO VIII

1 La actuación de Maximino después de la muerte de
Gordiano y su llegada a Italia, la rebelión de Libia y
la discordia en Roma entre los soldados y el pueblo han
sido expuestas en el libro precedente. Cuando llegó a
la frontera, Maximino destacó a unos espías para que
reconocieran el terreno y vieran si alguna emboscada
se ocultaba en las gargantas o en la espesura de los
2 bosques. Luego él mismo hizo bajar el ejército a la lla-
nura y dispuso las legiones de infantería en una for-
mación en cuadro [492] en la que aumentaba el frente y
disminuía el fondo a fin de cubrir un mayor espacio. Co-
locó en el centro todo el equipo con las carretas y las
bestias de carga, y él se situó a continuación en la reta-
3 guardia con los pretorianos. Por los flancos cabalgaban
los escuadrones de caballería pesada [493], los lanceros
mauritanos y los arqueros orientales. También llevaba

[492] El *agmen quadratum*.

[493] Los catafractos (gr. *Kataphráktoi*, lat. *cataphracti)*. Cf. *supra* IV 15, 2. Era una caballería en la que tanto los jinetes como los caballos iban protegidos con pesadas armaduras. Su arma de ataque era una enorme lanza; su carga en línea era irresistible, pero aislados eran muy vulnerables debido al peso de su armadura que les dificultaba la defensa. Fue una caballería de persas, partos y sármatas, pueblos a quienes imitaron los romanos cuando tardíamente la introdujeron en sus cohortes. Podemos contemplar esta caballería pesada en uno de los bajorrelieves de la columna Trajana.

un importante contingente de caballería auxiliar germa-
na, a la que colocó en una posición muy adelantada pa-
ra que recibieran la primera embestida del enemigo,
puesto que eran animosos y valientes en el comienzo
de la batalla; aunque tuvieran que afrontar un riesgo,
la vida de un bárbaro tenía escasa importancia. Des- 4
pués de recorrer toda la llanura en disciplinada forma-
ción, el ejército llegó a la primera ciudad de Italia, lla-
mada Hema [494] por las gentes del país, situada en el
punto más elevado de la llanura que se extiende al pie
de los Alpes. Allí la avanzadilla de exploradores y los
espías se encontraron con Maximino y le informaron
de que la ciudad estaba desierta y de que la población
había huido en masa después de quemar las puertas de
sus templos y casas; todo lo que había en la ciudad o
en los campos o se lo habían llevado, o lo habían que-
mado, y no habían quedado víveres ni para los animales
de carga ni para los hombres. La noticia de la rápida 5
huida de los itálicos alegró a Maximino, y concibió la
esperanza de que todos los pueblos harían lo mismo y
no esperarían su llegada. Pero el ejército estaba disgus-
tado porque no había hecho más que empezar y ya ex-
perimentaba el hambre. Después de pernoctar, unos en
la ciudad en casas sin puertas, completamente vacías,
y otros en el campo, al salir el sol se dirigieron hacia
los Alpes. La naturaleza ha levantado esta enorme cor-
dillera como muralla de Italia; es tan alta que sus picos
traspasan las nubes y tan extensa que divide toda Italia
y desciende hasta el mar Tirreno por el oeste y hasta
el golfo Jonio por el este. Están cubiertos por densos 6
y frondosos bosques y sus pasos están bordeados por
despeñaderos, que quiebran bruscamente sobre impre-
sionantes abismos, o por escarpados riscos; son vere-
das artificiales, construidas con mucho esfuerzo por los

[494] Emona, la actual Liubliana.

antiguos itálicos. El ejército pasó con gran recelo porque esperaban que las alturas estarían ocupadas y que los pasos habrían sido cerrados para impedir su paso. Su expectación y temor eran verosímiles a juzgar por la naturaleza del lugar.

2 Pero una vez que hubieron cruzado sin tropezar con ningún obstáculo que les impidiera el paso, bajaron al llano con los ánimos recobrados y cantando himnos triunfales. Maximino abrigaba la esperanza de obtener fácilmente un éxito completo puesto que los itálicos no se habían arriesgado ni siquiera en un terreno dificultoso, donde hubieran podido ponerse a salvo escondiéndose, o planear una emboscada y atacarlos desde luga-
2 res más elevados. Al llegar al llano, las patrullas de reconocimiento le informaron de que Aquileya, importantísima ciudad de Italia, había cerrado sus puertas [495]. Le comunicaron que las legiones panonias que habían sido enviadas por delante del grueso del ejército habían atacado las murallas valientemente, pero que, a pesar de haberse lanzado al asalto en repetidas ocasiones, no conseguían nada y tenían que abandonar retirándose bajo una lluvia de piedras, lanzas y flechas. Maximino se indignó con los generales de las legiones panonias, porque creía que combatían sin mucho interés, y él en persona con su ejército se dirigió a toda prisa contra la ciudad pensando que la tomaría al primer asalto.

3 Aquileya [496], al ser una importantísima ciudad, ha contado de antiguo con una numerosa población del país.

495 En la resistencia de Aquileya debieron influir sin duda familias de aquella ciudad como los *Barbii* y los *Statii*, emparentadas con otras familias de la aristocracia antonina. Cf. Intr., pag. 56.

496 Aquileya, el primer puerto comercial del norte de Italia y centro de comunicaciones al pie de los Alpes Julianos, tenía una gran importancia comercial y militar. Su base étnica era gala y los romanos

Como puerto comercial de Italia adonde concurren todos los pueblos ilirios, suministra al comercio marítimo mercancías traídas del interior por tierra y por los ríos, y expide a los pueblos del interior los artículos traídos por mar que les son necesarios y que los territorios ilirios no producen debido a sus fríos inviernos. Por otra parte la comarca de Aquileya produce mucho vino y suministra bebida en abundancia a los pueblos
que no cultivan la vid. A causa de esta actividad comer- 4
cial la ciudad es un hervidero de gentes, pues, además de los ciudadanos, hay extranjeros y comerciantes. Entonces, ante la llegada de Maximino, la enorme población se había multiplicado al confluir gentes de toda la comarca que habían abandonado los poblados y aldeas situados alrededor de Aquileya, confiando en la seguridad de una ciudad que era más importante y estaba protegida por una muralla. Esta muralla era muy antigua y una buena parte estaba en ruinas por aquel entonces porque, después de la expansión del imperio romano, las ciudades de Italia ya no tuvieron necesidad de murallas ni de armas al haber cambiado las guerras por una paz completa y por la participación en la ciudadanía romana. Pero entonces la necesidad las forzó 5
a reparar apresuradamente la muralla, reconstruyendo las ruinas y levantando torres y almenas. Después de una rápida fortificación de la muralla, cerraron las puertas y el pueblo en masa se apostó sobre las murallas de día y de noche. Así fue como rechazaron a las tropas asaltantes. Tenían el mando de la plaza y la responsabilidad de su defensa dos excónsules elegidos por el sena-

fundaron una colonia en el año 181 a. C. Sobre Aquileya cf. A. Calderini, *Aquileia romana*, Milán, 1930; G. Brusin, *Gli Scavi di Aquileia*, Udine, 1934; B. S. Panciera, *Vita economica di Aquileia in età romana*, Venecia, 1957; M. Buora, *Aquileia dalla fondazione all' alto medioevo*, 1982.

do. Uno se llamaba Crispino [497] y el otro Menófilo [498].
6 Con gran previsión habían introducido en la ciudad
abundantísimas provisiones, de suerte que no hubiera
escasez si el asedio se prolongaba. Tampoco faltaría el
agua, pues había muchos pozos en la ciudad; además
un río [499] pasa al pie de la muralla, ofreciendo al mis-
mo tiempo la protección de un foso y suministro de agua.

3 Así habían preparado la defensa de Aquileya. Cuan-
do Maximino se enteró de que la ciudad estaba bien
defendida y con las puertas cerradas, decidió enviar a
unos hombres, a guisa de embajada, para que negocia-
ran con los ciudadanos al pie de la muralla por ver si
lograban persuadirlos a que abrieran las puertas. En
el ejército había un tribuno cuya patria era Aquileya;
sus hijos, su mujer y todos sus familiares estaban ence-
2 rrados dentro de la ciudad. Maximino lo envió en com-
pañía de unos centuriones con la esperanza de que co-
mo ciudadano fácilmente los convencería. Cuando los
embajadores estuvieron al pie de la muralla les comu-
nicaron que Maximino, el emperador de todos, les orde-
naba deponer las armas pacíficamente y recibirlo como
amigo, no como enemigo. Les dijeron que su tiempo es-

[497] Rutilio Pudente Crispino había gobernado varias provincias imperiales durante el reinado de Alejandro Severo; tenía, por tanto, experiencia militar. Cónsul *suffectus* en 237/8. Después de la muerte de Maximino fue enviado a España para enfrentarse con la oposición a Gordiano III (cf. A. Balil, «Los gobernadores de la Hispania Tarraconense durante el Imperio romano», *Emerita* XXXII (1964), 31; K. Dietz, *ob. cit.*, págs. 210-226.

[498] Tulio Menófilo fue cónsul *suffectus*, miembro probablemente de los *vigintiviri* y gobernador de Mesia inferior en el 241. Cf. K. Dietz, *ob. cit.*, págs. 233-245.

[499] Junto a Aquileya pasa actualmente el torrente Natisa. Antiguamente parece que desembocaba en el mar junto a Aquileya el río Natiso, hoy afluente del Isonzo (cf. Estrabón, V 1, 8 (214); Plinio, *Historia Natural*, III, 22, 1; Mela, II 4, 15).

taría mejor empleado en libaciones y sacrificios que en
muertes, y que no permitieran que su ciudad fuera com-
pletamente aniquilada desde sus cimientos cuando es-
taba en su mano salvarse a sí mismos y salvar a la pa-
tria. El buen emperador les concedía la amnistía y el
perdón de sus errores, pues no les hacía responsables
a ellos sino a otros. Los embajadores, situados al pie 3
de la muralla, comunicaron el mensaje a voz en grito
para que fuera perfectamente escuchado. La mayor parte
del pueblo, excepto aquellos que hacían guardia en otras
partes, estaban sobre la muralla y las torres, y escucha-
ron en silencio las palabras de los embajadores. Por 4
temor a que las masas, por su inconstancia, se dejaran
seducir por las promesas y, eligiendo la paz en lugar
de la guerra, abrieran las puertas, Crispino se puso a
recorrer las murallas instando a todo el mundo a que
se mantuvieran firmes y resistieran valerosamente, sin
traicionar su lealtad al senado y al pueblo romanos. De-
bían recibir el título, les decía, de salvadores y defenso-
res de toda Italia, y no debían confiar en las promesas
de un tirano perjuro y mentiroso, no fuera que, seduci-
dos por hermosas palabras, se entregaran a una muerte
anunciada cuando les era posible probar la suerte de
la guerra. Muchas veces pocos vencieron a muchos; y 5
fuerzas aparentemente más débiles destruyeron a otras
cuya fama de valor era mayor. No debían espantarse,
pues, por la magnitud del ejército. «Los que combaten
por la causa de otro —les dijo—, y su éxito, si lo obtie-
nen, va a parar a este otro, suelen escatimar su ardor
en la batalla, porque saben que, aunque ellos participen
en los peligros, otro recogerá los mayores y más altos
frutos de la victoria. Pero aquellos que luchan por su 6
patria pueden confiar más en los dioses puesto que no
desean apoderarse de los bienes ajenos sino defender
los propios. Su ardor en los combates no procede del
mandato de otro sino de la propia necesidad, puesto que

7 ellos obtendrán todo el fruto de la victoria». Con pa-
labras como éstas Crispino se fue dirigiendo a todos,
tanto particularmente como en general. Era un hombre
que inspiraba un natural respeto, de fácil palabra en
lengua latina y un buen jefe para ellos. Logró, pues, per-
suadirlos a que fueran fieles a su primera resolución,
y ordenó que los embajadores se retiraran sin conse-
guir su objetivo. Se dijo que Crispino había insistido
en sostener la guerra porque en la ciudad había mu-
chos expertos en el arte de la adivinación y de la inter-
pretación de entrañas, y le habían anunciado que los
signos eran favorables. Los itálicos tienen mucha fe
8 en este tipo de observaciones. También se habían divul-
gado algunos oráculos según los cuales el dios de la ciu-
dad había prometido la victoria. Este dios, conocido con
el nombre de Belen[500], es objeto de un extraordinario
culto y lo identifican con Apolo. Algunos soldados de
Maximino afirmaron que su imagen había aparecido
frecuentemente en el cielo luchando en defensa de la
9 ciudad. Yo no puedo decir si apareció realmente a algu-
nos o si fue una invención de quienes quisieron evitar
que un ejército tan poderoso se viera en la ignominia
de no haber podido resistir a un número muy inferior
de gente del pueblo y decidieron que pareciera que ha-
bían sido vencidos por dioses y no por hombres. Lo in-
creíble del resultado permite creerlo todo.

4 Cuando los embajadores regresaron sin éxito, Ma-
ximino se enfureció terriblemente y aceleró la marcha.

[500] Beleno o Belino era el dios principal de Aquileya como demuestran las numerosas incripciones allí encontradas (cf. CALDERINI, *Aquileia romana*, págs. 95-103). Era un dios celta. TERTULIANO *(Apol. adv. gent.* 24) lo consideraba el dios de Nórico. En esta región y en la Galia su culto era efectivamente muy importante. El nombre de este dios se conserva en el topónimo *Beligna*, lugar cercano a Aquileya.

Pero cuando llegó a un río[501] que dista dieciséis millas
de la ciudad, encontró que la corriente bajaba a niveles
muy altos de profundidad y anchura; la estación del año 2
fundía las nieves acumuladas durante el invierno en las
montañas que dominan la ciudad y provocaba una
extraordinaria crecida[502]. Era imposible el paso del
ejército puesto que los aquileyanos habían cortado y des-
mantelado el puente, obra grande y hermosísima cons-
truida por antiguos emperadores. Para su construcción
se habían utilizado bloques de piedra rectangulares y
se sostenía sobre pilas con salientes que se estrechaban
gradualmente. El ejército sin puente y sin barcas se en-
contraba en un apuro. Algunos germanos, desconocedo- 3
res de las rápidas e impetuosas corrientes de los ríos
itálicos, pensando que fluían lentamente como los de
su país (el tranquilo deslizamiento de su corriente es
la razón por la que se hielan fácilmente, dicho sea de
paso), se lanzaron al río con sus caballos, que estaban
acostumbrados a nadar, pero fueron arrastrados por la
corriente y perecieron.

Maximino acampó y excavó una zanja alrededor del 4
campamento en previsión de cualquier ataque. Durante
dos o tres días estuvo en su orilla dedicado a estudiar
cómo echaría un puente sobre el río. Al faltar la made-
ra y los pontones que necesitaba unir para salvar la
corriente, algunos ingenieros le recordaron que en los
campos desiertos había muchos toneles de vino vacíos,
de tablas curvas, que los habitantes de la región desti-
naban al transporte, para que el vino llegara con segu-

[501] Este río era el *Sontius*, el actual Isonzo. Actualmente discurre más cerca de la ciudad, a unos 10 Km. pero la hidrografía de aquella zona ha experimentado algunos cambios (cf. *supra* nota 499).

[502] Este dato confirma la fecha de finales de abril (hacia el 20) que se da para la llegada de Maximino a Aquileya. Cf. cronología en Intr., págs. 42-43.

ridad a sus clientes[503]. Estos toneles eran curvos y
huecos a modo de naves, y, si eran atados unos a otros,
flotarían como barcas y no serían arrastrados por estar
enlazados. Los cubrirían de leña y luego echarían tierra
apisonándola uniformemente con la colaboración de to-
5 dos. Cruzó, pues, el ejército con Maximino al frente,
y se dirigieron contra la ciudad. Encontraron las casas
de los arrabales desiertas, pero arrancaron e incendia-
ron las viñas y todo el arbolado, acabando con la belle-
za que hasta entonces había tenido la región. Los árbo-
les en hileras iguales y las vides con sus sarmientos
entrelazados por todas partes ofrecían una imagen de
fiesta. Se hubiera podido pensar que eran como una guir-
nalda que adornaba el lugar. Pero todo esto el ejército
lo arrancó de raíz cuando se dirigía contra las mura-
6 llas. Debido al cansancio decidió no atacar de inmedia-
to. Permanecieron fuera del alcance de las flechas y las
legiones se distribuyeron en sus diferentes secciones al-
rededor de la muralla, en el sector que había sido asig-
nado a cada una. Luego, después de un día de descanso,
emprendieron el asedio.

Habían traído todo tipo de ingenios bélicos y se lan-
zaron al asalto con todas sus fuerzas, sin descuidar nin-
7 gún aspecto del asedio. Los asaltos eran continuos,
prácticamente diarios, y el ejército tenía completamen-
te cogida a la ciudad como en una red. Pero los aquile-
yanos resistían, defendiéndose desde la muralla con gran
energía y con todo su entusiasmo puesto en el combate.
Habían cerrado templos y casas, y el pueblo en masa,
incluidos niños y mujeres, combatían en lo alto de la
muralla desde torres y almenas. Nadie era demasiado
joven o demasiado viejo para tomar parte en la defensa

[503] Esta forma de guardar el vino era, según PLINIO, (*Historia Natural*, XIV 27, 1), típico de los pueblos de los Alpes. En otros sitios se conservaba y se transportaba en ánforas y odres.

de la patria. El ejército de Maximino había saqueado 8
los arrabales y todo lo que estaba fuera de puertas, y
la madera de las construcciones era aprovechada para
los ingenios de asedio. Por todos los medios intentaban
destruir al menos un sector de la muralla a fin de que
el ejército entrara y lo saqueara todo. Luego, después
de asolar la ciudad, dejarían en pos de sí una región
yerma y desierta. Por otra parte su marcha sobre Roma
no merecería honores triunfales si no era destruida la
ciudad que primero se les había opuesto en Italia. Por 9
eso Maximino y su hijo[504], a quien había nombrado Cé-
sar, recorrían a caballo todo el ejército y, con ruegos
y promesas de recompensas, procuraban persuadir a los
soldados e insistentemente intentaban despertar su en-
tusiasmo. Pero los defensores de Aquileya seguían dis-
parando piedras desde las murallas y, cuando el ejérci-
to se acercaba, arrojaban sobre los asaltantes, como si
les cayera encima un aguacero, una mezcla de pez y
aceite con azufre y asfalto, que habían puesto a calen-
tar en unos recipientes con largos mangos. Lanzada la 10
pez con las otras materias citadas, penetraba por las
partes descubiertas y se extendía por todo el cuerpo.
Los soldados arrojaban sus corazas ardientes y las res-
tantes armas porque el metal abrasaba, y las partes de
cuero y de madera quemaban y se consumían. Era un
espectáculo ver cómo los soldados se habían quitado
ellos mismos sus armas, que abandonaban como despo-
jos de guerra arrancados por la habilidad técnica pero
no por el valor en el combate. El resultado fue que un 11
gran número de soldados perdieron la vista y sufrieron
quemaduras en la cara y las manos o en cualquier par-
te descubierta de su cuerpo. Las máquinas de asedio

[504] El hijo de Maximino era Cayo Julio Vero Máximo (cf. *supra* nota 447). Probablemente recibió el título de César en el 235, título que fue confirmado por el senado a principios del 236.

que se habían acercado a las murallas también sufrieron daños. Los sitiados les lanzaron antorchas empapadas igualmente con pez y resina y provistas de una punta de flecha en el extremo. Una vez encendidas eran disparadas, se clavaban fuertemente en las máquinas y las envolvían en llamas sin dificultad.

5 Durante los primeros días la suerte de la batalla estuvo equilibrada e indecisa; pero a medida que pasaba el tiempo, el ejército de Maximino se volvía remiso y mostraba su desánimo al sentirse frustrado en sus esperanzas. En contra de lo que habían esperado descubrieron que aquellos que no tenían que sostener ningún ataque no sólo resistían sino que incluso los rechaza-
2 ban. Por el contrario, los aquileyanos habían cobrado fuerzas y estaban rebosantes de entusiasmo. Los continuos combates les habían dado a la vez experiencia y confianza, y empezaron a despreciar a los soldados hasta el extremo de burlarse de ellos y de escarnecer a Maximino cuando circulaba entre sus tropas, lanzando contra él y contra su hijo terribles y ultrajantes insultos. Maximino, al oírlos, si antes había desahogado su
3 bilis, de nuevo se llenaba de cólera. Pero al no poder descargarla contra el enemigo, castigaba a muchos oficiales de su propio ejército porque en su opinión se lanzaban al asalto cobardemente y sin interés. El resultado fue el odio y el resentimiento de sus propios soldados y el desprecio todavía mayor de sus enemigos.

Ocurría además que los de Aquileya nadaban en la abundancia y no tenían falta de nada puesto que con gran previsión habían almacenado todas las provisiones que necesitaban hombres y animales para comer y beber. Por el contrario, el ejército sufría escasez de todo puesto que ellos mismos habían arrancado los árboles
4 frutales y habían asolado los campos. Algunos vivían bajo improvisadas tiendas pero la mayoría estaban al

aire libre y soportaban los rigores de la lluvia y del sol, y morían de hambre al ser interceptado el suministro de víveres procedentes de otras regiones, que tanto ellos como los animales necesitaban. Los romanos habían bloqueado las calzadas de todas las regiones de Italia instalando barreras y efectuando controles de puertas. El 5
senado había enviado además a excónsules acompañados por grupos especiales de funcionarios escogidos de todas las regiones de Italia, para que vigilaran toda la costa y los puertos y no dejaran zarpar a ninguna embarcación. Maximino estaba, pues, incomunicado, sin ninguna información de lo que ocurría en Roma. Las calzadas públicas y todos los caminos también estaban vigilados para que nadie pudiera pasar. En estas circunstancias resultaba que el ejército en apariencia sitiador era en realidad el sitiado[505] porque ni podía tomar Aquileya, ni salir de allí y marchar contra Roma, debido a la falta de barcos y de carros. Todos los transportes habían sido previamente requisados y bloqueados.
Las conjeturas motivaron que se esparcieran rumores 6
exagerados con respecto a la verdad en el sentido de que todo el pueblo romano había tomado las armas y de que contaban con el apoyo de Italia entera. Se decía asimismo que todos los ilirios y los bárbaros de Oriente y del Sur reclutaban un ejército, y que a todos los impulsaba el mismo espíritu y los mismos sentimientos de odio contra Maximino. Debido al bloqueo la desesperación de los soldados era absoluta; había falta de todo y apenas tenían agua. Únicamente contaban con 7
la del río que pasaba a su lado, y la bebían contaminada por la sangre y los cadáveres. Al no poder enterrar a los que morían en la ciudad, los aquileyanos los arrojaban al río. También en el ejército los que caían en el combate o morían por enfermedad eran abandona-

[505] Tópico retórico. Cf. Tucídides, IV 29, 2 y VII 11, 4.

dos a la corriente porque no tenían posibilidad de darles sepultura.

8 En esta situación de extrema necesidad y de desánimo estaba el ejército cuando de repente ocurrió lo siguiente. Era un día en que los combates habían parado y Maximino descansaba en su tienda; la mayor parte de los soldados también se habían retirado a sus alojamientos o a los puestos de guardia que les habían confiado. De forma imprevista los soldados del campamento del monte Albano [506], cercano a Roma —donde habían dejado a sus mujeres y a sus hijos—, decidieron dar muerte a Maximino. Así pondrían fin a un largo e interminable asedio, y no tendrían que saquear Italia en nombre de un tirano a quien todos condenaban y
9 odiaban. Se armaron, pues, de valor y se presentaron en la tienda de Maximino hacia el mediodía. Empezaron por arrancar su retrato de los estandartes con el apoyo de los pretorianos. Luego, en el momento en que Maximino salía de la tienda en compañía de su hijo, seguramente con la intención de hablarles, les dieron muerte al instante [507]. Mataron también al prefecto del pretorio y a todos los consejeros afectos a Maximino. Finalmente, después de exponer sus cuerpos a los insultos y vejaciones de todo el que quiso, los dejaron para pasto de perros y aves. Las cabezas de Maximino y de su hijo, sin embargo, fueron enviadas a Roma. Este fin tuvieron Maximino y su hijo como castigo de su desastroso gobierno.

6 Cuando las noticias llegaron al ejército, todos se quedaron perplejos; no fueron todos, sin embargo, los que aprobaron el suceso. Este fue el caso de los panonios y de los bárbaros tracios [508], los que habían pues-

[506] Cf. *supra* nota 286.

[507] Cf. Intr., págs. 42-43.

[508] Cf. *supra* VI 8, 1 nota 433. El término bárbaro está usado aquí de forma convencional puesto que los tracios eran ciudadanos romanos.

to el poder en manos de Maximino. Pero ante el hecho consumado, aunque a disgusto, no les quedó más remedio que aceptarlo. Era necesario que fingieran congratularse por lo ocurrido. Depuestas las armas, en son de 2
paz, los soldados se acercaron entonces a las murallas de Aquileya para anunciar la muerte de Maximino; pidieron que les abrieran las puertas y que aceptaran la amistad de los enemigos del día anterior. Pero los generales de Aquileya no dieron la orden de abrir las puertas, sino que expusieron imágenes de Máximo, de Balbino y del César Gordiano cubiertas con coronas de laurel, y los aclamaron. Luego pidieron a los soldados que aceptaran y reconocieran por aclamación a los emperadores que habían sido proclamados por el pueblo y el senado romanos. Los dos Gordianos anteriores, decían, 3
ya estaban en las alturas en compañía divina. Instalaron luego un mercado encima de las murallas poniendo a la venta gran variedad de artículos, alimentos de todas clases y abundante bebida, vestidos y calzado, cuantos productos, en suma, podía ofrecer una ciudad rica y floreciente. Este espectáculo asombró todavía más al 4
ejército; se dieron cuenta de que los sitiados estaban suficientemente abastecidos de todo, aun en el caso de prolongarse el asedio, mientras que ellos, en una absoluta falta de recursos, habrían muerto sin llegar a tomar la bien provista ciudad. El ejército siguió en torno a las murallas, donde cada hombre adquiría a voluntad lo que necesitaba. Conversaban unos con otros y había una actitud de paz y de amistad, aunque la apariencia fuera todavía de asedio, toda vez que las murallas seguían cerradas y el ejército permanecía a su alrededor.

Esta era la situación en Aquileya. Entretanto los ji- 5
netes que llevaban a Roma la cabeza de Maximino cabalgaban a galope tendido, y todas las ciudades por las que pasaban les abrían las puertas y el pueblo los reci-

bía con ramas de laurel. Después de atravesar las marismas y lagunas [situadas entre Altino y Ravena] encontraron al emperador Máximo que se había detenido en Ravena, donde estaba reuniendo las unidades especiales de Roma y las que procedían de toda Italia.
6 También se le unieron allí un número considerable de tropas auxiliares germanas que aquellos pueblos le enviaban debido al afecto que sentían por él, desde su época de gobernador, por su magnífica actuación. Así, pues, mientras Máximo estaba preparando sus fuerzas para combatir contra el ejército de Maximino, llegaron los jinetes con las cabezas de Maximino y de su hijo anunciando la venturosa victoria, y comunicaron que el ejército ya estaba de parte de Roma y reconocía a los
7 emperadores que el senado había nombrado. Una vez recibidas estas inesperadas noticias, inmediatamente fueron ofrecidos sacrificios en los altares y todo el mundo se puso a celebrar con himnos una victoria que habían conseguido sin lucha. Después de obtener auspicios favorables, Máximo envió a los jinetes hacia Roma para anunciar los sucesos al pueblo y llevarles las cabezas. No es posible describir con palabras la fiesta de aquel día después que llegaron los jinetes y aparecieron súbitamente en la ciudad mostrando la cabeza del enemigo
8 empalada para que todos la vieran. Gente de todas las edades se dirigió corriendo hacia altares y templos, y nadie permaneció en su casa. Circulaban como posesos felicitándose mutuamente y corriendo todos juntos hacia el circo como si se hubiera convocado allí una asamblea. Balbino en persona sacrificó hecatombes, y todos los magistrados y el senado y, en suma, todo el mundo rebosaban de alegría como si se hubiesen sacudido un hacha que pendiera sobre sus cuellos. Mensajeros y delegados con coronas de laurel fueron enviados a las provincias.

Mientras Roma vivía aquel ambiente de fiesta, Má- 7
ximo partió de Ravena y se presentó en Aquileya después de cruzar las lagunas en las que el río Eridano y los pantanos de alrededor vierten sus aguas, antes de desembocar en el mar a través de siete canales. Ésta es la razón por la que los habitantes del país dan a aquel lago, en su propia lengua, el nombre de los Siete Mares [509]. Los aquileyanos en seguida abrieron las puertas 2
y dieron la bienvenida a Máximo. Las ciudades de Italia enviaron delegaciones de ciudadanos principales, que, vestidos de blanco y con coronas de laurel, llevaban las estatuas de sus dioses patrios y las coronas de oro que había en sus tesoros. Todos aclamaron a Máximo y le cubrieron de flores. También se presentó el ejército que había sitiado Aquileya, en son de paz y con ramas de laurel. No era una actitud totalmente sincera, sino que lo hacían para ofrecer una imagen de lealtad y respeto, forzados por las presentes circunstancias del imperio. La mayoría estaban enojados y se lamentaban en priva- 3
do de que el emperador elegido por ellos hubiera sido derrocado mientras que los nombrados por el senado se asentaban en el poder. Máximo dedicó los dos primeros días de su estancia en Aquileya a los sacrificios, pero al tercer día convocó en el llano a todo el ejército, y desde una tribuna que le habían preparado les dirigió las siguientes palabras:

«Los beneficios que os ha reportado vuestro cambio 4
de actitud y vuestra adhesión a Roma los estáis experimentando. En lugar de estar en guerra, estáis en paz con los dioses por quienes jurasteis, y ahora sois fieles a vuestro juramento militar, que constituye el sagrado misterio del imperio romano. Es preciso que en el futuro disfrutéis siempre de estos beneficios manteniendo vuestra lealtad al pueblo y al senado romanos y a noso-

[509] Cf. Plinio, *Historia Natural*, III 20, 6.

tros, vuestros emperadores. El pueblo y el senado romanos decidieron elegirnos a causa de nuestra noble cuna y por nuestras actuaciones a lo largo de una dilatada carrera en la que hemos ascendido gradualmente
5 hasta llegar a la dignidad de emperador. El imperio no es la propiedad privada de un solo hombre, sino que de antiguo es posesión común del pueblo romano. En Roma se asienta el destino del imperio, y nosotros hemos recibido el encargo de gobernar y administrar el imperio con vuestra ayuda. Si nos la prestáis con disciplina y con el orden conveniente y con el respeto y la estima que debéis a vuestros jefes, tendréis una vida feliz en la que nada os faltará. Todo el mundo, en las provincias y en las ciudades, vivirá en paz obedeciendo a sus gobernantes. Así, vosotros podréis vivir, según vuestro deseo, en vuestras propias casas, sin sufrir pri-
6 vaciones en tierra extranjera. Nosotros nos preocuparemos de que los pueblos bárbaros estén en paz. Al haber dos emperadores, la administración en Roma será más fácil, y si surge algún problema urgente en el extranjero, ante la necesidad, siempre uno de los dos podrá acudir fácilmente a la llamada. Y, en fin, que ninguno de vosotros piense que se conserva algún recuerdo de vuestra pasada actuación, ni por nuestra parte (puesto que cumplíais órdenes), ni por parte de los romanos o de otros pueblos que, al ser víctimas de la injusticia, se sublevaron. ¡Haya, pues, una completa amnistía, un pacto de amistad constante y compromiso de lealtad y disciplina para siempre!».

7 Al término de este discurso, Máximo les anunció una generosa distribución de dinero. Luego, después de pasar unos días en Aquileya, dispuso el viaje de regreso a Roma. Envió a la mayor parte del ejército a las provincias, a sus propios campamentos, y él regresó a Roma con los pretorianos, tanto la guardia del palacio imperial como los que habían ido de campaña con Ma-

ximo. También fueron a Roma con él las tropas au- 8
xiliares que habían venido de Germania; Máximo confiaba en su lealtad puesto que, antes de ser emperador, había gobernado la provincia con moderación [510]. Al llegar a Roma, le salió al encuentro Balbino con Gordiano César, acompañados por el senado y el pueblo, que lo recibieron con vítores como si estuviera celebrando su triunfo.

A partir de entonces los emperadores gobernaron la 8
ciudad con moderación y autoridad, siendo elogiados privada y públicamente en todas partes. El pueblo estaba contento con ellos porque le enorgullecía contar con emperadores patricios que fueran dignos del imperio. Los soldados, sin embargo, estaban enfurecidos; no les agradaban las aclamaciones del pueblo y les molestaba la nobleza de los emperadores; su indignación obedecía, en suma, a tener que soportar unos emperadores elegidos por el senado. También motivaba su disgusto 2
la presencia de los germanos junto a Máximo, viviendo en Roma. Pensaban que se opondrían a cualquier intento de su parte, y sospechaban que les estaban al acecho para desarmarlos con algún engaño y, al estar allí los germanos, ocupar su sitio sin dificultad. El ejemplo de Severo, que desarmó a los asesinos de Pértinax, acudía a su memoria.

Durante la celebración de los juegos capitolinos [511], 3
mientras todo el mundo estaba ocupado en la fiesta y los espectáculos, los soldados descubrieron súbitamente los sentimientos que guardaban en su interior. En un irracional arrebato de cólera dieron rienda suelta a sus deseos precipitándose todos a una hacia el palacio para sorprender a los viejos emperadores. Tampoco 4

510 Cf. *supra* nota 485.
511 Cf. *supra* nota 73.

entre aquellos reinaba la armonía; los dos habían iniciado un forcejeo por el poder, como consecuencia normal del deseo de mando único y del carácter indivisible del poder. Balbino consideraba que él era el primero por su linaje y por la mayor antigüedad de su segundo consulado; Máximo por haber sido prefecto urbano y por su fama de experiencia en los asuntos de estado. [Ambos pertenecían a la nobleza patricia y sus familias tenían suficiente peso para que pudieran aspirar al man-
5 do único]. Sus desavenencias fueron la principal causa de su ruina [512]. Cuando Máximo se enteró de que la guardia imperial, los llamados pretorianos, se dirigían a palacio para matarlos, quiso enviar a buscar a los auxiliares germanos, que estaban en Roma, pensando que serían suficientes para enfrentarse a los conspiradores. Pero Balbino se opuso porque pensó que se trataba de algún astuto plan contra él; sabía que los germanos eran leales a Máximo, y dijo que no acudirían como defensores para enfrentarse a los pretorianos, sino para entre-
6 gar a Máximo el mando único. Mientras estaban discutiendo sobre esto, irrumpieron todos a una los soldados al tiempo que se retiraban los guardias de la entrada del palacio. Al punto se apoderaron de los ancianos; les arrancaron las sencillas ropas de andar por casa que llevaban puestas y los sacaron del palacio imperial desnudos con todo tipo de ultrajes y violencias. Entre golpe y golpe hicieron befa de ellos llamándolos emperadores del senado; los martirizaron con tirones de barbas y cejas y con vergonzosas violencias por todo el cuerpo, y los pasearon por el centro de la ciudad de camino hacia el campamento. No era su propósito matarlos en el palacio imperial; querían injuriarlos mientras estaban vivos, para experimentar su sufrimiento por más tiempo.

[512] Cf. Intr., pág. 50.

Tan pronto como los germanos se enteraron de estos 7
hechos, tomaron las armas y corrieron en su auxilio. Pero, al saber los pretorianos que los germanos se acercaban, inmediatamente dieron muerte a los emperadores [513], cuyos cuerpos ya estaban completamente mutilados. Dejaron los cadáveres tirados en medio de la calle y, acto seguido, levantaron a Gordiano, que entonces era César, y lo proclamaron emperador, puesto que no encontraban otro en aquellas circunstancias [514]. Luego pregonaron ante el pueblo que ya se habían desembarazado de aquellos a quienes el pueblo había rechazado para estar al frente del imperio, y que habían elegido a Gordiano, descendiente de aquel primer Gordiano, a quien los mismos romanos habían obligado a aceptar el imperio. A continuación, llevándose a Gordiano, se retiraron al campamento, donde cerraron las puertas y se quedaron quietos. Los germanos, al enterarse de que aquellos por los que habían salido corriendo estaban muertos y tirados en medio de la calle, no teniendo ningún interés por emprender una guerra inútil por dos hombres muertos, regresaron a sus cuarteles.

Este fin indigno e impío tuvieron aquellos dos res- 8
petables e ilustres ancianos, que habían alcanzado el poder por su linaje y por sus propios merecimientos. Gordiano, hacia los trece años [515], fue proclamado emperador y se hizo cargo del imperio romano.

[513] Cf. Intr., págs. 42-43.

[514] Cf. Intr., pág. 13.

[515] Cf. Intr., pág. 13. Conclusión pesimista. La *Historia* empezaba con la muerte de un *optimus princeps* y acaba con la proclamación de un *princeps puer*.

ÍNDICE DE NOMBRES *

* Remitimos a libro, capítulo, párrafo y, en algunos casos, a la nota de presentación.

ÍNDICE GENERAL